

LA CATEDRAL DE LOS LIBROS

BEATRIZ SOBRINO



Copyright : La catedral de los libros

© Beatriz Sobrino de Mingo

Obra inscrita: Registro General de la propiedad intelectual de la Comunidad Valenciana

A fecha de: 20 de junio de 2016

Diseño de portada: Nadia Rodríguez

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, almacenada o distribuida en manera alguna por cualquier medio sin la autorización previa y por escrito de su autora.

Contacto

Email: Beatrizsobrino@Hotmail.es

Blog: <http://intimaemperatriz.blogspot.com.es/>

Facebook: Beatriz Sobrino (escritora)

Primera edición digital: Enero 2017

ÍNDICE

Agradecimientos

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE: Carencias

SEGUNDA PARTE: El Desafío

TERCERA PARTE: El Apocalipsis

CUARTA PARTE: El Engaño

QUINTA PARTE: El Libro

Agradecimientos

A Fran, mi amor, por su acertada para mí inspiración.

A Nadia, mi gran creación, insuperable, por su paciencia y consejos.

A mi familia y amigos por su apoyo y cariño.

A Sonia por confiar en mí y alimentar mis ganas de seguir escribiendo.

A todos los que han colaborado en este sueño para mí en forma de novela.

Y de otra forma, pero muy especial, a Gabriel, mi principal fuente de inspiración,
quien con su fuerza y perseverancia me ha ido guiando, y le ha dado voz a esta
historia.

Contemplé mis días y vi que
con la primera afirmación del verano
debo dejar todo lo que conocí:
la casa, la familiaridad de la familia,
compañeros y recuerdos de la niñez,
un porvenir cortado como un traje a medida,
una vida ordenada entre mis amigos de la escuela.

Contemplé cara a cara a mi futuro:
vi viajes a lugares distantes, la diaria pelea para sobrevivir
en ciudades extranjeras con lenguas extranjeras
y pequeños cuartos alquilados durante noches
sin compañía, con a veces el consuelo
de un amable brazo anónimo sobre la almohada.

Contemplé los rostros a mi alrededor
y vi el final de mis días como un barco que regresa,
con su vigía cantando en las jarcias,

Vi mi vida y fui hacia ella,
como un marino parte solo a la noche de su casa
y va hacia el puerto con sus pertenencias atadas,
y zarpa hacia la oscuridad.

Propósito – Desmond
O'Grady

PRÓLOGO

Me llamo Gabriel, mis abuelos maternos eran españoles, de origen manchego. La última vez que nos vimos yo tenía dos años. Mis tres hermanos y yo nacimos en Nueva York, pero nuestra madre siempre nos llamó por los nombres en castellano para recordar sus raíces; ella nació en California, y mi padre hizo lo imposible por casarse con ella siendo los dos muy jóvenes. En la actualidad, con más de medio siglo de vida, todavía no me creo cómo he llegado hasta aquí. Lo que me ocurrió va más allá de toda lógica y razón, y lo digo precisamente yo, que carecí de ambas durante años.

Como periodista he buscado explicación a aquel suceso cientos de veces, pero cuanto más he indagado en el asunto, más me he alejado de la realidad, de algo mínimamente coherente, y me sigo sorprendiendo al recordarlo. Aunque no se lo deseo ni a mi peor enemigo también doy gracias, fue mi gran prueba de vida, y encierra tanto dolor como alegría. Solo una persona conoce todo lo que me ocurrió, cuando los recuerdos se me escapan de las manos me centra y me tranquiliza; me siento muy afortunado, siempre lo he sido, y pensar en ello me da paz.

Estoy en mi amplio y abarrotado despacho tomando café. Es un auténtico caos. En el suelo donde antes había alfombras ahora solo hay cajas llenas de cosas que lo tapizan, llevo meses intentando ordenar las estanterías de mi biblioteca.

Fuera hace frío, contemplo la ciudad nevada a través de la ventana mientras recuerdo, con nostalgia, la cara de mi padre, la de toda la familia, cuando les dije que me marchaba porque tenía que preparar una tesis y competir con cinco personas por un puesto de trabajo. Dije a todos que era algo muy importante y me habían pedido discreción; la empresa corría con todos los gastos, tan solo debía instalarme en Nueva York. El señor Alfred me dijo: “Puede buscar en cualquier parte del mundo”. ¡El mundo en mis manos!, ¿cómo de grande me podía venir? Bebo un sorbo de

café y recuerdo entre risas las ganas que tuve de ponerme manos a la obra. Era la ocasión perfecta para demostrarme hasta dónde podía llegar.

Paciencia era un término desconocido para mí. Daba igual si era una moto, una chica o una fiesta. Lo quería, era caprichoso y lo quería para ayer. A veces el ansia terminaba con las posibilidades de éxito, entonces me fijaba otro objetivo e iba a por él hasta que lo conseguía. ¿Egoísmo? ¡Sí! No puedo decir que sufrí carencias que intentaba suplir a base de cosas materiales. Tampoco que fui un malcriado, pero la palabra *no* a mis continuas demandas de todo tipo la escuché bien poco.

Aquel viaje de mi juventud me hizo entender la vida desde una perspectiva nueva, me hizo madurar de golpe y me convirtió en la persona que soy hoy.

PRIMERA PARTE: Carencias

“Las carencias agudizan el ingenio”. Era una tarde cualquiera, de las muchas que mi abuela venía a conversar con su hijo. Vivía muy cerca de nuestra casa en los Hampton, escuché decirle esta frase a papá justo cuando me acerqué a despedirme de ella. Me dio la sensación de que estaban hablando de mí.

Esa tarde celebraba con mis amigos mi decimoséptimo cumpleaños. En esa ocasión, al besarme la abuela, me miró de forma especial. Su trato hacia mí siempre fue muy cariñoso y sus sabios consejos muy acertados; una bella mujer, cuyas arrugas y expresión marcaban una vida plena, llena de conocimientos, experiencias y luchas por su carácter inquieto, curioso, profundo y muy afectivo.

Se quedó viuda del abuelo antes de que yo naciera. Su frase dio vueltas en mi cabeza varios días, no entendía exactamente su significado y quizá por ello llamó mi atención.

Creo que a ella le hubiera gustado pasar más tiempo conmigo, pero entre sus múltiples compromisos sociales y mi vida de estudios y, de susto en susto, seguro que perdimos grandes momentos los dos.

Luego hubo un tiempo en que cuando venía a verme era principalmente porque mamá la llamaba para decirle que se acercara a casa. Al entrar en mi dormitorio siempre veía lo mismo: escayolas y vendas. Yo solo veía en ella sus ojos llenos de amor hacia mí, su sola presencia era reconfortante.

Pasé tanto tiempo entre la cama y el sillón que estudié muchísimo, leía casi todo lo que caía en mis manos. Devoraba los libros. Durante años saqué unas notas brillantes; mamá contrataba profesores especializados en periodismo que venían a casa. Sin ellos, dado lo mucho que falté a la facultad, no hubiera terminado la carrera por culpa de mis excesos. Ella siempre estaba con el alma en vilo, sufría pero también era muy permisiva conmigo. Esto le ocasionó algún que otro enfrentamiento con su suegra, aunque creo que se dejaba influenciar por ella a favor mío. Al

principio solo eran fracturas y contusiones varias por toda mi anatomía, a partir de los diecinueve años fue peor, ya no me conformaba solo con dejar mi espíritu libre y aventurero desbocarse por todo Port Island. Pasábamos los fines de semana en Nueva York o Manhattan, conducíamos coches y motos muy potentes y apenas dormíamos. La genética heredada del abuelo no me ponía límites, supongo que para toda la familia era la oveja negra. Fueron muchos sustos y disgustos los que tuvieron que soportar, sobre todo mamá, y muchas veces coger el teléfono para acto seguido salir corriendo a algún hospital.

Estaba hecho un asco, peor que nunca, no podía moverme apenas y tenía una sed terrible, me sentía desorientado y confuso. Cuando por fin pude levantar un poco la sábana, ¡otra vez escayolado! Desde la cintura a la pantorrilla, tenía claro que había vuelto a excederme pero ¿cómo? No recordaba nada, verme así me hizo sentir miedo y yo nunca lo había sentido, ¡y si no podía volver a andar, compartiría el resto de mi vida con una silla de ruedas! Me estaba poniendo nervioso y cada vez tenía la boca más seca. Estaba sumido en esos terribles pensamientos cuando me percaté de mamá, en el umbral de la puerta. Estaba muy preocupada, asustada y enfadada a partes iguales. Se sentó a mi lado, puso una mano encima de mi frente y la otra cogida a la mía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Los médicos han dicho que tienes la cadera rota; llegaste con un fuerte traumatismo en la cabeza y te han tenido que dar puntos en ella y en un pie. Has estado tres días inconsciente.

Sus ojos llenos de lágrimas, cansados y con incipientes ojeras, delataban que solo se había separado de mi cama unas horas para ir a asearse mientras mi hermana la sustituía. Apenas había dormido por si me despertaba.

-Quieres terminar como tu abuelo —añadió, muy triste.

Aún no sé si fue una pregunta o una afirmación. Su suegro había muerto muy joven, tuvo un accidente con una avioneta y con él falleció otra persona que le acompañaba. Disfrutó muchísimo, y ese fue el único consuelo que le quedó a su esposa. La abuela supo comprenderlo y aceptarlo, dándole siempre todo su amor, por eso su trato hacía mí siempre había sido diferente. Yo le

recordaba al abuelo, fue lo único que tuve claro ese día dentro de mi aturullamiento mental. La abuela veía en mí muchas similitudes con las del hombre que le había robado el corazón, con su absoluto consentimiento, y sabía mejor que nadie que domarme era una carrera de fondo con pocas posibilidades de ganar.

La recuperación fue larga y dura. Tardé mes y medio en coordinar pensamientos y recuerdos, pasaba mis días estudiando y con el rehabilitador. Mis amigos me visitaban a menudo, entonces mamá andaba cerca. Tenía largas charlas con la abuela, y, por primera vez, me habló de sus momentos felices con su esposo, de todo lo que había aprendido con él y de lo que este le dijo un día en el que ella se enfadó.

“Si me cortas las alas, prefiero morirme hoy mismo”.

Quizá si ella no hubiera cedido tanto hubiera disfrutado mucho más de su compañía, pero también compartiría la suya al lado de alguien triste, como un animal enjaulado. En cualquier caso no estaba dispuesta a perderme a mí también, así que hice un esfuerzo por comprenderla. Ella lo había hecho siempre conmigo. Decidí que mi dormitorio no era una jaula, y si pasaba allí mucho tiempo con mis pensamientos equivocados y mi fisioterapeuta, había llegado el momento de cambiar y relajarme un poco.

Para eso está el dinero, decía mamá. Gastaron para mi educación más del doble que con mis hermanos. Me tomé mi tiempo para reflexionar, entrar en razón. En el hospital había sentido mucho miedo y no quería vivir más esa sensación.

Me había portado mal con algunas chicas que se habían fijado en mí, me había reído de sus comportamientos y despreciado sus sentimientos, algo que por otro lado, nunca había visto en mi familia, donde todos nos queríamos y nos protegíamos. Me dio asco de mi mismo, pena. ¡Era un estúpido! Me había comportado como un imbécil que tenía todo el cuerpo soldado y una suerte que no merecía por no haber valorado nunca todo lo que siempre me habían dado desde que nací. Unos meses antes podía haber sido mi final, y todo por unas malditas cuerdas en mal estado, por no prestar atención cuando la adrenalina se apoderaba de mí, y también las había cogido en otras

ocasiones en las que me había ido de escalada. Lo tomé como un serio toque de atención, estaba realmente dispuesto a encarar la vida de otra manera, no tenía ni idea de cómo, pero por supuesto de una forma más segura y menos egoísta.

No me quedó ninguna secuela neurológica, pero mi cadera no corrió la misma suerte. Mi pierna derecha quedo casi un centímetro más corta, lo que me obligaba a caminar con una ligera cojera que solo evitaba con el uso de plantillas especiales. Me provocaba muchas molestias y cada cierto tiempo intensos dolores en la espalda. Me acostumbré a llevar siempre una medicación a base de pastillas.

El día de mi graduación acudí con las muletas. Iba a ser un día intenso y necesitaba ayuda. Recorrí con ellas los pasillos de la facultad, ¡ya era periodista! Estaba pletórico.

—Enhorabuena.

Todas las sílabas se clavaron en mi espalda y un frío seco sesgó mi columna; me giré y su sonrisa me desarmó.

—Hola, Claire —dije—. Gracias, me alegro de verte.

No había coincidido con ella en mucho tiempo, y de pronto la vergüenza y la culpa me hizo enmudecer. Estaba muy guapa... siempre lo había estado. Le di plantón muchas veces y, ¡ahí estaba ella, felicitándome! Claire era la hermana pequeña de mi mejor amigo, estudiaba la carrera de bellas artes y siempre desperté su interés.

—Qué susto nos diste —siguió un rato hablando.

La oía pero no la escuchaba, solo la miraba absorto y me entraron ganas de abrazarla, estrecharla contra mi pecho.

—¿Estás bien? —me preguntó— ¡Gabriel! —mis ojos se abrieron como platos.

—¿Nos vamos a celebrarlo?

Antes de que me contestara algo le agarré de la mano y salimos fuera de aquel edificio vacío. Todos estaban fuera de celebración y tenían una buena liada; hacía un día estupendo y algunas parejas paseaban en barca por el lago. Cuando la abuela nos vio, hizo un gesto positivo con la cabeza y la mano apoyada en su pecho.

Los chicos tenían planes, querían ir a divertirse a algún local de copas, a bailar y a pasarlo bien. Cuando me di cuenta ya estaba rodeado de vehículos que aparecían por todos lados. Para todos tenía que ser una gran noche, la noche que separaría el antes y el después de nuestras vidas... El final ya lo conocía y no era lo que más me apetecía, y ¡¿a dónde diablos iba a ir con las muletas?! Al rato de estar allí se unieron a nosotros las chicas, alguna ni me miró, otras lo hacían con desagrado y lástima. No recordaba lo que les había hecho, pero seguro que me merecía su respeto... Sin saber por qué, lo único que me apetecía era largarme de allí con Claire. Quería celebrarlo solo con ella.

Claire era muy lista, también tranquila y reflexiva, justo lo contrario a mí. Sus ratos de contemplación no los entendía porque para mí era perder el tiempo ¡Ignorante! En esos ratos ella veía tantas cosas que yo dejaba escapar por mis prisas y ansias...

Era muy alta, pelo largo castaño, de bellos y grandes ojos verdes, atlética, y muy locuaz de forma siempre inteligente. Estaba apoyado en un coche intentando escuchar a los chicos mientras mi mente la describía. No me había dado cuenta de su ausencia hasta que alguien silbó. Claire volvía sin la toga, con vaquero ajustado, cazadora de cuero y botas vaqueras. ¡También tenía tipazo! ¿Cómo pude pasar de ella? ¿Es que había estado ciego, o tonto de remate?

Me pareció guapísima, y era tan buena chica... Desconecté de todo y solo la miraba. Debió darse cuenta y se acercó al coche.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—Marcharme contigo lejos de aquí.

Las palabras me salieron solas, sin pararme a pensar que a ella le podía apetecer estar con todo el grupo en el que también estaba su mejor amiga. Se acercó a ella y le dijo algo al oído, regresó sonriendo y diciendo muy decidida:

—¡Venga, te voy a llevar a un sitio que te va a encantar! ¡Conduzco yo!

¡Su casa! Condujo por un camino que yo no conocía y no me percaté hasta que estábamos entrando por la puerta de atrás. Su hermano y yo siempre habíamos entrado por la puerta principal, con las motos. ¡Me había llevado a su casa! ¿Y eso me iba a encantar? Conocía aquel lugar de palmo a

palmo. Me ayudó a salir del coche y me dejé hacer encantado fingiendo hacerlo peor de lo que podía, era agradable sentir como quería cuidarme y me había prometido no ignorarla nunca más. Dimos la vuelta por todo el jardín, rodeando la piscina despacio, sin decir nada. Al otro lado, un camino de piedrecillas apareció bajo mis pies, y a unos veinte metros se adivinaba una pequeña casa de madera que estaba tapada por árboles.

Claire encendió una luz al lado de la puerta que estaba pintada de verde.

—Pasa Gabriel, adelante. Bienvenido a mi casa —sonrió. A mí se me escapó una carcajada.

Lo primero que percibí fue un suave olor a madera húmeda que me transmitió calidez. Tenía una cama, estanterías abarrotadas de novelas, enciclopedias, libros de arte, globos terráqueos, una pequeña nevera y una mesa con tres sillas diferentes; todo era pequeño. Olía a incienso, había unas varitas gastadas encima de una de las sillas.

Aquel espacio no tendría más de quince metros, suficiente. Todo su mundo estaba allí dentro. En una esquina guardaba cientos de bocetos y dibujos en un viejo baúl.

—Siéntate, ¿te apetece beber algo?

—Sí, claro —le contesté mientras miraba un cuadro.

El grito, de Edvard Munch... Me sorprendió su enmarcado y la colocación al lado de la cama, veía más típico en ella tener una escena romántica o campestre; no sé, quizás no la conocía bien a pesar de que ella me dio la oportunidad muchas veces.

—Bueno... ¿qué te parece? —me preguntó, aún sonriendo.

—¿Aquí es donde te escondes del mundo?

—¡No! Aquí es donde viajo por él sin salir de este espacio.

Hablamos de mí, de ella, de pintura y de la vida. Era delicioso escucharla, estábamos tan a gusto que nos dieron las seis de la mañana y, por primera vez, tenía la cabeza despejada después de una fiesta, porque para mí lo era, la mejor en mucho tiempo.

La de cosas que aprendí en una noche con Claire... Después de algunas cervezas teníamos más hambre que sueño y le propuse comer algo; cerca de allí estaba “Casa Rosa”, un lugar perfecto para comer sándwiches y pollo con jengibre a esas horas.

Fue la mejor graduación que podía desear. Cuando Claire me dejó en mi casa, papá ya estaba despierto, desayunando en la cocina y con una sonrisa de oreja a oreja. Nos había visto llegar y, como no me decía nada, yo se lo aclaré.

—Hemos estado hablando. Claire es la amiga perfecta. Y eso fue todo.

Después de aquella noche me tomé un tiempo para decidir qué rumbo tomar. Quería independizarme y vivir por mi cuenta. Nos reunimos en el salón principal y expuse mis ideas a toda la familia, y aunque les pareció bien, mamá no creía necesario que me tuviera que marchar de allí para trabajar. Les hice entender que necesitaba un cambio radical, que tenía que madurar, tomar las riendas de mi vida y responsabilizarme de mis actos.

Papá tenía muchos contactos, estaba muy bien relacionado, y me dijo que tenía intención de hablar con un redactor especializado en deportes para que pasara con él una temporada haciendo prácticas. Lo tenía muy fácil, y era precisamente lo que yo no quería: toda la vida rodeado de comodidades y atenciones, a cualquiera le gusta algo así, pero me había desafiado a mí mismo, y quería ver hasta dónde podía llegar solo haciendo uso de mis recursos y lo aprendido durante años. Quería empezar cuanto antes sin dejarme dominar por mis ansias. De nuevo, mi entusiasmo me venció y mamá se salió con la suya sin proponérselo, ¿cómo pagarás una vivienda? Por eso papá no discutió llevándome la contraría; si realmente quería conseguir cosas, primero tenía que trabajar para ir ahorrando, lo cual me iba a llevar un tiempo en el cual tendría que seguir viviendo con ellos. No me quedaba más remedio, no iba a permitir que siguieran dándome cheques para comprar esto y aquello. De momento, mis planes se venían abajo. Le mostré mi descontento a la abuela, que se reía, y me dijo:

—No tengas prisa, no la necesitas. No se puede empezar a construir por el tejado —y al final consiguió que yo también riera.

Tenía que aprovecharme de la influencia de mi padre y avanzar poco a poco.

Me deshice de un montón de cosas, vendí mis motos y me quedé con la más pequeña. También todos mis equipos y los cascos. Una tarde me acerqué a la facultad, fui a llevar libros para dejarlos en la biblioteca principal. Al rato de estar allí uno de mis profesores me vio y vino a

saludarme.

—¡Qué tal, Gabriel! —esbozó una amplia sonrisa al verme.

—Hola, señor Tomas.

Se alegró mucho de verme sin las muletas, apenas pudimos hablar porque tenía que dar clase.

Al comentarle lo de mis prácticas en un periódico el señor Tomas aceleró el paso, y me pidió que le siguiera hasta que entramos en una habitación. Sacó un montón de folios grapados de un cajón enorme, eran trabajos de otros alumnos que habían estado allí y eran buenos periodistas deportivos.

—Toma, llévate los —me tendió la mano ofreciéndome aquellos papeles—. Te pueden ayudar.

Le di las gracias y me despedí. Anduve unos pasos para dirigirme a la salida.

—¡Eh, Gabriel! —me gritó de repente el señor Tomas— Estoy aquí para lo que necesites —yo asentí sonriendo.

El señor Tomas no lo sabía, pero siempre fue mi profesor favorito.

Cuando se está en prácticas no se cobra, y suerte que a mí me daban algo. Después de ocho meses no tenía ni para dar una fianza, pero estuve viendo un par de áticos en Manhattan. Eran perfectos para mí, y también caros. Entré en un estado de resignación, y después de aquellas visitas inmobiliarias me deprimí. Fui presa de la monotonía y la dejadez. Una tarde de máximo desánimo, estaba sentado en el sillón de mi dormitorio, mirando algo pero sin ver nada, y con una frase en eco desde el fondo de mi cerebro. *No vas a conseguir tu desafío, no vas a conse... No vas a...*

Una y otra vez, me estaba entrando dolor de cabeza y ya tenía bastante con la molestia lumbar...

Entonces recordé el grito, ¡el cuadro de Claire! Hacía meses que no la veía. Sé que le preguntaba a su hermano para saber de mí, también recordé la risa que nos dio a los dos cuando a ella se le quedó pegado en el pelo un trozo de pollo con jengibre. Fue una noche genial. Me apetecía verla y me fui a su casa sin avisar, quería darle una sorpresa. De paso, me acercaría al periódico a dejar un trabajo que tenía que haber entregado días atrás.

Cuando llegué Claire estaba en el porche leyendo un libro, y al verme gritó tan fuerte que alguien se asomó por la ventana.

—¡Gabriel! ¡Qué bien que por fin te veo!

—Hola, Claire, ¿cómo va todo?

—Bien. ¡Estás estupendo!

Ella sí que lo estaba, bronceada y con una sonrisa fantástica.

—¡Un segundo! —le dije y volví a la moto a coger un paquete—. Toma, Claire.

— ¿Y esto? ¿Me has comprado un regalo?

Me apetecía comprarle algo y me había pasado por “Art de Chántele”, la mejor tienda especializada en artículos de bellas artes; un libro de pintura contemporánea me pareció adecuado y se lo había dedicado.

“Para mi futura pintora favorita. Con todo mi cariño, Gabriel”.

—Gracias, es un libro muy bueno. A partir de ahora cada vez que lo vea me acordaré de ti.

Estaba muy agradecida, pero aquel detalle no era nada comparado con la suerte que me aguardaba a mí. Tomamos café y nos pusimos al día. Me hubiera quedado horas y horas hablando, cada cosa que decía me parecía más interesante que la anterior. Estaba muy a gusto con Claire pero, tenía que ir al periódico, y era tarde.

—Me ha encantado que vengas, espero que la próxima vez no tardes tanto —me dijo mientras yo arrancaba la moto. Casi le dio tiempo a darme un beso.

—Hasta pronto Gabriel —susurró.

—Adiós.

Salí de allí a la velocidad del rayo; se estaba poniendo el Sol y encendí las luces. En una hora cerraban el edificio, tenía que darme prisa. Mi amiga estaba guapa, se la veía feliz; llegué a tiempo mientras pensaba que un día tenía que invitarla a cenar en Casa Rosa.

¡Maldita sea! Tanto correr para nada, me había dejado la carpeta con los informes en casa de Claire. “¡Soy un impaciente!”, me acusaba en voz alta, “¡He venido para nada, joder!”.

El no prestar atención me daba problemas, pero esa tarde mi error era el principio de un gran acierto. Qué ganas tenía de estampárselo en la cara a mi desafío... ya casi no me acordaba de él.

Llamé a casa de Claire, quedamos en que su hermano me traería la carpeta al día siguiente a

primera hora. Todos los que daban por hecho que me quería dedicar al tema deportivo estaban equivocados. Ya había demasiados informadores deportivos que lo hacían muy bien y tampoco me gustaba tanto como para dedicar mi vida profesional a comentar y opinar desde el otro lado. No sería objetivo, porque para mí el deporte implicaba libertad, experimentar riesgos, todo lo que había desterrado para mi futuro, por eso gustaba tanto lo que escribía. Transmitía entusiasmo en cada palabra, transmitía mi esencia, y a largo plazo no hubiera funcionado.

Después de más de un año me había acostumbrado a mi situación: solo salía alguna tarde con mis amigos o iba a casa de Claire para leer juntos. Ella estaba terminando la carrera y el amor llamó a su puerta; me alegré mucho, pero también envidié a mi sustituto en las tardes de lectura.

Se acabaron las salidas y las cenas en Casa Rosa, que era lo único que hacía para desconectar un poco de todo.

Lo malo era que en el periódico también se habían acostumbrado a mi trabajo, les salía barato y hacía lo mismo que cualquier profesional bien remunerado. No me exigían nada, y, para ser sincero, no me esforzaba apenas y todo lo que les presentaba les parecía bien. Si en algún momento tenía que cambiar o añadir algo de última hora no había problema, pero me faltaba la pasión de hacer algo que realmente me gustara.

Estaba estancado, frustrado, y temí volver a las andadas. Probé a hacer otro tipo de trabajos por mi cuenta: buscaba datos en la biblioteca, pasaba horas tomando notas en la hemeroteca sobre noticias antiguas y las volvía a escribir desde mi perspectiva, con mi estilo. Cuando acumulé suficientes lo repartí por otros periódicos, me armé de valor y me vendí muy bien. Alguien se fijaría en mí.

Faltaban tres días para el cumpleaños de mamá y me disponía a salir para comprarle un regalo, aunque no tenía ni idea de qué cuando sonó el teléfono.

—Hola, Claire —me paré en seco, con la mano en la manija a punto de abrir la puerta—.
¡Gabriel, ponte al teléfono, es Claire!

Era la primera vez que llamaba y quería hablar directamente conmigo. Solo me dijo que fuera a su casa lo antes posible, tenía que decirme algo muy importante. La noté entusiasmada, una sensación

bien conocida por mí.

Fui todo el camino intentando adivinar que era tan importante, quizás se había prometido en matrimonio, o algo relacionado con los estudios que quería compartir conmigo.

Claire pintaba bien y con gusto, quizá alguien le había comprado un cuadro, tenía docenas en la buhardilla. Cuando llegué se sorprendió de lo rápido que acudí a su petición. Si su llamada hubiese llegado un par de minutos después yo hubiera pasado la tarde solo, con mi indecisión, visitando un montón de tiendas llenas de regalos.

¡Alguien se había fijado en mí! ¡Se habían interesado por mi trabajo! Eso era lo que me tenía que decir Claire. El día que olvidé la carpeta en su casa la curiosidad la llevó a echar un vistazo y bajo muy buen criterio mandó algo por fax. Claire conocía a una persona que dirigía una editorial de libros de arte, y también otras empresas donde yo podría encajar en algún puesto. Pensó que me ayudaría enseñando mi talento, y estaba segura de que lo valorarían, ¡acertó!

Yo solo tenía que llamar para concertar con esa persona una entrevista. Me llevé una tremenda alegría, no sé la de veces que le di las gracias mientras la cogí en volandas por todo el salón. Aquello teníamos que celebrarlo; como tenía novio, convencimos a su hermano para que nos acompañara y nos fuimos los cuatro. Cenamos, nos reímos y después tomamos una copa mientras jugábamos al billar. Les contagié mi alegría y nos fuimos a dormir muy contentos. Esa noche volví a destapar la caja de mis ilusiones, me acordé de los áticos, y de nuevo sentí la emoción recorriendo mi cuerpo. Tenía que descansar, pues me esperaba un gran día. La entrevista era a las seis y media de la tarde del día siguiente, y a partir de ahí mi suerte estaba echada.

Acudí a mi cita con un polo blanco, pantalón vaquero y mocasines, arreglado pero informal. Engominé mi pelo y me puse un reloj de mi padre, quería dar buena imagen. Me llevé la carpeta con lo último que había escrito y le cogí el coche prestado a mi hermana. Mis ansias me hicieron llegar a la dirección antes de tiempo, cosa que me vino bien, porque me costó un poco aparcar.

Se abría ante mí un edificio grande y alto, azul oscuro con enormes cristales ahumados, frondosos árboles flanqueaban la entrada. A un lado de la estructura sobresalía una pequeña cúpula de cristal, con un ángel sentado y un libro abierto en sus manos. Cuando entré fui directamente a un

mostrador situado a la izquierda y me indicaron como subir a la tercera planta.

Cuando se abrió el ascensor caminé por un largo pasillo enmoquetado, y casi al final, de nuevo a la izquierda, me encontré con una puerta marrón. Tenía una placa dorada y escrito en color negro “Redactor jefe”. Llamé tímidamente, pero nadie contestó. Transcurrieron unos instantes y sentí una punzada en el estómago al mismo tiempo que escuché.

—¡Señor Gabriel! —levanté la cabeza e hice un gesto positivo con la cabeza— ¿Me acompaña, por favor?

Le seguí hasta otra puerta igual, pero sin cartel. Me invitó a entrar a un gran despacho con asientos tapizados en piel oscura. Era elegante y estaba muy bien decorado, con muchas fotografías antiguas en blanco y negro que llamaron mucho mi atención.

Su rostro, entre amable y enigmático, rondaría los setenta y tantos años, nada que ver con lo que yo esperaba. Aquel hombre, llamado Alfred, buscaba a alguien joven y, revisando mi trabajo, supo que yo era perfecto para hacerme un encargo personal. Vio en mi trabajo gusto por el detalle, análisis minucioso y preciso, con cierto estilo decadente en mi forma de escribir. Su voz profunda me tenía absorto con sus explicaciones, ¿qué quería de mí? Me miraba fijamente y revisaba papeles una y otra vez; me sentí un poco intimidado, llevábamos allí treinta minutos y todavía no me había dicho cuál iba a ser mi cometido. En unos segundos que me pilló mirando una de las fotografías me dijo lo que quería que hiciera.

—Quiero un informe exclusivo y completo sobre el pueblo más raro que encuentre —sonó rotundo, me sorprendió, y él lo noto—. Tómese todo el tiempo que necesite, nada de prisas — seguía mirándome fijamente.

Le expliqué que haría el encargo por las tardes al salir del periódico, visitaría todas las bibliotecas, hemerotecas, y revisaría toda la geografía que encontrara especializada en pueblos extraños. Me escuchaba atento, pero de repente dijo:

—¡No! Le voy a pagar mucho dinero, por eso quiero que lo viva en persona y me cuente su experiencia con todo lujo de detalles ¡Quiero que lo viva, que sienta el lugar y me lo transmita!

Sin duda me había calado bien, si le fallaba me daría igualmente una pequeña compensación

económica y un trabajo en alguna de sus empresas, pero tenía que dejar mi puesto en el periódico. Me despidió mientras me daba un teléfono por si necesitaba algo en cualquier momento.

Salí del edificio pensando que Claire debía ser muy importante para él. Mientras conducía de vuelta iba recordando sus ojos, su confianza en mí. Parecía conocerme tan bien...

No tenía límite de tiempo, pero mi preocupación fue cómo se lo iba a tomar papá. Tenía que urdir un plan o no me creerían, y el señor Alfred me pidió encarecidamente que no aireara el asunto, lo que me pareció tan raro como todo lo demás. Además, aquel trabajo no tenía nada que ver con lo que había estado haciendo hasta ese momento, pero creí que si todo provenía de Claire podía estar tranquilo, así que me serené un poco. Tuve que engañar a todos, pero en ningún momento me sentí culpable, pues al fin y al cabo solo era un encargo, un golpe de gracia. Tenía que hacerlo bien y pronto sería propietario de un fantástico ático. Aquel enigmático hombre me estaba abriendo las puertas a mi independencia.

Primero fui a despedirme del periódico; una parte de mí lo estaba deseando, se llevarían una sorpresa y un disgusto, pero la sorpresa me la llevé yo. Allí todos estaban al tanto y tenían preparados los papeles y mi baja laboral; les había llamado el señor Alfred con instrucciones muy precisas, me quedó bien claro que el hombre en cuestión era alguien con poder. Me entregaron un sobre, en el reverso ponía: "Para el encargo". Cuando lo abrí, casi me caigo redondo al suelo. Había mucho dinero para dieta y transporte, y también contenía mi pasaporte. Me quedé perplejo y, de nuevo, intenté serenarme.

¡No tenía que haber vendido mi Kawasaki! No había sido buena idea, con la moto que me había quedado no iba a llegar muy lejos y el mundo me esperaba. Junté todo el dinero que tenía guardado y me acerqué a una tienda de vehículos de segunda mano.

¡Allí estaba esperándome! Era condenadamente fea, el modelo pasadísimo, pero corría como un demonio y era segura. Nadie se fijaba en ella, por eso le habían bajado mucho el precio.

—¿De verdad quieres comprar eso, chico? —me preguntó el dueño de la tienda.

—¡Sí, es perfecta! —contesté sin mirarle. Él lo hacía todo el tiempo como pensando que me había dado un golpe en la cabeza y no coordinaba.

Aquel trasto se iba a convertir en mi compañera de viaje, y, sin saber el motivo, sentí la necesidad de comprarla. Aquella moto era de todo menos discreta, el dueño de la tienda conocía a mi familia y me dejó un casco para volver a casa. Sentí que le había quitado un peso de encima, ya que no creo que nadie la hubiera comprado jamás.

Dejé la moto en el garaje del hermano de Claire y le dije que había sido un capricho y me tenía que guardar el secreto; no me hizo preguntas. A cambio, le dije que le daría mi pequeña moto. Yo me quedaba más tranquilo y él contento y con la boca cerrada. En mi habitación todavía tenía guardado mi casco favorito, que me acompañaría junto a la mochila de fuerte cuero y las botas para la moto (que, además, servían para la lluvia). No sabía lo que me podía encontrar.

Mamá se empeñó en mandarme todo al destino que nos hubiera asignado la empresa, y tuve que ingeniármelas para poder hacerlo a mi manera. Mentirles ya formaba una parte de mí.

Eran las siete de la mañana, el día amaneció nublado, me despedí prometiendo que llamaría a menudo. Estaban un poco disgustados, no terminaban de entender por qué no me podían llamar ni saber mi dirección. Fui a por el trasto a casa de Claire, allí me esperaba una parte de mi pequeño equipaje. Lo tenía todo preparado y me marché sin saber a dónde.

¡Mi gran viaje comenzaba!

Era sábado, durante un buen rato dejé parcialmente subida la visera del casco para sentir el aire en mi rostro. Apenas había tráfico ¡la carretera para mí solo! Era estupendo sentir aquella sensación de nuevo y la primera que no corría de noche. Disfruté tanto que me olvidé de todo y solo avanzaba a gran velocidad. La euforia me quemaba por dentro, solo sentía que la moto y yo éramos uno.

Llevaba conduciendo casi tres horas, para mí tres minutos. El trasto era muy cómodo. De pronto empezó a llover y el agua me hizo volver en sí. Reduje la velocidad y busqué un lugar para comer algo, estaba hambriento y necesitaba ir al aseo. Un bocadillo, zumo y tarta de chocolate con naranja; comía y pensaba en el día de mi graduación, de la suerte que tuve de encontrarme con Claire, y gracias a ella estaba en aquel sitio, rodeado de gente que entraba y salía, apretando el sobre adosado a mi pecho, recordando el despacho adornado con fotos en blanco y negro. Fue

entonces cuando empezaron a llegar un grupo de motoristas. Tenía que marcharme, uno de ellos estaba mirando el trasto con gran interés y yo no tenía ganas de dar explicaciones sobre la moto. Pagué y salí rápido por la puerta lateral que daba a la gasolinera. Con las vueltas compré pañuelos y una botella de agua.

Continuaba lloviendo y me puse un chubasquero que había metido en la mochila. Con el estómago lleno me encontraba más tranquilo, así que reanudé la marcha despacio. Aquel camino embarrado me llevó hasta un cruce con varias direcciones. Dudé y, finalmente, decidí seguir hasta Nueva York, ya que conocía bien una parte de la ciudad y para empezar me pareció lo más adecuado.

No paró de llover y el trayecto se me hizo muy aburrido. Cuando por fin llegué a la gran ciudad fui directo a un hotel económico y discreto, nada de lujos ni estrellas. Ya en la habitación, tomé una ducha que me dejó nuevo. Me cambié la ropa interior y las botas por las deportivas, descansé y luego bajé a tomar un café. Llamé a casa para decir que estaba en mi nuevo hogar y que todo estaba bien. Miraba la taza esperando a que aquel trozo de porcelana me dijera qué hacer esa tarde, por dónde empezar, a dónde ir. Aún me encontraba un poco cansado, pero me apetecía andar y despejarme.

Empezó a llover sobre la gran ciudad. Subí a la habitación a por el chubasquero que todavía estaba húmedo y me puse otra vez las botas. De nuevo abajo, compré un paraguas plegable en recepción. Al salir a la calle pasaron por delante de la puerta del hotel unas muchachas adolescentes, iban cargadas de libros, carpetas y archivadores... Parecían felices y despreocupadas, las miré disimuladamente unos instantes y me dieron la respuesta: ir a una biblioteca. Caminé observando todo a mi paso. Era una ciudad maravillosa, nunca la había visto así, con luz, con gente que parecía saber a dónde se dirigía, y no como yo, que estaba perdido y me estaba entrando dolor de espalda. A ello había que sumarle que me estaba mojando porque el paraguas era bastante malo. No me importaba, pero mojado no me iban a dejar entrar en muchos sitios (aunque yo no supiera en cuáles). Me fui resguardando todo lo que pude y crucé una avenida entera, seguí recto por un gran camino lleno de asientos a ambos lados, árboles y alguna que otra escultura abstracta. Al cabo de un rato me encontré pisando un centro cultural. Tenía una zona de

libros bastante extensa. Mis pertenencias mojadas se quedaron fuera, pero el sobre y la mochila siguieron conmigo. Me senté y descansé un poco en una mesa individual.

Miré, busqué, pregunté y volví a buscar pero solo encontré unos pequeños fascículos sueltos sobre pueblos de España y Francia que no me ayudaron nada. Estaba perdiendo el tiempo, así que me informé de dónde estaba la biblioteca más cercana y me dieron un papel con el nombre, dirección y horario. Andando desde allí tardaría cuarenta minutos y el lugar cerraba en hora y media, sabía que si andaba muy rápido tendría problemas con mi cadera, y las botas no ayudaban mucho. No estaba cómodo y decidí volver al hotel disfrutando del paseo; ya iría a la biblioteca a la mañana siguiente con mi trasto.

Me hice con un mapa de la ciudad y otro de la zona en la que me encontraba en una tienda de las que siempre están abiertas. Había de todo y la fiché por si en otro momento necesitaba cualquier cosa. En la guía también localicé tres bibliotecas más, y dos centros de lectura cerca de donde estaba, pero aquello se podía hacer eterno buscando un pueblo raro. También compré algo para cenar en la habitación. No hacía falta, pero quería minimizar gastos, cosa que no había hecho nunca. Mientras caminaba me imaginé viviendo en un gran ático, con vistas espectaculares desde mi despacho, ya convertido en un eficiente periodista que ganaba mucha pasta, feliz y satisfecho de mi vida.

—¿Quieres vender algo?

—¿Eh? —una mujer interrumpió mis pensamientos dándome propaganda.

—¿Quieres? —insistió.

—No, gracias.

Aceleré el paso y enseguida llegué al hotel, y, sin saber por qué, fui a ver mi moto. Al observarla tuve una corazonada y quedé confundido, “solo es cansancio” me dije a mí mismo. Tenía que dormir y descansar, sentía la mente saturada con tanta novedad e incertidumbre. Ya en la habitación caí en la cama como un plomo, quitándome las botas tumbado, a cámara lenta. Había dicho en recepción que me despertaran a las ocho; me olvidé de cenar... de todo.

La lluvia caía con fuerza, pero no sentía el agua, ni tampoco miedo, solo la velocidad y el aire chocando contra mi cuerpo. Era algo que nunca había sentido, diferente a todo lo que conocía, parecido a ir hacia adelante, flotando. No sabía cómo llegar a mi destino y decidí parar cuando encontré a un policía de tráfico para que me ayudara.

—Buenos días. Me ha parecido que iba usted muy rápido. ¿Qué quiere, que le multe? —reconocía su voz, ¡era la voz del señor Alfred!

—¿En qué puedo ayudarle?

Le conté mi historia de forma breve, él observaba mi trasto extrañado y miraba mi casco.

—¿Para qué quiere un destino concreto? ¡No busque! ¡Los mapas no sirven, déjese llevar y dé al señor Alfred lo que quiere! Luego, vaya a celebrarlo con su amiga Claire, ¡vívalo! —el policía se reía, cada vez más fuerte y más cerca de mi cara.

—¡Aaag!— me desperté sobresaltado y sudando.

¡Qué angustia!, ¿dónde estaba? Mi respiración entrecortada y mi corazón latiendo a mil... Solo había sido una pesadilla. Estaba muy aturdido, bebí un poco de agua y me dormí.

—Buenos días señor, son las ocho —escuché decir al recepcionista.

Colgué el auricular con la imagen del policía en mi cabeza, riéndose y apuntándome con la porra. Encima de la mesa seguía lo que había comprado para la cena, ahora tenía una pinta horrible y yo tenía tanta hambre que me rugían las tripas. Por lo menos no me dolía nada a pesar de mi noche agitada, me encontraba bien y con ganas. Solo necesitaba llenar mi estómago; me comí dos desayunos completos en una cafetería cerca del hotel y, cuando me disponía a coger el trasto para ir a la biblioteca, volvió a mi mente el policía “¡No busque! Los mapas no sirven”.

El sueño me había dado la respuesta que buscaba; tenía que avanzar sin ningún tipo de información, dejar todo en manos del azar, abandonarme a mi suerte. Cuando estuviera en el lugar correcto, lo sabría. Mi corazonada del día anterior solo había sido la antesala a mi sueño revelación. Me puse el casco con la intención de salir de la ciudad, pero tuve que volver a la habitación a coger la bolsa que guardaba en un armario. Me despedí con una sonrisa y tiré el paraguas a una papelería.

Después de varios días había visto un montón de gasolineras, zonas de peaje donde pasaba la noche, probado todo tipo de menú y café. Visité atentamente pueblos que divisaba desde la carretera, todo me resultaba familiar y normal, nada raro o que llamara mi atención, tenía que ir más lejos.

Esa mañana tuve una crisis, había sido una semana intensa y me quedé en la habitación descansando, realicé ejercicios de relajación y tomé mis pastillas. ¡Malditas crisis! Hacía ya tiempo que no había tenido ninguna. Cada dos días llamaba a casa, y en cada llamada me sorprendía más de mis propias mentiras e invenciones, pero de momento todo estaba controlado.

No llamaba la atención allí donde paraba, solo algunos niños miraban el trasto. Doce días y nada, no veía nada raro en ningún sitio, solo sentía carencias, así que me dejé llevar por el sentido común.

Tenía que ir a Europa o a África, y eso implicaba coger aviones. Me fui al aeropuerto, y si quería llevarme la moto tenía que esperar dos días y no era algo seguro. Cuando ya me lo confirmaron, reservé un vuelo económico. Transportar la moto resultaba más caro que mi viaje, pero donde fuera yo iría ella, pues la necesitaba. Dormí en un hotel cerca del aeropuerto. El taxista me llevó por su cuenta, puesto que yo no conocía nada. Rompía un poco mi bagaje económico pero también ir a otro más barato implicaba gastar en taxis, una cosa por la otra. La moto se quedó en el aeropuerto. Un poco de lujo me vendría bien para recargar pilas, solo estaría dos noches en el hotel, que contaba con numerosos servicios, y me quedé todo el tiempo sin salir del complejo. Me alimentaba en el buffét, aproveché para lavar bien la ropa y por fin disfruté de un delicioso café.

Por la terraza de mi habitación veía a los clientes en los jardines. Señoras sentadas leyendo libros y revistas... me había parecido ver algo de leer debajo de una bandeja. ¡Sí! Dos revistas de moda y una guía turística. Me dio risa, mi subconsciente seguía buscando. Egipto fascinante, India de las mil y una noches, España, Los Fiordos, y un desplegable completo donde ponía: "No busque más, visite Irlanda". Me dio más risa, en letra decorada y de mayor tamaño continué leyendo, "Los pueblos y costumbres más sorprendentes aquí". Pensé, algo sorprendente también puede ser raro, me estaba haciendo un lío y se suponía que no iba a leer nada sobre viajes, destinos o países, y de

nuevo sentí otra corazonada. Irlanda me atraía, en casa se contaban historias sobre los celtas que yo siempre escuché muy atento de pequeño, y me parecía un buen destino. Una vez allí lo dejaría todo al azar, tenía que estar allí donde fuera, lo más cómodo posible y relajado para mantener lejos las crisis. Mi salud no era cuestión de azar.

El viaje transcurrió tranquilo. Me senté en ventanilla solo, y durante el despegue imaginé qué diría Claire o mi padre si me vieran. Les había engañado y tuve un pequeño remordimiento de conciencia, pero desapareció en cuanto una azafata anunció que podíamos quitarnos el cinturón.

No quería pensar en nada, era difícil dada la situación, porque saber que estaba en manos de la suerte me ocasionaba inquietud, y con mi carácter era una bomba de relojería. Intenté pasar el viaje durmiendo, así que pedí amablemente que no me molestaran. Desperté con la voz de la azafata seguida de un gran aplauso.

Estábamos en Irlanda.

Había soñado un montón de tonterías y tenía hambre. En casa nunca había oído rugir mis tripas, la nevera siempre estaba llena, toda la cocina lo estaba, y mamá tenía una cocinera que le ayudaba. Esperé más de una hora hasta que me entregaron el trasto, y, cuando por fin tuve la moto delante (que seguía siendo tan indiscreta como especial para mí), lo primero que tenía que hacer era echar gasolina o me quedaría tirado en cualquier momento. Busqué una gasolinera después de comerme un bocadillo dentro del aeropuerto... Echaba de menos las comidas tan ricas de casa.

Saqué una moneda del bolsillo y me la jugué a cara o cruz, la lancé y... ¡cruz! Vale, a la derecha. Encontré fácilmente una gasolinera, casi me dejó tentar y compro unos mapas. En el fondo sabía que era un inconsciente y eso era lo que me hacía querer seguir. Era adrenalina en estado puro... seguro que cuando Claire se atrevió a enseñar mi trabajo no pensó en algo así, ¡seguro que no! Conduje despacio, no quería forzarme. Había pasado demasiado tiempo sentado en el avión, así que paré en un gran parque y anduve un poco para desentumecerme. Me crucé con varias parejas que paseaban. El aire que entraba en mis pulmones, era más limpio y fresco que el de Nueva York, era muy agradable; solo habían pasado quince minutos y ya tenía la sensación de conocer el lugar. Puede que solo fuera la necesidad de arraigarme de alguna forma, protegerme de lo desconocido y

no sentirme solo a merced de los elementos, de no sentir miedo como el que sentí la última vez en el hospital. Nunca me había sentido solo.

Volví a por la moto y reanudé la marcha. Acordé conmigo mismo parar cada tres horas. Conducía todo el tiempo con una buena faja lumbar, y en esa ocasión continué un poco más hasta que encontré un lugar que estaba lleno de pequeñas casas en hilera. Parecía un pequeño pueblo de paso, no entendía los carteles, pero cuando leí uno en inglés supe que estaba en una zona residencial. Todo estaba muy cuidado. Algo sí llamó mi atención: los coches estaban todos juntos y perfectamente alineados, cercados por una valla de madera. Era buena idea, así se veían las calles despejadas; todo parecía más grande y se apreciaba mejor. Sin duda era un bello lugar para vivir, pero no era raro, demasiado tranquilo para lo que yo estaba acostumbrado. Continué, no quedaba mucho para que anoheciera y tenía que encontrar un sitio para dormir.

Resultó que cada cierto tiempo me iba encontrando con residenciales parecidos al primero. Al cuarto paré; era grande y los coches estaban aparcados en las puertas. Me crucé con varias personas, también pasé por delante de una peluquería y una licorería. Me animé a entrar con la esperanza de poder recibir ayuda, y de nuevo la sensación de tranquilidad me envolvió a pesar de la gente y la música. Desde la barra de la licorería me contemplaba impassible una mujer de pelo blanco, robusta y con gafas. Apenas me dirigí a ella en inglés se puso a gritar mirando hacia un lado, entonces salió un hombre sonriendo. Era un clon de la mujer, también robusto, con gafas y pelo blanco... su doble masculino. Contuve la risa mordéndome la lengua.

—Disculpe a mi esposa, no habla bien su idioma, ¿qué le sirvo?

No me apetecía tomar nada pero igualmente pedí una cerveza. Me parecía justo a cambio de información y, encima, tuve mucha suerte; justo al salir del residencial por la parte de arriba había una casa de huéspedes. La mayor parte del año permanecía cerrada, pero habían abierto hacia tan solo dos días. Pagué a aquel hombre dándole las gracias. Cuando me estaba guardando el dinero caí en algo, en el sobre había dólares y otro tipo de moneda pero la mayor parte eran libras irlandesas, ¡no había reparado en ello en todo el tiempo! Seguía sin prestar atención... me quedé muy sorprendido, era como si todo el tiempo algo me estuviera empujando a llegar hasta allí, ¡qué

tontería! Me podía haber ido a cualquier otro lugar del mundo, encontrar la guía turística solo había sido casualidad. ¡Ya estaba otra vez desvariando! Llegado ese punto sabía que tenía que dormir y descansar.

Como suponía, era el único huésped. Nada más entrar, el delicioso olor de algo que estaban cocinando me abrió más el apetito.

—¡Hola! —grité dos veces. Enseguida salió un muchacho joven sonriendo. Me fijé en que todo el mundo allí lo hacía, era su forma de aceptación, sin más. Aquel joven me miraba entusiasmado; al ver mi casco pensaría que llevaba una moto alucinante. ¡Ay, si la viera! La dejé aparcada a la entrada del residencial y ahí pasaría la noche. Como solo estaba yo, pude elegir habitación. Escogí una de abajo para no tener que subir y bajar escaleras; desde arriba había mejores vistas, pero total, solo era una noche, y los aseos con ducha también estaban abajo.

Puedo decir que me agasajaron con la comida. ¡Madre mía! Aparecían diferentes platos cada poco, en veinte minutos estaba la mesa abarrotada... pensé que más gente se iba a sentar conmigo a cenar. Al rato no me podía ni mover y todavía quedaban los postres. Últimamente no estaba comiendo bien ni suficiente y mi estómago se estaba cerrando. Aquella cena me dejó fuera de juego, así que me retiré en cuanto pude a la habitación. Estaba pesado e hice un esfuerzo por llevar mi ropa para que me la lavaran bien. Me aseguraron que a primera hora de la mañana la tendría lista. De vuelta a la habitación tenía tanto calor que abrí un poco la ventana, miré un par de mantas que había encima de un butacón y me entró más calor. Abrí de par en par y asomé medio cuerpo para sentir el frío. ¡Qué rico! Estuve un rato hasta que me refresqué del todo.

Esa noche dormí de un tirón. Era la mejor habitación con la que me había encontrado, quedarme siempre allí mientras hacia el encargo me hubiera resultado fácil.

Abandoné el hostel con mi bolsa llena de comida. Después de veintidós días seguía avanzando. Ningún problema con la moto. Encontré lugares preciosos y comía mejor, no pude escapar de dar algunas explicaciones sobre mi trasto, inventé otra mentira y solo decía que la había heredado de mi abuelo. Ese tipo de historias sentimentales funcionaban bien y noté que caía bien a la gente, aunque solo hablaba con quien me entendía en inglés. A veces con pequeñas dificultades, pero en

general la cosa iba bien. Probé camas de todo tipo, descubrí olores y sabores... solo deseaba no tener una crisis de las que no podía manejar, de las que me obligaban a estar en reposo. Compré más pastillas, me las daban presentando una tarjeta de autorización. Las tenía que tomar de por vida. Esa era mi propia herencia, fruto de años de excesos y locuras, y no estaba orgulloso, así que, aunque fuera mintiendo, tenía la oportunidad de encaminar mi vida, conseguir algo yo solo, valorar las cosas y abrirme paso como periodista sin la influencia de la familia. Seguí avanzando y retándome.

Mi nueva vida de nómada me estaba gustando. Aprendí cosas interesantes, cosas desconocidas por mí. Me compré una chaqueta para no ir todo el tiempo con la cazadora de motorista, ya que, al caer la tarde, empezaba a hacer fresco. Casi todo me resultaba divertido, en más de una ocasión me puse a contar en corrillo cosas sobre Nueva York. Le echaba imaginación y captaba la atención de algunas chicas que me miraban y escuchaban embelesadas, e incluso más de una me hizo sonrojar. Me sentía bien, pero algo en mi interior me decía que así no iba a conseguir mi objetivo. Estaba tranquilo y me había relajado demasiado como para percibir algo raro, mis alertas estaban durmiendo y yo no estaba de turismo. Tenía que encontrar mi encargo.

Me puse a cavilar un buen rato, a ver qué se me ocurría. ¡Viajar por la noche! Lo había hecho muchas veces, ¡pero esto era diferente! Solo era cuestión de probar y lo hice esa noche. Descansé toda la tarde; una buena ducha, cena ligera y un café bien cargado. Debía estar bien despierto, desconocía el trayecto, y en cierto modo era una novedad que me revolucionó la adrenalina. Mi espíritu aventurero hizo acto de presencia de nuevo.

Solo paraba para repostar, ir al baño y comer cualquier cosa. Era como un autómata.

Tres noches así y nada. Encima perdía el día metido en cualquier habitáculo, con lo bien que lo pasaba interaccionando con las gentes de los sitios en los que iba parando. No me compensaba, nada raro y además desgana, ¿qué estaba haciendo mal? No podía dejar que se apoderara de mí la desidia y el aburrimiento, pues ya lo había vivido. Y era horrible.

Hacía una tarde muy buena y, como me encontraba bien, me fui a dar una vuelta. Busqué un sitio donde tomar algo. La cerveza no tenía nada que ver con la que yo bebía en mis fiestas nocturnas;

por fin la saboreaba de verdad, despacio, y después continuaba despejado. Me sentó de maravilla y seguí el paseo antes de marcharme. Me senté en una fuente porque me pareció bonita; si Claire la viera seguro me pediría que le hiciera una foto en aquella pequeña obra de arte, ¿cómo le irían las cosas con su novio? La recordaba cuando escuché, repentinamente:

—Puedes pedir un deseo.

Me giré un poco y me quedé mirando a un hombre anciano delante de mí. Llevaba un bastón blanco, su semblante me transmitió algo positivo. Me sonreía y yo le sonreí.

—Si echas una moneda se te cumple un deseo —repitió, mientras continuaba sonriendo.

Saqué una moneda y la lancé al agua, y mientras lo hacía, escuché al anciano susurrar.

—Pero ten mucho cuidado con lo que deseas...

Se marchó al instante dejándome con las ganas de preguntarle. Fue extraño, se desvió por una calle y lo perdí de vista.

Regresé a mi alojamiento a cenar con la idea de que esa era la última vez que viajaba por la noche, y me acordé de algo que me dijo mi abuela después de un susto: “Cariño, las noches son para dormir”. ¡Qué gran verdad! No creo que le gustara verme en la situación en la que estaba, ¡otro remordimiento! Gabriel, piensa en el ático, piensa en él..., ¡ya no era ningún chiquillo! Me justificaba a mi mismo para sentirme menos culpable, menos mentiroso. Lo cogí todo, lo coloqué en el trasto y me fui.

Era fin de semana y advertí algo más de tráfico que en noches anteriores. Al poco rato divisé una zona que por las luces parecía mucho más grande que todo lo anterior. Todo lo demás me lo había ido encontrando, ¿cómo llegaba hasta allí? Había muchos desvíos y cruces de caminos; tenía todos los sentidos puestos en la carretera, empeñado en llegar a ese sitio de luces. Iba despacio, leyendo un sinfín de carteles, de repente, el camino empezó a ser incómodo, con curvas muy cerradas. Ya no me encontraba con ningún vehículo, y me estaba acercando. Calculé que me quedarían unos diez minutos para llegar. Paré en un cruce, eran las cuatro y cuarto de la madrugada... A ver si continuaba mi suerte y encontraba un buen sitio para alojarme.

Me metí hacia la derecha: más curvas, pequeños baches, y se acabaron las luces de la carretera.

Encendí la luz larga de la moto, nunca me había encontrado con tanta oscuridad conduciendo, y de pronto aparecieron los árboles, inmensos, a ambos lados, bordeando el camino ahora más ancho; pero, de nuevo, curvas. No tenía ninguna visibilidad con tanta vegetación, y, de nuevo, baches (y estos eran bien grandes). Iba muy despacio, y de repente todo se acabó. El camino recto y despejado... ¡no veía las luces! Paré y miré a todos lados ¡me había perdido! Me puse nervioso, lo único que podía hacer era volver por el mismo camino hasta el cruce y tomar otro desvío. Mientras volvía, empecé a ver una luz que se hacía más grande conforme me iba acercando; antes no la había visto, quizá acabaran de llegar ¡Era eso, porque yo iba muy atento! Era una caseta de chapa. Me acerqué y, para mi sorpresa, había un hombre dentro, sentado y despierto.

—Se ha perdido, ¿verdad? Espere un segundo... —y entonces salió.

No me dio tiempo a decir nada, y mi saludo se perdió en la noche. El hombre me miraba con cara de sueño. Le dije que tenía que llegar al sitio de luces, así que me explicó con desgana como ir sin volver a perderme. Le di las gracias y mientras me montaba en la moto, voceó:

—¡Glasfort! ¡Así se llama a donde va!

Bueno, por lo menos sabía a dónde me dirigía. Apenas arranqué, volvió la oscuridad. Miré un rato por el retrovisor: la caseta había desaparecido; era raro, y el hombre más. Aquel tipo se echaría a dormir, quién más que yo se iba a perder por aquel lugar. Me sentía más nervioso y ansioso por llegar.

Cuando llegué al cruce, volví a ver Glasfort. Me metí por el camino del centro como me había indicado el tipo de la caseta y, enseguida volvió la oscuridad. Me crucé con dos coches que parecían bajar de la ciudad... y más baches, ¡qué fastidio! ¡Qué ganas tenía de perder de vista aquella carretera!

De nuevo los árboles... y baches de los grandes, me iban a dejar la espalda baldada. Me dio la sensación de estar entrando en la zona, pero, ¡tenía que haber llegado ya! De pronto, una curva infinita y muy pronunciada. ¿¡Pero qué es eso!?! A unos doscientos metros había un edificio, y ni rastro de la ciudad. No era posible: ¡otra vez me había perdido!

Me acerqué enfadado, lo que pronto dio paso al asombro, ¡era una catedral enorme! Parecía

abandonada, y, sin embargo, tenía iluminada la zona central, donde se podían apreciar los bellos grabados en la piedra. Aquel monumento no podía estar allí sin más cerca debía haber algo.

Eran las seis y media, pronto amanecería. Si esperaba descansando seguro que, después, con luz, podría encontrar Glasfort. Me apoyé en un tronco y me dormí.

El hambre que tenía me despertó, estaba justo delante: ¡era impresionante! Aquel edificio debió de haber sufrido un gran incendio, porque uno de los lados estaba completamente negro. Imponía respeto. Un escalofrío me recorrió entero.

Oriné detrás de un árbol, ¡era estúpido! ¿Quién me iba a ver? Parecía que me escondía de aquel monstruo de piedra. No sé si raro, pero algo especial transmitía el entorno, y hacía frío. Continué por un estrecho sendero de tierra, y luego por un camino más ancho e irregular. De nuevo curvas y baches; me costaba un poco dominar el trasto, pero ¡por fin un pueblo! Me dirigí hacia los carteles para saber dónde estaba, pero no ponía nada, en ninguno. ¡Eso era raro!, ¿sería el sitio que buscaba? ¡Ojalá lo fuera! Estaba deseando empezar mi trabajo y dejar de dar tumbos. Avancé despacio, ¡difícil con el suelo de tierra! No había coches, las casas eran desiguales recubiertas de madera oscura. La escasa vegetación estaba casi seca, ¡qué raro, el ambiente era húmedo! Solo algún arbusto permanecía medio verde; muchos árboles, tan grandes como los que había visto por la carretera, parecían cercar el pueblo. Ningún perro o niño jugando, ¡todo languidecía!, ofreciendo un aspecto de triste y bucólica postal. Parecía estar en otro siglo, en otra época. Era el sitio más feo que nunca había visto.

Dejé la moto aparcada junto a la única casa con color, de momento. Una casa roja. Continué a pie buscando algún sitio donde poder comer. El camino de tierra empezó a hacerse cuesta arriba, paré de golpe al escuchar el sonido de un campanario. Continué andando y llegué hasta un punto en que el suelo era plano. A la derecha había una casa bastante más grande, con una segunda planta, de color gris, y con rejas en la parte de abajo. Escuchaba ruidos del interior, en la puerta había un papel con la foto de los billetes que se usaban en aquel lugar, ¡tenía un problema! Gratis no me iban a dar nada; tenía que llamar al señor Alfred y solicitar permiso para sacar dinero que poder usar en ese pueblo, pero primero tenía que saber dónde estaba, ¡qué agobio! Y, encima, me rugían

las tripas. También necesitaba monedas para llamar por teléfono.

Del agobio pasé al nerviosismo, no estaba acostumbrado a tantas carencias. “Agudizan el ingenio” ¡la frase de mi abuela! Nunca había pensado en ella desde que se la escuché decir hacía años, “A ver cómo sales de esta, Gabriel”, me dije en voz alta.

Solo necesitaba unas monedas. Entré en lo que me pareció un club social y anduve un poco por un pasillo recto que terminaba en una puerta. A los lados había sillas de madera contra la pared y, en esta, candiles encendidos. Al llegar a la puerta oí golpes y dudé antes de abrir. Lo que contemplé me impactó, y lo más curioso es que nadie reparó en mi presencia. Había dos docenas de hombres sentados por parejas en mesas iluminadas con velas, jugando. Unos con cartas, otros a algo parecido al ajedrez. Silencio absoluto, solo el sonido de las fichas se escuchaba allí; era un ambiente muy sombrío. Me acerqué despacio hasta un poyete de madera; estaba lleno de bebidas y había un hombre al otro lado... ni se inmutó. Miraba hacia abajo; al acercarme más levantó la cabeza y su mirada chocó con la mía, sentí otro escalofrió.

—Hola... eh... perdone, tengo que llamar por teléfono —esperé a que me dijera algo, pero se dio la vuelta, ¡no me entendía y encima me ignoraba! Me puse a buscar un bolígrafo dentro de la mochila.

—¿Has venido hasta aquí en moto? —el hombre se había colocado a mi lado. Qué susto me dio.

—¿Me entiende? —solo me contestó que sí y volvió detrás del poyete-barra.

—Se te ve cansado, ¿quieres comer?

—No, gracias. Solo necesito llamar por teléfono.

Le expliqué mi situación y me dejó las monedas diciendo que ya se las devolvería; resultó mucho más amable de lo que parecía y yo seguí sorprendido.

El señor Alfred estaba ocupado y hablé con su asistente personal. Me aseguró que dispondría de cuanto necesitara, solo tenía que abrir el sobre. Dentro llevaba impreso un código, era lo único que necesitaba, ¡había estado a punto de tirarlo! El asistente me dijo: “El señor Alfred se alegrará de saber que está bien, tiene todas sus esperanzas depositadas en usted”.

Eso sí que era raro... que alguien depositara en mí sus esperanzas para que encontrara un

pueblo... Deduje que tenía tanto dinero que ya no sabía cómo gastarlo. En fin, era su problema.

Allí estaba yo, sentado con las manos encima del teléfono, hambriento y abatido. Ese sí era mi problema, con lo bien que estaba en los Hampton. Me pregunté cómo se desplazaría la gente del pueblo, pues no había visto ningún vehículo. Al rato de estar allí sentado, recordé al hombre clon, al de la licorería del residencial. Podía sacar allí el dinero y regresar antes de que anocheciera, pues recordaba bien el camino.

En cuanto comiera algo me sentiría mejor. Me fui directo al poyete, pero se habían marchado. No quedaba nadie. Llamé un par de veces pero nadie vino, ¡estaba solo otra vez! El pasillo tenía la mitad de los candiles apagados, estaba bastante oscuro, parecía que aquella gente tenía un conflicto con la electricidad. Cuando salí a la calle me llevé otra sorpresa: se escuchaba el sonido del campanario y la gente subía en procesión, vestidos de oscuro e incluidas algunas mujeres y niños. A punto estuve de seguirlos, pero me contuve y empecé a bajar para coger la moto. No podía perder tiempo o se me echaría la noche encima, tenía que ir y volver cuidadosamente sobre mis pasos. Ya sabía lo que me esperaba, los baches y las malditas curvas.

Llegar al residencial fue un soplo de aire fresco, e incluso me pareció mucho más bonito después de estar en el pueblo sin nombre. Se me había olvidado preguntar cómo se llamaba, así que di detalles precisos y expliqué lo de la catedral, pero nadie supo decirme de donde venía. Insistí, pero nada. Saqué el dinero fácilmente y lo guardé aparte, luego me metí entre pecho y espalda un guiso de carne que me supo a gloria, cerveza y un buen postre. En la licorería también servían comidas calientes; la señora robusta de gafas me observaba sonriente. Estaba seguro de que nunca había visto a nadie comer con tantas ganas. Me preparó un bocadillo que guardé en la mochila junto a dos botellas de agua, y en esa ocasión no llamó a nadie. Se lo indiqué todo con unos dibujos, le extendí los billetes y ella cogió lo que le debía por aquel festín que me pegué.

Anduve despacio hacía la moto para disfrutar de las vistas; no tenía claro si raro podía ser sinónimo de feo en aquellas circunstancias, pero el pueblo sin nombre era como para pisar allí y salir corriendo.

Al pasar por la catedral paré un momento. Aquel edificio tenía algo magnético, inquietante y, al

mismo tiempo, incitaba a querer entrar, ¿qué había dentro? A lo mejor no había nada, ¡o todo estaba quemado y lo habían aprisionado dentro! Era como un triste recuerdo de sus años de esplendor... las luces continuaban encendidas, la puerta central tenía una gran cerradura, ¿dónde estaría la llave? Todo era una incógnita y me apetecía descubrirla, pero tenía que ser muy prudente: los forasteros parecían no gustar mucho en aquel tipo de lugar.

Dejé otra vez la moto delante de la casa roja. Me dio la sensación de que me observaban desde la ventana. Volví al club social a pagar mi deuda y a preguntar dónde estaba. En la cuenta me crucé con dos personas. Les saludé amistosamente, pero ellos solo bajaron la cabeza, ¡empezaba bien! Pensé que si la cosa no mejoraba a pesar de poner todo de mi parte al día siguiente me pondría a buscar otro lugar un poco más alegre donde no hiciera tanto frío.

En el club social había una reunión. Entré con paso firme, directo al poyete.

—Hola —dije mientras depositaba las monedas que le debía a aquel hombre encima de aquel extraño mostrador.

—Me sorprende que hayas vuelto solo para pagarme —me dijo mientras me escrutaba con su mirada.

—Bueno, me quedaré un tiempo... Tengo que hacer un encargo especial —dije alto y claro. Acabé de decirlo y se hizo silencio total. Me volví y pude ver como cuchicheaban unos con otros y se decían cosas al oído mientras me miraban con desprecio.

—Ni caso —me dijo el hombre de la barra para quitar importancia al hecho—. No te preocupes, es solo que aquí no gustan los extranjeros.

—¿¡Extranjero!?! —grité con enfado.

Lo podía entender, pero, para empezar, era una persona, normal; no tenía deformaciones ni era un extraterrestre, y tampoco creo que tuviera pinta de ser ninguna amenaza. Me indignó tanto que, por un momento, me hubiera puesto a chillar, preguntándoles si se creían más que nadie con el mismo desprecio que ellos me demostraron. No lo hice, no está en mi genética, nunca me ha gustado el enfrentamiento o la pelea; solo soy un corazón aventurero y eso ya me daba bastantes problemas. “Sonríe, Gabriel”, dije para mis adentros, y les dediqué una fantástica sonrisa cínica. No me iba a

dejar intimidar por aquella pandilla de pueblerinos que parecían sacados de una mala película, pero tampoco me convenía mostrarme hostil (eso ya lo hacían ellos muy bien...), pues estaba solo y necesitaba ayuda.

Pedí algo sin alcohol para beber, y mientras el hombre del poyete-barra me servía un zumo, muchos de los presentes se fueron marchando.

—Oscar, así me llamo —me dijo el hombre, en un intento por confraternizar mientras dejaba un plato de aceitunas al lado de mi vaso.

—Yo soy Gabriel, y vengo de Nueva York —me miró asombrado, con los ojos bien abiertos.

—¿Eres un trotamundos? —me preguntó, acercándose, con ganas de saber cosas sobre mí.

—No, cuando termine el encargo volveré a Nueva York —contesté mientras pensaba que nunca volvería allí ni muerto.

Durante nuestra conversación los pocos que se quedaron en el club nos observaban con disimulo. Al día siguiente todo el pueblo sabría mi nombre, procedencia y lo que hacía en Galkay, un nombre tan feo como todo lo demás. En el club social había varias habitaciones, así que alquilé la que tenía una pequeña nevera. El señor Oscar me dejaba subir comida y bebida, y tuve la sensación de que quería facilitarme las cosas.

A media noche me desperté sobresaltado, a causa de fuertes gritos y voces de al menos tres personas. La discusión terminó en unos minutos. Deseé que no fueran todas las noches así.

La habitación se mantenía cálida, la única que también tenía un pequeño aseo completo y potente estufa. Me había puesto una manta gruesa en la cama pero el frío me despertó. Estaba destemplado. Me levanté y fui hacia la ventana, estaba nublado y era muy temprano. La poca gente que veía iba muy abrigada, era muy probable que se pusiera a llover... Me pondría las botas por si acaso. Al salir al pasillo noté mucho el cambio de temperatura. Abajo se oía mucho ajeteo; volví dentro y me puse a preparar mi escueto equipo: la cámara de fotos, el cuaderno especial, una tijera bien afilada, bolígrafos y un rollo de cinta adhesiva para pegar. Si todo salía bien, en breve estaría disfrutando de una fantástica fiesta en mi ático de Manhattan.

Aunque pensaba quedarme por el pueblo, me puse la cazadora de la moto y bajé a desayunar con

todo mi equipo, dispuesto a conseguir algo interesante y con la intención de preguntarle al señor Oscar donde podía comprarme un jersey de lana. En el poyete-barra no había nadie... con todo el jaleo que había estado oyendo y allí abajo solo había un par de hombres medio dormidos.

Tenía algo en la nevera y subí a cogerlo. Me dio por asomarme a la ventana, pero la visión que tuve me hizo salir disparado como una flecha. Crucé todo el recinto en un loco impulso por salir a la calle, llevaba la cámara colgada al cuello y casi me quedo sin ella. Puse mi mano delante para parar el golpe. ¡Qué dolor! Por un instante contemplé las estrellas y la Vía Láctea, esperaba no haberme roto un dedo. Me apreté la mano contra el pecho haciendo fuerza con la otra.

“Tiene todo el tiempo que necesite”, eso fue lo que me dijo el señor Alfred. El dolor me recorría hasta el codo, ¡de nuevo mis prisas entorpeciendo! Me asomé al camino y solo pude ver como ella se metía hacía la izquierda. Tenía que hablar con aquella mujer, vestida con una falda roja que arrastraba por el suelo.

Era el único color que había visto desde mi llegada, hasta los niños que había visto vestían de oscuro. El señor Oscar también; era un escenario mortecino y lúgubre. Si ella no iba igual que los demás podía ser signo de rebelión; solo había visto sus espaldas e intuí que era joven. Tenía que encontrarla.

Mientras iba bajando nadie me miró, me dio igual. Tenía la esperanza de que con el paso de los días se fueran acostumbrando a mi presencia y con ello fluyera mi trabajo allí. Me paré en la casa roja, ¡mi trasto! Mi compañera de viaje tenía el acero helado y coloqué mi mano encima. El frío me alivió, ¡menudo golpe! No había visto ninguna farmacia, pero seguro que estaría en la parte de arriba del pueblo. Si no se me pasaba el dolor tendría que comprarme una crema. Solo había echado el cepillo de dientes y lo de afeitarse en la bolsa. Conocía todos los antiinflamatorios y potingues varios debido a mis continuos accidentes. O tenía mala suerte, o era un torpe; el caso es que había pasado mucho tiempo restregándome cremas por todo el cuerpo. Lo pensaba hasta darme cuenta de que tenía dormida la mano, no era consciente de ella, pero no hice nada por reactivarla. Si no la sentía, el dolor tampoco.

Retrocedí unos pasos para contemplar bien la casa roja. Que allí viviera la mujer de la falda roja

tenía sentido, me pareció una forma de desmarcarse del resto. En esa deducción estaba cuando se abrió un poco la puerta, asomó un brazo y con un gesto me invitó a entrar. Sentí que el corazón me latía muy deprisa, paré unos segundos en el umbral de la puerta y pasé con los brazos cruzados al pecho.

—Pasa, Gabriel —era una voz femenina que procedía de dentro, ¡otro pasillo casi oscuro! Me pregunté cómo sabía mi nombre.

Caminé por el pasillo con la sensación de flotar. Después de unos doce metros se abrió el espacio a un ambiente rojizo con olor a madera, era un olor antiguo, estancado.

Sentada, delante de una mesa redonda, estaba la mujer. La luz tenue proyectaba un aura de brillo a su alrededor.

—Ven, siéntate conmigo —me acerqué y quedé gratamente impactado; era tan hermosa que me sobrepasó su belleza.

Yo me había relacionado y enrollado con muchas chicas, las típicas universitarias más o menos monas. Alguna destacaba del resto; las guapas que no llamaban la atención, solo estudiaban frenéticamente y marcaban distancia al romance. Chicas de mi círculo social, familiar, hermanas de..., ninguna de las interesadas consiguió atarme.

La chica del otro lado de la mesa era distinta, especial, y eso era justo lo que conformaba su belleza: su mirada profunda, oscura y fría como el hielo, su boca carnosa y bien perfilada, rostro anguloso de pómulos marcados... tan distante, y, al mismo tiempo, tan cercana. Me tenía completamente expectante, mirar sus ojos almendrados era como cruzar un océano de sensaciones. Mientras hablábamos no podía más que abandonarme en ese océano... Me tenía fascinado.

Se interesó por mi presencia en el pueblo. Le conté mi viaje y le hablé de Nueva York. Me escuchaba y me iba sirviendo una bebida caliente parecida al té que me sentó muy bien, y su compañía me reconfortó mucho. Llevaba semanas sin conversar con nadie de esa forma tan humana... no me conocía de nada, pero me transmitió que yo le importaba.

Me encontraba tan a gusto que estuve ignorando mi malestar, hasta que uno de los pinchazos fue tan fuerte que me sobrecogí en un gesto de dolor y me agarré la mano.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mientras se levantaba. Era alta y esbelta. Se puso delante de mí y me cogió la mano despacio— La tienes bastante hinchada.

—¡Sí, es por el golpe! — acerté a contestar. Sus manos eran muy suaves y estaban muy bien cuidadas.

—Ahora vuelvo —anduvo unos pasos y desapareció atravesando una puerta.

Me fijé en que todo era de color rojo; una absoluta decoración en ese color podía resultar agobiante, pero no era el caso: era un hogar cálido y acogedor, y por un instante tuve la misma sensación que cuando contemplé la catedral. Era un ambiente envolvente lleno de libros y flores.

Cuando regresó a la mesa trajo un recipiente con lo que ella llamó “el ungüento milagroso”, y se sentó a mi lado. Me aseguró que la mano estaría libre de dolor en breve; me lo puso con un masaje enérgico, pero delicado. Por mi cuerpo habían pasado muchas manos en mis sesiones de rehabilitación, pero su masaje me transportó de ida y vuelta entre el placer y el dolor todo el tiempo.

Podía sentir sus articulaciones en las mías, sus dedos entre mis dedos. Para terminar, dibujó círculos con mi muñeca. No sabría decir a que olía el ungüento, solo que los pinchazos cesaron y mi mano mejoró (y también mi ánimo).

Miré el reloj, llevaba poco más de tres horas. Me había entusiasmado tanto que le había contado mi vida con pelos y señales, pero ella no hizo ningún comentario, pregunta o alusión. Solo escuchaba, introduciéndome en la profundidad de sus negros ojos.

Insistió para que me quedara a comer, muy a mi pesar lo rechacé. Me pareció abusar de su hospitalidad... ya le había robado bastante tiempo. Me ofreció su ayuda para realizar mi trabajo, podía enseñarme el lugar y contarme cosas. Además, si me veían con ella quizá el resto colaborara en alguna medida. Ya en la puerta de entrada le señalé mi cámara y su casa.

—Puedes fotografiar cuanto quieras —me respondió.

¡Eran mis primeras fotos! Comencé a disparar, saqué lo mismo desde todos los ángulos posibles y a mi trasto delante de la puerta. Ella había vuelto dentro, así que quise llamarla para despedirme, ¡pero no sabía su nombre! Di varios golpes a la puerta, salió sonriendo. Intenté hacerle una foto

pero no me dejó pues cubrió su cara con las manos.

—¿Puedo saber cómo te llamas y cuántos años tienes?

—Soy Zora, y mis años son demasiados. Adiós, Gabriel.

Su nombre tenía tanta fuerza como su belleza, ¿demasiados para qué? No tendría muchos más que yo, lo tomé como un gesto de coquetería. A la mayoría de las mujeres no les gusta decir su edad. Subí el camino pensando que siempre había sido muy creído y chulito con las chicas, las manejaba bien y las llevaba a mi terreno. Zora había eclipsado todo eso, toda la mañana en su casa y no sabía nada más que su nombre.

Las pocas mujeres jóvenes del pueblo eran poco agraciadas o feas, supongo que para sus hombres eran perfectas... cuando Dios repartió la hermosura se olvidó de pasar por aquel lugar, ¡qué pena! No entendía que hacía Zora allí. A ella se la veía llena de vida, alguien interesada por saber cosas; le gustaba mucho la lectura, ¡ya sabía algo de ella!

Solo hice fotos a la casa gris, y al final del camino, no me atrevía a coger la moto para ir más lejos porque todavía me dolía un poco la mano. Si seguía sin llover por la tarde, subiría a inspeccionar el resto del pueblo; a ver dónde estaban los árboles cuya copa se podía ver desde donde yo estaba, ¡a lo mejor me llevaba otra sorpresa y cambiaba el entorno! Aparte del campanario tenía que haber más cosas para fotografiar.

Entré en el club muy contento por haber hecho mis primeras fotos.

—¡Hola Oscar!

—Qué contento te veo hoy —me dijo mientras secaba los vasos.

—¡Sí, mucho! —exclamé mientras subía las escaleras.

Me tendí en la cama y durante un rato intenté ordenar mis ideas. La mano me dolía mucho menos. El señor Alfred, Claire, la mujer de rojo... me quedé dormido mientras mi mente dibujaba unos rasgados ojos. Todo era rojo.

Tocaron a la puerta, y me desperté por los fuertes golpes. Llevarían un rato insistiendo para que abriera. Era el señor Oscar.

—Disculpa que te moleste, pero una persona me ha preguntado por ti y me ha dicho que te diera

este sobre lo antes posible.

Me lo dio y yo a él las gracias por subir. Era un sobre muy pequeño y oscuro, en el interior contenía un papel más pequeño donde leí: “No pierdas un minuto más en Galkay, en cualquier otro sitio estarás mejor”.

¿Y que se suponía que era aquello? Un aviso, una advertencia, ¡una amenaza! Si querían asustarme para que me marchara no lo iban a conseguir. Y que en cualquier otro sitio estaría mejor, ¡eso seguro! Todo en general más que raro era desagradable; no iban a poder conmigo, estaba allí, y allí me quedaría hasta concluir mi encargo. Estrujé el sobre en un arrebato de rabia y furia, ¡la mano no me dolía! Zora tenía razón, su potingue era milagroso.

Me comí un bocata que tenía en la nevera. ¡Ay, si mi madre viera como estaba comiendo!

Casi en el último bocado me dio otro arrebato de furia, ¿qué querían, un enfrentamiento? Era tan fácil como preguntar al señor Oscar quién le había dado el sobre, e ir a buscarlo para que me dijera qué problema tenía conmigo... ¡No! No iba a hacer nada, no les iba a dar lo que querían: un motivo para poder echarme del pueblo. Indiferencia, esa iba a ser mi postura: si había podido llegar hasta allí, podía con todo.

El resto del pueblo era más de lo mismo, ¡qué decepción! Vista una foto, vistas todas. La vegetación, tan seca y ajada como la de abajo, ¿de dónde sacaba Zora las flores? El suelo en esa zona estaba asfaltado. De pronto, me encontré delante de lo que pretendía ser un centro comercial. Casi muero de risa, era un local dividido en dos partes: a un lado vendían ropa, zapatos y todo tipo de utensilios para el hogar; al otro, medicinas y tabaco de todo tipo, con un cartel: “Usted se va matando y nosotros le vamos curando”. ¡Toma ya! Nunca me hubiera imaginado una cosa así, de tan mal gusto. Hice fotos a diestro y siniestro, de momento era lo único destacable e igual de feo. Si las miradas matasen en ese momento hubiera estado muerto y enterrado. Yo a lo mío.

Pasó por mi lado una joven que paró, me sonrió y siguió andando sin bajar la cabeza. Eso sí que me sorprendió. Me encontré con dos fuentes muy descuidadas y una figura de un caballo en piedra. Su cara también delataba el triste paso del tiempo; no había visto ninguno, a lo mejor tampoco les gustaban los animales. ¡Qué gente más rara! Continué. Entre dos casas se abría un trozo de tierra,

había un árbol y un carro. Entré para sacar las fotos: le faltaba una rueda y la madera estaba medio podrida, y aun así me gustó. Me imaginé la escena en sus buenos momentos, bajando por el camino, guiado por un caballo o una mula, transportando alimentos o a los niños pequeños. Mi mente creaba una realidad paralela, menos hostil, más humana... en el fondo era un sentimental, y quizá también podía estar equivocado y el pueblo hubiera gozado de un tiempo donde todo fuera diferente.

Me encontraba divagando por un mundo feliz cuando alguien voceó a mis espaldas. Me di la vuelta ipso facto: era una mujer anciana con una expresión de todo menos amigable.

—¿Qué busca? —me espetó con malos modales.

Me disculpé diciendo que solo estaba haciendo fotos al tiempo que señalaba la cámara. Di por hecho que era la dueña de todo aquello.

—¡Márchese ya! —resultó bastante grosera.

Tenía claro que allí no les gustaban las fotos, ni nada. ¡Qué vida más insulsa!

Reanudé el paso y, de nuevo, volvió el suelo de tierra. Era una plaza, le habían querido dar forma redonda con muchos macizos y arbustos en maceta. Allí estaba el campanario y, al parecer, era la única vegetación que cuidaban, pues estaba frondosa. Tomé las fotos desde detrás del follaje en plan romántico. Era, entre comillas, bonito. Paré, casi no me quedaba carrete. Con el panorama de abajo no esperaba disparar tanto; continuaría al día siguiente, ya era casi de noche. Antes de irme, me fijé que el camino continuaba hacia abajo. Me acerqué y enfoqué con la linterna: sería el final del pueblo. Además, estaba totalmente oscuro. Ya lo visitaría en otro momento.

Hasta que llegué al club me fui encontrando con varias personas: un hombre que me miró con desprecio, otro bajó la cabeza y aceleró el paso, un matrimonio cruzó el camino para no pasar por mi lado y un joven me hizo un gesto feo. No podía entender ni justificar su comportamiento hacia mí, así que yo ya ni saludaba.

En el club celebraban una reunión. Pasé rápido, el señor Oscar estaba ocupado y no tuve ni ganas de darle las buenas noches. Me estuve duchando un rato largo, a ver si el agua aclaraba mi mente al tiempo que limpiaba mi cuerpo. Estaba tan triste que no sentía ni hambre ni frío, solo un vacío;

todo parecía un mal sueño, y solo se salvaba Zora. Ella era diferente y me lo había demostrado.

Me senté en la cama. Quizá yo fuera el único culpable de mi situación, por no esforzarme, por no haber intentado encontrar Glasfort; seguía sin corregir mi comportamiento, todo lo hacía con prisa y ansia, reduciendo todo a la comodidad de no hacer nada más aunque el resultado fuera mucho mejor, ¿no necesitaba darme prisa! Tenía que ir con más calma y fijarme más. Casi me rompo la mano, ¿qué iba a ser lo siguiente? ¡Era un desastre! Toda esa adrenalina que había malgastado siempre tenía que canalizarla, de manera que me ayudara a conseguir mis metas, que, en definitiva, eran hacer un buen trabajo, y disfrutar por ello después.

Llevaba en el pueblo casi cinco días y solo tenía unas simples fotos y una conversación con una mujer que no me había dicho nada después de más de tres horas en su casa. No se me ocurría nada, nunca me había preocupado por nada, me lo habían dado todo servido en bandeja. “Deja ya de lamentarte, Gabriel, y mueve el culo”, me dijo desafiante la voz de mi conciencia. Me vestí y me fui a por la moto. Era noche cerrada y no me atrevía a ir más lejos; fui a la catedral, llevaba mi cámara y la linterna que había comprado en una de las gasolineras. Conduje despacio, era un trayecto corto pero complicado (suerte que la moto tenía unas luces potentes). Dejé mi trasto y fui andando por el camino de tierra. Me sentía pequeño e insignificante delante del monstruo de piedra, mil veces que la viera me impresionaría igual. ¡Era imponente! Hubiera dado cualquier cosa por entrar en ese momento.

Fui proyectando mi linterna por toda la fachada, pequeños trozos iluminados que iba recomponiendo en mi cabeza. Estaba tan sola como yo. Tomé fotos indiscriminadamente por delante y por detrás del camino, del árbol en el que me había quedado dormido y de la puerta central que estaba iluminada. Cuando me cansé, me volví a apoyar en el mismo tronco; a pesar del frío y la oscuridad, volvió esa sensación: estaba a gusto. Me sentía atraído por la catedral.

Antes de marcharme, iluminé otra vez la fachada. Fui enfocando las ventanas una por una, eran ocho, y juraría que en una de ellas había alguien. Me sobresalté asustado, me pareció ver una silueta, pero cuando pude enfocar otra vez ya no había nada. Podía ser el reflejo de la vegetación movida por el aire o un ave que ante mi presencia allí se había desplazado. Buscaba una respuesta

lógica y paradójicamente mi cabeza me decía que sí, que había visto a una persona. ¡A esas horas! ¿Y por qué no? ¡También estaba yo allí! Podía ser la persona encargada de mantener el edificio, de encender las luces, etc... En el club social tenían que saberlo.

Mientras aparcaba la moto en la casa roja, Zora me llamó. Eran las dos de la madrugada y me subió de repente el ánimo. Pasé detrás de ella hasta el ambiente rojizo: esta vez conseguiría que me contara algo de ella y del pueblo. Hice lo posible por no perderme en sus profundos ojos mientras hablábamos, pero no lo conseguí.

Me ofreció la misma bebida y varias cosas de comer, también cocinaba de lujo. Se comprometió para ir a enseñarme algo al día siguiente por la tarde, y me aseguró que las fotos iban a ser estupendas; podíamos entrar en el campanario e ir a casa de su tío.

Mientras la escuchaba pensaba lo agradable y guapa que era, y, tras considerarlo, me atreví a preguntarle si tenía novio o lo había tenido. Ella, al recordar, se puso melancólica.

Hubo un chico. Eran adolescentes, tenían ilusión y juntos eran felices. Él siempre le regalaba flores y la esperaba; después de un tiempo, viendo que la cosa iba en serio y que no se cansaban de estar juntos, los padres del chico le prohibieron seguir viéndola. Entonces se veían a escondidas hasta que los pillaron y toda la familia de él abandonó el pueblo. Nunca más supieron el uno del otro.

Todavía hablaba de él con ternura; me emocioné por su forma de contarlo, tan profunda. Quería verla bien y reírse como al principio de la velada, así que le propuse que me enseñara la casa. No sabía qué más hacer.

Me condujo hasta otra habitación más pequeña. De allí provenía el olor a madera: era una mini biblioteca, un exquisito lugar con estanterías llenas de libros perfectamente colocados. También olía a cuero viejo; el ambiente era elegante y añejo. Al entrar en esa habitación, su cara se transformó, su expresión era de satisfacción. Desde niña había estado coleccionando libros, eran su pasión, sus compañeros fieles. Los únicos.

—Elige uno —me dijo, y me cogió de la mano para acercarme a ellos. A la izquierda estaban los libros forrados en piel. Cogí uno de ellos al azar—. Has cogido uno de mis favoritos... te

acompañará en las noches de soledad en el club.

Era una novela de amor. Estaba leyendo la primera página y no me di cuenta de que Zora se había marchado. Volví al ambiente rojizo, no estaba. De pronto, me llamó desde la puerta de entrada.

—Es muy tarde, Gabriel. Gracias por escucharme. Buenas noches.

—Hasta mañana — dije yo.

Me fui con una rara sensación... No me conocía y me metía en su casa por sorpresa; tenía necesidad de hablar, de ser escuchada y escuchar, y, al mismo tiempo, mantenía las distancias de forma sutil. Parecía muy servicial. Me tenía confundido. En cualquier caso, me daba pena: era tan especial para estar en un sitio tan vulgar...

Cuando llegué hasta el poyete-barra me paré, todo estaba descolocado y lleno de vajilla usada por todos lados. Parecía que había pasado una marabunta. El señor Oscar estaba sentado, con las manos en la cabeza y gesto que yo todavía no había visto en él, pero que no me gustó nada, y me extrañó verlo levantado a esas horas.

—Hola —dije escuetamente, él bajó las manos.

—¿Qué hay? —fueron las únicas palabras que articuló.

—¿Se encuentra bien? Parece preocupado.

—Sí, este pueblo va a acabar conmigo —dijo abatido. Acto seguido, se levantó y se fue.

Lo contemplé alejarse pensando que aquel lugar era insoportable. Me subí a la habitación con algo en la cabeza, tanto él como la chica parecían buenas personas... serían felices en Nueva York.

—Pasa, Gabriel. Quiero enseñarte algo —entré nuevamente en su casa. Estaba contenta, parecía muy feliz; iba completamente vestida de negro, hacía juego con sus ojos.

Me insinuaba con actitud seductora que la siguiera. Llevaba los labios pintados con carmín rojo, su seña de identidad tenía que salir por algún lado.

—Sígueme, Gabriel —su voz era sugerente, cálida. Me agarró de la mano y me llevó a la biblioteca; quizá le gustara hacerlo allí, rodeada de libros. Sacó un trozo de tela y me tapó con ella los ojos, luego se acercó a mi oído. Pude sentir su boca carnosa y sensual.

—Elige uno y te lo regalo. Cada vez que lo veas te acordarás de mí, de la mujer de rojo.

Sus manos se deslizaron por detrás de mi cuerpo, desde los hombros hasta la cintura. Me llevó hacía delante, muy despacio, con su cuerpo pegado al mío.

—Coge uno —insistió—. ¡Cógelo, Gabriel! —alargué la mano y topé con la estantería. Recorrí los libros con los dedos como si supiera leer en braille. Me detuve y saqué uno. Lo mantuve con el brazo alzado. Sentía calor, mucho calor, empezaba a sudar.

Zora me quitó la venda. Toda la habitación estaba ardiendo, me iba a quemar entre las llamas con todos los libros. Me estaba asfixiando mientras Zora se reía; tenía los ojos ensangrentados.

—¡Zora ayúdame! ¡Por favor, me ahogo!

—¡No, maldito, ya sabías lo que te esperaba! —dijo entre perversas carcajadas.

—¡Zora! ¡Agggh...!

Me desperté tosiendo y empapado en sudor, ahogándome, ¡otra pesadilla! Sentía el fuego en mi cuerpo, tenía angustia y ganas de vomitar. Me fui corriendo al lavabo, me eché agua por la cabeza y el pecho. Mi cuerpo no paraba de sudar, ¡era horrible! Me seguía faltando el aire y tuve que abrir la ventana, me sentía fatal. Había sido tan real... Me bebí toda el agua que tenía en la nevera, me tranquilicé y fui a la cama. Me tumbé encima de toda la ropa, tenía mucho calor.

¡Zora!... Ella no tenía la culpa, era el maldito pueblo, el ambiente. Se me estaba pegando el mal rollo de aquel lugar, me estaba contagiando, cargándome de negatividad. Nunca había tenido una pesadilla hasta que comencé el viaje. Estar allí no era bueno para mi salud, ni física ni mental.

Contemplé el amanecer desde la ventana, sentado en una silla. Después de la pesadilla me quedé un rato traspuesto pero no pude volver a conciliar el sueño... La peor noche de mi vida en cuanto a dormir y soñar se refiere.

Al parecer no era el único que había tenido mala noche: el señor Oscar seguía con cara de preocupación. Me acerqué y le pedí un desayuno. Le pregunté si estaba mejor.

—Estoy harto —me dijo compungido—. Esta gente no sabe vivir en el presente, siempre están igual. No se permiten ninguna licencia, me tienen desquiciado con sus prejuicios y manías absurdas —no pude contestar, no sabía de qué hablaba. Cuando le pregunté por qué no se

marchaba dejó lo que estaba haciendo y se acercó a mí.

—Ojalá pudiera —sonó descorazonador.

Llevaba viéndolo varios días en diferentes momentos, y su estado esa mañana me impresionó.

Me preguntó cómo iba mi trabajo intentando dar un giro a la conversación.

—Regular. De momento tengo muy poco material. Como esta tarde tengo un compromiso, aprovecharé la mañana para ir a la catedral.

Todo lo que tenía en las manos cayó al suelo, los platos y vasos amontonados estallaron en mil pedazos. Se alteró de repente y me miró. Yo también solté el vaso de café, su reacción me descolocó y me asustó un poco. Me levanté y entré para ayudarlo, pero me cogió de un brazo y me sacó fuera del poyete-barra.

—Dígame, ¿cómo llegó hasta aquí?!

Pensé en la moto, pero esa no era la respuesta que quería y le hice yo otra pregunta.

—¿Qué problema hay en este pueblo, por qué tanta hostilidad?

—Ya se lo dije, aquí no gustan los de fuera.

—¿Por qué? —le inquirí.

—Mire, déjelo. Solo tengo un mal día. Parece un joven muy inteligente. Coja sus cosas y continúe en otro lugar, por favor —insistió—. Déjelo.

Me dio la espalda y desapareció a dónde quiera que se marchara siempre. Le seguí con mucho cuidado. Vivía allí abajo, detrás del salón del club estaba su casa. Lo poco que pude ver era cualquier cosa menos un hogar, tenía más pinta de almacén. No me extrañó, ¿tendría esposa, familia? Entré un poco más y casi me da algo. Apreté los puños instintivamente y todo el cuerpo para no hacer ruido. Tenía fotos en blanco y negro, entre todas visualicé dos exactas, ¡las mismas que tenía el señor Alfred en el despacho! ¿Me estaría volviendo loco?

Fui hacia atrás muy lentamente, seguía tenso, ¡era imposible! Salí a la calle más confundido que nunca, busqué la lógica entre un millón de posibilidades. Llegué hasta la moto mentalmente exhausto y solo me quedó pensar que a lo mejor la secuela neurológica estaba apareciendo en ese momento debido al estrés al que estaba expuesto. Hay accidentes que muestran síntomas después

de meses, incluso años. En el fondo no lo creía, pero si me volvía a pasar una cosa así buscaría un hospital.

Era consciente de que Zora me observaba desde la ventana, así que arranqué la moto rápido antes de que le diera por hacerme entrar en su casa. Necesitaba estar solo.

En mis trayectos no me había cruzado con nadie por la carretera, ni cuando salía ni cuando entraba al pueblo. Aquella gente nunca se movía de allí. El pueblo era como una burbuja para ellos, ¿cómo hacían cuando se les acababan las provisiones, la comida? ¿De dónde salía todo? Muchas preguntas se amontonaban en mi cabeza, no podía darle sentido a nada. Dejé mi trasto, y andando por el camino de tierra me di una respuesta tan lógica como absurda dada la situación: investigar sobre eso, mostrar un trabajo explicando las claves de su existencia. Eso era mucho más raro que el pueblo en sí. Iba a ser difícil, sino imposible. Tenía que averiguar algo esa tarde en casa del tío de Zora.

Con luz diurna la catedral cobraba protagonismo, y en las fotos se apreciarían mejor los grabados y detalles de la fachada. Hice fotos a todo alrededor, enfoqué con el objetivo la ventana, en la que estaba seguro de haber visto a alguien, y disparé varias veces. Me fui a la parte de atrás, hice fotos del entorno y luego me senté un rato. Unida a todo el perímetro de la catedral había una escalera de cinco peldaños. Me puse en el más alto, lo más cerca posible del edificio. Era imposible no pensar en todo lo que estaba viviendo; tenía sentimientos encontrados, mi cabeza me mandaba coger mis cosas y salir corriendo lejos, muy lejos de Galkay, pero también una mínima parte de mi corazón, y a la vez la más fuerte e insistente, me hacía querer quedarme y averiguar todo lo que ocultaba el pueblo y conocer mejor a Zora. Todo lo que pensaba y sentía era nuevo para mí. Me descubría a mí mismo en muchos momentos, y eso en los Hampton nunca hubiera sucedido, estaba seguro.

Dando la vuelta para marcharme oí ruidos. Cuando llegué a la puerta de la catedral, estaba abierta. ¡Mis deseos, cumplidos! Me asomé, prudente y expectante. Era muy incómodo y la visión reducida, mas tuve miedo de abrir más por si la puerta crujía. Empujé levemente con la mano, pero no se movió. Debía pesar una barbaridad. De nuevo, escuché ruidos; era parecido a cuando

se cambian muebles de sitio, golpes fuertes y tos, fuerte y ronca. Había alguien dentro. Pegué más mi cara a la puerta, empujando con el carrillo; me lijaba la piel y me hacía daño en el hombro, pero conseguí meterme unos centímetros.

Había un hombre alto y delgado. Caminaba despacio de un lado a otro, transportando cosas con las manos. De repente le dio otro ataque de tos.

Salí de allí con la cara magullada pero contento. Creía ser capaz de reconocer a aquel hombre si lo veía por el pueblo; quería hablar con él para que me contara algo sobre la catedral. Iba a ser muy cuidadoso con todo lo que hablara, mi indiscreta curiosidad me cerraba puertas, y aunque tuviera todo el tiempo del mundo, quería pasarlo en otro lugar y de otra manera. El aburrimiento y la monotonía del último año y medio era un parque de atracciones comparado con aquel pueblo.

Comí y pagué en el poyete-barra sin decir nada. El señor Oscar solo me habló para saber qué quería de comer. Andaba encorvado, seguía mal, y me dio lástima. Me estaba guardando las vueltas cuando algo me vino a la cabeza, y salí a la puerta del club. El papel con la foto de los billetes vigentes allí no estaba. Me cercioré bien y también miré por dentro, ¡no estaba! No tenía ganas de pensar más: era lo único que hacía y no me servía para nada. Faltaban casi cinco horas para mi cita con Zora. Preferí subir a dormir una larga siesta.

Zora era una caja de sorpresas. Me esperaba en la calle. Cuando llegué no sabía a dónde mirar. Su hermoso cabello negro le llegaba por debajo de la cintura, tenía el brillo de un espejo. Hasta ese momento la había estado viendo con una especie de moño, pero tenía un pelo precioso. Llevaba un jersey rojo, botas rojas y un peto vaquero ajustado, lleno de bolsillos, ¡era increíble, única! El pelo oscuro enmarcaba a la perfección su cara de piel blanca e inmaculada.

—Hola, Gabriel —me plantó un beso en la mejilla y se volvió a cerrar la puerta. Me dejó estático. Dijo que su tío vivía al lado del campanario.

—¿En la moto? —pregunté sorprendido. Quería que subiéramos en ella— De acuerdo —contesté, sin estar muy seguro por ella.

Había mucha cuesta, casi hice un milagro por el trozo de tierra. El trasto respondía y Zora controlaba, y cuando llegamos tuve la clara impresión de que no era la primera vez que montaba

en una moto. Entramos en casa de su tío sin llamar.

—¡Tío, ya estamos aquí! —de pronto, salió un hombre que nos besó.

—Bienvenido —saludó, amable—. Me llamo Brian, pero... por favor, no me llames señor.

—De acuerdo, Brian. Yo soy Gabriel.

Durante nuestra presentación dejó un jarrón con flores encima de un mueble, y le dijo a Zora que después se lo llevara. Al parecer, era él quien le daba las flores.

Pasamos a una sala de estar muy iluminada, ¡era el hombre que estaba en la catedral!

Estaba seguro, y confirmé mi sospecha cuando se puso a toser. Se disculpó diciendo que estaba resfriado. Tenía también muchos libros y fotografías de su querida esposa por todos los rincones; llevaba viudo muchos años. Zora le había puesto al corriente de lo que hacía yo en el pueblo. Brian me explicó el funcionamiento del campanario y de cómo se había criado en la ciudad de Glasfort. Era interesante, también por como lo contaba, con pasión y profundidad... parecía genético en ellos.

—Hábleme de la catedral. Me interesa mucho. Y, ¿por qué está quemada?

Los dos se miraron un instante. Después Brian se sirvió algo para beber, muy despacio. No parecía muy dispuesto a hablar, así que tuve que motivarle con una mentira a medias.

—Esta mañana he fotografiado la catedral y le he visto entrar. Dígame, por favor. Si no hago un buen trabajo estoy perdido.

Seguí con más mentiras como una víctima y, después de un rato dudando, se puso a relatar lo ocurrido.

—La catedral sufrió un incendio cuando Zora era un bebé. En esa época, gente de muchos sitios se reunía para leer y consultar los libros, en su mayoría estudiantes. El día del incendio murieron muchas personas por el humo; otras, quemadas. También un policía y dos bomberos. Entre las personas que ayudaron en el rescate estaban los padres y el abuelo de Zora, que también murieron..., y nunca se dijeron las causas del fuego.

Él se hizo cargo del bebe, la crió y le inculcó su amor por los libros. Cuando Zora cumplió los dieciocho años, se mudó a la casa roja. Siempre habían congeniado bien, solo se tenían el uno al

otro.

Brian siguió relatando lo que pasó ese día y en días posteriores, mientras ella escuchaba con los ojos húmedos, llenos de lágrimas. La miré, y me cogió la mano; pude sentir su dolor. Todas las explicaciones me entristecieron y me dejaron conmovido, pero mi intuición me decía que aquel hombre me había dicho la verdad disfrazada, algo no me cuadraba. No insistí, no quería verla sufrir más. Nos despedimos y llevé a Zora a su casa.

A punto de entrar me preguntó si me apetecía dar un paseo; le dije que sí, pero que fuéramos andando. Se rió, y me hizo pasar a su casa pidiéndome que la siguiera. Pero... ¿no se suponía que íbamos de paseo?

Cruzamos toda la casa hasta llegar a la cocina; detrás de una cortina simulando una ventana había una puerta, y me pidió que saliera.

Me encontré con una zona de tierra con árboles, vegetación y un camino en ambas direcciones. Me quedé asombrado.

—¿Qué te parece? —estaba riéndose, seguro que de la cara de bobo que se dibujó en mi rostro.

—No, no sé —me sentía descolocado.

Me cogió la mano diciendo que íbamos hacia arriba para que yo viera algo. Estaba empeñada en enseñarme cosas.

Primero hacia arriba y luego una ligera pendiente; no era cómodo, pero me gustaba ir agarrado a ella. Me fue contando su época de estudios en Glasfort: era la encargada de la biblioteca, ¡obvio! Jugaba al tenis y al balonmano. ¡Vaya! Nunca lo hubiera imaginado.

Fue un tiempo muy feliz, tenía muchos amigos y a muchos chicos locos por ella, ¡obvio también!

Llevábamos una conversación muy divertida cuando empecé a percatarme de las flores, de todos los colores y formas. Allí cogía Brian los ramos. ¡Estábamos detrás del campanario! Nadie más conocía aquel lugar, un bello paisaje donde iba cuando necesitaba sentir la vida, sentir que estaba viva, que tenía sangre en las venas. Nos sentamos cerca de un macizo de lavanda, cogí una flor y se la puse en el pelo, me ayudó a sujetarla.

—Cuéntame lo que haces en los Hampton —inquirió. Yo le dije todo lo que quería saber, todo

menos hablarle de mis conquistas. De pronto reía, se asombraba, volvía a reír, se mostraba incrédula... su rostro pasó por todo tipo de expresiones, y en todas me pareció hermosa. Me dijo que tenía mucha suerte, pero lo hizo con un tono que no me gustó, y le pregunté por qué no se marchaba a otro sitio. Se levantó de repente y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. ¿¡Que!? ¿Qué había dicho? Me levanté enseguida, atónito.

—¿¡Qué pasa!?! —se puso a caminar y la seguí— ¡Zora! —no reaccionaba y me tuve que poner delante de ella para que se parara.

Le cogí las manos y entonces se desplomó al suelo conmigo detrás. Solo nos miramos, ella me hablaba con los ojos, que con las lágrimas parecían un océano en plena tormenta.

—¿Qué pasa?, ¡dime! —insistí— ¿Es por tu tío?

—¡No, Gabriel, tú no lo entiendes!

—¡Pues explícamelo! —seguí insistiendo— ¡Zora, por favor, cuéntamelo! —le supliqué que parase de llorar.

En ese momento era frágil como una hoja, estaba temblando. Le cogí la cara entre mis manos.

—¡Dime cómo puedo ayudarte!

Me perdí en su boca... besarla y mirarla a la vez. La tumbé despacio, con mi brazo debajo de su cabeza, me coloqué a su lado y me abrazó. Mientras nos besábamos perdí la noción del tiempo, lo que sentía al besarla no era ni de lejos parecido a los besos que regalaba en mis noches de excesos. Besar a Zora era pura magia, una explosión de los sentidos; en ese momento era vulnerable, y continuaba sollozando. Provocaba en mí todo tipo de sensaciones y deseos. Me acariciaba la cara, la volví a besar lenta y profundamente. Al rato noté que estaba más tranquila y su llanto había cesado. Nos incorporamos hasta sentarnos.

—¿Me lo vas a contar? —dije al tiempo que me ponía de pie. Cogí su mano para ayudarla a levantarse.

—¿Qué voy a hacer contigo, Gabriel!

Se puso a caminar y me di por vencido. Fuimos todo el tiempo agarrados, sin hablar. Me daban ganas de besarla otra vez, pero no tuve valor, no podía saber si sus besos de hacía un rato solo

eran fruto de su vulnerabilidad; me necesitaba y se había dejado llevar. No quería equivocarme con ella, algo grave me escondía y ya me importaba demasiado. No me quería decir nada, pero me había pedido ayuda con sus ojos: estaba sufriendo, y tenía que saber la causa. Salí de su casa. Le dije que iría al día siguiente para ver si estaba más animada. Solo asintió y cerró la puerta. Se quedó con su tristeza y yo me fui con la incertidumbre.

El tío Brian iba todas las mañanas a la catedral. Según él, revisaba las luces, daba una vuelta por dentro y por fuera; a veces recogía algún animalillo muerto, comprobaba que todo estaba correcto y volvía al pueblo. Tenía que preguntarle cómo se desplazaba. Tanto control me extrañó, ¡si allí no iba nadie! Aunque es verdad que tampoco tenía nada mejor que hacer para distraerse y mantenerse activo...

No paraba de pensar en él, en todo lo que me había contado. Las piezas no me encajaban de ninguna manera lógica, ¡la situación tampoco lo era! Zora era guapa, lista, había estudiado, tenía inquietudes por saber y aprender, ¿de qué le iba a servir allí? Los chicos del pueblo no le interesaban lo más mínimo y ellos no se le acercaban nunca. No tenía una sola amiga con quién compartir, salir. Solo hablaba con su tío y el señor Oscar, tenía todo lo que necesitaba entre cuatro paredes y un entorno que no la quería, ¿qué vida era esa? Estaba resignada, pero su sufrimiento, ¿por qué? No podía apartar de mi mente sus besos, su boca. Me gustaba, mucho; nunca había estado enamorado, tampoco había sentido lo que con ella. No sabía lo que era pero ya estaba implicado en algo que me sujetaba, y ese algo era la razón por la que no me marchaba. No era un héroe ni su salvador pero quería ayudarla; tenía que hacerlo, lo sentía de verdad. Lo había sentido esa tarde, nuestros encuentros estaban literalmente llenos de placer y sufrimiento en la misma medida; ya no podía terminar el trabajo y marcharme a Nueva York en mi trasto, no sabía lo que podía pasar ni lo que significaba yo para ella. Si el destino nos había juntado sería por algo. Lo quería descubrir, me podía enamorar... sus ojos ya me habían atrapado.

Desayuné mientras que conversaba con el señor Oscar, parecía encontrarse mejor. Esa mañana me invitó, podía ser su forma de disculparse. Él también me había hecho partícipe de su dolor y tampoco sabía por qué. Al próximo que me viniera contando un drama lo dejaba hablando solo y

salía corriendo, era demasiado. ¿Y todo por un ático, por dinero? Mi ambición me había jugado una mala pasada, y tenía la impresión de que la cosa no había hecho más que empezar, ¡a ver si tenía una vena masoquista! Tenía que encontrar el momento y la excusa para entrar en la casa del señor Oscar, después de espiarle me quedé muy desconcertado con sus fotos.

Me fui a ver cómo estaba Zora. Me abrió la puerta vestida con un pantalón vaquero y un raro jersey rojo, llevaba los labios rojos como en mi pesadilla. De nuevo me dejó mudo. Me dio los buenos días, yo solo sonreí dándole un beso tímido en la mejilla.

—¿Quieres pasar un rato? He hecho café.

—Creo que tengo una idea mejor... además, llevas una ropa perfecta, ¡sube a la moto, nos vamos! Me dijo que esperara un momento y volvió a entrar en su casa. Salió con un casco rojo en la mano. ¡Increíble! Me dio por pensar que su dormitorio también era rojo, me lo imaginé muy sensual.

La velocidad era escasa, pero sentirla detrás con sus brazos rodeándome era mucho mejor, parecía que íbamos a cámara lenta. Me resultaba estimulante. A punto de llegar, Zora me preguntó dónde íbamos. Le dije muy convencido que quería hacerle fotos en la catedral. Me soltó e hizo un movimiento brusco, a más velocidad no creo que hubiera dominado el trasto.

—¡No, espera! ¡Para, para, Gabriel!

Paré de mala manera y la miré de cualquier forma.

—¿Qué pasa? —se acercó y me acarició temblando— ¿Zora qué ocurre? —se acercó más con la intención de besarme— ¡No, basta! ¡Dime qué ocurre!

—Contigo es más fácil —dijo mientras rompía a llorar.

Me puse a dar vueltas chillando histérico.

—¿Más fácil que qué? ¡Dime, Zora! ¿Más fácil qué con quién?

No creía estar preparado para aquello.

—Vamos... a otro sitio... —me dijo, más calmada.

¡Claro, era eso! El señor Oscar, ella... cada vez que nombraba la catedral se generaba una gran tensión.

—¡Sigamos! —dije muy serio, e hice algo que creí que me ayudaría.

Obedeció tan sumisa que me sentí un verdadero cafre. Tragué saliva, sentía un nudo en la garganta. Cuando dejé el trasto fui con ella agarrada de la mano por el camino de tierra. Volvió a temblar, parecía que aquel sitio la aterrorizaba. Estaba delante del gigante de piedra, lloraba más fuerte, temblaba, se abrazaba, se puso de rodillas y yo no pude soportarlo más. Me acerqué y la abracé.

—¡Lo siento, lo siento Zora! Perdóname.

Lloró tanto sobre mí, tan frágil, asustada y temblorosa que casi pierdo el control. La dejé desahogarse mientras le acariciaba la espalda. Era dramático, después de un rato se calmó y me soltó. Hice un esfuerzo para dominar la situación.

—Ven —le dije con toda la delicadeza de que fui capaz, y nos sentamos en los escalones—. Zora, mírame, quiero ayudarte, me duele verte así. Solo quiero que confíes en mí, déjame intentarlo, por favor.

—Es complicado —dijo, con un hilo de voz.

—Vale, haré un esfuerzo por entenderlo. Sigo aquí por ti.

Sus ojos eran dos profundos océanos de dolor. Escuché atento y callado como una tumba durante algo más de una hora. Sentí su verdad, pero no le creí, el puzle seguía sin encajar. No quise preguntar nada, en otro momento. Su sufrimiento sí que era real, y tuve miedo por si se resquebrajaba aún más otra vez. Yo ya sentía algo, pero Zora no me había prometido nada. Sobre eso no tenía ningún derecho sobre ella. De alguna forma ya me importaba, o la quería.

Se levantó y se colocó el pelo lentamente. Me pareció una diosa, la diosa de la tristeza. Se colocó bien el pantalón y el cinturón; la contemplé mientras mi mente se perdía en su cuerpo.

—¿Querías hacerme fotos? —preguntó con una sonrisa que me desarmó.

Pasaba de cero a cien en un santiamén. Me confundía sin quererlo y me excitaba, ¡era de locos!

Le hice fotos sentada, de pie, en la puerta, en el tronco que había sido mi cama, en el camino y entre los árboles... hasta que acabé el carrete. Si por ella hubiera sido habríamos cenado allí. Insinuante, dulce, provocativa, era camaleónica: sería una modelo genial.

—Gracias.

—Gracias a ti por quedarte —dijo agarrándome, atrayéndome hacia ella.

Me miró como nunca hasta ese momento, agradecida, dispuesta a contarme el porqué de tanto sufrimiento. Estaba equivocado, era solo su vulnerabilidad. Me abrazó apasionada, me acarició de forma intensa, dispuesta para que me perdiera en su cuerpo. Me besaba, y yo la correspondía más intensamente. Nos dejamos caer al suelo con impaciencia, sin soltarnos; acaricié despacio cada curva de su cuerpo, esculpiendo sus formas. La besaba como nunca lo había hecho en mi vida; sentía su deseo, sentía mis ganas de amarla.

Sus ojos me torturaban en un abismo de incertidumbre. La deseaba, la miraba a ella, al gigante, seguía perdiéndome en sus besos, en su cuerpo de diosa. Nunca había estado así con nadie, así tan expuesto, tan...

Era preciosa, y complaciente hasta morir.

“¡Gabriel detente!”, mi respiración acelerada y profunda me hizo recobrar el control.

“¡No!”, me gritó algo dentro de mi cabeza. No era el momento. Quería amarla de verdad, sentirla de verdad, sin nada que la perturbara, y no era sitio. Un lugar que provocaba en ella sufrimiento no podía ser un lugar donde yo le diera placer. Merecía otra cosa, merecía ser feliz.

—¡Zora, para! —le supliqué— ¡Para, déjame mirarte! —su cara era de miedo y desesperación a partes iguales.

“¡No!”, pensé. Eso no era lo que yo quería, quería que deseara a Gabriel, no a un hombre al que le debía algo. Me vine abajo, por un momento me sentí también vulnerable, entonces ella me agarró las manos, me besó en la frente y dijo:

—Tranquilo Gabriel, nunca nadie me ha hecho sentir lo que tú —rompí a llorar recordando con rabia. Nadie, contigo es diferente...

—Zora ¿qué te han hecho?

Me sentí perdido, confuso, y no era por el pueblo o por el trabajo, ¡era por ella! Por mis sentimientos y deseos que me consumían, era algo que había sentido en Manhattan muchas veces y me daba igual. ¡Zora no me daba igual! ¿Qué estaba pasando? No sabía lo que ella veía en mí, pero yo no era un rato de placer y diversión, un escape o evasión.

Abatidos y con el alma rota, mudos todo el trayecto de vuelta al pueblo, la dejé en su casa y me fui

a mi habitación en el club.

Necesitaba asimilar todo; podía irme, desentenderme de todo, pero, ¡era demasiado tarde! Intenté recomponer el rompecabezas una vez tras otra, pero era imposible, me faltaba información, datos, algo. Y era imposible hablar con la gente del pueblo. Tenía que ayudar a Zora antes de que el pueblo terminara conmigo, o yo terminaría como el personaje del cuadro de Claire.

El agua de la ducha caía por mi cuerpo, borrando las huellas dejadas por Zora en él, las huellas tenían que ser el principio del fin, ¡no quería un desafío, ahí estaba! Era mucho más que conseguir un ático, mucho más que todo lo que pudiera comprar con mi dinero. Del desánimo absoluto fui pasando a la chulería contra mi propio alter ego, desafiándome otra vez con más fuerza. Tenía que investigar, y si quería formar el puzle tendría que hacerlo sin interferencias. Zora me hacía perder el control, tenía que vencer mis pasiones para vencer en mi lucha; si tenía que amarla, primero debía acabar con todos sus fantasmas, y de paso, con los míos.

Empezaría por lo que tenía más a mano. Mientras terminaba de vestirme, sentí un fuerte tirón en la espalda, una crisis era lo que menos necesitaba en esos momentos. Me relajé con los estiramientos, respiré profundo, despacio, diciendo cosas como: “¡Ahora no por favor!”. Me relajé y al rato se me pasó la molestia.

Abajo solo había dos hombres jugando a las cartas, y yo tenía que jugar muy bien las mías. A medio camino entre el poyete-barra y su hogar, grité varias veces.

—¡Señor Oscar! —él salió soñoliento, le había despertado.

—¡Qué!... ¿qué quiere?

—Perdone —dije con aire lastimero—, quisiera pedirle un favor.

—Bien, dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

—Me gustaría hacer unas fotos de su casa, con usted, por supuesto. He pensado que es interesante para mi trabajo —su cara de sueño se esfumó.

—¡Mi casa! No creo que tenga nada de interesante —me lo dijo en otro tono. Insistí mientras me acercaba lentamente.

—Voy a añadir el club social en mi trabajo de forma preferente, y quién mejor que el dueño para

hablarme de él, de su vida cotidiana aquí. Usted sabe, y comprende bien lo difícil que me resulta hablar con las personas del pueblo —dije con una ironía que él no advirtió. “¡No te pases Gabriel!”, me sugirió la voz de mi conciencia. Finalmente cedió, pero me dijo que me diera prisa porque tenía cosas que hacer fuera.

Evité hacer cualquier gesto o comentario, el horroroso hogar del señor Oscar ya lo conocía. Disparé varias veces y lo fui conduciendo cerca de las fotografías; lo distraje para que no se volviera. El hombre se fue relajando poco a poco, no estaba muy espabilado, pasaba tanto sueño como yo.

—Las fotos en blanco y negro son especiales, sobre todo las antiguas, ¿es su familia, amigos de la juventud? —dije, y ahí sí que gesticulé y me acerqué más, pero en segundos percibí su tensión controlada. Con tono desagradable me preguntó si había terminado.

Aquel hombre estaba a punto de explotar. Fui muy osado y me senté en una banqueta, lo miré fijamente a los ojos y dije muy serio que Zora me lo había contado todo en la catedral, que quería ayudarles pero primero tenía que confiar en mí.

—Cómo se atreve... —me dijo y me sorprendió el tono de su voz; no estaba molesto o enfadado, solo parecía harto, cansado.

—¿De qué conoce al señor Alfred? —se sentó, e hice por levantarme a ayudarlo porque me pareció que se caía. Oscar respiró hondo juntando las manos entre sus piernas.

—Nunca nadie ha entrado en mi casa, no ha sido buena idea —dijo entre dientes.

—Oscar, llegué aquí por dinero y créame que no lo necesito. Sé que habla con Zora y nadie más lo hace, el trabajo me da igual, ¡todo me da igual! Pero por ella haría cualquier cosa, después de conocerla no me he podido marchar.

Le abrí mi corazón para que él me abriera el suyo, pero me escuchaba cabizbajo. De repente me preguntó qué le había hecho a Zora, no le entendía, pero supe que ella le preocupaba. Me pilló fuera de juego y simplemente dije que nada, y que Zora me había pedido que le ayudara a él. No sabía para dónde tirar.

—Usted es diferente, no es como los otros.

—No, claro que no —contesté, sin saber a qué se refería.

—Zora me lo ha contado, pero a usted, ¿a usted qué le hicieron? —pregunté muy serio.

—Eso no importa, solo importa lo que le pase a ella. Es muy joven, una muchacha muy lista y tiene toda la vida por delante, por favor —dijo y se puso a lamentarse.

Yo estaba totalmente perdido y acerqué mi banqueta delante de él. Me pidió que lo dejáramos, no se encontraba bien y quería cerrar pronto el club para poder descansar.

—Si me necesita, estaré arriba —y añadí, poniendo mi mano en su hombro—. Estoy de su lado, créame.

Lo que vi en el señor Oscar no era un cansancio físico, era un cansancio del alma: parecía atormentado, lo que me había contado fruto de mi mentira todavía no lo podía entender. Lo malo es que tampoco me cuadraba con lo que me había contado Zora, iba a ser un rompecabezas muy difícil, no debía saturarme; que mis prisas y ansias se olvidaran de mí o lo echaría todo por tierra. Se me ocurrió algo. Me había jurado de momento no verla, pero, ¿y si el señor Oscar iba a su casa y hablaban? Todo se estropearía. Yo quería ir con calma pero era difícil, ¡como todo allí! Me fie de mi intuición. Comprobé que el señor Oscar seguía en su hogar, descansando, y salí del club más tranquilo.

Cuando llegué a la puerta roja, miré mi moto, mi trasto. Pasé mi mano por el sillón. Solo Zora había estado en él sentada. Me hubiera gustado poder disfrutar con ello, “moto y chica” siempre fue mi plan favorito los fines de semana. Llamé a la puerta, esperé y miré por la ventana, no había luz. De nuevo llamé, antes de creer que estaba enfadada y no me quería abrir subí con la moto a casa de su tío Brian, que por lo visto siempre tenía la puerta abierta. Entré un poco y le llamé, enseguida salió.

—¡Hola, qué sorpresa! —espetó— ¿Cómo vas, Gabriel?

—Bien, gracias.

—¿Has venido con mi sobrina? —preguntó, sonriente.

—No, he venido solo.

—¡Aún no ha vuelto! —exclamó, con sorpresa y decepción.

—¿Vuelto de dónde? —pregunté, ya alterado.

—Estaba muy rara, y me ha pedido que por favor no le dijera nada. Se ha ido a la catedral en la bicicleta.

—¡Gracias, Brian!

No le dio tiempo a despedirse. Salí muy deprisa y continué hasta la catedral lo más rápido que pude, me metí con mi trasto hasta la misma puerta del gigante. Estaba abierta de par en par. Entré agitado, ¡había cientos y cientos de libros! Grité más fuerte que nunca su nombre, no contestaba, pero estaba allí, pues la bici estaba fuera. Seguí llamándola, hasta que de repente la sentí detrás.

—¿¡Qué!?

Me volví y la abracé, pero ella no se inmutó. Me separé para mirarla, estaba sería, fría como el hielo. Su mirada y sus ojos me juzgaban. Me hizo sentir culpable de algo, el corazón me dio un vuelco, me descompuse mientras la contemplaba. Diferentes sensaciones recorrían todo mi cuerpo y era desagradable.

—¿Sabes una cosa? Gabriel... ya me da igual, no me importa en absoluto. Haz lo que quieras, eres un lobo con piel de cordero. Reconozco que lo has hecho muy bien y me has engañado con tu condescendencia, solo te pido que lo hagas rápido y desaparezcas.

Me lo soltó todo muy seria y con los brazos detrás de la espalda, acto seguido salió fuera y se sentó en los escalones. Si creía estar confundido aquello era el éxtasis de la confusión. Me dolió mucho que creyera que le estaba engañando, cuando el único engañado era yo. Me senté a su lado.

—¿A qué esperas, lobo? —dijo desafiándome toda ella— ¡Venga, ahí la tienes! Toda tuya, toda la catedral para ti solo, ¡entra ya!

Su rabia e impotencia la mantenían entera y yo estaba otra vez perdido, sin saber, víctima de acusaciones que desconocía.

—¡Basta ya, déjalo por favor! ¡El señor Oscar me lo ha contado todo, sé todo sobre ti, sobre los otros! —exclamó— ¡Encima eres un cínico! ¿Te crees mejor que ellos? El señor Oscar ya me lo advirtió: “Ten cuidado, Gabriel es diferente”. ¿Y sabes? Tenía razón. Tú me has escuchado desde el principio, lo que no entiendo es porque pierdes tu tiempo conmigo. Encima eres morboso y lo

alargas todo.

La oía en un continuo éxtasis de mi confusión. Tanto ella como el señor Oscar habían pasado de la resignación a la derrota, pero, ¿por qué se daban por vencidos?

Me estaba poniendo malo por momentos. Intenté levantarme y no pude, sentí un enorme crujido y tensión en la cadera. Caí, y al impactar contra el escalón me quedé paralizado por el intenso dolor; me repuse un poco para ver cómo se marchaba.

—Zora... espera... no me puedo levantar, ¡ayúdame, te lo pido por favor! —se marchaba sin mirarme siquiera.

Me tumbé de lado como pude; las pastillas estaban en la moto. Había corrido como un loco por los baches y curvas sin la faja lumbar. El dolor era insoportable, tan fuerte casi como los primeros días después del accidente, ¡me inflaron a calmantes! Me caían las lágrimas solas.

Me estaba arrepintiendo de todo, me sentía idiota, y aquellos altibajos emocionales me estaban destrozando a todos los niveles. No podía pedir consejo a mi abuela y llevaba días sin llamar a casa; mi desafío era igual de estúpido que yo, y esos pensamientos, ¡eran lo peor! “Eres diferente. Te crees el mejor. Un lobo disfrazado...”. ¡Yo la quería! La había respetado, y encima era un cínico para ella. Nunca había tratado a ninguna chica con tanta consideración.

—Gabriel... —no podía moverme, pero de nuevo apareció y me ayudó.

Creía que se había ido al pueblo, pero se había escondido detrás de un árbol y me observó todo el tiempo. Me trajo las pastillas y le conté el porqué de las crisis, el porqué de mi cojera. Se compadeció de mí al tiempo que se mantenía fría y desconfiada. En alguna parte de sus ojos quise ver algo que no conseguía alejarla de mí.

La medicina no hizo tanto efecto como otras veces, así que entramos en la catedral y buscamos un sitio cómodo para mí.

Aquel lugar era el Olimpo de los libros, todo estaba bien conservado. Yo conocía diversas bibliotecas, centros de estudio donde el libro era el protagonista; sitios de exquisita arquitectura con el encanto escondido entre las páginas, pero el enorme gigante lo superaba todo con creces. Era tan de todo que faltaban calificativos, y los que estaban se quedaban cortos. Era como si una

mano celestial la hubiera colocado allí para deleite de los mortales.

Todo era de madera que, por suerte, no se quemó en el incendio. Apenas había suciedad o polvo, entendí porque Brian iba todos los días. Tenía mucho trabajo para mantener todo impoluto de forma constante. Había dos enormes escaleras, una a cada lado, que conducían hasta una segunda planta. Arriba, una barandilla de madera tallada con forma de balcón y bellos dibujos en relieve. En el centro de la parte de abajo había mesas de tableros con asientos; desde donde estaba no podía ver más.

Zora había subido arriba. Oía el crujir de sus pasos en eco, el suelo también estaba hecho de madera. Al rato de estar allí dentro me empecé a sentir mejor y no era por las pastillas: aquella construcción tenía algo, ya lo había sentido antes, pero dentro la sensación era más intensa y real. Ella permaneció en la segunda planta unos veinte minutos y cuando bajó se sentó junto a mí.

—No sé quién eres, ni lo que quieres de mí —me dijo muy triste—. Debes de necesitar mucho el dinero, ¿es para mejorar tu salud, por tus hijos? —yo no podía hablar, así que ella continuó— Todo eso de los Hampton, tu carrera de periodismo en la universidad, tus aficiones... todo es falso, ¿verdad? En el fondo no eres más que un pobre desgraciado, solo como yo, que no puede dar sentido a su vida.

—No, Zora, te equivocas. Te quiero, y por eso estoy así —dije sin mirarla y sin ganas.

—Crees eso, Gabriel, pero es solo por el sentimiento de soledad. Por eso te creí, porque tú demuestras una sensibilidad que no me demostraron los otros que fracasaron antes que tú.

Cuando acabó de hablar, la sangre me hirvió y exploté de repente por el dolor.

—¡Los otros! ¿Qué otros? ¡Dime! —inquirí, furioso— ¿Con cuántos has estado? ¡Si ellos te jodieron bien yo no tengo la culpa, solo soy culpable de amarte, y ya no puedo más!

Ambos nos pusimos a llorar. Ella, tan contenida, que sus lágrimas eran gotas de hielo. La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

Zora subió a la segunda planta; la escuché llorar hasta que mis ganas de subir fueron más fuertes que mi dolor. La escalera parecía no tener final: un peldaño tras otro, subí doblado, como si llevara dos bloques de hormigón en los pies. Cada vez que los levantaba sentía una descarga de

pinchazos profundos, un dolor agudo y punzante.

Llegué al final casi sin respiración y casi a rastras hasta el banco más cercano. Me senté y me coloqué de medio lado, esta extraña postura me aliviaba. Había muchos pasillos y vitrinas de cristal al principio de estos; dentro, libros abiertos y expuestos colgados con cordones. Solo podía apreciar la primera. Todo estaba en silencio, y de vez en cuando algún pájaro chocaba contra los ventanales. Estaba anocheciendo y me dormí con el pecho apoyado encima del tablero.

Cuando desperté habían pasado dos horas y Zora estaba dormida a mi lado. La observé en la penumbra; cobijados al abrigo del gigante me sentía seguro, con menos dolor. Ella tenía todo el cabello tirado por encima y por delante de su cara contra el tablero, se escondía de mí. Se lo fui retirando muy despacio, era largo y abundante; abrió los ojos y se quedó quieta mientras le arreglaba el pelo. Me preguntó en voz baja cómo me encontraba. Solo asentí y le acaricié la mejilla con la yema del dedo, dibujando círculos abiertos.

—¿Qué quieres que haga? —me preguntó mientras cogía mi mano y la dejaba quieta en su cara junto a la suya.

—Que me dejes amarte y cuidarte, demostrarte que no soy el monstruo que tú crees —contesté apenado, mirándola a los ojos. Quiso saber quién era realmente Gabriel—. Te lo diré cuando tú me digas quiénes son los que fracasaron —se incorporó para contármelo.

—Antes de ti vinieron cuatro, en el espacio de cinco años. Eran más mayores, vinieron en coche y todos lo aparcaban en el campanario. También se alojaron en el club social. Intenté ser amable mientras hacían su trabajo, les ayudé en todo lo que me pidieron y engañé a mi tío para protegerlo. Al principio eran agradables, pero cuando la cosa se ponía fea se volvían agresivos. Venían por la noche a mi casa y bajo amenazas me preguntaban cosas raras, cosas que yo desconocía, y como no les contestaba se ponían como locos y me traían a la catedral a la fuerza. Ya dentro se ponían muy nerviosos, tiraban y revolvían todo mientras me chillaban e insultaban. Cuando se agotaban me metían en el coche y me obligaban a...

—¡No, para, para, Zora... no quiero oír más por favor!

—¡Gabriel, no me desprecies así, no me odies!

Su voz era la de alguien que se sentía profundamente humillado, y yo no fui capaz de darme cuenta, porque no se me podía pasar por la cabeza algo así, que hubiera alguien capaz de dañarla a ese nivel. En ese momento odié el dinero más que a nada en el mundo, pero a ellos más. Los hubiera estrangulado *in situ*. Tuve un ataque de testosterona, los quería matar y era la primera vez en mi vida que deseaba algo así. Me pude poner de pie de la misma euforia agresiva que me invadió, la miré y me fui tranquilizando, no quería que viera en mí lo mismo que ellos la obligaron a ver.

—¡Mírame bien, Zora! Nunca te haría daño, por nada del mundo; antes me corto las manos, y con las piernas, que me fallan durante las crisis, me puedes tener como animal de compañía —de repente su fuerte risa me sorprendió.

—Ay, Gabriel, sí que es cierto. Eres diferente —continúo riendo, y mi corazón se acomodó. Era maravilloso, era lo que yo deseaba ver: su felicidad, que se diera cuenta que yo no era otro al que entretener. Le pedí que me enseñara la catedral para caminar un poco, pero Zora tenía otro plan, me preguntó que si podía subir unas escaleras con su ayuda para poder enseñarme algo, y entonces me agarró con fuerza.

En uno de los pasillos centrales y al final de este había una escalera estrecha en espiral. Tardamos un poco en subir pero mereció la pena, el último escalón salía directamente a un gran mirador. Había una luz que Zora encendió en uno de los lados: era como una gran terraza, y la luna casi llena nos acompañaba. Desde allí se podía ver parte de la zona de luces, ¡donde yo debía estar! Cómo me alegré de que el hombre de la caseta se equivocara al indicarme el camino; como siempre hiciera lo mismo, ¡pobre el que se perdiera! Me sentía muy contrariado y, mientras, Zora había subido un par de mantas, su tío las guardaba en algún sitio. Hizo con ellas una especie de saco para dormir.

—Ven aquí, conmigo —me pidió entre susurros. Me tumbé con ella, dentro de su improvisada cama—. ¿Te gusta la luna, Gabriel?

—Sí, pero me gustas más tú —yo la miraba y ella miraba al cielo.

—¿Por qué viniste a Galkay? Dime la verdad.

—Por un desafío —susurré.

—¿Apostaste con alguien?

—No, aposté contra mí mismo. Tú tenías razón: lo tenía todo, pero era un desgraciado hasta el día que te conocí. Si no puedo tenerte, entonces mi vida sí que no tendrá ningún sentido —me di cuenta de que Zora no entendía nada.

—Gabriel, este sitio es horrible. Con todo lo que dices que tienes podías haber ido a cualquier parte del mundo.

—¡Sí! —contesté con una carcajada— Es horrible, pero estás tú —dije, y continué un rato hablando.

Se había dormido abrazada a mi cuello. No supe hasta donde me había escuchado. Con ella al lado sí que sentí que tenía el mundo en mis manos.

Más tarde abrí los ojos mirando al cielo y sin sentirla. Estaba seguro de que se había marchado a su casa para que su tío no la encontrara conmigo en la catedral. Me costó un poco andar y más bajar las escaleras. Intentaba disfrutar de aquel lugar excepcional; paseé por los pasillos, veía los libros con los ojos, pero mi mente solo veía a Zora... su relato. El puzle no solo no encajaba, además la información recogida no me servía para nada porque el señor Oscar los acusaba a ellos y ella a mí, nada cuadraba. Si quería continuar tenía que preocuparme por mi salud, descansar. Llevaba semanas hecho un miserable, tenía dinero para gastar en el encargo y con todo aquel descontrol lo único que había conseguido eran unas fotos repetitivas. Estaba acostumbrado a vivir intensamente, pero de otra manera. Debía centrarme en el trabajo y en mí para poder ayudarles, no quería irme del pueblo con dos fracasos.

Decidí hacer algo que en otras circunstancias ni hubiera imaginado. Cuando bajé, comprobé que Brian no había llegado. Quería hablar con él, pero no en esas condiciones en las que me encontraba, así que me marché antes de que nos cruzáramos. El trayecto fue insufrible.

Antes de subir a la habitación llamé a casa, ¡otra mentira! Les conté que el puesto estaba muy reñido y nos habían pedido más tiempo para preparar otra tesis. Cuando colgué me sentí peor que antes de llegar al club. Ya en la habitación, tomé más pastillas y me acosté. Estuve durmiendo

hasta el día siguiente.

Me levanté nuevo, sin ninguna molestia y con hambre. Me duché y me puse la faja lo primero. Tenía que comprar más carretes y otra linterna. Me bajé a casa de Zora con un firme propósito, tenía que desconectar de todo si quería lograr mi objetivo... de todo menos de su compañía.

—¿Estas preparada? —dije nada más abrir la puerta, y la besé con efusividad, pero ella no reaccionó, solo me dijo que estaba loco. Le pedí que cogiera ropa para tres días, lo que necesitara de aseo y el casco, al rato salió con una bolsa de viaje.

Cuando me preguntó dónde íbamos le contesté que no lo sabía, con una sonrisa de oreja a oreja.

Conduje feliz por tenerla detrás agarrada a mí. Cuando llegamos pensé: “¡Por fin estoy en Glasfort!”.

Había gente por todos lados, gente normal. Me alegré, ¡qué tontería! Busqué el mejor hotel, la mejor habitación con vistas a un precioso estanque. Zora no salía de su asombro.

—¡Te has vuelto loco de verdad! —dijo al entrar en la habitación.

—Sí, por ti. ¿Tienes hambre?

Llamé para que nos subieran comida. Hice que la sirvieran en la terraza; todo tenía un aspecto delicioso. Disfruté viéndola comer fruta cortada con chocolate, yo solo bebía champán. Pedí que subieran galletas de jengibre en cantidad, la miraba embelesado.

—Zora...

—¿Qué? —me preguntó con la boca llena.

—Ven conmigo —fuimos hasta la habitación—. Quítate la ropa —empezó a desnudarse despacio—. ¡No! Déjate la ropa interior —la tumbé en el centro de la cama y la miré—. Ahora vuelvo —noté que estaba nerviosa.

Cuando volví a la habitación le coloqué las galletas de jengibre con forma de muñeco por todo el cuerpo, le hice un traje completo con ellas, y le entró risa. Le dije que parara porque se le iban a caer, yo reía también. Le hice fotos hasta que se quedó sin traje, era tan perfecta y hermosa que se aceleraron mis pulsaciones.

—¿Has terminado con las fotos?

—De momento, vuelve a vestirte —se lo pedí mientras pensaba la suerte que tenía por estar con ella.

Dimos un paseo por el hotel. Le hice fotos en el estanque, recorrimos con la moto los alrededores y comimos en un buen restaurante. Todo le llamaba la atención, disfrutaba con todo y yo más observando sus reacciones. Entramos en un centro comercial, reímos hasta casi llorar. Era fantástica. Pasamos la tarde andando, y cada vez que me preguntaba algo el corazón me daba un vuelco; era tan lista... Me emocionaba verla tan feliz con un simple paseo, con ella todo adquiría una nueva dimensión. Pasamos por delante de una floristería, le pedí que esperara fuera mientras yo entraba. Se sentó en una boca de riego. Salí con dos rosas rojas en la mano y se las di.

—Son preciosas, gracias.

—Somos tú y yo —dije mientras ella las cogía—. Recuerda, Zora, tú y yo —las agarró con fuerza.

Disfruté tanto durante la cena que deseé que se parara el tiempo. Allí en Glasfort, con ella, sin nada más... Que se parara para siempre.

No estaba acostumbrada a tanto ajetreo, y nada más caer en la cama se quedó dormida. La miré dando gracias hasta que me dormí.

—Buenos días, la terraza te espera —se levantó de la cama.

Había mandado subir la mejor repostería, café y chocolate. Cuando Zora salió a la terraza se quedó con la boca abierta, y me dijo realmente preocupada que todo le parecía demasiado.

Le dije que nada era demasiado para ella mientras retiraba su silla para que se sentara.

Mientras la veía desayunar, me dieron ganas de tirarle todo el chocolate por encima y hacerle fotos por toda la habitación, ¡tenía que comprar más carretes!

Cualquier cosa que hacía me fascinaba: el simple hecho de mirarla al peinarse hacía que mi estómago pareciera un ti vivo, cuando reía todo se me activaba. Nunca lo había sentido con nadie, con nada.

Paseamos por la parte antigua de Glasfort. Compré los carretes, la fotografié en parques, fuentes,

en la entrada de tiendas de ropa... una de ellas llamó mi atención y entramos.

—No tengo prisa, elige uno —afirmé con la cabeza y le guiñé un ojo.

Era una tienda de exclusivos vestidos de noche. Cuando salió del probador casi me desmayo: rojo ¡era previsible! Escote en forma de corazón y talle corte imperio, con delicados destellos brillantes desde la cadera al suelo. En algunas ocasiones las mujeres de mi familia me pedían opinión sobre sus trajes, algo sabía al respecto.

—¡Sí! Es tu estilo —dije, y nos reímos. La dependienta nos miraba asombrada. Pagué y nos fuimos al hotel.

Durante la cena Zora era el punto central de atención, acaparaba todas las miradas: estaba tan bella que parecía irreal, aquella cena no la olvidaré nunca. Era graciosa, elegante, ocurrente, me tenía completamente ganado con su naturalidad, con su inocencia, ¡qué criatura tan divina! Me hacía perder la noción de todo, era una mujer con letras mayúsculas y la pena era que ella no se valoraba. Me daba lástima, me conmovía, me excitaba y la deseaba en mi vida. Me hacía sentir todo tan intensamente que me daba miedo.

—¡Vamos a brindar! —dije levantando mi copa impulsivamente.

—¿Por? —dudó.

—Por ti, por mí, por el comienzo de nuestra historia de amor —bebió y se acercó a besarme.

Sentí que Zora ya era una parte de mi vida, la más importante y real. Solo ella era capaz de provocar todo eso en mí.

Nos acercamos a bailar al estanque, imaginamos la melodía y nos dejamos llevar. La olía, la acariciaba, la hacía sentir especial ¡lo era! Y ella me hacía sentirme único. Se acercó a tocar el agua, y esa imagen, con el traje rojo arrastrando por el césped, me recordó su falda arrastrando por el camino de tierra en el pueblo. No quería acordarme, era una pesadilla estar en él.

Regresamos a la mesa cuando la orquesta empezó a tocar, el ambiente era más relajado.

—Todo esto, ¿por qué lo haces, Gabriel? No logro entenderlo, deberías estar haciendo tu trabajo - dijo con gesto de desagrado.

—Te quiero, Zora, te lo he dicho ya en varias ocasiones. Solo te pido que disfrutes como yo lo

hago, viéndote a ti disfrutar —le contesté, pero su gesto no cambió, fue a peor.

—Gabriel, solo soy una chica de pueblo, no conozco nada de tu mundo, y... realmente, a ti tampoco. Cuando te vayas a Nueva York seguirás con tu vida, y yo me quedaré más destrozada que nunca y arrepintiéndome de haberte conocido, ¿no puedes entender eso? —se levantó y se fue a la habitación, la observé marcharse y me sentí feliz.

¡Yo le importaba! Y tenía tanto miedo como yo. La dejé sola con sus temores y me fui al estanque. Desde allí la veía sentada en la terraza, me faltaba la cámara.

“Vete con ella, ya lo completarás”, me indicó mi voz interna.

Le pedí a un camarero que subiera champán y dos docenas de rosas rojas.

—¡Señor! ¿A estas horas?

—¡Sí, a estas horas! ¡Sáquelas de donde sea, por favor!

Hacía una noche muy buena. Zora seguía en la terraza, se había puesto una de mis camisas y las zapatillas de baño. Todo le sentaba bien, me puse a hacerle fotos, pero estaba triste y me ignoró.

—Zora, si no me quieres mirar... pero escúchame. Tengo tanto miedo como tú, todo esto no entraba en mis planes. Te quiero, pero me lo pones muy difícil; me sigues en todo, pero estas más lejos de mí que mi casa, y no sé qué pensar —no me contestaba y proseguí—. El día que te pusiste a llorar, cuando te pregunté por qué no te marchabas del pueblo, no dijiste nada. Dímelo Zora, ¿es por el tema económico, por no dejar solo a Brian? Dime, ¡cuéntamelo, por favor, no sé ya qué más hacer y no me digas que no lo entiendo porque eso ya lo sé!

—Gabriel, no puedo marcharme, ¡no quiero!

—Eso no es verdad —dije, arrodillándome a sus pies.

—Sí lo es.

—¡Basta, esto es una niñería! —la cogí de la mano y me la llevé al cuarto de baño, la coloqué delante del espejo.

—¿Tú te estás viendo?.. Eres espectacular, por dentro y por fuera. Abajo en el restaurante te comían con los ojos y a mí me odiaban. No me voy a tragar que una mujer como tú quiera estar en ese pueblo de mierda —en ese momento en que toda la palabra resonó en el baño tocaron a la

puerta—. No te muevas de aquí.

El camarero dejó la bebida y las flores encima de la mesa. Le extendí un billete y su expresión cambió.

Otra vez estaba confuso. Salí a la terraza convencido de que aquella mujer me iba a volver loco: yo quería darle lo que nunca había tenido, entendía sus carencias familiares, su dolor por ello, le entregaría las estrellas si me las pidiera... y ella me bajaba a los infiernos cuando de repente la torturaban sus fantasmas. Yo era periodista, no terapeuta, y con mi amor no bastaba para disipar sus miedos. Zora se esforzaba por mantener una barrera emocional entre los dos, y con eso yo no podía.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? —me preguntó espontáneamente desde la puerta de la terraza.

—Por favor, ven aquí —la había dejado en el baño durante mis reflexiones. La senté en mis rodillas—. Puedo sentir tu cuerpo y créeme que me encanta, pero no puedo sentir tu corazón. ¡Zora, yo no soy como ellos! La prueba es que no te he preguntado nada raro, no me acercaré más a la catedral si con eso estas más tranquila, ¡la verdad! Mi trabajo es un encargo absurdo, la excentricidad de alguien que como lo tiene todo en la vida no sabe que más conseguir. Ahora mismo llamo y digo que lo dejo, dejo el encargo por ti.

—Yo no puedo pedirte eso, Gabriel —dijo suavemente, y otra vez me perdí en su mirada.

—Puedes pedirme lo que te haga feliz, y te lo daré con mucho gusto —dije como pude, porque comenzó a besarme muy lentamente dejándome fuera de juego—. Escucha Zora, quiero que lo que hagas sea porque tú quieres, a mí no me debes nada; es más, soy yo el que te debo por hacerme feliz al poder amarte.

—Pues ámame, Gabriel, ¡hazlo!

La cogí en brazos y me la llevé dentro. De nuevo me sorprendió: mientras yo pensaba en sus fantasmas ella se había dedicado a esparcir los pétalos de las rosas por toda la habitación, y por toda la habitación le hice el amor. Solo contemplar su cuerpo entre las flores era rozar el paraíso, su boca me castigaba con placer infinito. Dulce, agresiva, como su masaje en mi mano, me transportaba por caminos desconocidos por mí. Su expresión de deseo y lujuria era tan real como

todas sus demás expresiones. Con ella llegaba al límite de todo.

Todo aquello era mucho más que sexo, y era la primera vez que yo lo sentía. La primera vez que me abandonaba a los deseos de una mujer, su piel tan suave, su pelo, sus curvas... revuelto todo en mis manos en un ir y venir continuo, me dejaba sin respiración con la intensidad de sus besos y caricias, tan profundas que parecían traspasar mi cuerpo. Sus ojos me arrastraban lejos, a las profundidades de algo tan incierto como real.

—¡Espera, Zora! —me fui al salón y serví el champán en dos copas— Toma... me dejás sin aliento.

Ella solo se rió, bebió y de nuevo siguió riendo, la miraba y sentí la adrenalina corriendo por mis venas. ¡Ahí estaba la esencia de Gabriel! Y lo había conseguido ella, yo creía que era única y especial, ¡era más que eso! Era mi otra mitad, mi perfecta media naranja, la diosa de mis fotografías. Le quité la copa y la besé locamente apretándola contra mi cuerpo, la separé para mirarla y le cogí la cara entre mis manos.

—Eres preciosa. ¡Ponte el vestido rojo! —me miró extrañada y le hice un gesto de ruego con las manos. Salió del baño con él vestido puesto, la agarré de golpe y la acerqué a mí para sentirla.

—¿Me lo vas a romper?

—¿Qué? No, no lo voy a destrozar como tú las rosas —dije pegado a su boca, y la tumbé en la cama—. Zora, te amo, quiero perderme contigo en esos mundos donde tú te escondes para ser feliz. Llévame contigo, te lo ruego —solo la miraba, ofreciéndole todo de mí.

—Gabriel, te vas a arrepentir.

—¡Ojalá lo haga! —le susurré al oído.

Acaricié todo su cuerpo por encima del vestido, era casi tan suave como su piel. Sus manos recorriendo mi espalda y resbalando por mis caderas, ¡mi talón de Aquiles! Sus caricias borraban mis dolores.

—Despacio —dije, y recordé al señor Alfred, y al policía—. No tenga prisa, ¡vívalo!

Besé cada centímetro de su piel, cada rincón de su cuerpo... su olor, estar dentro de ella. Su boca me mataba, y me abandoné en su cuerpo. Zora se abandonó a mi deseo, sus ojos ardían de pasión.

—¿Dímelo Zora! Lo necesito, ¡dímelo!

—¡Te quiero, Gabriel!

La besé más fuerte, más deprisa, y cuando exploté perdí el control. Por un momento toqué con mis manos ese lugar lleno de privilegios donde solo están las diosas, ella era la mía. Seguí sintiéndola, su respiración me hacía estremecer, su placer, toda la estancia era alquimia pura en ese instante. Su cara se convirtió en el reflejo de lo que yo sentía por ella, y consiguió meterme en ese mundo suyo que yo le supliqué; continuaba gritando y estremeciéndose.

¡Me quería! Y eso ya era suficiente, con paciencia la enamoraría, su alma era delicada, tenía mucho trabajo que hacer.

No me cansaba de mirarla, y cuanto más lo hacía, más hermosa me parecía.

¡Las diosas existían y una de ellas estaba en mi cama! Estaba en los brazos de Morfeo. La dejé descansar y bajé al bar.

Me tomé un café doble, y, a pesar de la insistencia de un camarero, le subí yo el desayuno a la habitación y se lo llevé a la cama. Se acababa de despertar.

—Hola. Gracias por hacerme tan feliz y dejar que te ame—no dijo nada y me besó.

—Puedo saber cuántas chicas o novias...

—¡No Zora! Ya sé por dónde vas. Ninguna. Solo eran noches de fiesta. Tú eres otra cosa, tú me has robado el corazón —bajó la cabeza para preguntarme con cierto temor si lo había pasado bien.

—¿Bien? ¡Zora, anoche te amé, y nunca he amado! Todo esto es nuevo para ti, para mí lo único importante es que me quieres.

—No quiero que sufras por mí.

—Ni sufro ni me voy a arrepentir. Estoy seguro de lo que quiero y siento, y no me apetece pasar el día hablando de esto... te espero en la cafetería.

La esperaba mientras me desafiaba mentalmente: sabía que al llegar al pueblo me esperaban varios frentes. Independizarme y vivir por mí cuenta, esas fueron mis palabras, ¡ya lo tenía, de qué me podía quejar! Me lo había buscado yo solito.

Se acercaba despacio hacia mí, se había hecho una trenza a un lado y llevaba el pantalón negro ajustado. Me pareció muy sexy.

—¿Nos vamos a marchar ya? —me dijo con ánimo nuevo.

—Sí, pero antes he creído que te gustaría que fuéramos al lugar donde estudiaste, si quieres, y me enseñas el centro.

—Te lo enseñaré con mucho gusto —dijo en plan gracioso, y nos fuimos riendo hasta la moto—.

¿Por qué tienes esta moto tan fea y antigua?

—Pues mira, para que haga juego con tu pueblo —nos reímos mucho más, cuando quería también era divertida y seguro que tenía más talentos que yo deseaba descubrir.

Me fue indicando el camino, hasta que paré en la puerta del centro de estudios. En ese instante su rostro cambió, era increíble como lo expresaba todo con él.

—¿Entramos? —estaba emocionada.

—Tú primero —me situé detrás de ella y la seguí.

Me recordó a la facultad, todo reducido a un cuarto de volumen. Conforme caminamos por las instalaciones pensaba lo feliz que había sido Zora estudiando allí. Después de un rato se paró a hablar con un hombre, parecían conocerse bien. Mientras charlaban animosamente estuve viendo un montón de fotos que hacían de mural, algunas tenían décadas; en una estaba Zora, era una bella adolescente. Llevaba uniforme y el pelo a ras de los hombros, miré fijamente y me dio la impresión de que sus ojos me atrapaban dentro del cristal. La imaginé en su pupitre, tomando apuntes en clase...

—Gabriel.

—¡Eh!

—¿Continuamos?

—Claro.

Me llevó a un pequeño polideportivo.

—¿Aquí jugabas a tenis? —me miró y asintió varias veces con la cabeza, su sonrisa lo iluminó todo. Me enseñó el resto del centro y antes de irnos se despidió del hombre, era el conserje y

estaba a punto de jubilarse. Zora me hablo de él con cariño, le hubiera gustado ver a alguno de sus profesores, de los que quedaban, pero estaban dando clase. Salimos a la calle, y le pregunté qué tal eran sus notas. Me contó que eran muy buenas, sobre todo en matemáticas e historia, estaba estudiando la carrera de ciencias políticas cuando lo tuvo que dejar a medias. Me sorprendió que le interesaran esos temas. Al preguntarle sobre ello, me contestó que ya no quería saber nada del tema, y se puso a llorar.

—¡No, Zora! Ahí dentro te he visto tan bien...

Entendí que a veces los recuerdos provocan ese tipo de reacciones; ya me daba miedo preguntarle lo que fuera, casi siempre terminaba entre sollozos.

En la acera había dos asientos de madera y nos sentamos. Le sequé las lágrimas con mis dedos.

—Zora, siempre puedes retomar los estudios si con ello te sientes mejor, puedes volver a estudiar cualquier cosa que te interese.

—¡No puedo!

—¡Por supuesto que puedes!, ¿por qué te lo niegas todo? Eres lista, creo que inteligente; podrías comerte el mundo. Sin embargo parece que el mundo te devora a ti, y tú no te resistes. Tengo la sensación de que quieres, pero algo te lo impide—. En ese momento se puso el casco y me pidió que nos marcháramos porque no quería seguir con el tema. Cuando llegamos al hotel subimos a recoger el equipaje. La habitación aún estaba sin arreglar. Me quedé mirando fijamente la cama, Zora se puso detrás de mí y me tocó.

—Para mí también era la primera vez que amaba —me dijo, y mi corazón se puso a dar saltos de alegría.

Se quedó en el estanque mientras fui a pagar los servicios del hotel, el encargado de recepción me dijo: “Señor, con todos mis respetos, yo también hubiera pedido flores”.

Solo le estreché la mano dando por bueno su comentario, y nos despedimos.

La casa roja era un respiro en el ambiente asfixiante de aquel lugar, ¡como Zora en mi vida! Qué difícil era conocerla sin dañarla.

Me senté en una silla en mi habitación e intenté ser objetivo. Quería pasar cada segundo del día

con ella pero tenía que tomar distancia y ordenar todo. No sabía bien qué hacer con el encargo, allí era imposible conseguir nada, el pueblo entero tenía miedo, nadie quería hablar de Galkay, ¡y las fotos! Las fotos del señor Oscar era lo que más me sorprendía y a lo que menos podía dar explicación. Tenía que ir a la catedral solo, impregnarme de su ambiente y escuchar lo que me tuviera que decir el gigante. Dentro solo había libros, Brian no paraba de limpiar y colocar, y sin embargo nadie del pueblo visitaba o iba a leer a la catedral, ni de ningún otro pueblo tampoco. Era imposible que en la licorería del residencial nadie conociera su existencia, ¡menudo follón tenía liado en mi cabeza! Mi razonamiento hacía eses; había gastado ocho carretes, cinco de ellos del pueblo, ¡y no tenía nada! Bajé a que el señor Oscar me sirviera algo de beber. Me senté en el poyete-barra y esperé a que terminara de barrer.

—¡Señor Gabriel! —saludó, sorprendentemente animado.

—Hola, Oscar.

—Me alegro de que haya vuelto, ¿lo ha pasado bien?

—Sí —contesté extrañado.

—¿Ha conseguido buen material para su trabajo?

—No, solo ha sido un viaje de placer, sigo sin nada interesante —continuó barriendo después de servirme. Me pareció raro que estuviera tan afable después de nuestra conversación; al cabo de un rato se puso a mi lado.

—Gabriel, me gustaría hablar con us..., contigo en mi casa, luego, cuando cierre el club —dijo en voz baja mientras barría alrededor de mi taburete.

—Por supuesto, estaré encantado —contesté—. Y, por cierto, gracias por volver a tratarme de tú.

En la mochila llevaba mi equipo, subí a cogerla y salí del club. Estaba deseando saber a qué era debido el cambio de actitud del señor Oscar.

Subiendo por el camino me encontré otra vez con malas caras y miradas de reojo. Al principio me dio rabia, creía que eran unos antisociales maleducados y desagradables, pero solo era miedo, y me daban pena, intentaría no juzgarlos más. Si ellos me respetaban yo no les iba a molestar, no iba a poder pasar desapercibido pero sería más discreto.

Estaba llegando al campanario, “¡Todos dejaban su coche en el campanario!” ¡Uf! Me tensé de repente, tenía que apartar esas frases de mi cabeza. Estaba a punto de entrar cuando me acordé de que el camino continuaba hacia abajo, me daba tiempo a visitarlo antes de que se hiciera de noche. Fui bajando muy despacio para no perder detalle, eran casas viejas, estaban quemadas superficialmente, ¡por eso no había nadie en esa zona! Algunas todavía tenían carteles con los nombres de los inquilinos colgando en las puertas; me paré y comencé a disparar. Después de unos minutos algo llamó mi atención y me acerqué: eran bicicletas infantiles, quemadas y amontonadas. Las fotografié desanimado. Destacaba una casa más grande de dos pisos; entré, lo más cercano a la puerta estaba calcinado, apenas se distinguía lo que había sido. Me adentré más en el edificio, estaba lleno de suciedad, polvo y telarañas por todas partes. De repente me encontré pisando una habitación de bebé. Fotografié la cuna y unos muñecos de peluche, había retratos vacíos, estaban todos juntos encima de un aparador de madera antiguo. En el aseo había frascos vacíos de plástico y toallas mugrosas. Aquello había sido el hogar de alguien joven, quizá una pareja que tenían un bebé o iban a ser padres cuando les sorprendió el incendio.

Entré en dos casas más, y mientras que hacía las fotos sentía como si de alguna forma estuviera violando la intimidad de las personas que habían vivido en ellas. El camino de tierra era negro, un paisaje desolador. A medida que se acercaba el final el fuego era más evidente, las últimas casas no habían escapado de quemarse enteras, estaban derruidas. Justo en el final del camino disparé al horizonte, y mirando por el objetivo hacía la izquierda algo me llamó nuevamente la atención.

Me costó bastante ir pasando entre los escombros para verlo bien: parecía una placa conmemorativa, estaba parcialmente quemada y cubierta de porquería; aún se podían leer los apellidos. La fui limpiando muy cuidadosamente con la ayuda de un palo y casi en el final leí *York*. Me quedé como siempre me quedaba, sorprendido, pero no tenía porqué tratarse de la ciudad. Le hice fotos y disparé nuevamente al horizonte. El sol se estaba escondiendo, tenía poco tiempo para volver y no llevaba la linterna. Me marché con una rara sensación, esa sensación era casi constante en Galkay.

El club estaba cerrado y, Oscar me esperaba sentado en una mesa.

Hubiera subido primero a ducharme, me sentía envuelto por el olor a quemado, pero aquel hombre parecía impaciente por contarme algo.

—Hola Gabriel, siéntate —no dije nada y me senté con él, dejé mi mochila en el suelo—. Me alegro de que te hayas llevado contigo a Zora, hace mucho tiempo que no salía de este lugar. Es una buena chica, no debería estar aquí.

—Oscar, sé que habló con ella, pero creo que no le entendió. Me ve como una amenaza y yo nunca le haría nada malo, ya se lo dije.

—¡Lo sé Gabriel! Desde el momento en que te dejé las monedas... pero tenía dudas, porque me pasó lo mismo con otro y me equivoqué. Cuando la vi sufrir me sentí despreciable y culpable.

—Oscar, sigo sin entender nada. Llevé a Zora a la catedral, y pude sentir su terror por el lugar, ¿qué hay allí? Dígame, por favor...

Me dijo que había libros, algunos muy codiciados por ser colecciones únicas en el mundo.

—¡No! Zora tiene muchos libros en su casa, son su pasión, no es por ellos —contesté—¿Por qué tampoco nadie fuera del pueblo quiere decir nada del gigante?

—¿Así lo llamas? —me preguntó y asentí.

—No lo sé Gabriel, deberías hablar con el señor Brian, yo solo soy un intermediario.

—¿De qué, de quién?

—Es muy tarde y estoy cansado, creo que debemos dejar esto aquí —se excusó, levantándose lentamente de la silla. Yo tan solo asentí.

—De acuerdo. Buenas noches.

Me quedé un rato en el club. Verdaderamente seguía sin información, no sabía por qué los otros eran una amenaza, por lo menos Oscar a mí no me consideraba una amenaza, ¿significaría eso que lo tenía de mi parte? Cogí la mochila del suelo y me fui arriba. Me asexé y me puse a cavilar tumbado. ¡Brian! Parecía un buen hombre, se notaba que arrastraba la tristeza por haber perdido a su esposa, y había criado solo a Zora, parecía que la quería. Me había acogido con los brazos abiertos desde el primer momento, era amable conmigo, o puede que todo fuera una farsa. El día de su relato mi intuición me decía que no todo era tal cual él lo contaba, algo se mantenía oculto, y

lo mismo con Zora y con Oscar, y aquel silencio. Así era imposible, no podía ni empezar el puzle, lo poco que iba sabiendo me alejaba cada vez más de la coherencia. Ellos se comunicaban entre sí, ¡pero no coincidían en nada!

Brian mantenía una buena relación con su sobrina, la había cuidado como si fuera una hija, ¿cómo podía consentir algo así? Tipos que la maltrataban, y encima él les facilitaba su estancia en Galkay mientras Zora le protegía, ¡qué complicado era todo! Y yo, que estaba acostumbrado a esforzarme poco en el periódico... bueno, en él y en todo. Y si lo consentía ¿con que propósito? El señor Oscar tampoco hacía nada y del resto mejor olvidarse. Intentaría dormir pese a mi agitación.

Al día siguiente fui otra vez a la zona quemada, subiendo por el camino me encontré con Zora.

—¡Espera Zora!

—¡Eh!... Hola, Gabriel.

—¿Vas a casa de tu tío?

—No, voy al final del pueblo.

Me dijo que la acompañara para ayudarla con algo, y también que alguien del pueblo le había dicho que me habían visto hacer fotos.

—¿Quién? ¡Si nadie habla contigo!

—Eso es lo que tú crees, Gabriel —musitó, tajante.

Fuimos callados por aquel lugar desolador. La falda negra de Zora arrastraba por el camino; me hubiera gustado hacerle fotos allí.

—Espérame aquí un momento —me lo pidió mientras entraba en la casa de dos pisos. Estar en aquel lugar no creo que fuese beneficioso para ella—. ¡Gabriel ven corre!

Entré sin pensar y sin mirar donde pisaba. Llegué hasta la habitación donde estaba la cuna. Zora lloraba, estaba temblando y muy nerviosa, la abracé.

—¡No, Gabriel, no pierdas tiempo conmigo, sálvalo, te lo imploro! ¡Salva al bebé, se está quemando vivo!

Miré hacia la cuna, estaba envuelta en llamas, con un recién nacido dentro.

—¡Sácalo de ahí Gabriel, por favor! ¡Sálvalo!

¡Otra pesadilla!, ¡estaba ya hasta las narices! Recordé que la cuna que fotografié no estaba quemada, ¡menos mal! Así no se podía descansar, y todas mis pesadillas estaban relacionadas con el fuego, ¡y la voz del señor Alfred!, tenía que hablar con él ¡no, con su asistente! Explicarle lo que estaba pasando, alguna solución me daría, y si no me la podía dar y seguía empeñado en su encargo, cogería a Zora y saldría del pueblo sin pensármelo dos veces.

Vaya nochecita. Luego, el día lo pasaba en babia, ¡y con mi situación! Me iba a salir el café por las orejas. Me apetecía mucho ver a Zora, pero necesitaba estar solo.

¡La zona quemada! La pesadilla podía ser una pista, tenía que volver y observar todo con mucha atención. Esa mañana, el salón del club estaba hasta los topes, y el señor Oscar muy ocupado, no quise distraerlo y pasé haciendo lo posible para que no me viera. Pensé que debería tener a alguien que le ayudara.

No llevaba mi equipo, no me apetecía hacer nada sobre el encargo, estaba molesto y cansado. Alguien se me había adelantado, había una persona sentada al final de la zona quemada, me fui acercando despacio.

—¡Zora!

—Hola, Gabriel.

Le pregunté muy sorprendido qué hacía en aquel lugar. Iba vestida con pantalón y gorra, toda de negro... de lejos hubiera jurado que era un hombre. Al decirme que había sentido la necesidad de ir allí me quedé helado, y le pregunté si estaba bien.

—Todo esto es tan triste, a veces no sé de dónde saco las fuerzas para continuar —la levanté y le di un beso. Ella me abrazó como si yo fuera un salvavidas. Quise que me dijera lo que había pasado allí, pero no lo sabía. Su tío nunca le había contado nada, tampoco acerca de la placa.

Estaba conmigo pero ausente, con la mirada perdida, nada que ver con la elegante mujer del vestido rojo la noche de nuestra cena en el hotel (que era camaleónica me quedo más que confirmado). Le dije que tenía pesadillas.

—Con el fuego, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Me contestó que a ella también le había pasado y que no le quiso dar importancia, hasta que cesaron y pudo estar más tranquila. En esa época vivía sola en la casa roja.

—Zora, hay algo que me viene mucho a la cabeza: tu tío.

—¿Te ha dado algún problema? —preguntó exaltada, separándose de mí.

—¡No, claro que no! No vuelvas con eso, a mí no me tiene que facilitar nada ni ayudarme con mi trabajo a la fuerza. Dime una cosa, ¿por qué lo consiente? Yo no podría, antes me corto las venas.

—¿De qué hablas, Gabriel? —realmente parecía muy confundida con mi comentario.

—Zora, no comprendo exactamente de qué lo protegías, pero conmigo no hace falta —me miró a los ojos y se volvió a acercarse.

—Gabriel, mi tío no sabe nada, nunca le he contado lo de la catedral, lo que me hacían esos bestias.

—¿Por vergüenza? ¡Zora, se supone que él es como el padre que perdiste, tenías que habérselo contado! ¡Él te quiere y yo he dudado de ese hombre!

—No, Gabriel, solo le dije lo que podía.

—¿Lo que podías?

Tenía que contarme algo importante, y se puso a mirar a todos lados nerviosa. Le dije que no buscara, que solo estábamos nosotros allí, y me pidió que la escuchara atentamente.

—¡Es lo que he estado intentando sin descanso, que me digas algo que pueda entender!

—Gabriel, el día que estuvimos en la catedral no te conté toda la verdad. Hace años estuve trabajando en el club social, ayudaba al señor Oscar, prácticamente a escondidas de los clientes del pueblo, que no me pueden ni ver. Le ayudaba con las habitaciones, hacía la colada y esas cosas. Un día llegó un hombre, era joven, como tú, él también vino en moto. Durante una semana me observó, yo me di cuenta, también limpié su habitación. Una de las tardes que regresé a casa me estaba esperando en la puerta, fue muy amable y educado. Me engañó diciendo que quería hablar conmigo sobre el señor Oscar, me pareció muy raro y al final le dejé entrar. Fue un gran error. Me pidió café y se sentó como si nos conociéramos o fuésemos amigos... de la amabilidad

fue pasando a la violencia verbal, y me amenazó gravemente: pasara lo que pasara Brian no podía enterarse de nada, si le decía algo, una mínima insinuación, lo matarían y le arruinarían la vida al señor Oscar.

Me dijo que tenía que ayudar en todo, decir a todo que sí, lo que fuera. Mantener la boca cerrada, antes, durante y después de que estuvieran allí los hombres del encargo. Antes de marcharse hizo un gesto con su mano, la pasó de un lado al otro del cuello. Cuando se fue creo que tuve un ataque de pánico. No lo volví a ver, y cuando fui al club Oscar me dijo que lo sentía mucho, pero que ya no me necesitaba. No le hice preguntas, pude ver en su mirada el sentimiento de impotencia sobre la situación.

Quiero a Brian como a un padre, y no voy a permitir que le pase algo si depende de mí.

Le dije muy asombrado que era una mujer muy valiente, y que me dijera la verdad sobre algo muy importante para mí. Zora había limpiado la casa de Oscar alguna vez, le pregunté si sabía quiénes eran las personas que había en las fotos en blanco y negro. Me dijo que no lo sabía.

Le pedí que hiciera memoria, hacía mucho tiempo y posiblemente lo hubiera olvidado, pero me aseguró que no sabía quiénes eran las personas de los retratos, y quiso saber por qué eran tan importantes para mí. Al decirle que todavía no lo sabía me sugirió que le preguntara al señor Oscar.

Le expliqué que ya lo había hecho, y él se había descompuesto; no quería que lo pasara mal por mi insistencia. Cuando le dije que no sabía qué hacer con el encargo, su expresión cambió.

—No, no me mires de ese modo, por favor, me haces sentir culpable. Te quiero y sé que te lo tengo que recordar constantemente —se puso a andar y fui detrás.

Por la tarde tenía que ir a recoger las fotografías, y le pregunté si le apetecía acompañarme. Me dijo que era una distracción para mí, mirando al suelo.

No pude contenerme, la agarré y la enderecé, juntándola a mí; la besé con fuerza, me correspondió como solo ella podía hacerlo.

—¿Gabriel, que estás haciendo conmigo?

—Intento que puedas ser feliz —dije, y continúe besándola por el cuello hasta que me dijo que me

acompañaría.

Esa tarde nos fuimos a Glasfort. Para mí, era parte del encargo; para ella era salir del infierno y entrar en el paraíso. Tuvimos que esperar casi media hora hasta que nos entregaron todas las fotografías, las guardé en la mochila. Zora iba pendiente de todo, contenta y sonriente. Pasamos por el centro comercial y le propuse algo.

—Zora, tengo que llamar por teléfono. Mientras cómprate una cazadora para la moto.

Me preguntó si estaba seguro mientras que yo le daba un manojo de billetes, e insistí pidiéndole que comprara la mejor que hubiera. Se quedó mirando el dinero.

Busqué un teléfono y llamé al señor Alfred. “El número marcado no existe”, y lo mismo hasta siete veces, ¡no podía ser! Me quedé preocupado, el aparato debía tener algún problema.

La esperé en la salida del centro comercial, después de diez minutos salió con una bolsa y su sonrisa de diosa. Sacó la chaqueta y se la puso, me preguntó muy sonriente que me parecía. Solo le dije que bien.

—¡Gabriel!, ¿no te gusta? Si quieres la cambio.

—No, Zora, no es por la chaqueta, disculpa.

—¿Qué pasa? Te ha cambiado el ánimo, ¿ha sido por la llamada?, ¿qué ha pasado, Gabriel?

—No lo sé, creo que el teléfono estaba estropeado —me dijo que podíamos buscar otro teléfono.

La fui escuchando sin prestar atención, de repente me paró y se puso delante de mí.

—Gabriel, estas en otro sitio, te recuerdo tus palabras: “Quiero verte disfrutar”. Si no estás a gusto dímelo y volvemos al pueblo.

Le dije que teníamos que encontrar otro teléfono antes de irnos. Al cabo de un rato entramos en otro centro comercial más grande, busqué el teléfono y marqué.

“El número marcado no existe”, tres veces, ¡maldita sea! De nuevo marqué, “El número mar...”

¡No, no, no! Cambié dos veces de aparato y lo mismo, el número que yo marcaba no existía en Manhattan. Le di un puñetazo al estante, estaba desesperado. Zora me miraba asustada y se separó un par de metros de mí. Pero, ¡era el mismo número que cuando hablé con su asistente!

Me dirigí a la calle. Zora iba a mi lado callada, después de unos minutos me preguntó qué ocurría

porque la estaba preocupando con mi actitud.

—Perdona, es que no me lo puedo creer, esto ya era lo que me faltaba —estaba furioso, no sabía si llorar o ponerme a chillar. Zora intentó calmarme y me llevó de la mano hasta un escalón donde nos sentamos.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? —yo permanecí callado, mirando fijamente el suelo—
¡Háblame, Gabriel!

No quería decírselo pero después del puñetazo necesitaba justificarme, y no le quería mentir. Le susurré que había estado intentando hablar con el señor Alfred.

—¿Quién?

—Es el hombre que me contrató para hacer el encargo, y me dicen todo el tiempo que no existe el número.

—Puede que con los nervios hayas marcado mal.

—No, Zora, estoy completamente solo en esto —dije, y ella me recordó que la tenía a ella. Solo pude abrazarla. No era consciente de mi situación.

—Ya te lo advertí, te dije que en otro sitio estarías mejor —musitó.

—¡Tú! ¿Por qué? ¿Tú me mandaste la nota!?

—Sí, Gabriel, yo. El señor Oscar tuvo la idea, estaba seguro de que harías caso y te marcharías.

—¿Os habéis divertido?, ¡si es así, me sentiré satisfecho!

—No, Gabriel, no lo has entendido. Oscar supo desde un principio que tú no ibas a ser un peligro para mí, pero no tuvo en cuenta lo que yo pudiera querer o sentir, no se le pasó por la cabeza que yo me podía enamorar —levanté la cabeza de golpe preguntándole si eran ciertas sus palabras—. He intentado luchar contra mis sentimientos, contra todo lo que me hacía querer ir hacia ti, no he podido, y ya no quiero dejar de quererte —me dejó boquiabierto. Me sentía muy agobiado con todo—¿Sabes?... Creo que eres mucho más fuerte que yo. Con todo lo que has pasado eres capaz de ser feliz y darlo todo. Te admiro, Zora, lo digo en serio —me agarró del brazo diciendo que pasaría lo que tuviera que pasar.

—¡Espera un momento! Mi encargo ha fracasado, me da lo mismo continuar. Ya tienes chaqueta y

el casco rojo, ¡vente conmigo, vámonos a Nueva York! —exclamé, emocionado— Se lo explicaré a tu tío, cogemos un avión y nos olvidamos de todo esto, del maldito pueblo —Zora me miraba con cara de no dar crédito a mis palabras.

—¿Quieres que me vaya contigo? ¡Así, de repente! ¡Tengo una vida, mi casa!

—¿Qué? ¡Vives con miedo, nadie en Galkay te quiere o te ayuda! ¿Qué vida es esa Zora?, ¿de verdad piensas que me voy a creer que quieres seguir allí? —tenía cara de susto y no podía ya ni hablar— No te agobies, volvamos y ya lo hablaremos con más tranquilidad, con Brian. Te prometo que lo arreglaré. No tengas miedo.

—¡No, Gabriel, no compliques más las cosas, deja todo como está!

—¡Y dejarte aquí con toda esta mierda! ¿No entiendes que no puedo? Los tres días que pasamos aquí, en el hotel, fue porque estoy enamorado de ti. No sé cómo te lo tengo que decir o demostrar, yo no soy un súper héroe, solo soy un hombre normal de carne y hueso, y sufro mucho, por ti. Pensaba que todo iba a ser de otra forma: terminaba el trabajo y me largaba a disfrutar a Nueva York... ya no puedo, ¡te necesito! ¡A lo mejor es que estoy mal de la cabeza! —me miraba, sus ojos negros parecían vidrieras brillando bajo un sol cegador. No me dijo nada, no podía, estaba tan perdida como yo.

Estaba aparcando en la puerta de su casa cuando le pregunté si quería que viéramos juntos las fotografías.

—Bueno... pasa.

—No, quiero decir que si quieres verlas en mi habitación.

—¿¡En el club!?

—Ya... No es buena idea, supongo. ¿¡Lo ves, ves lo que intento!/? Aquí no puedo ni ver unas simples fotos contigo —estaba realmente disgustado.

—Tengo una idea —dijo—. Espérame en tu habitación, Gabriel, enseguida estoy contigo. Vete.

—¿Qué quieres decir?

—¡Vete! — me espetó— Luego te lo explico.

Tenía razón, el salón estaba completo. Solo iban las mujeres cuando había una reunión u

organizaban baile, y, al parecer esa tarde había uno porque había algunas señoras. Crucé la mirada con el señor Oscar y continué directo a mi habitación.

Me habían pasado tantas cosas desde el día que llegué por primera vez... Iba del desconcierto a tener claro que quería pasar el resto de mi vida con Zora. Había estado allí, en mi habitación, limpiando antes de mi llegada al pueblo. Su tío me comprendería; a pesar del tiempo pasado aún seguía amando a su esposa, seguro que hasta se alegraría, y se sentiría bien al saber que quería darle a su sobrina una vida mejor... no mejor, una vida normal.

Tocaron a la puerta y abrí.

—Pero... ¿cómo? —ahí estaba, sonriendo.

—¿Puedo pasar? —me quité de la puerta y entró; se había puesto la cazadora nueva. Era muy bonita y se notaba que era de buena calidad, le sentaba muy bien. Se sentó y se puso a ver las fotos, las suyas. Nos estuvimos riendo con sus poses y algunos gestos, ella misma se asombraba al contemplarse.

—¿Puedo quedarme una?

—Todas, si quieres —respondí.

—No hace falta, solo quiero la del estanque, la que nos hizo el camarero —asentí.

Miraba la foto y yo la miraba a ella. Sentía las mariposas en el estómago, había oído hablar de esa sensación en ocasiones, y con Zora la había descubierto.

—¿Sabes lo que me gustaría? —dijo de repente— Gabriel, baja y haz lo que te diga Oscar.

—¿¡Pero, por qué!?

—No te quejes y hazme caso, en cinco minutos —se marchó y me dejó un poco pasmado.

Bajé y me puse en el poyete-barra. Oscar terminó algo que estaba haciendo y con un gesto me indicó que lo siguiera... ¡a su casa!

A un lado de la casa había una puerta medio tapada por cajas falsas. Me dijo que saliera, y que cuando regresara fuera discreto. Detrás de aquella puerta me esperaba Zora, y el camino en ambas direcciones, que conducía donde estaban las flores, donde por primera vez la besé. Fuimos paseando. Zora necesitaba ir, yo sabía que aquel sitio era importante para ella. Había cogido una

manta y un candil, y lo había dejado en la puerta de Oscar antes de subir a mi habitación. Cuando llegamos extendió la manta y se sentó, me pidió que me sentara a su lado.

—Este sitio me sorprende, está tan verde y exuberante, en cambió al otro lado... todo está...

—Envenenado —dijo de sopetón, y yo la miré atónito.

—¿Has dicho...?

—Sí, has oído bien. Hace muchos años que envenenaron el suelo, todo lo que hemos ido plantando se ha ido muriendo.

—¿Es absurdo!, ¿por qué hacer una cosa así?

—No tengo ni idea, lo único que sé es que me cansé de poner cosas: plantaba y cuando llovía todo se moría en un par de días. Suerte que tengo este paraíso para mi sola.

Le acariciaba el pelo, tan suave y espeso. Enredaba mis dedos en él, soltaba y los volvía a enredar. Me relajaba. Al rato le dije desanimado que era todo muy raro.

—¿Qué es raro, Gabriel?

—Todo. Estamos aquí, en medio de un escenario entre flores y miedo, ¿alguna vez has podido disfrutar de la catedral?

—Sí, por supuesto; durante un tiempo acompañaba a mi tío, sé que a él no le hacía gracia. Cogía libros, cuando los leía los cambiaba por otros, no te imaginas las maravillas que hay allí dentro.

—¿Te refugiabas en ellos?

—Si lo quieres decir así...

—¿Para quién lo mantiene tu tío? Parece que se lo toma muy en serio, todo está perfecto.

—Una vez le pregunté, su contestación me dejó muy extrañada.

—¿Y qué te contó?

—Nada, dijo que la catedral no era mi problema, que él tenía las llaves para entrar y salir cuando lo creyera oportuno.

Al parecer su tío frecuentaba más la catedral durante la presencia de los otros por el pueblo, y le dije que me parecía demasiado casual. De repente se puso a llorar.

—¿Sabes lo que estas insinuando? —dijo, con las primeras lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Intento aclarar las cosas, ¡nada más!

—¡No, deja a Brian fuera de todo esto! —hablaba y lloraba al mismo tiempo, casi atragantándose por el berrinche. Le dije que no se dejara dominar por sus sentimientos y por lo que sabía, y que abriera la mente para poder ser objetiva.

—¡Lo soy!

—No, Zora, porque yo tampoco lo soy cuando lo que siente mi corazón por ti nubla mi juicio.

La abracé y le supliqué que dejara de llorar. Mis besos se mezclaban con sus lágrimas, y me aparté para que pudiera respirar, la miré en silencio. La luz del candil dibujaba entre la oscuridad sinuosamente su rostro, siempre destacaba su mirada por encima de lo que fuera.

—No te puedes imaginar lo que te quiero.

—¿Pero por qué yo? Soy muy complicada.

—No lo eres, es lo que te rodea pero tú no tienes la culpa, me pareces una criatura maravillosa.

No quería hablar más, y me pidió que la besara al tiempo que se pegaba a mí.

La besé tanto y tan profundo, en un intento por ir recogiendo su dolor y tragármelo. Nos tumbamos y le cogí la mano, ella puso la otra encima de mi pecho, el cielo era nuestro oscuro techo infinito.

—Gabriel, ¿qué crees que hay por allí arriba?

—¿Qué signo astrológico eres?

—¡No me digas que crees en esas cosas! —exclamó, mirándome sorprendida.

—No, pero mi hermana tiene muchos libros del tema, pasé mucho tiempo escayolado en mi habitación, a veces les echaba un vistazo.

—Soy Libra.

—A ver que recuerde.... Vale, ya está, y yo Aries.

—¿Pero Gabriel, ¿qué tiene que ver todo eso con el cielo?

—Todo, Zora, todo —susurré—. Ahí arriba estamos los dos, yo te construiré un castillo enorme, trabajaré con empeño para poder entregártelo, y cuando lo tengas, solo quiero que lo llenes de amor y belleza. Que lo conviertas en nuestro refugio, un sitio único donde pueda descansar entre

tus brazos, y olvidar los agravios de la vida.

—No sabía que eras tan romántico.

—Yo tampoco.

—Me quedaría aquí toda la noche escuchándote, pero tengo que volver.

—Te prometo que pronto ya no tendrás que volver, seré yo quien vuelva a tu lado.

La acompañé hasta la puerta de atrás, así la llamé, y me dio el candil para que me lo llevara.

Le di un beso de buenas noches, y me hubiera encantado hacerlo hasta el amanecer.

Regresé al club con el candil, me preocupaba darle algún problema al señor Oscar, y cuando entré eché un cerrojo.

Estaba abrumado, Oscar no quería hablar, estaba atemorizado, era la típica persona a la que había que sacarle las cosas con cuentagotas... Brian me daba la sensación de que no se enteraba de nada, solo estaba pendiente de su catedral, y Zora... Zora.... ella era una explosión de emociones imprevistas en cualquier momento. ¡Alfred! ¡Él me había abandonado! Mi situación no iba a dar mucho más de sí y yo estaba cansado, no paraba de tomar pastillas, dormía muy mal, comía peor, y echaba realmente de menos los Hampton, mi casa, a mi familia; tenía que hablar con ellos, necesitaba escuchar su voz, ¿todo era por una vivienda?, ¿por tener mi dinero?, ¿por una mujer? Ya no sabía ni por qué estaba en Galkay, mi perspectiva estaba tan hecha polvo como yo, y notaba que me estaba dando por vencido, no sabía en qué punto estaba pero... había hecho una promesa.

SEGUNDA PARTE: El Desafío

Me marchaba con Zora a los Hampton, ¿y qué le ofrecía? ¡la casa de mis padres! A ellos no les importaría, pero yo iba a hacer el ridículo. Me iba a comer todas y cada una de mis palabras dichas el día que reuní a toda la familia en el salón principal. Le quería entregar un castillo, ¡cuando ni siquiera tenía una casa normal y corriente! Por lo menos ella tenía su casa roja. ¿Dónde iba a quedar todo eso de hombre valiente, de todo lo que le había dicho para convencerla?; había pasado de tenerlo todo a no tener nada. Quería encaminar mi vida, pero me encontraba fuera de cualquier camino, ¡con todos los que había recorrido con mis motos! Estaba bajo mínimos y me sentía atrapado.

Esa mañana no tenía fuerzas para salir de la cama; tenía que llamar a mi casa, pensar en los míos me animó un poco. Tenía que esperar varias horas. Todavía estaban las fotos esparcidas por toda la mesa. Debía empezar mi trabajo. Hice una pequeña introducción de Galkay, con una foto del camino y de la casa roja, con la única foto en donde no aparecía mi trasto delante de la puerta. Podía comprar algo en el raro centro comercial e incluir los tickets, también se los pediría al señor Oscar. Si acompañaba una mañana a Brian podría sacar fotos de los pasillos, de las vidrieras, de toda la catedral por dentro, y una vez solo allí escuchar al gigante. Me estaba animando. No entendía para qué quería aquel informe el señor Alfred, ¡era una tontería! Si viera el pueblo lo más probable es que me mandara seguir con lo mismo pero de otro sitio..., ¡o no! Porque aquel pueblo era diferente, ¡justo lo que indicaba el encargo! Con su estatus estaría acostumbrado a viajar, habría visto medio mundo, habría visto de todo; mi trabajo le tenía que sorprender, ya tenía un puesto seguro para trabajar en cuanto llegara a Nueva York, y podría comprar una casa para vivir con Zora, ¡a lo mejor lo del ático no era tan buena idea!“¡Venga Gabriel, continua, no te dejes vencer!” la voz interior siempre me acompañaba.

¡La placa! Cada poco me venía algo a la cabeza, qué sentido tendría, tenía que saberlo para poder incluirla en el trabajo, pero primero tenía que saber que había pasado, por qué estaba todo

quemado. ¿Tendría relación con el incendio de la catedral? Mi olfato de periodista me decía que sí, pero una cosa no tenía nada que ver con la otra y les separaba una gran distancia. Zora no lo sabía, y parecía que su tío no quería contestar a sus preguntas. Aquel pueblo tenía una dinámica muy singular, todos se apoyaban pero no se comunicaban, y yo, como informador, no podía entenderlo, era raro, ¡sin duda estaba en el lugar adecuado!

Ya era la hora de comer y bajé al salón, me senté en una mesa y empecé a tomar notas en mi cuaderno. Comencé haciendo una descripción del local.

—Hola, ¿vas a comer algo? —oí, sin darme cuenta de que Oscar había aparecido ante mí inmerso en mis escritos.

—Hola Oscar... sí, tráigame cualquier cosa caliente y para beber, agua —había bajado unas fotos de la placa, se quedó mirándolas, yo seguí anotando en silencio. Me dejó la comida y algo más por su cuenta y se sentó enfrente. Cogió una foto y le pasó los dedos por encima apretando la imagen, y me pidió con voz muy triste que no fuera más por aquel sitio quemado.

—¿Por qué se quemó el final del pueblo? —pregunté por lo bajo—¡Oscar! —levanté algo la voz al ver que no parecía haberme oído.

—¿Qué? Allí está mi casa —estaba ausente, con los ojos perdidos en sus recuerdos, mirando la foto.

Le pedí que me lo contara para desahogarse conmigo, pero solo me miró impasible. Nunca lo había visto tan triste y hundido.

—Oscar, puede, ¡bueno ya lo sabe! confiar en mí, lo que me cuente quedará entre usted y yo.

—Fui muy feliz. Tara era una chica estupenda, típica belleza gaélica... ¡y cómo cocinaba!

—Usted también —dije intentando animarle.

—¡No! Ella era perfecta, ¿sabes? Porque todo lo hacía de corazón. Cuando nos casamos éramos dos críos, ¡pero ella era tan madura, tan mujer! El día que se enteró lo pasó llorando, pidiéndome perdón. No podía ser madre, y era lo que más deseaba. No podíamos tener hijos, todo cambió. Su alegría desapareció; lo intenté todo, pero apenas salía de casa —en ese punto empezó soltar maldiciones entre sollozos.

—¡Oscar, vamos, suéltelo todo, libérese!

—El día del incendio estaba acostada y murió. Creímos que no se había enterado de nada. Estuve a punto de matarme, de irme con ella, ¡era mi vida! Nos conocimos cuando yo tenía trece años. Lo impidieron para mi desgracia, vivíamos en la penúltima casa.

Su relato, su actitud, todo; me dejó estremecido. Le agarré la mano, quería brindarle mi apoyo. No podía decirle otra cosa más que lo sentía mucho, y le pregunté por qué se quemó el final del pueblo.

—Nos dijeron que había sido por un fallo eléctrico, yo nunca lo creí.

—¿Ha estado alguna vez allí?

—No, nunca, ¡odio ese lugar! Me lo arrebató todo, ¡lo odio!

—Pero... ¿y la policía?, ¿no investigaron? Algo les tuvieron que decir, y lo mismo con lo de la catedral.

—Vinieron poco por el pueblo, creo que el señor Brian habló con ellos.

—No, a mí me dijo que no sabía nada, ¿ustedes dos son amigos?

—Nos protegemos Gabriel, nada más —atajó.

—¿Pero... de qué se protegen, por qué tanto miedo? Llevo muchos días aquí y no soy capaz de dar sentido a nada. Soy periodista, y esto me está costando mucho.

—Gabriel, sé que tiene relación con los del encargo, pero no sé por qué, no sé nada, ¡déjame en paz! Me dan ganas de quitarme la vida —musitó, abatido. Me miró muy serio—. Vuelve a Nueva York y olvídanos —se levantó rápido y yo detrás en un acto reflejo. Le agarré fuerte por el antebrazo, tiraba de mí y yo de él, me hizo llegar así hasta su casa.

—¡Espere! —exclamé, persistiendo.

—¡Muchacho, eres muy insistente! Pero, ¿¿por qué no haces lo que sea que te han encargado y te vas?! — su tono de voz y el mío habían cambiado.

—¡No puedo irme como usted no puede contarme la otra parte de la historia! Además, estoy perdidamente enamorado de Zora, ¡por eso no me puedo marchar! —Oscar estaba sorprendido, yo lo contemplé desafiándole en su respuesta.

—No te justifico, pero te comprendo, y creo que te vas a arrepentir —sentenció, mirándome a los ojos.

¡Lo mismo que me dijo Zora en la habitación del hotel!, ¿qué era tan terrible para que me tuviera que lamentar tanto? Le dije que confiaba totalmente en Zora, que era capaz de dar mi vida por ella. Él me dijo que no lo decía por ella, y que posiblemente la tuviera que dar. La situación se puso muy tensa y tragué saliva, le pedí por favor que me dijera a qué se refería exactamente, qué era lo que me estaban ocultando. De repente, me sugirió que los otros no perdonaban.

—Estuvieron en el club hospedados, lo sé, Oscar. Zora me lo ha contado, y también me ha dicho que le ayudaba a usted.

—Creo que se ha ido de la lengua, ¿le prometes cosas para que te lo cuente? Es eso, ¿a qué tengo razón?

—¡No, no la tiene! —me estaba poniendo nervioso con sus comentarios sobre ella.

—¿Le has prometido amor eterno, lujos, las típicas cosas de enamorados? ¿Dinero?

—Mire, sé que sus palabras son fruto del desconocimiento, de su impotencia y descontrol sobre el asunto, y principalmente de sus temores No continúe por ahí. Le entiendo, pero no voy a justificar ni consentir que me trate así; yo también estoy jodido y me he querido quedar para ayudarles —me estaba comenzando a hartar, así que opté por cortar por lo sano—. ¡O me dice de una vez lo que pasa o lo enfrento con Zora, con Brian, con el pueblo entero si hace falta, y me quedo tan ancho! —él, para mi sorpresa, ni se inmutó.

Aquel hombre estaba acostumbrado a las amenazas, a tragar con todo. No podía dejar que me invadiera la pena por él o no podría ayudarle. Le pregunté qué era lo que querían los otros de Galkay, me juró varias veces que no lo sabía, y que, por favor, le creyera.

—¿Sabe lo que le hacían a Zora?

—Sí, me lo puedo imaginar.

—¡Y le daba igual! —le acusé.

—¡No, Gabriel, no me daba igual! El primer hombre que vino me advirtió que no hiciera nada al respecto, que ella no era asunto mío, o matarían a alguien del pueblo.

—¿Y eso lo sabe Brian?

—¡No lo sé, no lo sé, Gabriel! Hace mucho me dijo que no quería hablar del tema, y nunca ha venido por el club —suspiró, y miró de vuelta al local—. Vamos a dejarlo aquí, tengo que atender mi negocio.

—¿De dónde sale todo, la comida, la bebida, las provisiones del pueblo?

—¡Ya está bien! Habla con el señor Brian, ¡déjame respirar! —me rendí, y decidí salir de su casa.

—¡Oscar! —me giré espontáneamente y le miré a los ojos— Gracias —sentí que él me las devolvía con el corazón.

Tenía toda la razón del mundo: lo que tenía que hacer era hablar con Brian, en su casa o en la catedral, me daba igual, y terminar el encargo.

Pero ¿dónde estaba metido? Todo parecía una película de terror, con una trama peor que el pueblo, ¡y yo me quejaba por tener que escribir de deportes! Subí a coger las monedas para llamar a casa.

La puerta estaba abierta... ¡joder!, ¿qué ha pasado aquí? Todo estaba revuelto, me habían roto las tijeras y el cuaderno, se habían llevado las fotos, ¡las de Zora también! ¡No, joder, joder! Habían rebuscado en los cajones y el armario, ¡menos mal que no me habían robado ni la cazadora ni el casco! ¡La cámara, también se la habían llevado! Todo durante la hora y media que había estado abajo. ¡Si no los mataban los otros, los mataba yo! Era adrenalina pura y violenta, aquello no se iba a quedar así.

Salí del club rápido, y tenso como una cuerda de goma a punto de romperse de tanto estirar. Me subí en el trasto y pensé que si le hacían algo a la moto yo no respondía de la que podía liar. Me fui a Glasfort, era lo único que conocía. Allí donde estaba se había convertido en un infierno real, con más de un demonio.

Busqué el edificio de las fuerzas de seguridad, ¡les iba a meter una denuncia que se les iban a quitar las ganas de poner siquiera un pie en el club social! Y me iban a devolver mis cosas, aunque tuvieran que registrar casa por casa. La cámara era carísima, y las fotos de Zora... ¡Uf, qué asco! Me calmé mientras esperaba sentado en una silla; estuve casi veinte minutos hasta que vino

un policía muy joven.

—Buenas tardes —comprobó mi identificación y anotó algo—. Así que viene de Nueva York, los Hampton.

—Sí, señor.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —le expliqué lo del encargo, y entendió que estaba haciendo un trabajo de periodismo.

Escribía, primero en una hoja y luego en un libro, me observaba y continuaba escribiendo.

—¿Ha dicho que ha venido en moto?

Le dije que primero había cogido un avión, y me pidió el billete, pero no lo tenía en ese momento, y el policía me dijo que lo llevara a la comisaria lo antes posible. Me pidió que le contara lo que había ocurrido. Le dije, que estaba alojado en un club social en Galkay, y me habían robado mi equipo de trabajo.

—¿Ha dicho usted Galkay?

—Sí.

—Disculpe, enseguida vuelvo —salió de la habitación. Esperé casi quince minutos, hasta que regresó diciendo que lo había comprobado y que yo estaba confundido con el nombre del pueblo.

—¿Confundido? No, no. Estoy en Galkay, cerca hay una gran catedral. Sufrió un incendio hace años.

—¿Tiene algún problema con el idioma?

—No, claro que no. En el pueblo me conocen, y la comunicación es perfecta —mientras decía esto último pensaba que era la gran mentira del siglo. Volvió a salir con el papel en la mano, y cuando entro me miró de arriba a abajo desde la puerta.

—Creo que hay algún problema, lo he consultado, y como usted me dice no hay ningún pueblo cerca de aquí con ese nombre.

—¿Qué?! ¿Y la catedral?

Me dijo que también lo había mirado, y que la más cercana estaba a casi cuatrocientos kilómetros.

Volví a contestar mal y el policía me dijo muy molesto que no volviera a levantar la voz.

—Es usted muy joven, puede que no conozca bien la zona. A lo que yo me refiero es muy antiguo, ¿podría hablar con algún compañero suyo?

—Oiga, lo he comprobado y consultado cinco veces. ¿Por qué no regresa a su alojamiento y anota el nombre correcto del pueblo, vuelve y puedo abrir la denuncia?

—¡No, no voy a volver! Estoy en Galkay, ¿lo entiende?, ¡es un pueblo pequeño!

—Si continúa chillando va a tener más problemas, ya se lo he advertido antes.

—Está bien, lo siento, estoy nervioso —respiré profundamente, e intenté relajarme todo lo que podía.

—¿Es usted agresivo? —dudó unos instantes, mirándome con sospecha.

—¡No! ¿Cree que me he peleado con alguien?

—Yo no creo nada, intento ayudarle, pero tiene que tranquilizarse —me miraba de un modo que no me gustaba nada, me hacía sentir como si yo fuera el ladrón.

—Mire, me han robado una cámara carísima, y no puedo continuar el trabajo sin ella. Tengo que recuperarla lo antes posible —el policía se cruzó de brazos. Me pidió que le dijera exactamente de dónde venía o no podía hacer más por mí.

—Se lo he dicho, es la verdad. El pueblo se llama Galkay. Me han robado, tiene que creerme.

—¿Ha bebido o tomado algo?

—¿Qué? ¡No, no, yo no soy un borracho! ¡Oiga, tiene que ayudarme! —ante mis fuertes voces otro policía entró en la habitación, y mandó salir al primero.

—Le aconsejo que no siga en ese tono, hemos hecho todas las comprobaciones pertinentes, yo mismo he consultado el mapa de la zona. Aquí los nombres son similares, y le puedo asegurar que Galkay no existe, es una simple confusión.

—No, no lo es. Tengo fotos del pueblo, de la catedral...

—Bien, entonces traiga alguna y lo volvemos a comprobar.

—No puedo, me han robado las fotos, y las de ella también.

—¿De ella, se refiere a una persona?

—Sí, bueno, pero no tiene nada que ver en esto.

—Creo que ya lo entiendo...

“¡Por fin me han entendido!”, pensé. No me lo podía creer.

—No me parece que deba poner una denuncia. Si él la pone también, usted tiene las de perder, y la cosa se puede hacer eterna.

—¡Pero, de qué habla!, ¿quién es él? Oiga, el señor Alfred no me va a denunciar, él confía en mí totalmente —el policía me miraba como si yo no estuviera bien de la cabeza.

—¿Alfred es el marido, el que le ha quitado las fotos?

—¡Qué! ¿Cree que tengo una aventura con una mujer casada? ¡No, no la tengo! ¡Es mi novia!

—Claro —dijo más relajado, dejó de anotar y de prestar atención a lo que yo decía.

—No me van a ayudar, es eso ¿verdad?

—Nos ha engañado haciéndonos perder el tiempo, y al marido también. Le aconsejo que sea más discreto en sus relaciones; es muy joven, no tiene necesidad de liarse con casadas ni de denunciar a nadie. Voy a pasar por alto todo esto, debe marcharse ya y encaminar su vida de otro modo... tengo un hijo de su edad así que haré la vista gorda —se levantó y me esperó con la puerta abierta para que saliera.

Fuera había dos policías, me miraron y se dieron la vuelta, un tercero mucho más mayor no me quitó la vista de encima. El policía más joven me acompañó hasta la salida.

—No se meta en más líos —dijo y cerró la puerta por dentro, asegurándose que no iba a volver a entrar.

Me senté en una boca de riego. Estaba completamente desmoralizado, el policía me había echado pensando que me acostaba con la mujer de otro, pero ¿qué le pasaba a toda aquella gente?, ¡nadie me hacía caso! Era para volverse loco.

Me habían mentido constantemente, ¡claro! Oscar me había ocultado el nombre del pueblo y me había dado uno inventado, ¡y Zora también!, ¿pero ella, por qué? No lo quería pensar, pero también me había mentido en otras cosas y me había enviado la nota a la habitación. ¡Se odiaban! Los de Glasfort y los de Galkay. Por eso no se ayudaban entre ellos, ¡en eso coincidían Brian y Oscar! La policía no quería ir por el pueblo, ¡pero yo era americano! Estaban obligados a

ayudarme, ¡cuánto tenía que pensar para todo!

El billete de avión era solo de ida y me había deshecho de él... ¡El hotel! Hacía muy poco, todavía tendrían mis datos en el registro, ¡claro! Tenía que ir a por el justificante de mi estancia y entregarlo a la policía. No les quedaría más remedio que abrir mi denuncia y dejar de lado sus rencillas de pueblerinos.

Cuántos recuerdos... todo por dentro me dio un vuelco cuando entré en el hotel. En recepción pedí un papel con mi registro durante los tres días.

—Un momento, voy a comprobarlo —me dijo un empleado.

Mientras lo buscaban miré hacia el pasillo que conducía a uno de los restaurantes, y entonces la imaginé... con el vestido rojo, caminando despacio, sonriendo a su paso, como una diosa entre la multitud, ante mi atenta mirada; sus ojos negros...

—Perdone, señor soy el encargado —una voz masculina me despertó de mis fantasías—. ¿En qué puedo ayudarle? —aquel hombre no era el encargado, no era el mismo hombre al que yo le estreché la mano al marcharme.

—He venido a solicitar un papel de mi registro en el hotel —expliqué—. Estuve aquí tres días con mi novia, y lo necesito para entregárselo a la policía.

—Hemos comprobado lo que le ha dicho al otro empleado, ¿puede ser que se haya equivocado de hotel?

—¡No! Estuve aquí, cenamos en el restaurante. Iba con una chica morena, alta... La noche del baile iba con un vestido rojo, ¿no la recuerda?

—Espere por favor, voy a mirar de nuevo —estaba poniéndome nervioso otra vez, y muy pendiente por si veía a alguno de los dos camareros que nos sirvieron. Ellos se acordarían.

En ese momento, el supuesto encargado apareció de nuevo ante mis ojos.

—Lo siento, no tenemos ningún registro con los datos que nos ha dado. Ese pueblo no figura en esta zona.

—¿Tiene un mapa, me puede dejar un mapa de esta zona?

—Por supuesto —dijo, y sacó uno de un cajón.

Lo miré detenidamente un rato, incluso pedí una lupa. Galkay no aparecía, ni la catedral, ¡era imposible! Un edificio así no se pone y quita de un día para otro, ¡quizá el mapa estuviera equivocado también! Miré al hombre, desesperado.

—¡Tiene que ayudarme!

—Créame que lo siento, pero no puedo hacer nada más. Tranquilícese un poco e intente recordar el nombre. También me puede traer la factura en otro momento, y lo volvemos a comprobar por si fuera un error nuestro. Buenas tardes señor.

Me quitó el mapa disculpándose y se fue de recepción. Me quedé allí apoyado, con mi cara de bobo y desconcertado. Todos me decían lo mismo, “tranquilícese, está confundido”, me tomaban por mentiroso, por un pobre chiflado, ¡violento, incluso! ¡Pero si yo nunca lo había sido! El entorno estaba sacando lo peor de mí, todas y cada una de las situaciones que estaba viviendo me hacían llegar a los extremos.

Fui al centro comercial, en veinte minutos cerraban. Compré una cámara bastante peor que la mía, ¡qué dolor de cabeza! Y el sentimiento de desamparo, estaba más solo de lo que creía, ¡no podía confiar en nadie!

Dudé si volver al pueblo o irme al aeropuerto. Estaba en plena batalla entre la razón y el corazón, ¡me marchaba a Nueva York!... ¡No!, ¡sí! A mi casa, a la seguridad de mi hogar, con mi familia... ¡no! Dentro de mi cabeza sus ojos seguían pidiéndome ayuda, sus besos y lágrimas seguían arrastrando mi corazón, ¡estaba atrapado por una mujer! Todo era un castigo por mi comportamiento del pasado.

No quería pisar el pueblo, pero necesitaba verla, oírla; no podía abandonarla o no me lo perdonaría jamás. Conduje despacio, inconscientemente no quería llegar a Galkay.

Al pasar por la catedral respiré hondo y apreté la mandíbula. Llegué al pueblo pensando que el gigante de piedra tenía que decirme qué ocultaba aquel sitio, qué escondían sus gentes, a qué se debían sus temores.

Era tarde y el club estaba cerrado... ¡mejor! No tenía humor para nada. Subí a la habitación, con todo aquel follón no había llamado a mi casa. Pero, de repente... ¡Qué susto!

—Tranquilo, soy yo —nos abrazamos como si el mundo se fuera a acabar. Zora había ordenado la habitación y colocado todo.

—Espero que no te moleste.

—No, claro que no. Tú eres lo único que no me molesta aquí —estaba tan guapa...

—Oscar me ha contado lo que ha pasado. Lo siento, y siento que todo esto es por mi culpa.

—Zora, he estado a punto de irme al aeropuerto, y lo hubiera hecho de no ser por ti.

Se acercó diciendo que parecía cansado, y me ayudó a desnudarme y a quitarme las botas. Le dije que me dolía un poco la espalda.

—Ven, tumbate boca abajo —me acosté en la cama como me pidió, y se fue al aseo a coger algo. Era el ungüento, empecé a percibir su olor. Me pidió que cerrara los ojos y me relajara.

Sus suaves manos empezaron a recorrer mi espalda, parando en mis caderas; primero muy suave, luego presiones en círculo con los nudillos, de nuevo subía apretando con las manos por mi columna, descargando mis hombros y deslizando sus manos hasta los codos. Al acercarse sentía su cuerpo... De nuevo a mis caderas, suavemente bajando por mis nalgas, más fuerte, más círculos en las lumbares muy despacio. Estaba muy a gusto sintiendo sus manos pero no me podía relajar.

—Estás muy tenso —dijo susurrando en mi oído. Me di la vuelta, y la coloqué a mi lado para preguntarle dónde estaba.

—Aquí, conmigo, y no me has dejado terminar el masaje.

—Zora, este pueblo no existe, nadie lo conoce. He estado consultando un mapa, y Galkay no estaba, la catedral tampoco. Me han tomado por un chiflado, la policía...

—¿Qué?! —interrumpió, nerviosa— ¿Has ido a la policía?

—Sí, Zora, y no me han hecho caso. Me han echado del edificio, ahora mismo solo confío en ti, ¿debo saber algo que todavía no me has dicho?

—¿Y tú, tienes algo que contarme a mí? Gabriel, me has hablado de ti, de tu familia; tenéis dinero de sobra, bienes, una vida que yo siquiera puedo imaginar... y estás aquí, sufriendo. Estás totalmente tenso, y echas de menos a los tuyos, ¿qué buscas en Galkay?

—¿Zora, este pueblo no se llama así! —insistí.

—¿Pero Gabriel! ¿Qué dices! Estás cansado y ni tan siquiera habrás comido. Todo esto es por las pastillas, seguro. Creo que tomas demasiadas.

—Todo lo que te he contado es verdad.

—También lo que yo te he dicho es cierto... Es tarde, tienes que dormir.

Le pedí que se tumbara de nuevo a mi lado.

—Eres la única razón por la que no me vengo abajo, se han llevado tus fotos —le susurré al oído.

—¿Puedes hacerme más!

—Sí, pero son irremplazables. Esas fotos me hablaban de ti, tus ojos contaban cada una de las historias que oí con tu voz, cada imagen reflejaba la intensidad de cada momento —mientras hablaba Zora me acariciaba el pecho, podía sentir su respiración.

—Gabriel, te quiero, y cada hora que pasa tengo más ganas de irme contigo a Nueva York.

En ese instante comenzó a llover. Las fuertes gotas en el cristal me recordaron sus lágrimas el día que estuvimos en la catedral.

—Dime algo, ¿cómo entras y sales del club?

—Por la puerta gris del fondo; se supone que es el armario de la limpieza, pero hay una escalera que lleva abajo, a casa de Oscar. Misterio resuelto —sonrió.

—Sí —dije. Todo estaba oculto o escondido.

Se levantó de la cama y se fue al aseo, volvió con un pijama rojo.

—¿Zora! —me reí— ¿Qué problema tienes con ese color?

—¿Hablamos del color o me besas entre tus brazos?

—Creo que prefiero lo segundo, hoy ya he hablado demasiado.

No me cansé de besarla y de sentirla, y era la primera vez que no la sentía lejos. Puede que definitivamente confiara en mí, en mis intenciones, pero en cualquier caso no podía bajar la guardia.

A la mañana siguiente ella ya no estaba. Zora entraba y salía de mi vida y de mi cama por sorpresa, tenía que acostumbrarme.

Después de un rato bajé a llamar a mi casa, fui directo al teléfono.

—¡Abuela! —escuchar su voz me cargó de energía instantánea. Me comentó que todos estaban bien y tenían muchas ganas de verme. Al parecer, estaban a punto de salir porque mi padre los iba a llevar a una conferencia. Apenas le dije que necesitaba contarle algo me despidió, prometiendo que hablaríamos en breve y yo le contaría lo que fuera.

—Lucha por lo que quieres, no te rindas Gabriel —y colgó.

No esperaba hablar con ella y me sentí muy bien. No le había podido contar nada, pero sus palabras finales eran casi una respuesta sin pregunta. La abuela me comprendía hasta en la distancia, ¡qué gran mujer! Qué ganas tenía de estar con ella, con todos... no la defraudaría ni a ella ni a Zora.

“Ten cuidado con lo que deseas, muchacho”, recordé al anciano del bastón blanco; él parecía conocer mi futuro solo con mirarme. Por algo siempre se ha dicho que las personas mayores son sabias, y yo tenía tanto que aprender de la vida... Tenía una carrera, me consideraba listo, guapo, pero realmente no sabía nada porque nunca me había enfrentado con problemas. Me senté en el poyete-barra.

— Buenos días —saludé a Oscar, que ya estaba acercándose a mí.

—Hola, ¿has dormido bien? —no contesté, y le miré alzando una ceja.

De sobra sabía que mucho mejor que cualquier noche. Me reí pensando que mi habitación podía terminar toda de rojo. Oscar enseguida se dio cuenta de mi cámara nueva, y al decirle que iba a tener que dormir con ella se echó a reír. Me alegro verte de mejor humor.

—Voy a dar una vuelta por el pueblo —dije, esperando oír algo.

—Puedes estar tranquilo, ya he avisado muchas veces y no voy a repetir más lo mismo —se giró a colocar unos vasos y me fui.

El café del señor Oscar era malísimo, yo no iba a decir nada al respecto... bastante tenía ya aquel hombre.

“Este pueblo va a acabar conmigo”, ¡claro, la frase de Oscar! Había estado sacando la cara por mí, por eso nadie se atrevía a mostrarme verbalmente su desagrado, ¡pobre hombre! Tenía que

compensarle de alguna manera.

Estaba llegando a casa de Brian, al pasar por su puerta tuve una extraña sensación.

Por fin pude entrar en el campanario, estaba muy cuidado, habían metido dentro maceteros con plantas artificiales, su estilo era muy similar al de la catedral, nunca había ido a un sitio tan religioso. Era agradable, tranquilo. Me senté cerca de lo que supuse que era un altar; había varias mujeres ensimismadas en su devoción, no quise ni que me vieran.

Dos horas tuve que esperar hasta que se marcharon para poder hacer las fotografías, no quería hacer ni el más mínimo ruido. Disparé a todo lo que había del techo, al suelo; di la vuelta a toda la construcción. Algunas imágenes eran muy expresivas, casi todas de carácter dramático. Fuera también hice fotos, apunté algo en el cuaderno nuevo y repetí las fotos de detrás del follaje en plan romántico. Entraron dos mujeres y di por concluida mi visita, continué hacia la zona quemada.

Lo fotografié todo de nuevo: las bicicletas, la casa de dos pisos... Delante de ella recordé la pesadilla del bebé que se estaba quemando, y tuve escalofríos, ¡cuánto dolor encerraba el lugar! Llegué al final y recordé a Tara, el relato de Oscar. Apreté la mandíbula y tragué saliva, todo tenía un aspecto terrorífico; era el negro de la desolación, no solo se trataba ya de muros y ladrillos, ¿cuántas vidas?, ¿cuánto sufrimiento en las que quedaron?

Me acerqué hasta la placa, disparé y me quedé observándola. Si era el triste recuerdo de los fallecidos también su recuerdo se había quemado, ¿o lo habían quemado? La placa la habrían puesto después de la tragedia; parecía que alguien había querido borrar el recuerdo, todo lo demás lo había borrado el fuego... Anduve un poco para hacer fotos del lateral y de pronto el suelo me pareció un camino. Poco a poco el negro desapareció, continué andando con la cámara preparada, paré, ¡eran flores! Cada vez estaban más cerca. Comencé a subir una ligera pendiente, ¡era el paraíso de Zora!... ¡daba la vuelta por detrás del pueblo! Cogí algunas flores para incluirlas en el trabajo, las metí en la mochila junto a la cámara. Llegué hasta su puerta y llamé fuerte con los nudillos.

Cuando abrió la puerta no parecía asombrada.

—Lo has descubierto —susurró—. Pasa, Gabriel —le di un ramo de flores y enseguida lo puso en

un jarrón con agua—. ¿Las has cogido para mí? —asentí, y lo llevamos hasta el salón. Nos sentamos en la mesa redonda... me moría por besarla.

—Sé que quieres saber muchas cosas Gabriel, lo veo en tus ojos, pero yo no tengo respuestas —su tono se tornó triste. Le contesté que ya me las ingeniaría, y le pregunté de quién había sido la idea de las puertas.

—De Brian, lo hizo por mí —explicó—. Sabe lo mucho que disfruto en ese lugar, voy allí desde que era adolescente. Lo de Oscar fue mucho después. Me contó que nadie podía salir del pueblo, que todo lo que necesitaban lo traían por la noche, pero no sabía quién, y su tío ya le había dicho que no hiciera preguntas, ni siquiera a Oscar. Quiso saber si había averiguado algo de las fotos en blanco y negro.

—No, Zora, esos hombres que vinieron buscaban algo, debe de ser muy importante. Tú me dijiste que se ponían como locos en la catedral y... —en ese momento sus lágrimas ya comenzaban a caer mientras me miraba sumida en el dolor del recuerdo. Me levanté y me puse a su lado.

—Se me rompe el alma cada vez que te veo así, pero necesito ir formando el puzle para poder sacarte de aquí.

—Contéstame a algo, ¿me ayudarías si no te hubieras enamorado de mí?

—No puedo darte una respuesta. Estoy acostumbrado a que otros sufran por mí, no estoy orgulloso de ello. Desde que te conozco estoy entendiendo muchas cosas y descubriendo otras, no siempre me gusta, pero el tenerte conmigo no lo cambio por nada —se quedó un rato callada.

—Ya has contestado más de lo que esperaba —dijo, pero no la entendí y la besé. Su boca era capaz de bloquearme.

—¿Te ha merecido la pena la apuesta?

—A pesar de todo, sí; eres el mejor regalo que me ha dado la vida, y no he tenido que ir a una tienda.

—¿Y cuándo termines el encargo?

—Entonces te entregaré mi corazón, para que hagas con él lo que quieras —Zora movía la cabeza despacio, apretando los labios.

—¡Ay Gabriel, a veces pareces un chiquillo!

—Zora necesito entrar en la catedral —de nuevo esa mirada, la clavó en mí.

—No te preocupes, es solo para hacer las fotos otra vez, quiero terminar lo antes posible.

—Te ayudaré con una condición —me quedé callado, esperando oír su petición—. Quiero ir contigo.

Le dije que sí, pero no me pareció adecuado y ella tampoco estaba segura de querer acompañarme.

Quedamos en su casa a primera hora de la tarde.

—Si hablas con Oscar...

—Descuida, esto es solo cosa nuestra —me apresuré a decir, ella esbozó una delicada sonrisa.

—Hasta luego.

—Gracias por el ramo.

De camino al club las personas con las que me crucé no me miraron. Al pasar por el poyete-barra me quedé mirando las botellas, los saquitos de café, algunos alimentos, y lo del raro centro comercial ¡Todo lo traían de noche! Aquel pueblo no aparecía en ningún sitio, no lo conocía nadie. Entonces, ¿quién me estaba engañando? Años atrás habían ido la policía y los bomberos... raro ya no tenía sentido, estaba viviendo en el surrealismo, y solo pensar que Zora me estaba engañando me producía un nudo en la boca del estómago, y me planteé si mi vida no estaría en peligro. Si me pasaba algo no saldría de allí. El único que sabía dónde estaba era el señor Alfred. En un impulso de los míos bajé al teléfono, me detuve antes de marcar, y, de nuevo, se me formó un nudo en la garganta.

—No cuelgue, por favor, le atenderemos en breves momentos.

¡Bien, sí! Que ganas tenía de escuchar al señor Alfred.

—Buenas tardes, dígame —la voz de una mujer. Me quedé cortado sin saber que decir.

—Hola... quisiera hablar con el señor Alfred, por favor.

—Un momento, señor —no sabía cómo contarle lo que me estaba ocurriendo.

—Perdone, entre nuestros empleados no figura nadie con ese nombre

—¡Empleado, no! Mire, ¡yo quiero hablar con el dueño de la editorial!

—Creo que se ha equivocado, esto es una agencia de transportes —suspiré con exasperación. Colgué y me senté.

¡Ya sabía lo que sucedía, claro! Había tardado demasiado en darme cuenta, no podía culparme. El cebo era demasiado bueno y yo había picado totalmente. Me fui al salón.

—Póngame una cerveza —el señor Oscar me la sirvió y siguió a lo suyo. Después de un rato se acercó.

—¿Qué tal te ha ido todo, Gabriel? —me acerqué todo lo que pude a él, con medio cuerpo por encima de la barra.

—Oscar, déjelo ya. Ya he descubierto lo que pasa en Galkay.

El hombre reculó, se quedó quieto y, nervioso, empezó a andar de un lado a otro de la barra. Lo hacía muy bien, pero no quise alargar su actuación y me marché. Me invadió la tranquilidad, sentía que me había quitado un gran peso de encima.

Llamé a la puerta roja y esperé montado en el trasto. Zora se acercó hasta mí y me dijo al oído...

—Me hace feliz que confíes tanto en mí —luego, su beso me golpeó de pleno.

—Ponte el casco, vámonos.

En el trayecto solo pensaba que aquella era la última vez que la sentiría, y me odié a mí mismo con todas mis fuerzas.

Cuando llegamos, me dio la llave mientras miraba el gigante. Una vez dentro me dejé envolver por la misma sensación, aquello sí era real, y me impresionaba.

—Gabriel —me puso la mano en el hombro—. Estás muy raro, ¿ha pasado algo? —no me atrevía a mirarla— ¡Gabriel!

—¡Zora, deja ya tu papel, por favor, trátame con normalidad!

—¿Qué papel? ¿Qué quieres decir?

—Sé que están haciendo un experimento conmigo, ya lo he descubierto. Puedes dejar de fingir, conmigo has tenido más suerte. ¿Yo te gusto y los otros no?, ¿con ellos también te fuiste a un hotel?, ¿te regalaron cosas?, ¿te lo pasaste bien?

Fijó sus ojos en los míos, se quedó estática. Comenzó a temblar, y a tartamudear.

—Por... ¿Por qué me haces esto? —se desplomó al suelo y se golpeó en la frente.

—¡No, no! ¡Zora, mírame, Zora, por favor! —no reaccionaba y sangraba. Me puse muy nervioso

—¡Zora! —no se movía, y seguía sangrando.

¡El agua! Llevaba una botella en la mochila, arranqué una manga de mi camiseta, le mojé el cuello y la boca, y despacio le limpié la herida. La puse encima de mis piernas. Apretaba la herida con la manga. —¡Zora despierta!

El desmayo y la sangre no podían ser parte de un plan. Egoístamente me alegré, y de nuevo no sabía qué hacer o pensar. Permaneció inconsciente casi veinte minutos, y yo solo podía sentir que la amaba, por encima de mis miedos, deducciones y conclusiones la amaba. Y, si me había engañado, también se había engañado ella.

Abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, aturdida.

— Tranquila, no te muevas.

—¡Estoy sangrando!

—No pasa nada, te has desmayado —quiso levantarse torpemente y la ayudé. Estaba asustada, la llevé hasta una mesa y se sentó. Acto seguido le di agua, la poca que quedaba. Me explicó donde guardaba su tío el botiquín, lo busqué y la curé. Sus ojos me miraban llenos de dolor.

Me dijo que no recordaba nada, en mi interior di gracias de que no se acordara de mi comportamiento hacia ella un rato antes. Estaba mareada y quería saber por qué estábamos en la catedral.

—Tengo que hacer fotos, al entrar te has desmayado.

—¿Por qué?

“Porque soy un imbécil y un tarado”, me dieron ganas de decirle. No lo hice para no confundirla más, solo le dije que no lo sabía y que si quería nos podíamos marchar. Me respondió que fuera a hacer las fotos, que se quedaba sentada esperándome, a ver si mientras se le iba pasando el mareo. Estuve disparando hasta que se acabó el carrete. Mientras volvía a la mesa pensé que me

había pasado de listo, y por eso ella tenía una brecha. Suerte que no recordaba mis acusaciones.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, al volver, acercándome a ella.

—Muy confusa.

—Es normal, te has golpeado contra el suelo, ¿quieres que vayamos a un hospital? —le ofrecí—
Me quedaré más tranquilo.

—No, Gabriel, ya me encuentro mejor.

Me senté y me mantuve callado, ella se recostó en la mesa; permanecimos así un rato, hasta que oímos el ruido de un pájaro impactando contra los cristales.

—Zora, he acabado. Aquí ya no puedo hacer más, terminaré el trabajo en Nueva York antes de entregarlo; tengo la intención de ir mañana a hablar con tu tío, ¿estás dispuesta a viajar, a olvidar todo esto y empezar una nueva vida a mi lado?

—Gabriel... no quiero que sufra... ¡que le pase algo malo por mi culpa!

—Zora te comprendo, entiendo que le debes mucho, pero él tiene que entender que nos queremos, que esto no es vida para una mujer como tú.

—De acuerdo —cedió tras dudar varios segundos—, pero necesito saber que él estará bien.

— Te lo aseguro.

En ese momento, imaginé a mi trasto con ella montada, los dos con destino a los Hampton. Sentí la felicidad y la ilusión por mis venas; tenía que hablar con Brian y reafirmar mi decisión.

—Tengo la sensación de que estoy a punto de saber qué pasa en este lugar.

—En este pueblo no pasa nada, es solo que aquí la vida es rara, diferente —no me reí por no ofenderla.

—Zora, yo he conocido cosas raras y diferentes, y te aseguro que no tiene nada que ver con esto.

— Bueno..., la gente es un tanto especial, pero yo no le he dado nunca importancia.

—¡Abre los ojos! —le espeté, levantándome— Zora, tu vida no es normal, y no creo que realmente no te des cuenta, es más, ¿sabes lo que pasa? Que tenéis un miedo paralizante. No sé desde cuándo ni por qué, pero creo que algo grave está detrás, y si me hubieran dicho que este pueblo existía no lo hubiera creído nunca. Cuando acepté el encargo no esperaba sufrir de esta

forma.

—Te hago sufrir —musitó sin más— Ya... ya lo sé, aunque tú me lo has negado.

—No, no es por ti, ¡entiéndelo de una vez! Pase lo que pase, mañana nos vamos al aeropuerto.

—Necesito salir de aquí antes de volverme loco. De tu tío nos ocuparemos después, te lo juro.

Estaba totalmente seguro de mis palabras, más incluso que de mi amor por ella. Era delirante y, por primera vez, me sentía en peligro. Zora me miraba como si me acabara de conocer.

—Gabriel, creo que eres un malcriado, un consentido y un caprichoso, y todo lo que no forma parte de tu mundo te descuadra y quieres huir. Me hablas todo el tiempo de un puzzle, ¿qué pretendes?, ¿todo esto es un juego para ti? —escuché, más asombrado que nunca.

Quise creer que sus palabras eran fruto del golpe que se había dado. Me pidió por favor que no siguiera tratándola como si fuera tonta y que no se enterara de lo que pasaba a su alrededor. Le dije con tono chulo que así era, en ese instante se tocó la cabeza mirándome como si supiera el porqué de su desmayo, se levantó de repente y se puso ante mí.

—¿Sabes?, no es mi estilo, pero también puedo ponerme chula. Llévame a mi casa y vete a la tuya —dijo clavando su gélida mirada en mis ojos—. ¡Hazlo, Gabriel!

Conforme se dirigía a la puerta se tambaleó, fui deprisa y la sujeté por el brazo, ella se dio la vuelta y se soltó bruscamente.

—¡Deja ya de compadecerte de mí, no me gusta! ¿Qué pasa, que tienes alma de buen samaritano? Seguimos hasta la moto, y esperó a que yo montara para hacerme un comentario.

—A pesar de lo que pretendes, me alegro de haberte conocido: ahora ya sé que todos los hombres no son iguales, también hay personas consideradas como tú, hombres sensibles con las mujeres... Su gran inteligencia emocional estaba parcialmente nublada por su desconocimiento, igual que la placa por el fuego. Me bajé de la moto y le tendí mi mano; se hizo rogar unos instantes hasta que se levantó la visera. El negro de sus ojos subrayaba el rojo del casco, otra vez me atrapó. Se lo quité despacio y besé su frente muy despacio, le pedí que me acompañara, lo hizo, y guardó silencio.

Llegamos hasta la terraza mirador de la catedral, la sitúe al borde y señalé con mi dedo hacia lo

lejos.

—¿Lo ves, ves la zona de Glasfort? Yo debería estar allí, pero antes de venir aquí me perdí y el hombre que hay en la caseta de información me indicó cómo llegar... pero se equivocó de camino y amanecí en Galkay —de nuevo puso cara de no entender nada.

—Gabriel, no hay ninguna caseta, ningún hombre que ayude a los que se pierden —dijo con decisión—¿Por qué te empeñas en inventar, en contarme mentiras como excusas?

¿No será que tú quieres lo mismo que buscaron los otros y yo te he descolocado...?

—Pero... pero ¿cómo puedes decir que me quieres y ser tan fría? ¡Dime Zora! Conmigo no tienes que hacerte la fuerte, yo te entregaría la luna si me la pidieras, ¡mi vida! —suspiré— Creía que lo había conseguido... pero sigues instalada en tu bloqueo.

—No te das cuenta Gabriel... ¡no nos entendemos, somos diferentes! —exclamó, completamente destrozada— Nada nos une, nada más que la atracción física, por eso no nos alejamos el uno del otro.

—¡No! Nunca me he quedado con una chica solo porque me gustara, y menos en estas condiciones. Te lo dije en el hotel, ¡es la primera vez que estoy enamorado! —tragué saliva. Estaba dolido, y avergonzado— No sabía que me podía sentir tan vulnerable, ¡que pudiera sentir así!

Me dijo que si se iba el pueblo entero estaría en peligro; le pregunté la causa, pero solo me dijo que algo malo podía ocurrir. Intenté que comprendiera que yo no era nadie, no podía responsabilizarme de un pueblo entero, lo único que podía hacer era aprovechar la influencia de mi familia y el dinero para sacar a Brian de allí, pero primero quería que saliera ella y empezara a vivir, que se integrara en el mundo y formara parte de mi vida. Era lo que le podía ofrecer, y en ese momento en el que terminé de hablar volví a ver algo en su mirada, algo que hacía que no quisiera alejarse de mí.

Con ella, el tiempo pasaba volando, y empezó a oscurecer. De vuelta al pueblo iba desapareciendo la sensación que tenía dentro de la catedral, y aparecía en su lugar el sentimiento de estar atrapado: el estancamiento.

—Gabriel, me gustaría enseñarte algo antes de que te vayas.

—¡Que nos marchemos, Zora! —sentencié, tajante. Ella asintió con una leve sonrisa. Me quedé esperando de brazos cruzados hasta que abrió la puerta y me dijo que entrara. Me pidió que la siguiera hasta su dormitorio.

—¡Verde!, ¿qué ha pasado con el rojo?

—Yo nunca te he dicho que era mi color favorito —tenía razón; yo lo había dado por hecho.

Era tan acogedor como el resto de la vivienda, con muchos cojines reposando en una cama enorme, las paredes forradas con las páginas de centenares de libros. Era cálido, adornado con muchas flores secas y un crucifijo.

Le pregunté si era religiosa. Al parecer, Zora creía en algo superior que nos guía y nos protege por el mundo. Se quería llevar el crucifijo porque había sido de su madre, lo acepté y me acerqué a ella para saber si la echaba de menos. Me dijo que no porque no la conocía, y tampoco tenía ninguna foto de sus padres, ni un sitio donde visitarlos... y su tío no quería hablar del pasado. Pero me contó que el incendio fue en agosto, y durante unos años estuvo llevando flores a la catedral cuatro veces al mes. En ese punto se quedó callada, al borde del llanto.

—Te entiendo, aquel lugar es doblemente doloroso para ti —intenté reconfortarla, pero su llanto no iba a detenerse con mis palabras. La arrinconé contra la pared y la miré lleno de lástima por ella.

—Te amo, es tan intenso que a veces tengo miedo —me besó tiernamente y fue subiendo de intensidad—. Te deseo de cualquier forma, quizá a ti te guste que te ame rodeada de todas estas páginas —continuó besándome, no quería seguir escuchándome.

Me sentó a los pies de la cama y se puso encima de mí, me quitó la camiseta llena de sangre y manchas y sentí que empezaba a perder el control.

Sus besos profundos me hacían enloquecer, de nuevo su mirada me había arrastrado sabe Dios dónde. Sus manos recorriendo mi espalda, cada cosa que hacía, mis momentos íntimos con ella, todo parecía un ritual; había algo mágico y apabullante.

—¿Escuchas eso? —paró en seco y se levantó. Me dejó allí, fuera de sí, y fue acercándose despacio a la puerta de entrada.

—¿Qué ocurre? —pregunté desconcertado, pero me hizo un gesto con el dedo en la boca para que me mantuviera callado. Me acerqué hasta la puerta yo también. ¡Era una moto! Conocía perfectamente los ruidos que producían esos vehículos. Zora echó una ojeada por la ventana y se agachó. Impaciente, pregunté qué pasaba, y me reveló que un hombre estaba aparcando su moto junto a la mía.

A esas horas, allí se podía escuchar todo. De repente, Zora se escondió en su dormitorio. Fui a ver qué pasaba y la encontré llorando sobre la cama.

—Zora, no me hagas esto —musité, faltó de fuerzas al verla de nuevo así—. Voy a salir a ver dónde se dirige.

—¡No! —exclamó, agarrándome la muñeca, pero no pensaba quedarme de brazos cruzados.

--¡Zora, quizá sea el tipo que me robó! Iré a ver, a lo mejor se ha perdido como me pasó a mí.

—¿Y si es uno de ellos!? ¡buscará al señor Oscar!

—Me acercaré al club; si es uno de esos tipos le arrancaré el corazón antes de que te ponga un dedo encima. Quédate aquí y no abras la puerta.

Sacó un puñal que tenía escondido en un cajón y me lo dio para que me lo llevara, lo metí dentro de la cazadora y me la puse.

—Ten mucho cuidado, por favor.

Anduve rápido, lo más silencioso que pude. Al doblar la esquina para empezar a subir la cuesta lo vi parado: estaba en medio del camino de tierra, y no parecía importarle que alguien lo pudiera ver. Era un hombre robusto y de baja estatura. Parecía perdido, ¡él era uno de los otros, de los tipos que la maltrataban! Se me estaba revolviendo el estómago y hasta empecé a sudar. El tipo aquel siguió andando, y yo detrás. Se paró delante del club, casi me ve. Me pegué como una lapa a la fachada: oía el ruido de algo metálico, pero no podía ver lo que estaba haciendo o me descubriría. Poco después dejé de oír el ruido y me asomé un poco: ya no estaba. Miré más detenidamente a los alrededores, tampoco iba por el camino... ¿Dónde diablos se había metido?

Avancé un poco y lo descubrí, ¡había entrado en el club! La puerta estaba entornada, aquel hombre tenía una llave. Entré casi de puntillas, conocía el ruido que hacían mis botas en aquel suelo.

Llegué hasta el salón, pero no estaba allí. Fui pegándome a las mesas de la izquierda hasta la escalera, la subí muy despacio con la mano sobre el puñal por dentro de la cazadora. Cuando estaba a punto de abrir la puerta de mi habitación, oí el ruido de un arma detrás de mí.

—No grite, solo quiero hablar con usted dentro —alertado, apreté con mi mano el puñal mientras entrábamos—. Cuando se lo diga dese la vuelta, Gabriel —me hizo llegar hasta la ventana—
Míreme y no diga nada —me volví. Estaba en la puerta, con el brazo levantado y la placa en su mano, había bajado el arma.

—¡Usted! —entró y cerró la puerta.

Me quedé en parte aliviado: aquel hombre era el policía más mayor. El que me miró mientras salía de la comisaría... pero, ¿qué hacía en mi habitación?

—No tengo tiempo para preguntas, he venido para decirle que se marche cuanto antes —sentenció, mirándome muy seriamente.

—Tiene una llave del club, ¿lo sabe Oscar?

—Oscar es mi amigo —prosiguió a lo suyo—. Tiene que irse de Galkay.

—Usted ha dicho el nombre del pueblo, en la comisaría me lo negaron, y me trataron...

—¡Escuche, es peligroso que esté aquí! —repitió, y pude notar como su paciencia se agotaba por segundos.

—Necesito que me diga algo —le ignoré, e intenté recopilar más información.

—Ahora no, tengo que irme. Esto es muy serio. He visto su moto, váyase enseguida.

—¡No puedo, no voy solo!

— Escúcheme bien esto es un asunto de... —era inútil.

—¿De quién, dígame? —inquirí, pero él ya sabía mi punto débil.

—Es por la chica, ¿estoy en lo cierto?

—Sí —contesté, estaba nervioso.

—Está bien, creo que eres un inconsciente —opinó, soltando un largo suspiro.

--Hablaemos en otro lugar. Tenga —me ofreció una tarjeta que cogí al instante, y acto seguido se marchó.

Mi cara de bobo, mi desconcierto y la tarjeta en la mano... yo estaba en lo cierto, ¡estaba en peligro!

¿Y Zora? Estaría asustada. Bajé a su casa, hacía más frío que otras noches, o yo estaba destemplado después de la visita. Cuando llegué a casa de Zora le dije que no había pasado nada para tranquilizarla, pero había oído una moto marcharse y se había asustado más. La pedí que se callara porque no me iba a ir de allí sin ella, y le expliqué que el aquel hombre era policía, amigo de Oscar. Sus ojos almendrados se abrieron tanto que me parecieron redondos. Ante la desconfianza de Zora, le dije que yo sí le creía, y parecía dispuesto a ayudarme.

—¿Y qué quería? —me preguntó, más calmada.

—Que me marchara del pueblo lo antes posible. Zora, todo el mundo me dice que me vaya, cada vez estoy más seguro de que algo grave pasa, y no sé si yo represento una amenaza para alguien importante... ¡Tengo que hablar con el señor Oscar!

—Gabriel, es tarde tienes que descansar, ¡las crisis! —puse la mano en su frente.

—¿Te duele? —ignoré su advertencia.

—Un poco, a ratos me escuece.

Besé toda su frente y por encima de la herida tapada. Se sentó al final de la cama y me quitó los pantalones despacio, yo rematé con las botas. En mi ausencia se había puesto el pijama rojo y soltado el pelo. Le dije que no me cansaba de mirarla, y cada vez me parecía más hermosa. Me pidió que durmiera, porque no quería verme otra vez sin poder andar.

—¿Por qué no te fuiste entonces? —preguntó entre susurros.

—Ya lo sabes, calla y durmamos.

Me tumbé a su lado y se recostó con su cara pegada a mi corazón; no me hubiera importado terminar lo que había dejado a medias un rato antes.

Cuando me desperté ya se había levantado y había preparado el desayuno, la encontré en la mesa redonda.

—Buenos días, Gabriel.

—Zora, tengo que irme al club, tengo muchos frentes abiertos... ya te lo explicaré todo —en ese

momento noté el acero afilado mientras me ponía la cazadora—. Me lo llevo —dije, abriendo la chaqueta para que viera el puñal. Asintió entornando los ojos y no me dijo nada.

Subí rápido a la habitación, aún llevaba la camiseta manchada; me duché y me cambié de ropa, ¡tenía que afeitarme! Después... Organicé todo lo que tenía encima de la mesa y observé ajeno a toda sensación o sentimiento, empecé a plantear el rompecabezas.

Alguien quería algo importante, algo que estaba escondido en Galkay, varios tipos lo habían buscado sin éxito. El pueblo entero tenía miedo, por eso actuaban de esa forma; desconfiaban de los forasteros, me habían tomado por uno de ellos, por eso su trato hacía mí, ¿algo que estaba en el campanario? ¡Claro, por eso era lo único que cuidaban! Pero, entonces, ¿por qué revolvían y rebuscaban en la catedral?

Buscaban equivocadamente, por eso se ponían agresivos con Zora, ¿la utilizaban como cebo?

Otra vez me tensé, respiré hondo y solté aire, tenía que mantenerme frío. Anduve un poco por la habitación para relajarme. Saqué la tarjeta que había guardado en la bolsa: tenía una dirección de Glasfort, y, anotado con bolígrafo, un día y una hora. Me citaba dos días después para vernos, dando por sentado que yo querría volver a verlo. Aquel hombre se había tomado todas las molestias conmigo, y había estado a punto de decirme de que asunto se trataba, quiénes eran los que venían y por qué.

Me senté y observé cada detalle de las fotos del gigante; me fascinaba hasta en imágenes. Si Brian lo cuidaba tanto podía ser porque fuera ajeno a lo que estaba pasando, o puede, claro, ¡que también fuera un cebo! No... Zora me había dicho que no sabía lo que le hacían esos bestias.

Oscar no me había engañado. Si estaba en Galkay, me querían hacer creer que el pueblo y la catedral no existían, que yo estaba confundido o algo peor, pero ¿quién podía tener tanto poder? En Glasfort también tenían miedo, en el hotel, ¿cómo se podía infundir tanto miedo y temor? Todo estaba adquiriendo una nueva dimensión.

En ese momento pensé que la cosa era muy grave como para enfrentarme yo solo, ¿qué pretendía?, Ya no tenía nada que ver con mi desafío, con el encargo o demostrarme hasta donde podía llegar; estaba metido en medio de algo muy serio, como me había dicho el policía. Había muerto mucha

gente en la zona quemada, y las amenazas de seguir matando al mínimo cambio en la situación... Les abastecían por la noche para que nadie saliera del pueblo, pero, ¡Zora había salido! Puede que ella estuviera al margen de la gravedad.

El puzle seguía con un montón de huecos sin rellenar. Tenía que ir a Glasfort, ya que el policía parecía totalmente dispuesto a decirme lo que a mí todos me escondían, y con ello poder ir resolviendo misterios.

Tampoco sabía si podía recibir ayuda americana, de la embajada, ¡si consiguiera hablar con el señor Alfred! Se me pasó por la cabeza hacer algo descabellado... ¡Sí! Lo haría, seguro que entonces contactaría con Manhattan.

El señor Oscar y el policía serían de la misma edad. Estudié la tarjeta, no ponía ningún nombre de persona. Por una vez no había sido por no prestar atención. Me ocultaba su identidad, también había tomado precauciones, sin duda la cosa era seria. Oscar me lo diría, eran amigos.

Me asomé al pasillo para comprobar si había clientela, ¡vacío! Tenía que aprovechar la ocasión y bajé, ya en la escalera me pareció buena la idea de comprar una grabadora.

—¿Qué te sirvo? —preguntó, nada más verme.

—No quiero nada, necesito hablar con usted —no me dio largas ni puso mal gesto como otras veces. Colocó unas botellas y se dirigió hacia su casa, me indicó con la mano que le acompañara.

—Lo sé Gabriel —admitió—. Yo se lo pedí, a ese hombre le debo mucho.

—¿Por qué?

—A su manera y como puede, me protege —explicó.

—¿Son amigos desde hace mucho? —en ese momento puso cara de estar rememorando el pasado, conocía bien esa cara en él.

—Sí, nos conocimos en la adolescencia, de un modo u otro siempre hemos estado en contacto.

—¿Quién es? Quiero decir, ¿qué representa para usted?

—Es el único amigo que tengo desde que ocurrió lo del incendio.

—¿Y Brian? —él levantó las cejas.

—Ese hombre está más solo que yo en esto.

—Estoy en peligro... —susurré, recordando las palabras del hombre.

—Daniels, es su nombre —dijo mirando al suelo.

—Daniels me lo dijo anoche, y que me marchara enseguida, ¿por qué estoy en peligro?

—No te van a matar, si a eso te refieres —me quedé de una pieza al oírlo.

Le conté que tenía que ir a Glasfort para hablar con su amigo puesto que este no había querido hacerlo en el club, pero Oscar se acercó a mí más serio.

—Ese hombre no es la primera vez que se pone en peligro por mí. Ve a verlo y hazle caso, por favor.

—Lo haré, Oscar, tranquilo — me disponía a marcharme cuando hizo un comentario a mis espaldas.

—A veces ella me ha recordado a Tara, puedo ponerme en tu lugar. Me alegro de que te perdieras —tragué saliva y continúe andando.

Salí a la calle, necesitaba respirar aire puro, allí el suelo era lo peor para pasear... “¡Pues como todo aquí, Gabriel!”, me dije, y no era la voz interior.

No me fui cruzando con nadie, parecía un desierto con casas, el raro centro comercial estaba cerrado, el campanario también, era consciente de que me observaban desde algunas ventanas, parecía que llevaba fuera de los Hampton un siglo.

Casi sin darme cuenta llegué a la zona quemada y comencé a bajar, por primera vez no observé nada, solo anduve percibiendo ese olor. Las deportivas blancas a cada paso eran más oscuras.

Sin pensar me dirigí hasta la placa, pude distinguir hasta cuatro apellidos, pero había más del doble. Toda esa gente había muerto quemada, podía tratarse de un crimen encubierto... no fue uno, sino varios escalofríos los que me recorrieron de arriba a abajo, ¿dónde estaba? Galkay parecía un lugar olvidado por el resto del mundo, todo atrapado en el tiempo y en un lugar.

Me senté en un bloque de hormigón ennegrecido y miré la palabra York, se podía leer perfectamente, el tamaño de la letra grabada era mayor que el resto de lo que se podía ver, ¿estarían conectados aquel pueblo con la gran ciudad de Nueva York? No, ¡era imposible! Cosa que ya no descartaba, visto lo visto.

Llegué al paraíso de flores. Era cursi, pero así es como lo llamaba Zora. Me tumbé junto al macizo de lavanda, miraba el cielo y recordaba mis ratos allí con ella: era la relación más extraña que nunca hubiera imaginado con una mujer, ¡sí que era todo un desafío! Estaba convencido de ser fuerte, porque para aguantar aquello...

Diferentes olores de las flores me iban llegando, todo lo de del otro lado estaba envenenado ¿a propósito? ¿Para qué no pudieran cultivar alimentos?, ¿para que fuera un lugar horroroso? Podía ser por cualquier cosa, y todo me parecía un sin sentido. Aún me faltaban muchos datos, más información que enlazar.

Desperté de medio lado, con el verde del suelo pegado en la cara, y me sacudí un poco. Parecía un detective en el lugar del crimen basándome en suposiciones, el puzle avanzaba y retrocedía al mismo compás. Habían pasado un par de horas escasas y tenía hambre; había pasado por la puerta de Brian con la idea de coger flores para Zora, y por casualidad había llegado hasta allí, o ¿no?

Cada día que pasaba parecía más un investigador que un periodista. Me reí con ganas, nunca lo había tenido muy claro pero en ese momento lo vi, más que el agua cristalina: periodista de investigación, ¡sí! Me agradaba la idea. Me entusiasmé, y mi imaginación comenzó a crear situaciones de las que me revolucionaban la adrenalina, en un mundo diferente del que me encontraba. “¡Para, detente Gabriel!”, la dichosa voz; en el fondo tenía que estarle agradecido por mantenerme con los pies en la tierra, ¡sí, en la tierra! Me dio risa otra vez... ¡basta! No estaba en Galkay investigando un misterio o una tragedia por mi cuenta, y con ello hacer méritos profesionales para mi futuro, ¡era algo serio! Y tenía que estar, alerta y ser precavido con todo.

Iba a marcharme al club a comer algo y cambié la dirección impulsivamente, continué por detrás, pasé de largo por la puerta de atrás de Oscar y de Zora. Se apoderó de mí la curiosidad: el camino se hacía poco a poco más estrecho. Las pequeñas plantitas y hierbajos dificultaban el paso, dudé pero continúe avanzando, empezaron a aparecer los enormes árboles que cercaban todo el pueblo; lo tapaban todo, por eso no se veía al entrar en Galkay. Era imposible saber que detrás de ellos estaba aquel camino, un lugar secreto para tres personas, y dos puertas para huir de aquel infierno. Tenía que hacer fotos... no, no las haría, no era algo para dar a conocer, ni en el

encargo ni en nada. Era de Zora, solo de ella.

Entré en el pueblo y me fui fijando en el suelo: pequeñísimos brotes parecían querer crecer sin éxito; por lo menos no les habían quemado ni envenenado los árboles.

Allí estaba mi trasto. Me senté sobre ella. “¡Menudo viajecito!”, dije acariciándola. No recordaba la gasolina que podía tener... ¡y qué hambre tenía!

Cuando aparecí en el club no se oía el ajetreo de otras tardes, parecía que Oscar había cerrado, y en la nevera no me quedaba nada. Me acerqué a su casa.

—¡Señor Oscar! —no contestaba— ¡Oscar! —repetí, con la esperanza de que me oyese esta vez.

—¿Qué ocurre? —asomó la cabeza por el marco de la puerta, y en cuanto reconoció mi voz su expresión preocupada se relajó— Ah, eres tú. Pasa, anda.

—Disculpe, pero me gustaría comer algo.

—¿¡A las seis!? Tus horarios para comer son muy raros, Gabriel.

—¡Ya! —reconocí, avergonzado— Cualquier cosa. Me he despistado con la hora, discúlpeme.

—Anda, siéntate.

Entré en la cocina, enseguida sacó un enorme plato con carne y verduras, un trozo de pan y un refresco amargo. Me preguntó si me parecía bien, pero con el hambre que tenía me parecía un manjar. Se sentó a mi lado y me miraba, parecía no atreverse a decir nada. Comí deprisa porque me incomodaba un poco la escena. Al terminar me ofreció café, lo rechacé, y me levanté para acercarme hasta los retratos. El señor Oscar se dio la vuelta para mirarme y siguió sentado.

—¿De dónde las ha sacado?

—Me las dio hace muchos años Daniels.

—¿Su amigo conoce al señor Alfred?

—¿Pero de qué hablas? —pareció ofenderse a causa de mi excesiva curiosidad— ¡Oye! Soy un hombre de pocos estudios y conocimientos, cuando Tara murió me quedé sin nada... me las dio para que me hicieran compañía.

—¿Y lo han hecho?

—Puede, pero no sé quiénes son... ¿Has dicho Alfred?

—Sí, es el hombre que me hizo el encargo.

—¿Y está en esas fotos?

—No —sentencié, tras un escaneo rápido de los rostros en los retratos.

—¿Entonces? —dijo, extrañado, y le señalé dos fotografías.

—Son iguales, exactas a las que ese hombre tenía en su despacho.

—¿Y qué quieres que te diga? —me miró, como dando por terminada la conversación.

—¿Ellos dos se conocen?

—Muchacho, ya te lo he dicho, no se me dan bien las averiguaciones, a lo mejor son fotos recortadas de algún sitio, ¡yo qué sé! —acto seguido, se levantó con pesadez y se fue dentro.

No le había pagado la comida. Me tentó la idea de llevarme las dos fotos. Oscar no tenía ganas de investigar como yo; según él, hacer averiguaciones. De alguna manera, aquel hombre me parecía muy interesante.

Hasta que no hablase con Daniels no haría nada. Me dolía la cabeza de pensar sin argumentos. Llamé a la puerta roja, mientras Zora me abría me acordé de las flores, me las había dejado encima del poyete-barra.

—Buenas tardes —sonreí.

—Pasa —dijo, agarrándome por la cazadora y metiéndome un par de metros. Me besó pasionalmente en la cara, la separé despacio, y le di un beso de vuelta en la boca. Le pregunté si estaba bien porque no tenía buena cara, y me dijo que no sabía el motivo, pero estaba triste.

—Perfecto —levantó la cabeza y me miró confundida.

Tenía pensado ir a Glasfort a echar gasolina antes de mi cita con el policía, cambio de planes. Le dije que le vendría bien distraerse, y que cogiera el casco y la chaqueta.

—¿Vamos a ir en la moto?

—Sí, haré lo posible para que lo pases bien, quiero ver tu sonrisa de diosa.

—¿Qué? —rió, aún más confusa.

—Nada, déjalo, ¡vamos!

Casi llegando a Glasfort me pidió que parara. Pedí al cielo que no hubieran aparecido sus

fantasmas. Esperé delante de ella el chaparrón.

—¿Vamos a Glasfort? —preguntó, seria.

—Sí —contesté con miedo; no sabía con qué saldría esta vez.

Me dijo que prefería ir a otro sitio, cosa que me pilló por sorpresa, y que fuera más despacio para poder ir siguiendo sus indicaciones; le dije que sí y arranqué.

Me hizo tomar un desvío, nos metimos por un camino de tierra de lo peor. Pero, ¿¡por qué no asfaltaban!?

Giré un par de veces, y tomé una curva de las llamadas por mí infinitas. Aparecieron los enormes árboles, ya no me sorprendían; en un cartel de madera leí: “Bienvenidos a Gobray”. Estábamos entrando en un pueblo. Estaba lleno de casas muy pequeñas... ¡y abandonado! Esperé a que me dijera algo, fui detrás hasta que se paró en medio de todo.

—¿A que es precioso? —no sabía que decir, ¡allí no había nadie!

—¿Dónde estamos?

—Aquí venía de pequeña con Brian —me fijé que su tristeza se había convertido en añoranza.

—¿Y la gente?

—No sé por qué todos se marcharon, pero después ya nunca volvimos —dijo, y siguió por allí, andando.

La vegetación había tomado el control absoluto. Todo estaba cerrado, y muy estropeado a causa de la humedad. Tenía previsto invitarla a cenar y el sitio no me gustaba en absoluto, pero la vi tan feliz que intenté disfrutar con ella; aun abandonado tenía más vida que Galkay.

No recordaba haberlo visto en el mapa del hotel, ¡el mapa era falso! Me lo habían dado para despistarme, habían estado engañándome para que no me enterase de nada.

—¡Ven, acércate! —exclamó Zora desde unos quince metros. Me había puesto a indagar olvidando dónde estaba.

—¿Qué? —me incorporé al instante, y me acerqué a paso rápido— ¡Ya voy!

Se había parado delante de unos columpios. Estaban muy oxidados y descoloridos, y se acercó a tocarlos. En ese momento eché de menos la cámara. No dije nada durante un rato, la dejé

sumergirse recordando su infancia. Era la primera vez que veía sus ojos llenos de lágrimas, felices. Se me ocurrió algo y la llamé para decirle que aquel sitio era más alegre, y allí podrían cultivar el suelo su tío y Oscar; además, estaba cerca de la catedral. Me contestó que el camino era demasiado complicado para la bici, y la miré sorprendido al saber que Brian se desplazaba hasta el gigante de esa forma.

—Zora, tu tío dentro de poco ya no podrá, es un camino largo y difícil para él, ¿y entonces qué pasará? ¡Da igual dónde este!

—Es un hombre fuerte y ágil —contrarrestó, sin apartar su mirada de los columpios.

—Zora, no.

—Tienes razón —dijo, mirando esta vez al suelo.

En ese momento me cogió la mano, la puso en su corazón y después sobre la brecha.

—Lo sé, yo también, y espero dejar pronto el dolor atrás —la acaricié.

Era tan lista e inocente al mismo tiempo que podía confundir sin quererlo; su cercanía y alejamiento simultáneo era difícil de llevar. Nos sentamos encima de un tablero, aquella madera podía haber sido muchas cosas.

—Sé lo que piensas, solo te ofrezco soledad... Todo está abandonado y olvidado por el paso del tiempo, un lastre que cargo a mis espaldas.

—Pero ¿qué dices, Zora? Me has enseñado lo que es el amor, la lucha por lo que uno quiere. No te cambio por mi vida de antes, quiero que estés siempre en mi vida de después —respiré hondo y me relajé. Se levantó de repente y me dijo más animada que nos fuéramos donde yo quisiera.

Pensé que mis opciones eran más que reducidas y arranqué mi trasto destino a Glasfort. Me fui alejando del hotel, de todo lo que conocía y paré en unos jardines. Paseamos por ellos, acciones tan simples en las que yo nunca había reparado, porque pasear para mí era correr con las motos.

—¿Te has dado cuenta? Cada vez que digo que nos marchamos se complican más las cosas —dije algo desanimado.

—Llevo toda la vida en este mundo de mierda como tú lo llamas. No tengo prisa Gabriel, no echo nada de menos.

Yo sí echaba de menos todo: la rutina, la tranquilidad de saber lo que me esperaba, ¡la monotonía! Cosas que nunca había apreciado. Mi egoísmo y carácter impulsivo me habían estado devorando; huía de las dificultades pero no podía escapar de allí.

No tenía ni idea de lo que pasaba ni de lo que había ocurrido, pero sentía que yo formaba indirectamente parte del puzle; podía ser eso lo que me había mantenido en aquel lugar, ella podía estar engañándome, sangre y desmayo incluido. Era físicamente perfecta, su psicología e inteligencia emocional, todo; podía no ser natural y solo había seguido al pie de la letra un manual impuesto, ¿la diferencia? Que yo le gustaba, de ahí sus palabras: “Contigo es más fácil”. Mi cabeza no paraba, lo que no sabía me retenía, y lo que creía saber me hacía daño.

—¿Dónde estás? —me preguntó de repente. Levanté la cabeza, vacilando— ¿Tienes hambre?

—No, ¿tú sí? —quería invitarla a cenar y ella me propuso cenar en su casa con su espíritu de ahorro.

Le dije que con la noche tan buena que hacía no me apetecía volver, y el aire siempre tan fresco en aquel lugar me despejaba. Tuve una idea, y le pedí que nos pusiéramos a buscar un sitio donde tomar una copa.

—No bebo —dijo, rotundamente.

Al cabo de un rato encontramos una licorería. El ambiente era bueno y elegante, la mayoría era gente de mediana edad. Nos sentamos en una mesa del reservado. Pedí dos cervezas, era la primera vez que Zora estaba en un lugar así y la observé atento. Miraba todo, por momentos se dejaba llevar por la música y movía su cuerpo con suaves movimientos. Llevaba el peto vaquero y su extraño moño; no sabía cómo hacía para meterlo dentro del casco. Estaba sumida en el ambiente y ajena a mí.

Me di cuenta de mi gran amor por ella, porque yo estaba sufriendo como mi madre lo hacía por mí, toda la familia, durante años. Podía estar seguro de que no era otro capricho.

—¿Qué piensas, Gabriel? —su pregunta me cogió por sorpresa mientras soñaba despierto, pero su sonrisa me hizo responder con sinceridad sin apenas darme cuenta.

—En todo lo que mi familia me ha aguantado y consentido siempre.

—Es normal, te quieren.

—No, ahora lo sé. Sé lo que significa amor incondicional, y lo sé gracias a ti.

—Me parece que exageras —su expresión varió ligeramente, se volvió irreconocible.

—Te aseguro que me quedo corto —me miraba asombrada, y algo asustada—. No, no es nada malo o raro, ya te lo he contado... He sido muy egoísta, pero soy inofensivo, puedes estar tranquila a mi lado.

—Lo estoy, Gabriel, aunque tú dudes tanto todo el tiempo —se estiró, acercándose a mi oído, como si no quisiese que nadie más lo oyese—. ¿Te cuento una cosa?

—Sí —dije con curiosidad.

—Durante años pedí un milagro, lo deseaba de verdad: quería salir del pueblo, ir a cualquier parte del mundo, a cualquier rincón del planeta.

—Deseo cumplido, soy tu milagro. A sus pies, señora —se rió con ganas y me sentí feliz.

—También eres gracioso —añadió.

—Sí, y cuento con otros talentos que deseo mostrarte.

En ese instante bebió y la besé profundamente. Su sabor a cerveza, ese olor suyo especial, subió mi temperatura.

—¡Vamos al hotel! —tuve un impulso, su boca confundía a mi razón.

—No, Gabriel, tengo un recuerdo muy bonito, no lo estropees —me agarró de la mano, y la apretó con fuerza mientras clavaba sus ojos en los míos—. Volver te hará daño, recuerdo lo que me dijiste; hicieron todo lo posible por engañarte.

Sus palabras me devolvieron a la licorería, a mi cerveza, a la realidad de la situación.

—Lo he postergado demasiado.

—¿El qué?

—Hablar con Brian, tenía que haberlo hecho la primera vez que lo pensé... Seguro que ahora no estaríamos aquí, y yo no estaría metido en medio de algo grave.

—¿Sabes? Creo que le das demasiadas vueltas a todo, eres demasiado analítico.

—¡Claro, Zora, soy periodista! —me miró de nuevo, riéndose.

—Hace años leí una novela muy antigua, era sobre un hombre joven, que de tanto pensar y no hacer nada se trastornó —comenzó a relatar, con añoranza—. A partir de ahí se apartó de todo y vivió en un mundo creado por él... Murió a los noventa años, solo y olvidado.

—¿Y? —pregunté extrañado ante su exposición.

—Era periodista, como tú. Un hombre lleno de miedos y dudas.

—Vale, pero yo no estaré solo, y no creo que viva tanto —sonreí—. Prefiero vivir la mitad si con ello puedo hacerlo a tu lado, ¿nos vamos?

—No, pídemme otra bebida.

—¿Zora, tú no bebes! —le recordé, soltando una carcajada a la que respondió con otra sonrisa.

—Ya, pero no lo pienso.

Seguimos hablando de cosas intrascendentes; perderme en sus ojos y abandonarme era todo uno. Después de terminar la segunda cerveza la noté muy animada, no paraba de hablar y de moverse. No quería tener un problema con la moto y le pedí marcharnos. Me miro dándome a entender que le había cortado el rollo.

En su defensa diré que controló muy bien, como siempre que sus fantasmas estaban alejados de ella. Ya en su puerta me pidió que entrara para tomar la última.

—¿Y eso? —pregunté, feliz.

—Lo leí en otra novela —nos reímos los dos mientras entrábamos a su casa.

Fuimos a su dormitorio, mientras yo me quitaba la cazadora y las botas, desapareció; volvió con su pijama rojo y dos copas.

—¿Zora, por qué haces eso?

—¡No tiene alcohol!

—No, me refiero a irte. Ya te he visto desnuda, te sigues escondiendo.

—No, solo quería asearme y ponerme cómoda.

—Ven, siéntate —le pedí y se sentó a mi lado en la cama—. Contigo me pasa algo curioso. Tú estabas equivocada. Puede que procedamos de mundos distintos, con costumbres y hábitos que desconocemos el uno del otro, pero en el fondo no somos tan diferentes. Cada vez que estoy

contigo es como si te acabara de conocer, y sin embargo siento que te conozco desde el principio.

—¿El principio de qué, Gabriel?

—De mi vida, de todo lo que forma parte directa de mi mundo.

—Gabriel, eso es muy bonito, pero es imposible.

—¡Zora! —la miré a los ojos—. Nada es imposible aquí.

—¿Qué pasará mañana cuando hables con el policía? —cambió de tema, sin darme tiempo a reaccionar.

—Espero que me diga algo que por fin tenga algún sentido, llevo demasiado tiempo fuera... no sé cómo voy a explicar todo esto.

—¿Tienes miedo?

—Sí —contesté, me miró asustada, y se acercó más a mí.

—Me da miedo que algo me impida sacarte de este lugar, en el que creo que no te corresponde estar.

—¡Gabriel, eso es una tontería! —exclamó, sorprendida y dolida— Nunca me lo he planteado por mi familia.

—¡Brian! —dije irónicamente

—¡Gabriel, sí, es mi familia, lo único que tengo!

—Disculpa, no era mi intención molestarte, pero mi prioridad eres tú —su cara se transformó, en la cara de una diosa, la que más me gustaba ver en ella—. Mañana te espera un día importante, tienes que descansar. Serás una madre estupenda.

—¿Te refieres a ti y?

—Sí, me recuerdas a la mía —admití.

—Y eso es bueno, supongo —suspiró, y no pude identificar su expresión.

—Sí, lo es. Tengo a las mejores mujeres del mundo —me besó, y me dejó claro que no quería hablar más, y menos de personas que ni conocía.

Había sentido su cuerpo, creí que confiaba en mí, pero esa noche sentí su corazón latiendo a mil, debajo de una piel tan suave y hermosa que solo con rozarla me hacía enloquecer. Todo en ella

tenía doble sentido: dulce y apasionada, sensible y suavemente salvaje. ¿La clave? Se dejaba llevar plenamente, abandono total, fusión absoluta y perfecta entre sus sentimientos y sus necesidades físicas; esa era la esencia, el porqué de necesitarla tanto como el respirar. Paradójicamente no había dobleces, aunque yo la creyera tan contradictoria.

Amarla era la máxima expresión de plenitud: su intensidad tan real me intimidaba un poco.

Su éxtasis inundó de alquimia todas y cada una de las páginas de las paredes, la contemplé entre las sábanas con todo el control del que fui capaz en ese momento, la deseaba otra vez pero no la quise dominar, fueron sus ojos los que me dominaron y arrastraron hasta que exploté sin siquiera tocarla, sin duda era magia, la magia de su esencia.

Me quedé sentado.

—¿Otra vez pensando? ¿Qué te he contado antes del hombre nonagenario?

—¿Me seguirás amando entonces?

—¿A un trastornado? —susurró, burlona.

—¿Zora! —exclamé. Nos reímos mientras le arrancaba la sábana de entre sus manos en un vano intento por taparse.

—Tengo frío.

—¡Ven, yo te caliento! —dije, y ella puso su mano delante de mi pecho para pararme.

—No tienes fin, ni con la mente ni el cuerpo, ¿tú sabes la hora que es!? —me devolvió la jugada cortándome el rollo.

De pronto me encontré acostado, tapado y con ella encima de mí. Al rato terminaba con medio cuerpo dormido por falta de riego sanguíneo y sin poder moverme; sin pretenderlo había encontrado la manera de zafarme, le soplabo a la cara, y ella se movía mientras que yo aprovechaba para escapar, y encontrar una posición cómoda para dormirme.

La dejé durmiendo y me marché al club. Era pronto y no vi a nadie mientras subía. En el salón había unos pocos hombres con el café de rutina.

—Buenos días —musité, cruzando por el centro del lugar.

—Hola muchacho, ¿te apetece desayunar algo?

—Sí.

Se puso a prepararlo y yo a mirarlo. Sentí aprecio por el señor Oscar: a su manera extraña, como todo en Galkay, me había conquistado. Admiraba su fortaleza interior, lo que fuera que le hacía permanecer allí casi escondido y trabajando apenas sin descanso. Me sirvió más cantidad de todo que el resto de días, y me preguntó en voz baja cuando me iba a reunir con su amigo.

—He venido a recoger algo, en dos horas y media.

—Gabriel, no te negaré que al principio me pareciste un incordio, pero ahora... —se quedó callado, mirando al suelo. Tenía la impresión de que el contemplarlo le daba respuestas.

—Le entiendo, no se preocupe por eso ahora. Haré lo que pueda para acabar con esto.

—Ten mucho cuidado, y sobre todo no subestimes nada —asentí y le di las gracias sin hablar.

Subí a por el puñal y la mochila, dentro estaba la cámara. Salí del club social con paso firme y mirada al frente. Sé que él me bendijo desde el poyete-barra.

Ya en Glasfort, lo primero que hice fue ir a echar gasolina, y compré un callejero. Consulté hasta dar con la dirección que indicaba la tarjeta, era una zona alejada del centro; un barrio muy viejo pero, con mucho encanto y solera.

Dejé mi moto al principio de la calle. Busqué el número y enseguida lo encontré: era un edificio antiguo, estaba muy bien conservado, con una puerta de hierro formando dibujos geométricos. Llamé, cuando se abrió subí por las escaleras hasta un tercer piso.

Estaba nervioso, y ansioso por saber. En la planta había tres puertas, la del fondo estaba medio abierta y me acerqué despacio. Entré, y casi a punto de cerrar oí como desde dentro alguien me pedía que pasara. Llegué hasta una estancia, el salón, donde me esperaba sentado y con el uniforme puesto.

—Adelante Gabriel, le agradezco que haya venido.

Me sorprendió mucho lo limpio y ordenado que estaba todo. Rápidamente captó mi atención una gran vitrina llena de diplomas, premios y condecoraciones; toda una perfecta exposición a los méritos... Estaba delante de alguien importante, de gran calibre profesional, y, por lo que me había dicho Oscar, un buen hombre. Encima de una pequeña mesa redonda tenía una foto, estaba con

Oscar, abrazados. Me acerqué lentamente: al lado había otra foto y la cogí, miré a Daniels.

—Sí, ahí éramos unos críos —aclaró, sonriendo al mismo tiempo que observaba, como yo, la imagen— Fue poco después de conocernos... Lo pasábamos bien juntos —acto seguido me miró, serio—. Hablé con él, sé que le llamó a usted para que me ayudara. Él también me ha estado ayudando como ha podido desde que llegué a Galkay.

—¿Qué está pasando, señor Daniels?

—No merezco que me trate de señor.

—¡Pero!... Oscar me dijo que le debía mucho, ¿por qué dice eso?

—No, Gabriel, soy yo el que le debo mucho a él —suspiró—. Debería besar el suelo por donde él pisa.

Le miré confundido, y me giré a mirar la vitrina.

—¿Le gustan? Todo lo que hay ahí era de mi padre. Dio su vida por el cuerpo. Era un hombre extraordinario, buen marido y padre —no llegaba a entender su explicación.

—¿Y su esposa, está aquí? —pregunté.

—¡Mi esposa! —exclamó, divertido— No, no hay ninguna mujer. Nunca se me han dado bien, soy demasiado bruto para el noventa y ocho por ciento de ellas, y al otro dos por ciento restante nunca lo he encontrado —bromeó.

La casa estaba llena de pequeños detalles decorativos de buen gusto. No me parecía un hogar de alguien tan brusco como él decía que era.

—El señor Oscar me ha dicho...

—¿Han estado hablando de mí?

—Únicamente lo que le he contado, y que siempre han estado en contacto.

—Gabriel, siéntese —ordenó, señalando la silla que se encontraba frente a él. Comenzó a explicar—. Ser policía ha sido y será el gran error en mi vida, una sucia jugada del destino —en ese instante lo miré fijamente.

—¿Por qué dice eso? ¡Quiere ayudarme, ayudó a la gente del pueblo!

—Gabriel, yo nunca he tenido vocación de policía. Entré en el cuerpo fácilmente, y con todas las

puertas abiertas por ser hijo de quién era, y puedo decir que estuve con los mejores. A pesar de jurar mi cargo, de hacer cumplir y servir a la justicia, era un joven muy rebelde, con ideas poco claras, y siempre envuelto en peleas y discusiones, la mayoría de veces por tonterías. Tapanon mucho de mí, miraron a otro lado.

Le escuchaba y me vi reflejado en él, porque, por otros motivos, podía ponerme en su piel perfectamente.

—Daniels, no debe torturarse, creo que después ha podido enmendar ese comportamiento, que por desgracia es bastante frecuente en la juventud —se lo dije seguro de mis palabras, con la esperanza de que recapacitara. Se levantó y cogió una de las fotos de la mesa redonda, la observó fijamente.

—Si él supiera la verdad, me odiaría más que al mismo diablo.

—¡No! Oscar le aprecia mucho.

—Escuche bien, yo no soy la buena persona que el creé —comencé a sentir tensión—. Le arrebaté todo por lo que había luchado, todo lo que amaba, y le condené —le miré atónito.

—Daniels, no le entiendo... Por lo que yo sé, usted ayudó mucho en el pueblo. A veces no solo depende de uno, no se sienta culpable. También yo he cometido errores.

—¡Errores! —repitió, chillando— Destrocé sus vidas, ¡todo, maldita sea! —se levantó y se sirvió un whisky con movimientos rápidos y nerviosos. Estaba alterado, y yo confundido. Se volvió a sentar y continuó narrando.

—Hice un viaje con dos amigos a Alemania, a celebrar algo que inventamos como excusa para ir. Me concedieron unos días antes de mis vacaciones. Estuvimos dos semanas. Nos dio por ir a un bar todas las noches, donde se reunía gente con ideas tan locas y absurdas como las nuestras, y nos reíamos de todo. Una de esas noches conocí a un hombre algo mayor que yo: era el líder de un grupo. Nunca le he culpado, él no me obligo a nada ni me prometió nada, pero me atrapó —en ese momento recordé los ojos negros, conocía bien de lo que me estaba hablando—. Un día antes de regresar a Glasfort, quedé unido a ellos, a sus ideas y planes. Por supuesto que solo me contó lo que le interesaba que yo supiera, y me utilizó...

Aproveché el momento para interrumpirle.

—Daniels, comprendo que se desahogue, pero no veo relación. Necesito saber qué pasa en Galkay, tengo que hablar con Brian lo antes posible —cogió el vaso y se acercó un poco.

—Ese hombre es el tío de la chica con la que anda liado ¿no?

—Sí, ¿lo conoce? —bebió un trago largo, y no me contestó.

—Gabriel —dijo, levantándose otra vez—, todo guarda relación, sino, usted no estaría en mi casa, y le diré que las únicas personas que han entrado aquí han sido de previo pago por hacerme disfrutar un rato.

—¿Se refiere a prostitutas?

—Me imagino que está acostumbrado a hacer muchas preguntas por su profesión, pero eso no es importante ahora —parecía molesto con mi interrupción, y siguió relatando.

—Ese hombre me hizo creer que yo le ayudaba por una buena causa. Intercambiábamos información, la que yo recibía era falsa la mayoría de veces, pero yo entonces no lo sabía y le iba diciendo cosas que comprometían a esta ciudad, a Galkay, a Gobray, y a otros lugares adyacentes —“¡Gobray!”, recordé, pero no interrumpí más—. Antes de que ellos existieran, hubo muchos otros. Todos han buscado siempre lo mismo, sin éxito. Cuando Oscar me advirtió de su presencia en el pueblo me alarmé otra vez, y fui a verle. Me juró y perjuró que usted no era ninguna amenaza, pero cuando me contó lo de la chica, lo de sus investigaciones más allá de su encargo, nos preocupamos y sentimos pena por usted —abrí tanto los ojos que casi se me juntan con las cejas,

—¿Entonces, todo el tiempo he estado en lo cierto? ¡Estoy en peligro! —exclamé, nervioso, asustado.

—No, no es eso, pero corre riesgos —me tranquilizó—. Debería marcharse, pero ya veo que no hace caso de nuestras advertencias. Seguro que llegará muy lejos en su carrera... si se va de aquí, claro—se quedó callado, disfrutando de su whisky—. No sé si se habrá dado cuenta, en el pueblo no hay ningún tipo de información, de comunicación.

—¡Hay teléfono! —salté de pronto, sin pensar.

—Únicamente en el club social, y a veces no funciona como debería —añadió—. Pero yo me refiero a la incomunicación que hay con el exterior: no saben nada del resto del mundo, no escuchan nada de fuera, viven confinados. Les llevan víveres y provisiones a menudo, porque ni siquiera pueden valerse por sí mismos allí. Dependen absolutamente de todo y para todo.

—Pero, ¿qué buscan?, ¿qué quieren de esa pobre gente? —me estaba indignando y enfadando—
¡Dígame, por favor!

—Gabriel, esos hombres buscan papeles, informes y documentos secretos.

—¡Y todo esto, el sufrimiento...! ¿Por unos papeles?

—Ya veo que no lo entiende, no esperaba tardar tanto en contárselo, pero es el hombre de las mil preguntas. Tendremos que seguir esta tarde, tengo que ir a la comisaría —colocó con cuidado el vaso sobre la mesa, y comenzó a levantarse lentamente—. Regrese alrededor de las seis. Y, por favor, si tiene la sensación de que le siguen, váyase inmediatamente al pueblo, ¿lo ha entendido bien?

—Contésteme a algo antes de irme, ¿usted conoce al señor Alfred?

—No —sentenció—. Hable con el señor Brian.

—¿Él lo conoce? —pregunté muy nervioso.

—Oscar tenía razón, es muy insistente —suspiró, aun mirándome con pena—. Tranquílcese y luego vuelva.

Me acompañó a la salida y cerró la puerta.

Hasta llegar a la moto mi cabeza era una olla a presión a punto de estallar. Ya sabía lo que buscaban, pero, ¿quién? Estaba corriendo riesgos, no era ninguna novedad; siempre lo había hecho, no debería sorprenderme. Me senté en mi trasto y observé el panorama a mi alrededor, parecía un barrio de gente acomodada. Iban bien vestidos, diferentes del resto, allí podrían vivir los policías con sus familias. Los coches también eran distintos; hasta los árboles, todo estaba cuidado.

Aquello podía ser el corazón de Glasfort, y no la zona antigua por donde paseé con Zora. Era un ambiente distinto al resto de la ciudad que yo conocía.

“*¡Gabriel, deja ya de divagar, estas aquí por algo serio!*”.

Sí, algo muy serio. Contesté a mi voz interior, algo que había dejado a medio saber por pesado, por interrumpir, por ser un incordio como decía Oscar.

Estaba solo a unas horas de saber la verdad, más cerca de poder marcharme con ella a mi mundo, a nuestro futuro, juntos.

Si no me hubiera perdido ya estaría de vuelta con mi trabajo sobre Glasfort, en mi ático y trabajando para el señor Alfred, ¿y si no me hubiera parecido raro? Era lo más probable, y hubiera seguido avanzando, ¡y no la hubiese conocido! Zora, Zora, ¿en qué lío me has metido? ¡No, te has metido tú solo como siempre! Me reí de mi voz interior: era incansable como yo, no me dejaba pasar ni una.

Si la conciencia tuviese género, seguro que la mía era femenina, porque me recordaba el sentido común de las mujeres, y yo no podía vivir sin ellas.

Tenía tiempo de sobra y dejé allí la moto. Estuve andando por Glasfort antes de volver a reunirme con Daniels. Él se consideraba mala persona porque había sido rebelde, entonces, ¿yo qué era? Se fiaba de mí, basándose en lo que le había dicho Oscar; yo podía estar engañándole y ser uno de los otros, yo les hacía creer una cosa y ellos a mí otra a la vez, ¡qué locura! De Oscar me parecía casi normal, pero siendo policía, Daniels era demasiado confiado... no me extrañaba que lo hubieran engañado con utopías en la juventud. Tenía que haber algo más que yo todavía no sabía, algo que hacía que yo no les resultara un peligro, ¿qué?

Me paré justo enfrente de un bar. Servían comidas calientes y entré a comer algo, probé un plato típico de la ciudad, y como casi siempre me pusieron mucha cantidad. Después de un rato allí se acercó un hombre y me pidió fuego. Me disculpé diciendo que no fumaba, mientras que me acordé del consejo del policía y me entraron ganas de marcharme a Galkay. Me frenó la idea de que tenía que ir a por la moto. Había estado andado hasta allí más de una hora, seguía sin prestar atención o hacer caso, ¡pero el tipo no tenía pinta de estar siguiéndome! Estaba en una mesa contigua con su familia, comiendo, como yo. ¡Otra vez la voz!, “*Gabriel, no te justifiques, parece que nunca escuchas a los demás*”.

Estaba nervioso, casi rozando la ansiedad, y me fui sin tomar café. Sentía la necesidad de volver a casa del policía, pero intentaría no interrumpirlo esa tarde.

Caminé despacio. Recordé el día que aterricé en Irlanda: estaba tan ilusionado, cargado de planes, con la idea de que todo iba a ser fácil, un trabajo hecho con ganas, regresar a mi nueva vida. Me había convertido sin quererlo en la esperanza de personas que ni conocía. Mi prioridad ya no era el encargo, y tampoco tenía gran cosa. Mi intuición me decía que la situación dependía de mi ayuda, de que yo hiciera algo para que toda aquella gente dejase de sufrir.

Estaban aislados del resto del mundo, y yo no conseguía ponerme en contacto con Manhattan... de otra forma, yo también estaba aislado. Tenía que encontrar un teléfono, pero no me resultó fácil y después de un rato me senté en el asiento de un parque. Estaba lleno de árboles. Descansé e intenté no pensar. Cuando me estaba marchando vi dos cabinas, estaban detrás de la vegetación (por eso no las había visto antes), crucé los dedos y respiré hondo.

—El número marcado no existe —colgué y mantuve la calma, hice lo que tenía pensado.

A cada tramo o esquina iba mirando a todas direcciones con disimulo por si alguien me seguía. Cuando por fin encontré un cajero respiré tranquilo, introduje el código y saqué una cantidad de dinero desorbitada, tuve que hacerlo en tres veces. Lo guardé en la mochila, estaba seguro que cuando volviera a llamar podría hablar con el asistente, me conformaba con oír su voz. No conseguía encontrar un motivo, por absurdo que fuera, por el cual no podía hablar con el señor Alfred, o por qué me decían que el número no existía, ¡ya había hablado antes! Por eso podía sacar el dinero...

Se acercaba la hora y seguí caminando despacio. Llegué a la calle y comprobé que mi trasto estaba bien; no veía el momento de entrar en el portal mientras me acercaba a este. Al llegar me sorprendió que estuviera la puerta abierta, y me sorprendí más cuando al llegar a la tercera planta la puerta del policía también estaba abierta, de par en par.

Llamé, gritando, varias veces su nombre, y como no me contestaba entré. En el salón no había nadie, me quedé mirando las fotografías, tal y como la última vez que estuve allí. Al lado de la vitrina, junto a los premios, había una puerta. La abrí y encontré un largo pasillo con dos puertas

más. No sabía qué hacer, ¡qué raro! Estaba oscuro, ¿y si lo encontraba en el servicio? Abrí la primera. ¡Uf, menos mal! Era el aseo, vacío. La segunda puerta estaba al final del pasillo, fui hasta ella y abrí más despacio... ¡Daniels, Dios mío!

Estaba tirado en el suelo; había querido agarrarse a la cortina, la tenía por encima de su cuerpo, a punto de descolgarse de la pared. Me acerqué muy asustado y la aparté.

—¡Daniels, oiga! —lo moví un poco, ¿estaba muerto? Derramaba sangre y estaba frío— ¡Oiga, señor Daniels! —yo estaba muerto de miedo, era la primera vez que veía un cadáver, ¿qué hacía? ¿Llamaba a una ambulancia? ¡El teléfono!, ¿dónde estaba?, ¿y quién les iba a decir que era? ¡Podrían pensar que yo era el asesino! ¡No, no!

Fui a buscar el teléfono, lo normal es que estuviera en el salón. No podía pensar, estaba muy nervioso; el corazón se me iba a salir del pecho.

—¡Gabriel! —oí su voz, débil y agoniosa, y el corazón se me paró por un instante, finalmente.

—¿¡Qué, Daniels!?! —volví a la habitación corriendo— ¡No está muerto, pero tiene disparos!

Puse la mano en su torso y él su mano encima de la mía, y me dijo que la sangre era de la pierna, que no me asustara porque llevaba puesto el chaleco.

—¿Qué ha pasado? ¿A quién llamo? ¿Qué hago? —no podía evitar balbucear, presa del pánico.

—Gabriel, tranquilo —tosió, miserablemente—. Escuche, al lado del teléfono hay un número... Es de un hospital, que manden una ambulancia, y pregunte por el encargado de pasear. Solo dígame que Daniels está de paseo por Galkay. Él ya sabe lo que tiene que hacer.

Confundido, fui a llamar sin pensar ni un segundo. Me costaba marcar por los nervios, me dijeron que enseguida llegaría una ambulancia. Colgué y regresé junto a Daniels, me arrodillé a su lado y le ayudé a ponerse en una postura más cómoda.

—Gabriel, váyase —susurró, ante lo que yo me indigné.

—¡No, no pienso dejarle aquí solo!

—Escuche, de momento no puede hacer nada más. Llevo años esperando esto. Váyase y procure que nadie le vea, no quiero que tenga más problemas... Y, por favor, no le cuente nada de esto a Oscar.

—¡No, es su amigo, debe saber lo que le ha pasado!

—Saber esto le pondría en peligro, haga caso de una vez, ¡váyase inmediatamente!, ¡váyase Gabriel!

Finalmente, acepté a regañadientes, por mi propia seguridad. Salí de su casa a punto de tener una taquicardia, arranqué mi trasto y me fui de aquel barrio como alma que se lleva el diablo. Conduje más despacio por una avenida, pude ver pasar la ambulancia en dirección contraria a la mía. Por el camino de regreso al pueblo me acechaba sin parar la frase de Daniels: “*Llevo años esperando esto*”. Él sabía que le querían asesinar. Me temblaban las piernas y tuve que reducir la velocidad. No me tranquilizaba y paré en la catedral. Me di cuenta enseguida de que no estaba iluminada, y me senté en un escalón. Alguien sabía de mi presencia en el pueblo, por eso lo habían querido matar, para que no me contara nada, ¡joder! Tenía que ir a casa de Zora, no podía ir al club. Si Oscar me veía querría saber lo que había hablado con su amigo, y yo no iba a poder disimular en el estado en el que estaba. Oscar, por poco listo que fuera, sospecharía algo, y no quería ponerle a él también en peligro. Daniels tenía el cuerpo lleno de balazos por mi culpa... Ni siquiera delante del gigante me relajaba, me sentía cada vez peor.

Llegué al pueblo algo más tranquilo, pero al parar en la puerta de la casa roja me alteré otra vez. ¡Zora! La ventana estaba rota y todos los cristales por el suelo. Llamé, otra vez con el corazón a mil. Me abrió la puerta muy asustada, con los ojos enrojecidos por haber llorado.

—¿Estás bien? —exclamé, aliviado al verla, pero aterrorizado al mismo tiempo— ¡Dime!

—Sí —musitó—. ¿Y esto? —cuando me giré lo vi. El suelo estaba lleno de papeles rotos en mil pedazos, ¡eran sus fotos, las que me habían robado! Alguien había destrozado todo aquello mientras Zora estaba con su tío. Al preguntarle si este estaba bien se alteró, y más cuando vio la sangre que yo llevaba. Le dije que no era mía, pero se puso a llorar. Le cogí de la mano y fuimos hasta el salón, donde nos sentamos. Encima de la mesa había una foto de ella en la catedral, habían tachado la cara de Zora con una cruz.

—Gabriel, ¿qué está pasando? Estoy asustada.

—Yo también —admití, y pude sentir su mirada de terror en mí.

—¿Por qué, Gabriel?

—Han intentado asesinar al policía.

—¡No! —gritó, sobresaltada, levantándose.

—Cuando he vuelto esta tarde a su casa estaba tirado en el suelo de su dormitorio: le han disparado.

Zora se agarró a mí, parecía una niña pequeña e indefensa.

—¿Por qué pasa esto, dime, que pretenden? —me preguntó sin soltarme. Me recordó a como temblaba el día que la obligué a ir a la catedral. Le dije que no iba a permitir que le pasara nada, me pidió que no hiciera ninguna tontería, seguía asustada, le sequé los ojos diciendo que no le podía contar nada a Oscar o lo pondría en peligro.

—¿Pero por qué?

—No lo sé, el policía me pidió por favor que no le contara nada de lo sucedido en Glasfort.

—¿Te ha dicho quién son los hombres que vinieron?

—No, lo han intentado impedir, ese hombre sabía que algún día pasaría todo esto, llevaba puesto el chaleco antibalas.

Estaba muy preocupada por su tío, le aseguré que estaría bien mientras creyeran que Daniels estaba muerto, le pregunté si su tío conocía al policía, Zora no sabía nada al respecto.

—Esto pesa mucho, ¿qué has metido aquí? —intentó poner mi mochila encima de la mesa.

—Es solo dinero.

—¿¡Qué, estás loco!?

—Lo he sacado con la intención de devolverlo.

—¿¡Pero qué tontería es esa Gabriel!?

—Zora, es del hombre que me hizo el encargo, creo que así podre comunicarme con Manhattan cuando él sea consciente de lo que he hecho.

—Es muy raro lo que me estás diciendo.

—Zora, confía en mí, aquí todo es más que raro.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento quedarme aquí, no estoy en condiciones de ir al club y mirar a Oscar a la cara, no creo que pueda mentirle, ya pensaré luego algo mientras te arreglo la ventana, es peligroso que este así.

—Te lavaré la ropa, puedes ducharte, ya sabes dónde está el aseo —dijo algo más tranquila, y se fue a la cocina.

Fui hasta el dormitorio de Zora con una toalla puesta en la cintura, encima de la cama había dejado un pijama rojo, sé que en otra circunstancia me hubiera reído, me lo puse y me senté en la cama; estaba ridículo. No era capaz de pensar nada lógico, todo parecía una broma pesada, el capricho de un destino trastornado, y yo cada día estaba más atrapado. Zora se había sentado a mi lado y no me había dado cuenta, me dijo que comiera algo.

—Ahora mismo soy incapaz de comer nada, tengo el estómago cerrado, no me siento bien.

—¿La espalda?

—Todo, me duele hasta el alma —dije, ella se levantó.

Se puso delante de mí para decirme que el pijama me quedaba pequeño, le pregunté si se iba a poner ella otro igual, no respondió, y me preguntó qué era lo que me había contado Daniels.

—Zora, todavía no sé lo que pasa, ya lo sabrás, no me apetece hablar de nada ahora.

—Está bien. Duerme un poco

—Tengo que arreglar la ventana.

Era una mujer de recursos, tenía una pequeña caja de herramientas, la había dejado Brian allí por si en cualquier momento se estropeaba cualquier cosa, el bajaba y se lo arreglaba, aunque Zora se las apañaba bien con el bricolaje y los arreglos caseros.

Hasta comprar un cristal tapé toda la ventana con unas maderas, lo limpié todo bien y las clavé, metí todos los pedazos y las fotos rotas en una caja y lo llevé a la zona donde tiraban las basuras, en ese momento caí, ¿quién la recogía? Eran preguntas por casi todo constantemente en mi cabeza.

—Gracias, no sé qué hubiera hecho sin ti, no quiero que mi tío lo sepa.

—Zora, sin mí aquí esto no hubiera pasado, tranquila, te guardo el secreto y tú el mío —sonrió, con el miedo y la tristeza de fondo. Me preguntó si tenía hambre. Comimos en silencio, entre

bocado y bocado la miraba, ella miraba algo envuelta por aquel ambiente rojizo, cuando me clavaba su ojos yo agachaba la cabeza disimulando, luego la volvía a mirar, ella se pasaba las manos por el pelo suelto, lentamente.

—De momento no vas a poder espiar por la ventana.

—¿Y qué importa eso ya? —dijo con desgana, sin dirigirse a mí.

—¿Te arrepientes de algo, crees que hubiera sido mejor no conocerme?

—De nada, tú me has abierto los ojos Gabriel.

—¿Respecto a qué? —no tenía ni idea de a qué se refería.

—Respecto a todo en Galkay, te ayudaré a terminar con esta esclavitud —lo dijo con actitud demasiado valiente y decidida que no me gustó.

—Zora, sea lo que sea que pasa es muy grave, por eso yo no me he podido marchar.

Sé que cuando hable con Brian me aclarará muchas cosas, y poco a poco estaré más cerca de descubrir la verdad —su cara cambio, y se cruzó de brazos.

—¿Qué ocurre Gabriel?, me confundes, no sé si sigues aquí para descubrir algo como periodista o por mi

Sabía bien lo que me quería decir, su miedo, me senté más cerca de ella.

—Que te quede bien claro, no me voy a ir a Nueva York sin ti, lo podía haber hecho ya, a mí nunca me ha frenado nada, pero si nos vamos ahora no podremos ser felices, no cambiara la situación.

Me dijo que ya había hecho mucho, y que no tenía que demostrarle más, la miré, y dije de repente que la gente de allí había muerto asesinada.

—Pero ¿qué dices?, no, no —se tapó la cara con las manos.

—Escucha, todavía no puedo afirmarlo, pero estoy casi seguro, Zora mírame por favor, hablé con Oscar, ese hombre no será muy listo pero sospechaba algo.

—¿Qué sospechaba Gabriel?

—Lo que te hacían los tipos que buscaban en la catedral —en ese momento se levantó con la intención de irse a su dormitorio y la cogí.

—¡Déjame!

—Zora, por favor.

—¡Suéltame me haces daño!

—¡Zora! —la solté y salió corriendo.

Fui a su dormitorio, estaba tumbada en la cama, ¡otra vez llorando!

—¿Quieres escucharme?; por favor!

—¡No, déjame Gabriel, Oscar lo sabía y no hizo nada, me habéis utilizado todos, os odio, déjame en paz, os odio a todos!

Estaba fuera de sí, hablaba, lloraba y respiraba al mismo tiempo, nunca la había visto en ese estado.

—Zora, Oscar no podía hacer nada, y créeme que sufría por ti, a él también lo amenazó el primer hombre que vino, le dijo que si metía sus narices matarían a la gente del pueblo —se volvió de repente, tenía la expresión desencajada

—¡Qué!, ¿eso es cierto?

—Sí. Zora, han estado amenazando todo el tiempo, esta tarde casi matan a Daniels.

—Perdóname —dijo mientras me abrazaba, estaba temblando.

—No tengo que perdonarte por nada, tú has vivido aquí toda la vida sin vivir, y sabes menos que yo, no llores más, no merecen ni una sola de tus lágrimas.

Me puse cómodo a su lado, y de nuevo le sequé la cara con mis manos, sus ojos me traspasaban como puñales. La dejé tranquilizarse, podía sentir sus latidos cada vez más despacio y su respiración más pausada.

—Zora, os tienen controlados, incomunicados con el resto del mundo, no hay aparatos eléctricos en todo Galkay, y creo que el teléfono del club social no falla por casualidad.

—¿Cómo lo sabes Gabriel?

—Fue una de las cosas que me contó el policía, dependéis de todo, si ellos no os traen provisiones, víveres, moriríais aquí y nadie se enteraría —se juntó más a mí y me agarró más fuerte.

—Zora, ¿quién recoge la basura?,

—Vienen a por ella tres noches a la semana.

—¿Y nunca te ha parecido raro?, se ocultan de vosotros, os tienen aquí metidos, escondidos del mundo.

—A lo mejor nos están protegiendo de los hombres que buscan, puede que tú no estés del todo en lo cierto Gabriel.

—¿Pero porque nunca los habéis visto? ¡Se ocultan en la oscuridad de la noche!

—Tienes razón, nunca los hemos visto, y no podemos hablar del tema, mi tío siempre me lo ha advertido.

—¿Qué pasa cuando alguien enferma, o cuando alguien fallece?, ¿no he visto un cementerio por ningún sitio!

—Hay medicinas en el centro comercial —la miré incorporándome.

—Me refiero a algo grave, aquí no hay médicos, ¿no hay nada!

¿Y si yo me hubiera roto la mano?, ¿tu tío nunca se pone enfermo?

—Si, a veces tiene crisis.

—¿De nervios?

—No, de tos.

—¿Y qué hace entonces?

—Toma algo que tiene en su casa.

—Zora, cuando yo he estado enfermo he ido al médico, cuando he tenido un accidente me han ingresado en un hospital, me han hecho pruebas, análisis, aquí hay algunos niños ¿dónde han nacido?

—Gabriel... no me hagas lo mismo.

—¿Qué?

—¡No sé contestarte, desconozco las respuestas!

—¿Zora, yo! Lo siento.

Me quedé callado, había estado un rato interrogándola, le había recordado a los otros.

—Lo siento —le susurré al oído.

—No te preocupes, sé que tu fin justifica los medios.

Se durmió encima de mí y tuve que soplar.

“Gabriel, haz lo que debas, estoy en mi paraíso de flores, no te preocupes por mí”. Te quiero.

Ponía en la nota que me había dejado encima de su trozo de almohada, ¡era muy pronto!

Me fui al aseo, mi pantalón estaba allí, seco y perfectamente doblado.

Estar sola en su paraíso le haría bien.

Me vestí y me subí al club, al primer paso puesto dentro de él me hubiera gustado ser invisible, había poca gente, no me iba a librar, pasé mirando a la izquierda y al suelo.

—Hola, Gabriel —todas las sílabas se me clavaron por todo el cuerpo, tuve que acercarme al poyete.

—Tienes mala cara muchacho.

—Me sirve algo —dije por decir.

Desayuné cabizbajo, quería que me tragara el asiento, no era capaz de decirle nada.

¡Y si Daniels había muerto en el hospital!, en ese momento sentí su mano, me sobresalté y nos miramos.

—Tranquilo, ven conmigo, vamos dentro. Oscar estaba muy tranquilo y yo era un flan, por el camino no paré de tragar saliva, ya dentro no era capaz de mirarle.

—Gabriel, me han llamado del hospital —levanté rápidamente la cabeza y Oscar se acercó.

—¿Está...?

—No, tranquilo, es un tipo duro, hace años tuvo otro percance.

—¡Percance, Oscar han intentado matarle!

—Ya lo sé.

—¿Entonces usted sabía que podía pasar, cuando yo fuera a hablar con su amigo!?

—Gabriel, llevamos años preparados para esto, años esperando que algún día me llamaran de un hospital —le escuchaba boquiabierto.

—¿Quién ha sido?, Daniels me ha dicho que los tipos que vinieron buscaban papeles, documentos.

—No puedo decirte nada porque nada sé, ya te lo dije, él siempre me ha protegido, le debo mucho.

—Y él dice que le debe mucho a usted, ¡Oscar no entiendo nada!

—Ni yo, muchacho —le miré sorprendido.

—¿Tiene un aliado en el hospital?

—Supongo, siempre le han gustado mucho, ya en la adolescencia buscaba aliados, gente que le ayudara por alguna buena causa.

En ese momento recordé el relato de Daniels sobre su viaje a Alemania, y su frase,

“Si él supiera la verdad me odiaría más que al diablo”, no le dije nada pero la conversación no me estaba gustando, de nuevo los datos no me encajaban.

—Dígame algo, ¿usted confía totalmente en Daniels?

—Por supuesto que sí, es casi como un hermano en la distancia velando por mí.

Se me pasó por la cabeza que el policía le había estado engañando siempre, le había utilizado, pero si estaba en lo cierto no me correspondía a mí decírselo.

—Oscar, no sé si podré volver a hablar con su amigo, la conversación, todo lo que tenía que decirme se quedó a medias —me miró e hizo una mueca, esperando que yo le dijera algo al respecto.

—¿Ha hablado con él?

—No, con su aliado, me ha dicho que Daniels quiere verte —alcé las cejas y puse toda mi atención.

—El sábado por la mañana, al cambié de turno a eso de las nueve, podréis seguir hablando, tendrás que volver a Glasfort, ya te daré la dirección después.

—¡El sábado es mañana!

—Sí, es un día tranquilo en el hospital, y por lo que me ha dicho su aliado, Daniels lo tendrá todo bien atado.

—¿Qué le ha dicho?

—Después Gabriel, tengo que ir a la barra.

—Está bien. Gracias Oscar.

Salió delante de mí y yo me quedé mirando las fotografías. Me iba a subir a la habitación cuando otro de mis impulsos me llevó fuera, quité el cerrojo de la puerta de atrás y salí pensando en reunirme arriba con Zora, podíamos comer juntos.

Todo el camino fui pensando en el policía, lo tenía todo planeado con Oscar, ¡y me había tocado a mí!, ¿otra casualidad?

Zora no estaba en su paraíso, miré bien pero no la vi. Decidí volver bajando por el camino hasta la placa, se me iban a poner las zapatillas negras, no paraba de lavarlas pero ya eran casi grises.

La placa estaba tapada, ¡la habían ensuciado a conciencia!, cogí otro palo y la intenté limpiar otra vez.

—¡No lo hagas!

—¡Zora!, ¿qué haces aquí?, te he buscado arriba.

—Déjalo así, por favor.

—¿Pero por qué, la has cubierto tú?

—Si —me acerqué a ella.

—Pero ¡qué manía tenéis con esconder y ocultar todo!

—Gabriel, lo que no se ve no se tiene en cuenta y no hace sufrir.

—Eso es absurdo. No deberías estar aquí.

Iba vestida de negro como en mi pesadilla, y estaba muy triste.

—Zora, a veces ya no sé si todo esto es real o un mal sueño del cual no consigo despertar. —

Gabriel, yo estaba tan tranquila, con mis libros, con mi soledad, apareciste tú y lo removiste todo

—parecía que me estaba acusando de algo.

—¡Y yo tengo la culpa!, ¿yo he despertado a tus fantasmas?, ¡o ellos siempre han estado ahí, acosándote, paralizando tu avance!

—¿Qué avance Gabriel, de qué hablas?

—Cuando estemos en Nueva York irás a buen terapeuta, porque de lo contrario todo lo que yo haga no servirá de nada, ni por ti ni por este pueblo —se quedó pensativa.

—Desde que llegaste no he dejado de pelear con mi miedo, con mis ganas de confiar en ti, llevo una lucha diaria, y ya no sé si es peor cuando estoy contigo o cuando estoy sola ¡no puedo evitarlo!

—Lo sé Zora, escucha.

—¡No, escucha tú! me aferro a tus palabras, tú ya eres como un terapeuta para mí, intento creer que todo lo que tú sabes o intuyes es verdad y eso me da fuerzas, antes solo las sacaba para que a mi tío no le pasara nada, estaba resignada a mi destino, era consciente Gabriel.

Me construí un mundo paralelo donde vivir sufriendo lo menos posible, pero ahora estoy en medio de algo como tú, y aunque sé que tú luchas y lo intentas no me siento segura.

—No sé de qué forma pero necesito tu ayuda, ¿puedo contar con ella?

—Supongo que sí —dijo de nuevo resignada.

—¡Zora! —la acerqué despacio contra mi cuerpo.

—Te necesito en esto, en todo —no dijo nada y me besó. Me la hubiera comido a besos pero me contuve.

—¡Zora no hagas eso!, taparme la boca con la tuya cuando no sabes que hacer o decir

—se separó bruscamente.

—Puedes contar conmigo, ¿contento? —respiré hondo y comencé a andar. Después de unos pasos le extendí mi mano para que se cogiera a mí.

—¡Espera!, ¿vamos a subir juntos? ¡por todo el pueblo! —otra vez su cara de miedo.

—Sí, se acabó el esconderse, tú no has hecho nada, esa gente de arriba ha estado tranquila y a salvo gracias a ti, ¡ya está bien, dame la mano!

Cuando pasaba alguien o nos miraban mal y con descaro, Zora se separaba de mí y agachaba la cabeza.

A medio camino la agarré fuerte por la cintura, y no la dejé soltarse hasta que llegamos a su casa.

—¡Me hacías daño!

—Sí, lo sé, pero menos que ellos Zora.

Abrió la puerta y espero a que pasara yo primero.

—Me voy a mi habitación, necesito estar solo —cerró dando un portazo, estaba enfadada y me alegré.

Tenía que sacar su carácter, su genio, y con ello evitar que siguiera paralizada, yo necesitaba de su fuerza ante la adversidad, de su valentía, y quitarle su tediosa costumbre de bajar la cabeza.

Me tumbé en la cama y me quedé dormido pensando en la placa, ¿por qué Zora la había tapado?, ella no tenía nada que ver con la zona quemada, cuando pasó la tragedia era solo un bebe, o quizá una niña, porque yo daba por hecho que los dos incendios estaban próximos en tiempo, sin embargo visitó la catedral durante años, ¿donde había muerto toda su familia!, tampoco lo entendía, tampo....

Cuando desperté oí muchos gritos, provenían del Salón, dejé la puerta abierta y me asomé por la ventana, no había nadie por todo el camino, los gritos no cesaban y temí por Oscar, me vestí, me puse las botas y bajé deprisa, al llegar abajo ya se estaban marchando.

—¡Oscar! Estaba sentado, con las manos en la cabeza ¡otra vez estaba abatido! me senté con él.

—Oscar, se encuentra bien, ¿qué ha pasado? —no se movía, levantó la cabeza cuando le toqué con mi mano en el brazo, solo me miró, ¡su expresión!

—¿Qué pasa Oscar?, ¡Oscar!, ¿qué querían de usted esos hombres?, ¡dígame!

—Estoy tan harto, tan harto —estaba a punto de llorar.

—¿Quiere que le traiga algo, agua?

—Sí, agua.

Entré a la barra a por un vaso, me quedé mirando todo el salón desde la perspectiva que él lo veía todos los días, era un asco de vida. Se bebió toda el agua de un trago. Le pregunté qué era lo que le habían dicho, porque había oído los gritos desde la habitación, me alteré al saber que le estaban amenazando, y no era la primera vez.

—¿Desde cuándo lo hacen?, Oscar, conteste por favor.

—Desde que tú llegaste, no quieren que te ayude o que te proteja.

—¡Iré ahora mismo a hablar con ellos!

—¡No Gabriel!, de eso nada, son peligrosos y agresivos.

—¿Le han agredido alguna vez?

—No.

—¿Lo sabe Daniels?

—Sí, y por eso sigo aquí todavía.

—Oscar, antes de que yo estuviera ya lo hacían, ¿por qué?

—Son los únicos que se atreven a venir aquí y plantarme cara, cada vez que ha venido uno de los otros.

—Y creen que yo también estoy aquí buscando algo ¿es así?

—Sí, Gabriel, les he dicho varias veces que estás trabajando en un encargo, que cuando termines te irás a Nueva York pero no me creen, si me prometes quedarte quieto te digo algo.

Le dije que se lo prometía y, entonces me desveló que habían sido los mismos hombres que me habían robado, y los que habían roto la ventana y las fotos de Zora. Me dejó mudo, empecé a notar como me hervía la sangre, casi me rompo la mandíbula de tanto apretar los dientes, Oscar se dio cuenta y me dijo que olvidara lo que fuera que estaba pensando.

—¡Se van a enterar!, ¿dónde viven?, ¡dígame Oscar!

—Tranquilízate, no te lo diría ni muerto.

—¡Oscar, dígamelo!

—Gabriel, tú sabrás mucho del mundo pero yo sé mucho de este pueblo, y te digo que no vas a hacer nada, esos dos tienen un arma, olvídalos.

—¡Pueden hacer lo que les dé la gana, y quedar impunes, tan tranquilos!

—Gabriel, no están tranquilos, no les voy a justificar pero también sus familias murieron en el incendio, son unos pobres desgraciados que viven con odio y rencor, tampoco se relacionan con nadie y nunca han ido al campanario —en ese instante me acordé.

Le conté a Oscar que el día que llegué vi como todos subían, parecía que acudían al reclamo del campanario, quería saber que hacían todos arriba y me dijo que solo rezaban durante horas, pidiendo protección contra los forasteros. Él lo hizo hasta que se cansó de subir, le parecía una pérdida de tiempo.

—¿Usted no cree en nada?

—¡Yo!, sí, creo en que tengo que trabajar para sobrevivir, y mantener la boca cerrada, y ya está.

—¿Usted tiene que estar aquí todo el tiempo sin parar y toda esa gente no hace nada!, ¿no es nadie capaz de ayudarlo aquí?

—No pueden porque no les dejan.

—Pero ¿quién pone aquí las reglas?, ¿quién dirige a base de infundir miedo la vida de todos?

—Gabriel, no empieces otra vez con tu insistencia, solo soy un pobre hombre que dependo de este negocio.

—¡Un pobre hombre!, ¿por qué lo dice quién?, me ha demostrado ser una buena persona, hasta que no me lo cuente no me pienso ir, y no le voy a dejar en paz ¡ódieme si quiere pero cuéntemelo! — se sentó sintiéndose acorralado por mí.

—Cuando se quemó la catedral vino el señor Brian y hablamos, pusimos un cartel en la puerta donde citábamos a todos arriba.

—¿En el campanario?

—Sí, Gabriel. Vino todo el mundo, el señor Brian me pidió que no le dejara solo, estuve a su lado todo el tiempo, parecía muy preocupado y desconfiado con todo. Dijo a todos que nos protegerían desde Glasfort, pero a cambió de vivir aquí de otra manera. Se llevaron los pocos vehículos que había, cerraron todos los negocios que había aquí, y lo reunieron todo en el centro comercial, como lo llamaron.

Desde ese día lo han traído siempre todo por la noche, y después de una hora no puede haber nadie fuera de su casa —le escuchaba perplejo.

—Oscar, ¿y cuando alguien enferma, y los que mueren?

—Avisamos desde el club, es el único teléfono que hay, quedan en la zona quemada y se los llevan por la noche, con los fallecidos lo mismo, se los llevan y los entierran.

—¿Y la familia se queda aquí, sin poder asistir al sepelio?

—Sí.

—¡Oscar eso es inhumano!, pero ¿cómo lo aguantan? —estaba sin palabras.

—Gabriel, si me ayudan, a limpiar y a lavar.

—¿Quién?

—Alguien, qué más da.

—Deseo que Zora merezca la pena, muchacho —le miré como si fuera mi padre. Habían entrado unos hombres para jugar a las cartas, y esperaban a que Oscar les sirviera, me volvió a mirar y se fue a atenderles.

Subí a coger el casco y la cazadora a la habitación. Tenía más piezas del puzzle por colocar, aún no sabía en qué huecos, y el encargo abandonado.

Me senté en mi trasto mirando las maderas de la ventana, no quise ni pensar, que los dos hombres que amenazaban a Oscar pudieran hacerle algo a Zora, tenía que ir a la comisaría y denunciarlos, aunque no me iban a hacer caso, tampoco sabía sus nombres y Oscar no me los diría. Desistí y fui a casa de Zora. Cuando abrió me demostró que seguía enfadada, le pedí permiso para entrar y solo asintió con la cabeza.

—Gabriel, por qué no hablas ya con mi tío y terminas con esto, un día me dijiste que dejabas todo por mí, ¿qué intentas demostrar? a mí ya me has ganado, ¡y ahora te importa este pueblo de mierda!

Zora tenía razón, le conté que había hablado con Oscar, que una persona le había dicho que el policía quería verme al día siguiente en el hospital, solo me pidió que lo hiciera y que nos marcháramos, le insinué que no era tan sencillo y se alteró un poco.

—¿No lo es, o es que tú quieres conseguir algo?

—Sí, sacaros de este encierro.

—Confío en tu buena voluntad, pero durante décadas nadie ha podido o querido hacer nada, y tú solo ¿lo vas a solucionar? ¿es qué has perdido el juicio?

—Puede ser, ya no descarto nada, cada día tengo más datos, más información.

—¡Es eso!

—No Zora, nada va a salir de aquí, esto no me lo voy a llevar a Nueva York, no quiero que forme parte de mi currículum, lo único que quiero llevarme es a ti, pero para eso, me tomo todo esto

como el desafío que buscaba, y te aseguro que si fracaso me quedará la tranquilidad de saber que he hecho todo lo que podía.

—Hablas muy bien, siempre desarmas mis argumentos, ¿y si te pasa algo?, ¿has pensado como tendría que vivir yo el resto de mi vida? Actúas como un inconsciente.

—Sí, eso ya me lo dijo Daniels.

Me dejó por imposible y se marchó a la cocina, la vi revolver un rato en un armario y en un cajón, hasta que sacó una sartén.

—¿Qué vas a hacer?

—Cocinar, ¿te importa también? —me acerqué temiendo su rechazo.

—No hagas nada, he venido a buscarte para salir, pero por lo visto tenías muchas ganas de hablar, no me gusta verte enfadada conmigo, puedes dejar eso y coger las cosas de la moto, venía dispuesto a que conocieras algo, tú me enseñaste Gobray —su cara cambió, como yo esperaba.

—¡Mira que no estoy de humor!

—Lo estarás, ¡venga, coge tus cosas! —dije mientras me arrodillaba delante de ella.

—¡Ay Gabriel, eres tan infantil!

—Vale, lo acepto, te espero en la moto. No tardes.

No me quiso coger durante todo el trayecto, solo en alguna curva hizo un ademán pero controló todo el tiempo, conduje más despacio de lo que me hubiera gustado, no quería enfadarla más.

Se quitó el casco, y miró alrededor muy sorprendida preguntándome dónde estábamos.

—Creo que te gustará, aquí pasé la primera noche cuando llegué a Irlanda, antes de llegar a Galkay.

—¿Y por qué no te quedaste aquí?

—¿Me lo estás preguntando en serio?, este es un lugar bonito, un sitio normal

—¿Te estás burlando de mí Gabriel?, ¡no me gusta!

—Zora, me resulta difícil hablar de tu mundo sin que haya malentendidos, de ninguna manera me burlo o quiero ofenderte, pero tú misma estás viendo la diferencia, ¿podemos disfrutar un rato del residencial? —nos cogimos de la mano y subimos.

Durante nuestro paseo hasta llegar al hostel, todas las personas con las que nos fuimos cruzando nos miraron con amabilidad, nos saludaron, y por fin conseguí que Zora no bajase la cabeza.

Había bastante movimiento porque se acercaba el fin de semana. Zora llevaba una trenza que le llegaba hasta la cintura, miraba cosas y de vez en cuando sonreía, seguro que pensando en su mundo paralelo, solo la observé como siempre hacía, me encantaba, hasta que paré en la licorería para decirle que entráramos a tomar algo.

—¡Qué manía tienes con gastar!

—¡Y tú con ahorrar!, ¿es para hacer la casa roja más grande? —por fin se rió mientras me miraba.

—Sabía que al final te quitaría el mal humor.

—¡Gabriel, eres un engreído!

—Sí, lo sé, también me lo han dicho, ¿entramos?

Nada más verme la señora robusta de gafas me sonrió y nos saludó, me llamó la atención como se quedó mirando un rato a Zora, luego intercambiaron un saludo que yo no entendí, Zora se acercó a la barra y conversaron muy sonrientes y animadas durante varios minutos. Fui a sentarme, y las observé, era la primera vez que la veía hablar con otra persona. Vino hasta la mesa con dos refrescos.

—¿Qué?, no me mires así.

Estaba sorprendido de que hablara su idioma, se lo había enseñado su tío cuando era pequeña, y lo hablaba con él de vez en cuando para no olvidarlo, tan solo lo había usado para leer varios libros.

—No me lo habías dicho.

—¿Y qué sentido hubiera tenido?, hay cosas que todavía no sabemos el uno del otro, ya las iremos descubriendo ¿no crees?

Le dije que pidiera algo de comer, y así seguía practicando con el idioma. En ese momento salió a la barra el hombre, se saludaron con la mano y también estuvo un rato hablando con él, tras varios minutos regresó a la mesa con algo que acababa de cocinar aquel hombre, diciendo que me iba a gustar mucho. Era un plato enorme y hasta arriba de salsa, tenía muy buena pinta, y salía humo.

—¿Qué te ha dicho el hombre?

—Que sabe que eres americano, le he contado lo de tu trabajo, y me ha dicho que el día que te vio por primera vez te atendió él, pensaba que ya te habrías marchado.

—Zora tengo que llamar a mi casa, estarán preocupados por mí.

—¿Pido algo más mientras?

—¿¡Tanta hambre tienes!?

—La verdad es que no.

—Pide pan, me voy a poner las botas. La dejé riendo y me metí en la parte de dentro del local, había dos pequeñas cabinas de cristal con sendos teléfonos. Marqué con la esperanza de que la abuela me dijera lo que podía hacer.

—Sí, diga.

—¡Mamá!

—¡Gabriel, hola cariño! ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿y vosotros?

—Con muchas ganas de que vuelvas ya, ¿y tu tesis?

—Bien, todo está fenomenal.

—¿Comes bien?, ¿te tratan bien? Me hacía una pregunta tras otra, pero no me dejaba contestar.

—¡Mamá, escucha! ¿está la abuela ahí?

—No, hace días que no la vemos, andará con sus cosas.

—Tengo que hablar con ella.

—Dime lo que sea y yo se lo comento.

—No, necesito decírselo yo.

—¡Ya sé lo que te pasa Gabriel! —me quede blanco y ella callada.

—Quieres consejo, te has encaprichado de alguna chica, ¿tengo razón?

—¡Sí, sí, es eso!

—Ya lo he imaginado... iba a salir a hacer unos recados, paso después por su casa y si esta la invito a cenar, ¿la llamas luego?, no importa que sea tarde, estaremos levantados, mañana es

sábado.

—De acuerdo, ¿y papá?

—Tu padre está bien, muy ocupado últimamente, todos lo estáis.

—Mamá tengo que colgar, un beso para todos de mi parte.

—Un beso, te quiero Gabriel.

—Un beso mamá, adiós.

—Adiós hijo.

Regresé junto a Zora, estaba comiendo y me hizo gracia verla mojando pan.

—¡Come, está buenísimo!, ¿estás bien Gabriel?

—Sí, tengo que volver a llamar más tarde.

—¿Estas nervioso por lo de mañana?

—Un poco, sé que cuando hable con Daniels cambiarán muchas cosas, tengo ganas de terminar con esta historia.

—Me resulta difícil creer que estoy aquí, tan tranquila comiendo contigo, con gente alrededor que no me mira mal, parece un lugar agradable y hospitalario.

—Sí, lo es, doy fe, y parece que también les gustan los forasteros, no sé ni donde estoy pero aquí me encuentro muy a gusto.

—Estamos en Layne, es una aldea moderna, la reformaron entera hace cinco años y construyeron el hostal.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado la señora cuando hemos hablado.

—Vivir aquí contigo estoy seguro que me haría muy feliz.

Me preguntó lo que iba a hacer con el encargo, y le dije que no tenía ni idea, me cogió la mano diciendo que no me preocupara, que podría conseguir trabajo en algún periódico, y que ella se conformaba con poco, porque lo único que quería era estar conmigo; sus palabras me traspasaron más que sus ojos.

—¡Zora, si te saco de aquí es para dártelo todo!

—¡Un castillo! —no supe que contestar— ¿Y qué hacemos Gabriel, lo llenamos de dragones? —
me dejó pensativo.

Al rato le pregunté qué si había hablado ya con Brian, me dijo que no, pero que se enfadaría
mucho conmigo si lo supiera.

—¿El qué? —pregunté expectante.

—Me dijo que no te contara nada acerca de la catedral, y que intentara que no fueras más por allí,
me lo dijo después de contarte él lo del incendio, mi tío cree que estás haciendo el encargo.

—¿Le has contado lo nuestro?

—No, no me he atrevido, el único que lo sabe es Oscar.

—Y Daniels, y creo que por eso vino al pueblo.

—¡Vino por mí! —dijo asustada y descolocada.

—Creo que creyó que yo no me iba por ti, pero hay otros motivos reales por los que yo sigo aquí.

—¿Y cuáles son los reales Gabriel?, no lo entiendo.

—Tú, eres el único motivo, creo que él piensa que pretendo conseguir algo engañándote.

—¿Y tiene razón?

—¡Zora, no me vuelvas a preguntar más una tontería así!, algo me dice que ese hombre no es trigo limpio.

Me indicó que no sabía que podía hacer para ayudarme, le dije que solo necesitaba su apoyo y valor, pareciendo muy seguro, pero estaba peor que ella. Tenía que volver a llamar a mi casa, y Oscar me esperaba, le pedí volver al pueblo. La observé mientras se despedía y pagaba la cuenta, se entendía perfectamente con la señora robusta, yo también me despedí, podía ser la última vez que estuviera en la licorería. Fue todo el camino agarrada y conduje un poco más deprisa, lo que más me gustaba.

—¿Te vas al club social?

—Sí, Zora, descansa y procura estar tranquila. Quiero pedirte algo —se quedó esperando mientras me cogía las manos.

—Quiero que vayas mañana a casa de Brian, dile que quiero hablar con él, así no estará conmigo tan a la defensiva, sé que no le va a hacer ninguna gracia lo que tenga que decirle o preguntarle, ¿lo harás?

—Sí, haré lo que pueda Gabriel.

Me solté y agarré su cara entre mis manos, la besé perdiéndome en su boca, cuando se separaron nuestros labios le musité que era una criatura maravillosa, me abrazó y me pidió por favor que tuviera cuidado.

Oscar me esperaba en el salón del club, parecía un centinela.

—¿Todo bien?

—Sí, Oscar.

—Bien, toma esto.

Me dio un papel con los datos del hospital, su letra era casi ilegible, intentaba descifrar lo que ponía en el papel cuando me deseó buena suerte.

—Sí, la voy a necesitar.

—Me voy a descansar. Hasta mañana muchacho.

—Buenas noches.

Permanecí un rato en el salón sentado en un taburete, dejé la mente en blanco y me dejé acompañar por el silencio, me abandoné al encanto que pudiera haber, olía a madera vieja y a café, quise sentir la energía que iban dejando un día tras otro los que pasaban por allí, el único sitio que tenían para distraerse un rato.

Estaba apoyado en el poyete—barra, ¡me estaba durmiendo! y la abuela estaría esperando mi llamada, deseaba que me pudiera decir algo que me ayudara a despejar mis frentes.

Marqué al tiempo que me espabilaba.

—Cariño, no he podido dar con tu abuela, seguramente se ha ido con sus amigas a Manhattan, ya sabes, a una de sus reuniones de fin de semana, lo siento hijo, ¿la llamas el lunes?, intentaré que esté aquí.

—Está bien, no te preocupes mamá, gracias.

—Un beso hijo, hasta el lunes.

—Sí. Adiós.

Bueno, me quedé desmoralizado, podían pasar tantas cosas hasta el lunes, quizás entonces su ayuda llegaría tarde, o quizás ya no tuviera sentido, porque yo tendría que actuar e improvisar sobre la marcha según los acontecimientos. La situación se había convertido en una obsesión para mí, y en ese momento me di cuenta de que mi impaciencia por conseguir algo se había convertido en perseverancia.

¡Qué noche más mala, y qué sueño tenía!, eran las seis de la mañana, estaba oscuro y hacía frío aunque la habitación estaba caldeada, no paraba de bostezar, bebí un poco de agua y me duché. Mientras me ponía la faja lumbar me quedé mirando la foto de Zora que estaba encima de la mesa, su cara sonriente y contenta estaba tachada, habían apretado tanto hasta hundir el papel.

Llegué a Glasfort y desayuné, pedí el café bien cargado, cuando pregunté por la dirección me indicaron muy amablemente como llegar; tardé solo diez minutos en encontrarlo.

Una vez dentro del hospital recordé mis accidentes, mis ingresos y todas las pruebas médicas a las que me había sometido, ¡otra vez estaba pisando uno!, y por primera vez estaba entero, ¡y nervioso! Una enfermera me acompañó a la habitación del policía, no había nadie por el pasillo, entró delante de mí a comprobar el gotero y salió.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor de lo que esperaba, gracias por venir, tardaré algún tiempo en andar como antes —en ese instante fui consciente de mi cojera. Daniels tenía toda la pierna vendada y en alto, también tenía vendada una mano hasta el antebrazo.

—Me metieron en quirófano nada más llegar, me extrajeron dos balas de la pierna, el chaleco tenía tres impactos, he tenido mucha suerte.

—Tuvo otro intento de asesinato hace años.

—Veo que hablan mucho de mí en el pueblo, ¿no tienen nada mejor que hacer allí? —de repente se empezó a reír, me pareció muy rara su reacción.

—Estoy aquí Daniels, ¿qué tiene que contarme? — le ayudé a incorporarse un poco.

—Preste bien atención, porque cuando salga del hospital no creo que nos volvamos a ver, y no sé hasta cuándo van a creer que estoy muerto, sin duda hasta que hagan comprobaciones de mi certificado de defunción.

—Daniels pero ¿quién tiene tanto poder? —me coloqué a su lado en un sillón.

—El gobierno americano —casi me desmayo, sus palabras llenaron toda la habitación.

—¿Mi país permite todo esto, que sufra la gente de aquí?

—No es así exactamente, escuche bien y no me interrumpa. Los documentos son de su país y no

pueden ver la luz, jamás, hace poco más de cincuenta años que los alemanes se los quitaron, los dos gobiernos llegaron a un acuerdo donde los de su país tuvieron que hacer concesiones para que se los devolvieran, pero quedaron infiltrados traidores alemanes de grupos como al que yo me uní, y consiguieron de nuevo todos los documentos.

Si Gabriel, se lo que está pensando, cuando yo supe lo que contenía toda esa información deseé morirme por lo que había hecho, llevo toda la vida y moriré con el arrepentimiento y la culpa sobre mi conciencia.

—¡Daniels a usted lo engañaron!

—Sí, pero fui muy codicioso, y no era necesario.

—¿Sabe el contenido de esos papeles?

—Sí, representan una gran amenaza para toda la humanidad, es lo único que le puedo decir de ellos.

—Pero ¿qué tiene que ver con el pueblo, con Oscar, con todo esto?

—Los alemanes escondieron los papeles en el pueblo, yo les ayudé a hacerlo.

—¡Daniels! —me quedé de una pieza.

—¿Dónde están? —pregunté como pude.

—En algún lugar de Galkay, en algún sitio de lo que usted conoce allí, no sé si se da cuenta de la gravedad de lo que le estoy diciendo.

No le escuchaba, estaba pensando que los documentos podían estar escondidos en ¡casa de Zora!

—¡Señor Gabriel!

—¡Qué, perdone Daniels!, ¿usted sabe lo grave que es!?

— Es lo que le estoy diciendo, pero creo que usted piensa en la chica.

—¿Corre peligro?

—No creo.

—¿Pero no lo sabe?

¡Gabriel por favor, no empiece con su discurso, todos corren peligro, usted, y yo!

—¿Y que se supone que voy a hacer, solo soy un periodista?

—Mire Gabriel, yo el único amor que conozco por una mujer es el que le profesé a mi madre, ya sé que no es lo mismo, pero siempre se ha dicho que el amor mueve montañas, es lo único, usted vino por dinero pero se quedó por amor, y sé que por eso puede hacer más de lo que piensa —le miré asombrado y confuso, ¡los otros!

—Daniels, los tipos que buscaban, ¿eran alemanes?

—Algunos, sí.

—¿Y los demás? —pregunté casi chillando.

—De su país, por eso al principio creímos que usted también vino a buscar los documentos. Oscar estaba muy confuso con usted, pero después nos dimos cuenta del lío en que se había metido usted solo, quisimos protegerle, y entonces ideé un plan para que desistiera, pero cuando Oscar me contó lo de la sobrina del señor Brian supimos que sería en balde todo lo que hiciéramos para que volviera a Nueva York, y también sé que a usted no le hace falta el dinero —le escuchaba y no salía de mi asombro.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Ha hablado con el señor Brian?

—Todavía no.

—Gabriel, no escucha, si lo hubiera hecho como le dije, podría estar tan ricamente en su país disfrutando de su amor por esa mujer, que sin duda lo ha enganchado ¡pero bien!

—Daniels, esa mujer está sufriendo.

—¿Y usted no?

—¡A mí nadie me obliga a vivir de una determinada manera!

—¿Está seguro de lo que dice? —me dejó otra vez descolocado.

—Gabriel no creo que llegara aquí por casualidad.

—¿Por qué dice eso?

—Tengo motivos para creerlo.

—¿Cuáles?

—No estamos aquí para hablar de usted, piense bien si quiere preguntarme algo más sobre el

asunto que nos trae aquí.

—¿Dónde puedo buscar?, ¿dónde miro?,

—He notado que es muy observador, en todo lo que conoce, solo siga las pistas, ellas le conducirán a lo oculto.

—¿Pero entonces, por qué buscaban siempre en la catedral?

—Estuvieron escondidos veinte años en ella, los cambiaron de sitio durante el incendio, nadie lo supo entonces, y tampoco por que se produjo el fuego, y creímos que se habían quemado. Cuando vino el primer hombre a buscar Oscar me llamó, entonces tuvimos claro que seguían escondidos en Galkay.

—¿Y la zona quemada?

—¿Qué quiere decir?

—El final del pueblo está quemado ¿por qué?

—Eso fue tiempo después, no sé lo que pasó, creo que hubo un fallo eléctrico, ¿algo más Gabriel?

—¿Qué va a ser de usted?

—No me preocupa, cuando salga de aquí si aún estoy vivo, supongo que me marcharé fuera algún tiempo si me dejan. Gabriel, quiero pedirle un favor —le escuché levantándome del sillón.

—Prométame que hará lo que pueda por Oscar, no creo que yo pueda seguir protegiéndole, al menos durante un tiempo

—Se lo prometo si me contesta a algo, ¿por qué dijo que si el supiera la verdad le odiaría más que al diablo?

—Es sencillo, y me sorprende que me lo pregunté, él no sabe muchas cosas.

No me quedó claro pero no le pregunté nada más, Daniels estaba cansado y parecía muy preocupado.

—Deseo que todo le vaya bien

—Gracias por su optimismo Gabriel. Hasta siempre.

—Adiós, Daniels.

Me marché apenado por aquel hombre. Ya subido en mi trasto pensé, podía tardar meses, o quién

sabe, en encontrar lo que ninguno de los otros durante décadas habían encontrado, suponiendo además que estaban más preparados para ello que yo, era una locura con mayúsculas que totalmente escapaba a mis posibilidades.

Fui hasta el parque donde estaba el teléfono, con la certeza de que iba a volver al pueblo decepcionado.

—Sí, Buenos días.

—Buenos días, quiero hablar con el señor Alfred, por favor —aún no sé ni cómo me salieron las palabras.

—El señor Alfred viene a la editorial más tarde, si es tan amable de decirme su nombre, le daré su recado.

—Soy Gabriel.

—¡Señor Gabriel, me alegro mucho de oírle!, soy el asistente, ¿qué puedo hacer por usted?

—He llamado varias veces y me ha resultado imposible contactar con Manhattan.

—Sí, disculpe si le ha causado molestias, hemos tenido problemas con toda la línea, ¿necesita algo, dinero?, sabe que dispone de cuanto necesite sin ningún tope.

Sí, eso estaba claro, lo que había hecho no me servía de nada, tenía la mochila llena hasta arriba de billetes.

—¡Oiga!, ¿sigue ahí?

—¡Sí!, no necesito nada, ¿cuándo podré hablar con su jefe?

—No le sé decir en este momento, últimamente tiene una agenda muy apretada, pero puede decirme cualquier cosa y yo se lo haré saber.

—No, está bien, gracias.

—De acuerdo, le diré que ha llamado y que está usted bien, ¿lo está?

—Sí.

—Muy bien, hasta pronto entonces señor Gabriel.

—Adiós.

No podía contarle al asistente lo que me estaba pasando, o me tomaría por un loco. Seguía en el

mismo punto, incomunicado, con un montón de información sobre algo muy grave, parecía un espía, me tuve que reír, y tenía que volver a Glasfort a devolver el dinero antes de que me lo robaran también, no me podía fiar ni de mi sombra, en ese mismo momento me podían estar vigilando.

Antes de llegar al pueblo paré en la Catedral, me situé en la parte quemada del lateral.

Podían o no estar allí los documentos secretos, mi intuición no me engañaba cuando me decía que tenía que escuchar al gigante, aquel monstruo de piedra me atrapaba, no podía irme o dejar que me mataran sin saber lo que me tenía que decir.

Podía marcarme un límite de tiempo, y si durante ese tiempo no encontraba nada, marcharme con Zora y pedir ayuda con el tema de Brian, si yo no podía hacer nada, alguien tendría que terminar lo que yo había empezado para que aquel pueblo recobrarla la normalidad. Me acababa de quitar un gran peso de encima y una grandísima responsabilidad.

Durante mi estancia en Galkay mi mente había trabajado el doble que en toda mi vida, ¡otro descubrimiento sobre mí!

Me iba a resultar difícil contarles lo que acababa de saber, tenía que hacerlo de manera que no se preocuparan o asustaran, hasta el punto de que ello dificultara más lo que yo tuviera que hacer, me encontraba con las mismas dudas que cuando llegué a Nueva York, ¿por dónde empezaba?, ¿dónde buscaba pistas?, llegar a Galkay había sido pan comido, en la situación en la que estaba cualquier cosa lo era.

Que mala suerte lo del policía, si no estuviera herido me podría haber ayudado a buscar, cuatro ojos mejor que dos, o puede que su presencia en el pueblo lo hubiera puesto todo en peligro, me extrañó que nunca lo intentara, que nunca hubiese pedido ayuda con lo que le gustaba tener aliados.

Pasé un rato sentado en los escalones, todo eran preguntas sin respuesta, y me habían quedado muchas cosas en el tintero. Cuando llegué a Galkay dejé mi trasto escondido entre unos árboles.

Fui a casa de Zora por el camino de atrás.

—Hola, Zora.

—¿Que susto Gabriel!, pensaba que era mi tío, ¿estás bien?

—Sí, ¿y tú, ha pasado algo?

—Esta mañana he oído ruido donde tú aparcas la moto, estaba en la cama y me he levantado, como están las maderas no podía ver, luego me ha parecido oír como un hombre hablaba con alguien.

—¿Estás segura?

—Estaba nerviosa y asustada pero creo que sí. ¿Cómo está el señor Daniels?

—Ha tenido mucha suerte, lleva muchos años esperando todo lo que ha pasado, hace tiempo ya lo quisieron asesinar.

—¿Dios mío!, pero ¿qué ha hecho ese hombre?, ¿no te habrá puesto en peligro Gabriel? —no sabía por dónde empezar, estaba asustada y yo muy intranquilo.

—¿Escúchame!, tengo que encontrar unos documentos que pertenecen al gobierno americano — Zora alzó las cejas y me miró con la mayor cara de asombro que podía.

—Sí, Zora, están escondidos en este pueblo.

—¿Pero, por qué tú?, tú no tienes nada que ver, estás aquí por un trabajo que te han dado.

—¿Zora, si esto no termina seguirán viniendo más hombres, no pararan hasta encontrarlos y este pueblo no será libre! Los otros como los llamáis son traidores sin escrúpulos, solo les importa satisfacer sus propios intereses, en contra de Alemania, su propio país.

—¿No Gabriel, el primer hombre que vino era americano!

—¿El que entró en tu casa engañándote?

—No, el que vino después.

—¿Y qué pasó?

—Fue el único que no fue agresivo ni me llevó a la catedral, se marchó a los tres días —tragué saliva y esperé a que dijera algo más, siguió callada mirándome, la cogí entre mis brazos para reconfortarla, no quería que se pusiera a llorar. Zora me preguntó qué tenía que hacer con los papeles si los encontraba, en ese momento caí en mi error, no le había preguntado a Daniels qué hacer con la información, le dije a Zora que el policía me había insistido para que hablara con

Brian.

—¡Mi tío no sabe nada!, tienes que olvidarte de este asunto, el pueblo es grande, los pueden haber enterrado en la tierra, ¿vas a excavar todo el suelo?

—El policía me ha dicho que siga todas las pistas.

—¿Qué pistas, Gabriel?, ¿no te das cuenta de que es una absoluta locura?, cada día que pasa sufro más por ti, déjalo, por favor, Gabriel.

—No puedo Zora.

—¡Gabriel, deja que la policía se encargue de buscar, que hagan su trabajo, a ti no te corresponde!

—me cogió la cara entre sus manos y la acercó a la suya.

—Déjalo, por favor, perdí a toda mi familia, no quiero perderte a ti también —en ese instante me desarmó por completo.

Me fui a la cocina a beber agua, intenté recomponerme y reafirmarme, Zora me observaba desde la puerta. Le dije que lo sentía pero que iba a seguir adelante, y necesitaba su apoyo, y también le pedí que me dijera si le había dicho a su tío que yo quería hablar con él.

—¡Eres un cabezota!, sí, se lo he dicho, un rato antes de que vinieras, por eso cuando has tocado a la puerta creía que era Brian y me he asustado.

—¿Por qué?, ¿qué te ha dicho?

—Que vayas cuando quieras.

—¿Y eso es todo?

—Sí, ¿qué esperabas?, mientras yo esté bien a mi tío le da todo igual.

—No lo creo, durante su relato pude sentir su dolor igual que el tuyo, haré todo lo que pueda para que me diga lo que nunca te ha contado para protegerte.

—Gabriel, soy yo la que siempre le he protegido, y te recuerdo que me reprendiste por no haberle contado lo que me hacían esos hombres.

—Olvida eso ahora, no te hagas más daño, me refiero a los incendios, ¿él habla con la gente del pueblo, se relaciona con alguien que no sea Oscar?

—A veces le he visto hablar con alguna mujer en el campanario, pero apenas sale, si no es para

coger las flores o comprar comida.

¡Comprar! —grité de repente.

—¿De dónde sale el dinero con el que compráis en el centro comercial?

—Tampoco lo sé, mi tío me da dinero de vez en cuando, y me trae comida para que yo salga lo mínimo posible por el pueblo, te aseguro que nunca me ha faltado nada con él.

—Zora no lo digo por eso, a estas alturas no me cabe duda que te cuida perfectamente.

—me quedé pensando de donde sacarían el dinero, o los billetes circulaban en un circuito cerrado todo el tiempo.

—¿Qué pasa con los incendios Gabriel?, fue un desgraciado infortunio, nada más.

—No, Zora, fueron intencionados, por lo menos el de la catedral.

Se quedó mirándome como si yo estuviera diciendo una barbaridad, fruto de mi desvarío, le dije que me lo había asegurado el policía, y quiso saber cómo lo sabía Daniels, le conté que él estuvo detrás, y ayudó a los alemanes, pero porque le engañaron, y estuvo un tiempo dándoles información de todo lo que pasaba en Galkay, y de los movimientos de los americanos.

—¡Ese hombre es un traidor, no me extraña que lo quieran matar! —saltó de repente.

—¡No! —dije más fuerte que ella.

—Lo han intentado asesinar porque quiere ayudar a este pueblo, está muy arrepentido.

—¡Un traidor siempre lo es!, ¿y si te está utilizando?

—Creo que en el fondo es un buen hombre, vive completamente atormentado por lo que hizo, Oscar me contó que siempre le ha ayudado y protegido.

—¿Por?

—No lo sé Zora, pero ellos dos se aprecian mucho.

—Zora, nada de lo que te cuento sé si es realmente verdad, si en algo me mienten, si lo que todavía no se es todavía más grave, lo que sí es cierto es que vivís así por culpa de unos documentos que están escondidos aquí, son una amenaza para toda la humanidad, no sé porque, y mientras los americanos no los recuperen viviréis en este ostracismo, con el miedo y la inseguridad, ¿lo entiendes?

—¿Y si no los encuentras?

—Tendrán que escucharme en mi país, pediré ayuda —me miró con pena.

—¿Y si no te dejan volver?

—No pienses eso, bastante tengo con poder sacarte a ti —se sentó con actitud de derrota.

—Zora, ¿qué pasa? —levantó la cabeza, lágrimas silenciosas caían por sus mejillas.

—Le compliqué la vida a mi tío, y ahora a ti, solo soy un estorbo —me arrodillé delante de ella.

—No lo eres, estoy aquí porque quiero, te amo, mi desafío, lejos ya del encargo, es la mejor manera que tengo ahora de demostrarte mi amor.

—Tenías razón, Gabriel —solo la miré para que continuara hablando.

—Cuando me dijiste que el policía no era trigo limpio, puede que en otras cosas también la tengas, cuando hables con mi tío, ¿puedo estar con vosotros?

—Sí, quiero dejarle bien claro lo mucho que te quiero y me importas —tragué saliva.

Al levantarme sentí un crujido en la cadera y me tuve que sentar, empezó el dolor, sabía que sin la faja lumbar hubiera sido mucho más intenso.

—¿Otra vez te duele, te doy un masaje?

—Me encantaría pero no hay tiempo, me voy al club social, intenta recordar donde buscaban esos hombres, lo que sea que creas que me puede ayudar, aunque te pueda resultar insignificante puede ser muy importante.

—Sí, de acuerdo.

—Intenta no recordar lo que te hace daño, sé que es casi imposible, si no fuera totalmente necesario no te lo pediría jamás, apuntalo si quieres en un papel.

—No hará falta, tengo muy buena memoria.

—Eso me temo.

Salí por delante, justo en la puerta me cogió y pasó sus manos alrededor de mis caderas, notando la dureza de la faja.

—En ningún momento puedo olvidar tus ojos.

—Ni yo tus promesas, Gabriel —asentí.

Después de dar tres pasos me volví, la besé deseándola más que nunca.

—Si quieres dragones los tendrás, pero te encargas tú de ellos.

—Me parece bien —contestó con su sonrisa de diosa, me volvía loco esa expresión en ella.

Al ser sábado había bastante gente en el club. El señor Oscar estaba de espaldas preparando café, sé que se percató de mí mientras subía la escalera cojeando.

Aquella habitación era mi hogar, no era segura después del robo, pero era el único sitio donde me sentía a salvo; estaba descubriendo el valor que le estaba dando a cosas y lugares. Me tumbé en la cama con la foto de Zora, la miraba, sus ojos tachados por primera vez no me arrastraban, ¿por qué te odian tanto?, ¿por qué te desprecian todos aquí?, apoyé la foto sobre mi pecho y dejé las manos a ras del cuerpo, respiré hondo, seguía con la faja, tenía que relajarme para que el dolor no fuera a más, respiraba profundo, despacio, notaba la foto subir y bajar en mi pecho al ritmo de mi respiración, me estaba durmiendo con la imagen de Zora en mi cabeza, con la imagen de un alemán gritándole, ¡claro!, me sobresalté, y un nuevo crujido me cortó la respiración, seguido de un gran alivio, ¡por eso no la querían!, todo el pueblo creía que ella también era una traidora, que ayudaba a los otros a buscar poniendo en peligro todo Galkay, ¡claro!, por eso su desprecio, igual que hacia mí, lo pensaban sin saber lo mucho que sufría, lo que había tenido que soportar precisamente por todos ellos. Quería estar durante mi conversación con Brian, me dormí pensando que con ella presente su tío me ocultaría y disfrazaría los hechos.

Tenía mucho calor, abrí la ventana y asomé la cara durante un rato, de repente llamaron a la puerta.

—¡Abre Gabriel, soy Oscar! —estaba muy alterado y con el habla entrecortada.

—¿Qué pasa?

—No me preguntes muchacho, coge la moto y vete ¡deprisa, corre!

—¿Pero, por qué?

—Ya vienen, cálculo que en veinte minutos estarán en el club.

—¿Quién, pero de qué habla?

—¡Date prisa!

El señor Oscar se puso a recoger mis cosas, yo me quede bloqueado e inmóvil.

—¡Muchacho, eres tonto, venga espabila, que vienen a matarte!

—¿¡Qué!?

Mientras me ponía las botas Oscar sacó mis cosas fuera de la habitación, me levantó de la cama y me fue empujando fuera.

—¿¡Espere, y Zora!?

—¡Olvídate ya de esa chica, no puedes hacer nada por ella!

—¡No, no la voy a abandonar!,

—¡Eres estúpido, te van a matar, corre!

Aquel hombre sacó una fuerza sobrehumana, me empujo tan fuerte que caí rodando por las escaleras.

—¡Gabriel!

AGGG.....me desperté tosiendo y con las manos cubriéndome la cabeza para parar el golpe, ¡joder, otra pesadilla!, intenté levantarme, y lo pude hacer apretándome la faja para incorporarme, en ese instante llamaron a la puerta, estaba desorientado, no era capaz de distinguir si era real o seguía en mi mal sueño, llamaron de nuevo y abrí.

—¡Oscar!

—¿Qué te pasa muchacho, puedo pasar?

Sí, pase —dije confundido y me senté en la silla.

—¡Que mala cara tienes!

—Acabo de tener una pesadilla con usted.

—¿Conmigo?, ¿tú también?, no me sorprende —se sentó en la otra silla.

—¿A qué se refiere?

—Zora.

—¡Si lo sé!, ¿por qué, Oscar?

—La única explicación que se me ocurre es que puede haber una conexión.

—No llego a entender, ¿una conexión con qué?

—Con Zora.

—¡No, las pesadillas empezaron antes de llegar aquí, antes de conocerla!

—Puede que ellas te condujeran a este lugar.

—Eso no tiene sentido Oscar.

—Zora también tuvo pesadillas.

—¿Se lo contó ella?

—No, su tío.

—¿Qué le dijo?, usted me asegura que nunca había venido por el club.

—Dejémoslo Gabriel, seguro que es una tontería.

—¡No, no lo dejes!, me va a decir lo que le dijo el señor Brian, siempre me cuenta las cosas a medias Oscar.

—¿Por qué no me cuentas tú lo que te ha dicho mi amigo?, bien seguro será más importante —me crucé de brazos, y puse cara de se lo cuento pero primero conteste a mi pregunta.

—Debería estar ya acostumbrado a tu insistencia y tu continua manía de preguntar todo.

—Soy periodista.

—¡Si, si, ya! Vino una sola vez, era de noche, le dije que era una gran imprudencia pero estaba muy preocupado por su sobrina y no sabía qué hacer, ella tardó meses en contárselo, la chica apenas comía, tenía muchas ojeras y estaba débil, Brian creyó que estaba enferma, que se trataba de algo grave, cuando le dijo que llamaría a un médico finalmente se lo contó, tenía pesadillas con frecuencia, podía sentir como se quemaba, como la maltrataban, se le caía el pelo, e incluso tenía golpes en las piernas,

—¿Y qué hicieron?

—Nada.

—¿¡Qué!?

—No podíamos, ella se negó a todo, solo aceptó tomar unas vitaminas.

—¿Y?

—Y nada muchacho, ya está, no sé más pero imagino que en algún momento todo acabó.

—Oscar, en mis pesadillas también hay fuego.

—Te lo he dicho muchacho, hay una conexión. Las deducciones de Oscar me parecían imposibles aunque no se lo dije, estaba claro que era por el mal rollo que había en aquel pueblo, todo lo malo se pega.

—Tengo unos minutos antes de volver a la barra. ¿Mi amigo está bien?

—Sí, aunque de momento no podrá andar —Oscar hizo un gesto de pena y bajó la cabeza.

—No se preocupe se recuperará, es un hombre fuerte y valiente —asintió con la cabeza y me miró.

—¿Qué te ha dicho? —me acerqué a él.

—Los hombres que vinieron son en su mayoría alemanes, alguno de mi país, buscan documentos propiedad del gobierno americano, son importantes y una gran amenaza para la humanidad si caen en las manos equivocadas, llevan casi cincuenta años aquí escondidos.

—¿En Galkay?

—Sí —parecía perdido y de nuevo cabizbajo.

—¿Lo ha entendido señor Oscar?

—Sí, muchacho, por eso vivimos así, hasta que los recuperen los tuyos, ¿no?

—¡Vaya Oscar!, me sorprende lo rápido que lo ha asimilado todo.

—Soy inculto, no tonto Gabriel.

—Eso ya lo sabía, no se ofenda, vive totalmente limitado, sabe, desde que llegué no ha dejado de sorprenderme.

—¡Y tú a mi muchacho, y tú a mí!

—Sí, Jajaja... nos reímos los dos con más ganas que nunca, el señor Oscar paró en seco y yo ante su reacción.

—Eres impulsivo, ¿qué te ronda por la cabeza?, ¿qué harás?

—Intentaré encontrarlos, pero no sé qué hacer con ellos si llegan a estar en mi poder.

—¿Tú solo?, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada, no quiero ponerle en peligro, pero quizá tenga que usar el teléfono en cualquier momento,

día y noche, ¿puedo contar con ello?

—Claro muchacho, si es eso solo lo que me pides.

—Es suficiente.

—¿Cuándo empiezas? —me preguntó con cara de miedo.

—Tengo que ir a ver al señor Brian, creo que el lunes iré a la catedral.

—No sé ni que decirte.

—No se preocupe, usted solo hágame de comer que cocina de fábula, tengo que estar fuerte —me estrechó la mano y se marchó.

Cuando salí de la ducha me di cuenta de que estaba anocheciendo, había pasado rápido el día, dando explicaciones sobre cosas de las que no tenía certeza total.

Casi no tenía dolor y no había tenido que tomar ninguna pastilla, ¡otro día más!

Ya tenía muchas piezas del puzle, me faltaban otras, el señor Brian me las daría, tenía que hablar a solas con él o la cosa seguiría alargándose, y francamente, por momentos deseé estar haciendo el raro encargo. Mi desafío era peligroso, no me lo podía creer, yo les podía devolver unos documentos ¡al gobierno americano!, ¡era de locos! me tuve que pellizcar para tener claro que no era otra pesadilla continua.

La foto de Zora estaba en la cama, le di la vuelta y la dejé allí, la reina de mi cama tapada por la sábana. Me puse la cazadora y me fui a su casa.

Al llegar miré la moto, era increíble que no me la hubieran destrozado o estropeado, mientras el trasto parecía vigilar la casa roja.

—Hola.

—Pasa Gabriel —estaba en pijama y tenía la cara verde.

—No te rías.

—No iba a hacerlo, ¿es una mascarilla?

—Sí.

—Si te parece bien espero a que termines.

—¿Te apetece beber o comer algo?

—No, tranquila, cuando acabes.

Durante su ritual de belleza me fui a la mini biblioteca, estuve curioseando los libros, había mayor cantidad de novelas de amor y misterio, tenía autores muy buenos, ocho novelas juntas de Danielle Steell, Zora era toda una romántica, también tenía toda la geografía del mundo por tomos, ¡y yo no había encontrado más que una guía turística!, era de risa. Pasé mis manos por un enorme mapa de América, antes no me había fijado en él, tuve que acercarme mucho para ver como había hecho un círculo con bolígrafo alrededor de la palabra Estados Unidos, y había dibujado un avión.

—Ya he terminado Gabriel —me di la vuelta.

Se había puesto un delicado camisón de satén rojo y soltado el pelo, ¡madre mía!, Zora sonrió al ver mi reacción, estaba tan preciosa que me quedé bloqueado mirándola.

—¿Te gusta mi mapa?

—¿¡Qué!?! ¡sí! —contesté sin saber lo que me había dicho. Se acercó y puso su dedo sobre el avión.

—¿Y eso? —pregunté señalando el dibujo.

—Lo hice hace años, fue un impulso.

—¿Hace años dibujaste el avión?

—¡Si Gabriel, hace mucho tiempo que sé dibujar!

—No seas irónica, quiero decir que por qué lo hiciste.

—No lo sé, ¿pero por qué te importa tanto?, es absurdo como tú dices.

—Zora, Oscar me ha contado lo de tus pesadillas, ¿me puedes decir qué pasó?, ¿cómo terminaron?

—No me apetece recordarlo, hace mucho de eso, ¿comemos algo?

Salió de la mini biblioteca y la seguí hasta la cocina, se puso delante del frigorífico para preguntarme lo que me apetecía.

—Que me lo cuentes, Oscar cree que hay una conexión entre nosotros, dime como acabó todo, sé que tenías evidencias físicas, ¿era angustia, ansiedad, stress, lo que te las provocaba?

—No vas a parar ¿verdad?

—No.

—Fue antes de resignarme a mi destino, quería huir, escapar, seguir estudiando lejos de este horrible lugar. Mi cabeza viajaba a lugares nuevos y normales, con gente llena de amabilidad, pero mi cuerpo permanecía aquí, paralizando mi avance, tenías razón cuando me lo dijiste, siempre he estado estática.

Las pesadillas eran terribles, muchas noches me despertaba vomitando y tosiendo, los golpes, supongo que me los provocaba yo misma en mi agitación, luego dibujé el círculo y el avión.

—¿Por qué Zora?

—Soñé contigo.

—¿¡Qué!?! —me quedé pasmado.

—Quiero decir con un hombre como tú. No vi su rostro, durante dos noches apareció en mi sueño. Me dio una carta que leí en el sueño, decía que cogiera flores de mi paraíso y le esperara en la catedral con mi casco rojo, que nos marchábamos a América porque allí me esperaba toda mi familia, antes de irse puso su mano en mi frente y me transmitió un gran amor.

Durante su explicación del sueño escuché absolutamente asombrado.

—¿Y después siguieron las pesadillas?

—¡No!, el sueño me devolvió la tranquilidad y la esperanza, nunca más volvieron y dejé de sufrir por las noches, desde entonces he querido creer que algún día saldría de aquí, y eso también me ha ido dando fuerzas.

—¿Y crees que yo soy el hombre de tu sueño?

—Ahora sí.

—¿Y antes?

—No quiero pensar en antes, ya no sirve de nada, ahora tú estás aquí, conmigo, eso es lo que me importa, y en eso quiero pensar, creer, y sentir.

—Me has dejado sin argumentos mi diosa.

—¿¡Qué, así me llamas para tus adentros, diosa!?

—¿Qué te parece?

—Nunca lo hubiera imaginado, creo que eres un hombre muy intenso, a veces me ha dado la sensación de que estás obsesionado conmigo, y ahora también con este pueblo.

—¿Eso crees?

—Tampoco te conozco en otro terreno Gabriel, ¿eres celoso? —tuve que pensar un rato en ello, nunca lo había hecho.

—¿Lo eres? —en ese momento, entendí en mis propias carnes lo que podía suponer, que te pregunten continuamente cosas de las cuales no sabes las respuestas, además bajo presión y amenazas.

—¡Gabriel!, ¿estás aquí?

—No vas a parar ¿verdad?

—¡Ah, ahora me comprendes mejor! —dijo con una maliciosa sonrisa.

—Ven aquí, deja ya de preguntar —la rodeé con mis brazos por la cintura. De nuevo me preguntó si quería comer algo, le dije que la quería a ella hasta empacharme.

—Estoy segura de que encontrarás los documentos, porque no tienes fin.

Me cogió de la mano y me llevó hasta su dormitorio, me sentó a los pies de la cama y se colocó sobre mí diciendo que el avión nos llevaría a los Hampton.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía, fue una corazonada sin más.

—¿Una conexión? —no me contestó y me besó. Noté sus ojos arrastrándome sin esfuerzo alguno, la intensidad de su boca siempre me hacía perder el control, comenzó a besarme el cuello despacio, mientras que mi mirada nublada se perdía entre las páginas escritas de las paredes, mis manos se deslizaban solas por el rojo satén.

—¿Soy tu diosa?

—Siempre, la más espectacular que existe —apenas podía hablar.

Sus besos habían tomado las riendas sobre mí. La agarré del pelo y la eche hacía atrás.

Recorrí cada milímetro desde su pecho subiendo por su cuello y garganta, hasta unir su boca con la mía.

—¡Te quiero! —solo veía en ella la profundidad negra de sus ojos, ella me agarraba por los brazos.

—Pronto serás la diosa de Manhattan —dije cerca de su oído.

—¡Gabriel, espera! —se colocó bien sobre mi agarrándome por el cuello con ambas manos, le acaricié la cara, me quito la mano y la puso en su cintura.

—¿Qué ocurre? —me miraba fijamente.

—¿Qué?

—¿Cómo sabía el señor Oscar lo de mis pesadillas? —continúe besándola.

—¡No, espera!

—¡Luego Zora!

—¡No!, Gabriel te deseo con todo mi corazón, pero entiende que todo lo que me has contado es muy grave, no me fío de ese policía, ¿y si te está usando para que le entregues a él los documentos?, te puedes meter en un lio muy grande por su culpa.

—Por eso no voy a hacer nada hasta que no hable con tu tío, fue él quien le contó a Oscar lo que te pasaba.

—Mi tío nunca.... ¡espera!, ¿recuerdas lo que te conté de las puertas?

—Sí, ¿pero eso que tiene que ver?

—Yo tenía quince años cuando Brian la hizo aquí para cuando yo viniera, lo hice una semana después de cumplir los dieciocho, a los veinte empezaron las pesadillas, fue poco después de que acabaran cuando empecé a trabajar en el club social, y la puerta del señor Oscar ya estaba, según nos dijo mi tío, la hizo para que yo entrara y saliera sin que nadie me viera.

—¡No entiendo Zora!

—¡Gabriel, ellos dos se han estado viendo por el camino de atrás! mi tío también tiene una puerta y fue la primera.

—No puede ser, Oscar siempre me ha negado que Brian fuera por el club social.

—¡Y es cierto!, se veían a escondidas, por el camino de las puertas secretas, el camino que va a mi paraíso de flores.

—¿Crees que Oscar sabe más de lo que dice?, ¿sabes que su esposa murió en el incendio que hubo en el final del pueblo?

—Si a las dos cosas, mi tío me contó porqué ese hombre era viudo.

—¿Y tu tía?

—Mi tía estaba muy enferma, apenas la recuerdo, yo era muy pequeña, mi tío me dio una foto en la que está conmigo en brazos y otras personas.

—¡Otras personas!... ¿puedo verla?

—Se levantó para ir a buscarla y mi cadera me lo agradeció, menos mal que pesaba poco. Regresó con ella en la mano, diciendo que estaba un poco estropeada, y que la había ido cambiando de libro en libro. Encendió la luz para verla mejor, y le dije que su tía había sido muy guapa.

Mientras contemplaba la foto tuve una extraña sensación, detrás de la mujer y la niña había tres hombres, no se distinguían bien, y le pregunté si sabía quién eran señalándolos. Me contestó que no, que podían ser amigos, o simplemente se habían puesto para hacer bulto.

—¡Gabriel, llevas cinco minutos mirando la foto, tu cara ha cambiado!, ¿qué ocurre?

—No estoy seguro pero uno de los hombres me resulta familiar.

—Eso es poco probable —me quitó la fotografía y se fue a guardarla, me quedé con la imagen en mi cabeza. Cuando volvió me cogió diciendo que no pensara más y nos tumbamos en la cama. Le pedí que me hablara de su abuelo.

—Será mejor que me hables tú del tuyo, yo no sé nada del mío, ¿no lo recuerdas?, murió en el incendio de la catedral.

—Y el mío murió en un accidente.

—Lo siento mucho Gabriel.

—Era el padre de mi padre, fue un gran hombre, a los de mi madre los recuerdo vagamente por las fotos.

—¿También murieron?

—¡No!, viven en California.

—¿Y por qué no los ves?

—Ni idea, desconocemos tantas cosas de nuestras vidas.

—Tus ojos verdes, tu abuelo también los tenía, ¿a qué sí?

—Pues sí, ¿cómo lo has sabido?

—Intuición, y creo que también te pareces en el carácter.

—Eso es lo que siempre me ha dicho mi abuela, solo ella le supo comprender, me sorprendes, ¿por qué lo crees?

—Murió joven en un accidente, has sacado su espíritu aventurero, ¿acierto?

—De pleno.

—¿Qué pasó?

—Iba con un amigo, viajaban juntos por el lago Patricia de Canadá cuando su avioneta se estrelló.

—Suerte que tienes a tu abuela.

—Sí, es una mujer estupenda, le vas a encantar, su pelo canoso también es muy largo como el tuyo

—Zora miraba el mapa.

—¿Sabes?, los lagos de Canadá son preciosos, y también tienen zonas rocosas muy peligrosas.

—¿Lo has leído?

—Sí, Gabriel, casi todo lo que sé lo he leído, durante años, conozco muy bien tu país, su historia, es mi continente favorito.

—¿De dónde salió el mapa?

—Me lo dio Brian, y ese día también me dijo algo.

—Cuéntamelo.

—Y no se equivocó.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Recuerdo como me miró muy serio y dijo: El día que un hombre se quede contigo después de tenerte, puedes estar segura de que te quiere y terminará amándote de verdad —no dije nada y acaricié suavemente sus pechos.

—Tú lo has hecho, te has quedado conmigo pese a las dificultades, sin que yo te pueda ofrecer

nada.

—¡Otra vez Zora!, me has ofrecido tu corazón ¿te parece poco?, y lo que veo de tu exterior me tiene completamente fascinado, obsesionado como tú piensas.

—¿En serio crees que soy guapa?

—No —me miró incorporándose sobre mí.

—Eres espectacular.

—¿Y por qué te ríes?

—Tu inocencia a veces me desarma, y me hace gracia pensar que te voy conociendo a través de mis investigaciones sobre Galkay.

Me puse a explicarle lo buena modelo que podría ser, lo bien que salía en las fotos, muy fotogénica y muy camaleónica, hasta que me di cuenta de que se había dormido.

Cuando me desperté estaba lloviendo a mares, aquello podía ser el prelude de todas las dificultades con las que me iba a encontrar.

—Zora me voy al club —no dijo nada ni se movió. La dejé en su cama y me fui.

Oscar no estaba en el salón, con el agua que caía no había nadie a quién servir, tampoco tenía pinta de que fuera a parar pronto. No sabía por dónde empezar, allí se hacía mucho barro con el agua, seguro que me daría problemas con la moto. No podía dejar que la lluvia me robara tiempo, cogí el chubasquero y me fui a casa de Brian.

Subí hasta su casa con un nudo en la garganta, extrañamente, no me remordía la conciencia porque Zora no fuera conmigo como habíamos acordado.

Ya en la puerta me puse más nervioso, llamé, enseguida abrió y me dijo que entrara, pase detrás de él hasta el salón que esa mañana no estaba iluminado, parecía estar esperándome.

—Mi sobrina te lo ha puesto difícil —dijo mientras encendía varias luces.

—¿Qué quiere decir?

—Has tardado mucho en venir a verme —parecía estar al tanto de nuestra relación.

—¿Se lo ha contado? —pregunté, con la certeza de que finalmente Zora se habría atrevido a decírselo.

—No, mi sobrina nunca me cuenta sus cosas íntimas, le tengo que sacar las cosas con sacacorchos.

Sí, dije mentalmente, me recordó mis conversaciones con Oscar. Me trajo una toalla para que me secara y se sirvió una bebida.

Aquel hombre necesitaba ir aclarándose la garganta para poder ir contestando a mis preguntas, me ofreció algo de beber y lo rechacé. Le pregunté por qué creía que estábamos juntos, para romper el hielo.

—Hijo, me di cuenta de cómo la mirabas el día que te conocí, la felicidad que he visto en sus ojos estas semanas, con su negativa a contarme sobre ti me lo ha dicho todo.

—¿La conoce bien?

—Es fácil pese a su hermetismo.

Pensé que lo decía por lo expresiva que era, no necesitaba abrir la boca para dar a conocer su corazón.

—Estoy seguro de que ya sabrás lo intensa que es.

Brian parecía leer mi pensamiento, y me hizo gracia, que él pensara de ella lo mismo que ella de mí.

—Brian, lo conozco poco, lo suficiente para darme cuenta de que tanto usted como su sobrina están deseando abrirse al mundo, sé por qué están aquí encerrados, incomunicados —Brian se levantó como yo esperaba, y cogió el vaso de bebida.

—Tenía que pasar tarde o temprano, ese hombre lleva mucho tiempo callado —sabía que se refería al señor Oscar.

—Puede estar tranquilo, no ha sido Oscar, ese pobre hombre no sabe nada, ¿sabe que siempre le ha preocupado Zora?

Acababa de descolocar a Brian, él esperaba de mí una declaración de amor hacia su sobrina, y mi descubrimiento lo sacó fuera de juego, andaba por el Salón con el vaso en la mano y no me decía nada.

—Brian, lo único que ese hombre me ha contado es lo que hacen en el campanario, y cómo le

ayudó a usted a informar al pueblo del cambio de vida aquí.

Si quería tranquilizarlo logré el efecto contrario, de repente se sentó.

—¿Quién te ha contado lo que sea que sabes? —dijo mirándome muy molesto.

Me lancé al ruedo de cabeza.

—Un policía llamado Daniels en Glasfort.

—¡Diablos, maldita sea! —se sirvió más bebida, el vaso hasta arriba.

Me sorprendieron bastante sus formas, estaba muy alterado y se volvió a poner de pie.

—¿Qué te ha contado ese loco? —estaba claro que Daniels no era precisamente de su agrado.

Brian me inspiraba confianza, pero no quería descubrir tan pronto mis cartas.

—¿Por qué me da la impresión de que usted también sabe lo que él me ha contado?

—¡Hijo!, eres tan listo como esperaba, pero creo que todo esto te viene grande.

—Sé que usted preferiría que hablásemos de su sobrina, pero ella no será feliz hasta que esto no termine —dije rotundamente levantándome, y me acerqué a Brian mientras este me preguntaba si yo lo iba a terminar.

—Sí, quiero ayudarles —en ese momento cambió su expresión, se rió con ganas y me descoloco a mí.

—Cuanto me recuerdas a mis días de juventud, todo parecía tan fácil, fui tan dichoso, hasta que todo se derrumbó delante de mis narices —se puso otra vez serio, y pensé que se refería al hecho de ser viudo. Cuando le pregunté qué le había pasado a su esposa, en su cara hizo acto de presencia la tristeza.

—¿Te lo ha contado Zora?, se lo dije para que no sufriera también por ello —no entendía sus palabras.

—Gabriel, cuando mi sobrina tenía tres años mi esposa intentó sacarla de aquí, con la esperanza de que tuviera una vida digna, normal, que pudiera ser una mujer de provecho.

Mi esposa nunca regresó, la asesinaron, dos días después me devolvieron a la niña, la dejaron en el final quemado del pueblo, con una nota.

Me sentía abrumado, no me salían las palabras, mis continuas preguntas se amontonaban sin poder

darles salida.

—¡Hijos de su grandísima madre, desgraciados, son unos asesinos hijos de puta! —finalmente solté, estaba más furioso por segundos.

—¡Cálmate!

—¿Cómo me voy a calmar?, ¡su esposa, la esposa del señor Oscar, y toda esa gente que murió!, ¡Brian escuche, los voy a buscar, los encontraré y luego me llevaré a Zora de este asqueroso lugar!

—me levanté, y me serví lo mismo que Brian tomaba.

—Hijo, siéntate —dijo, y me cogió del brazo para acercarme a la silla.

—Te voy a decir algo, confiando en que los encuentres, lo que es poco probable, ¿qué harás luego con ellos?

Le dije muy alterado que pediría ayuda en mi país, donde fuera.

—Gabriel, cálmate un poco, si los documentos no se devuelven a la persona correcta cosa que desconocemos, tu esfuerzo no habrá servido para nada, todo se complicará mucho más.

Los hombres que han estado viniendo son pan bendito con lo que puede pasar.

En ese momento recordé lo que le hacían a Zora, y la sangre me empezó a hervir.

—¡Brian, su sobrina nunca se lo ha contado para protegerlo, esos bestias la maltrataron!

—en ese momento se puso a llorar, tragué saliva y hablé como pude.

—Nunca se lo ha dicho porque estaba amenazada, le dijeron que si usted se enteraba lo matarían

—me miró y me cogió las manos. Parecía más preocupado por mí, después de lo que yo le había confesado sin la autorización de Zora.

—Gabriel, yo ya soy un viejo que moriré aquí de cualquier manera.

—¡No!

—¡Hijo!, he hecho todo lo que he podido para que ella fuera lo más feliz posible, no sé si lo he conseguido, supongo que no, pero tú la haces muy feliz y eso me preocupa, querrá irse contigo y no puede.

—Pero ¿qué dice?, lo que estamos bebiendo no tiene alcohol.

—Y aunque lo tuviera, sé muy bien lo que digo —no entendía nada.

—Zora no se puede marchar del pueblo, si lo hace, si se marcha contigo la matarán como a mi esposa, es lo que ponía en la nota que dejaron junto a ella.

—¡Zora muerta, asesinada! —me quedé bloqueado, con el corazón a punto de salir por mi boca.

—¡Atiende hijo!, vino un hombre y hablamos, me dijo que podía llevar a Zora a estudiar a la ciudad, podía tener cierta libertad, sé que estuvieron vigilando cuanto hacíamos. Me dejaron una moto, era el único vehículo en el pueblo. Estuvo estudiando hasta los dieciocho años, entonces me quitaron la moto y me dejaron dos bicicletas y las llaves de la catedral, solo yo puedo entrar allí.

—He visto como lo cuida todo, como la mantiene perfecta, ¿por qué lo hace Brian?

—Es una garantía.

—¿De qué?

—De estar aquí más seguro, me dan el triple de dinero que al resto, y me dieron la casa de Zora.

¡La casa roja! Los utilizaban a los dos, la peor parte se la llevaba ella por ser mujer y muy bella, la utilizaban de cebo para que los tipos se quedaran más tiempo.

—¿Y las puertas?

—Me obligan a estar en contacto, tengo que contarles a unas determinadas horas, cada paso de los hombres que mandan para buscar. A ellos les hice creer que hice las puertas para mantenernos a escondidas del pueblo, se sienten más seguros, sobre todo el señor Oscar, tiene más miedo que años encima, cree que mis llamadas son para hablar con los amigos que tengo en Glasfort.

—¡Y no los tiene!, ¿verdad?

—No.

—¿De qué conoce al señor Daniels? —la cara de Brian cambió.

—Me lo presentó el señor Oscar.

—¿Y por qué no le gusta ese policía?

—No te lo sabría decir pero no me gusta —sonó tajante.

—Nada me haría más feliz que te llevaras a mi sobrina de aquí, solo así moriré en paz, pareces un buen hombre, es lo único que me ha dicho el señor Oscar desde que llegaste, parece que le gustas, lo que realmente me extraña mucho es que te perdieras, nunca lo hubiera pensado.

¿Tan raro era que una persona se perdiera en un lugar que desconoce por completo?, su comentario sí que me parecía a mi extraño.

—¿Sigues empeñado en buscar?

—Lo voy a intentar, ya pensaré que hacer después.

—¿Sabe una cosa?, al poco de estar en Galkay hubiera cogido a su sobrina y me hubiera marchado tan contento con ella a los Hampton —Brian se levantó de repente.

—Gabriel, tengo muchas cosas que hacer hoy, ¿te parece si seguimos con esto otro día?

—Sí, claro, gracias, me ha ayudado mucho.

—No hay de qué, hijo.

—Hasta pronto.

—Ten mucho cuidado con lo que dices y haces, cuanto menos sepa el señor Oscar mejor —asentí.

Salí de su casa, no sin antes estrecharnos la mano, y me besó.

Más piezas de mi puzle pensé mientras bajaba el camino embarrado, y podía seguir acumulando antes de colocarlas, pero no me servían de nada, no mientras no encontrara los documentos, tenía que poner toda mi energía en ello, seguro que después se iría completando hasta cerrarse, y esa sería la respuesta final que necesitaba, nunca había preguntado tanto y obtenido tan poco, las respuestas que todos me daban eran como el dinero del pueblo, giraba en un circuito cerrado.

Continuaba lloviendo y me metí en el club social, seguía vacío. Me senté en una mesa cerca del poyete—barra, mi intuición y mi olfato de periodista me decían que una vez más Brian me había contado la verdad disfrazada, me había dado respuestas sin acabar para que yo siguiera perdido y desistiera en mi búsqueda, tenía claro que algo importante me ocultaba, su forma de tratarme, que le pareciera imposible que alguien pudiera llegar a Galkay, su manera tan brusca de terminar la conversación y luego besarme.

Tenía hambre pero preferí quedarme allí sentado descansando y de pronto me vino a la mente Claire, ella era minuciosa y tranquila, la envidié por ello, mi carácter me hacía sufrir innecesariamente, ¡Zora!, me dio un vuelco el corazón, no podía decirle lo que me había dicho su tío, ya estaba bastante asustada y la necesitaba lo más entera posible, que asco y que pena más

grande sentí por toda la situación. Me di cuenta de que mi desafío era doble, por eso dicen que las desgracias no vienen solas, encontraba los documentos, ¡vale!, ¿y qué hacía con mi hallazgo?, ¿a qué persona se los tenía que dar?, me pareció más imposible que el hecho de encontrarlos, la podía liar muy gorda, y luego viviría el resto de mis días atormentado como Daniels, ¡Ay Gabriel, eres un loco enamorado!, mi voz interior remató.

—Hola muchacho. Oscar entró en la barra, parecía que recordar a su amigo me lo había puesto delante.

—Llueve mucho.

—Sí.

—No tienes buen día —dijo acercándose por encima del poyete.

—No lo he tenido desde que me perdí aquí —sacó unos paños y me los tiro hasta la mesa para que me secara. Pese a estar solos me preguntó si me habían dado malas noticias en voz baja.

—Me he metido en un gran charco Oscar, y no sé cómo voy a salir —Oscar salió y se sentó a mi lado.

—¿Qué quieres que te diga?, no te vas a marchar, eres muy terco —lo miré, había dejado de ser insistente hasta la molestia para él.

—Y lo entiendo, es buena chica, te diré algo, vino a verme y me pidió que te tratara bien, aún recuerdo su mirada, nunca antes la había visto, me alegro mucho por esa muchacha, es la única que siempre me ha tratado con cariño y respeto.

—Oscar, tengo que preguntarle donde buscaban los tipos que vinieron, tengo que hacerla recordar y me da miedo.

—Ella es una mujer fuerte y tú eres muy listo, encontrarás la manera de no hacerle daño.

—La he visto llorar y sufrir por casi todo.

—Y yo también muchacho, y la impotencia me comía las entrañas, te quiere, te ayudará, estoy seguro de ello, ve despacio, eres un hombre un poco explosivo.

¡Explosivo!, pensé, otro calificativo a mi carácter, ¡un poco!, aquel hombre era prudente al definirme.

—Nunca creí que dijera esto, pero mi consejo, si lo quieres claro está, es que empieces a buscar en la catedral, he oído muchas cosas durante años, pero siempre he pensado que están allí.

—¿Es una intuición?

—Eso es para las mujeres, lo pienso y punto —me hizo reír, cada día que pasaba le tenía más aprecio.

—¡Sabe lo que le digo!... que le haré caso, empezaré por el gigante.

—¡El gigante!, vaya forma de llamar a una catedral.

—¿Ha estado alguna vez en ella?

—Cuando era joven, antes de casarme, después nunca más—. —¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quiera —dije.

—¿De verdad crees que te merece la pena todo esto?, posiblemente para nada.

Oscar me había dejado a mí fuera de juego, en ese momento recordé las palabras de Daniels.

—Creo que el amor es capaz de conseguir hasta lo más difícil e irracional.

—Ya te entiendo —dijo, y volvió a mirar el suelo.

—¿La echa de menos?

—Cada día a cada momento, muchas veces he deseado reunirme con ella, pero tampoco puedo —su rostro era de absoluta tristeza y resignación.

—¡No diga eso Oscar!, desempeña muy bien sus funciones en este club —me miró a los ojos.

—¿Y crees que eso me importa?, quiero morir dignamente, no con una bala en la cabeza, aunque luego me abandonen en cualquier sitio.

—¡No, no lo voy a permitir! —dije recordando mi promesa al policía.

—Escuche, si consigo mi desafío lo sacaré de aquí.

—No te entiendo, pero no digas tonterías muchacho —se levantó.

—No pienses que no te lo agradezco, no deberías estar aquí, vete con ella lo antes posible, y ya está —se disponía a marcharse.

¡Espere!—me levanté rápido.

—Oscar no puedo desentenderme, Brian me ha dicho que si Zora sale de aquí la matarán —se

echó las manos a la cabeza y se sentó de nuevo en otra mesa.

Me acerqué a él, y me pidió que no le dijera nada a Zora.

—No lo haré, tranquilo, entiende ahora porque sigo aquí. Salí de mi casa para ver hasta dónde podía llegar yo solo, vengo de una familia acomodada que siempre me lo ha dado todo, nunca me he esforzado ni preocupado por nada, excepto estudiar.

—¡Pues quién lo diría Gabriel!, te has puesto el listón muy alto, si os pasa algo... —se quedó callado.

Le hubiera dicho más cosas, confiaba más en él que en Brian, pero no quería traicionar la confianza de este último hacia mí, Oscar tenía miedo, y eso me podía dar más problemas.

—Ese hombre sabe cosas, yo nunca le he querido preguntar, no sé lo que te ha dicho, pero bien seguro que te ha ocultado lo más grave. Para bien o para mal, aquel hombre no perdía su capacidad de sorprenderme con sus deducciones.

—¿Por qué lo dice?

—Por algo, qué más da.

—¡Oscar!, ¿qué es?

—Está bien —dijo ya harto y cansado de recordar.

—Gabriel, te lo voy a decir, pero después me voy, tengo que preparar comida por si deja de llover y esta tarde viene clientela.

—De acuerdo.

—Al principio yo subía al campanario, las veces que estuve allí me daban ganas de dormir, no sé porque un día tuve la necesidad de ir al final del pueblo, rezar allí por Tara me pareció más normal, no pude hacerlo y me tuve que esconder, el señor Brian estaba hablando con un hombre, no era de aquí, antes de irse le dio algo y se estrecharon la mano.

—¿Podía ser uno de los tipos que buscaron?

Estaba de espaldas y no le pude ver bien pero era de aspecto parecido.

—¿Y cree...

—¡Muchacho!, tú no te cansas parece, pero yo sí, te he dicho que tengo que atender mi negocio.

—Sí, perdone.

—Deberías descansar—. —¡Ah! se me olvidaba, te he dejado toallas limpias arriba.

—Gracias por todo.

Mi conclusión final, la cual reafirme gracias al señor Oscar, que yo tenía razón como había pensado desde un principio, el tío de Zora me ocultaba lo verdaderamente significativo, me había mentido con lo de las puertas, no coincidía con lo que me había dicho Zora, era un traidor.

Mis piezas del puzle crecían, y con ellas la situación se complicaba y me confundía más, estaba deseando que pasara el domingo. En un momento de nuestra conversación Oscar me había dicho que entrábamos en época de frecuentes lluvias, cada día estaba más atrapado, Zora muerta, su tío un traidor embustero, el sí que era un lobo con piel de cordero. Tenía miedo, a menudo me lo negaba a mí mismo, y a menudo pensaba que era un estúpido, se me pasaba cuando recordaba los ojos negros, esos profundos ojos suplicando que los rescatara. Durante un rato me acordé del señor Alfred, de su despacho, de las fotos, y maldije el día que nos conocimos, del momento en que acepté el encargo, me estaba poniendo de mal humor, me empezaba a doler la cabeza y me subí a la habitación, al abrir la puerta también la maldije. Me quite toda la ropa húmeda, me tapé con una manta y me tumbé en la cama, era lo único que me gustaba en ese momento, en ella pude sentir el corazón de Zora una noche, me quedé dormido viendo la lluvia a través de la ventana.

Desperté al notar algo en la cara.

—Tranquilo, soy yo.

—Estaba tumbada a mi lado, y había puesto otra manta gruesa que nos tapaba a los dos.

—¿Sigue lloviendo?

—Sí, el agua me encanta, limpia todo y lo purifica.

—A mí me parece una putada.

—¡Gabriel, esa boca!, el agua es un regalo divino.

—Sí, un regalo que va a retrasar mi trabajo, no ha parado desde que me fui esta mañana de tu casa.

—Pronto acabará.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre ocurre, ¡ya lo verás! —me incorporé y me quedé mirando la mesa.

—¿Y todo eso?

—El señor Oscar me ha dicho que no habías comido, he subido un poco de todo lo que ha hecho para que comas lo que te apetezca.

La miré preguntándole si estaba enfadada. A ella muchas cosas mías no le gustaban, pero intentaba comprender mis motivaciones respecto a mi idea de avanzar para completar el puzle. Me senté en la mesa para comer, con la manta alrededor. Zora siguió en la cama, aquella escena era digna de ser fotografiada. En ese momento le di las gracias.

—De nada Gabriel, no seré yo quién te ponga más obstáculos.

Le dije que se sentara a mi lado, vino hasta la mesa con la manta gruesa alrededor de su cuerpo.

Zora se sorprendió al saber que todavía no había hablado con mi abuela, y según ella no era buena idea que yo le contara nada porque era mayor y podía asustarse mucho. Quizá tuviera razón, aunque la abuela era de armas tomar.

—¡Gabriel!

—¡Si, dime!

—Hola.

—Hola.

—Nunca sé dónde estás.

—Aquí, a tu lado comiendo.

—Me vas a decir lo que te ha contado mi tío

—Si —dije. ¡No! —pensé al tiempo.

—¿Qué habéis hablado?

—Poca cosa.

—Ya, a mí nunca me ha contado nada.

En ese momento un impulso me empujó a besarla, un beso lento y profundo, dominado por la pena que sentía por ella, al separarnos se rió, preguntando si su tío me había dicho que la besara.

—Nadie me tiene que decir que te bese, lo haría hasta quedar sin aliento.

—Me parece muy bien, pero dime que te ha dicho mi tío.

—Que busqué los documentos secretos.

Con esa frase me quitaba de un plumazo el dar más explicaciones, y mucho menos decirle que ella también estaba amenazada de muerte.

—¿Y ya está?

—Sí, ¿qué esperabas?

—¡Gabriel!

—Zora, primero tengo que encontrarlos, y luego nos vamos, a tu tío le parece bien, el aprueba nuestra relación —sonrió ampliamente, esa expresión iba a cambiar en breve.

—Ahora es cuando necesito tu ayuda.

—Sí, lo sé, no te preocupes —se quedó callada unos segundos, y siguió.

—Hice algo —la miré un poco asustado.

—Cuando me diste el dinero para comprar la cazadora, también hice una copia de la llave de la catedral, me costó un poco hacerme con ella, entonces no sabía que iba a pasar, pero algo en mi interior me llevó a hacerlo —me dejó mudo y tenía la boca llena de comida.

—¡Eres fantástica, te amo! —tragué como pude, casi me ahogo.

—Te la daré para que hagas lo que tengas que hacer, así mi tío no sospechara nada.

La escuchaba mientras pensaba lo engañada que estaba con todo, con Brian, no podía decirle nada, de momento era mejor que continuara con su imagen idílica sobre él.

—Tienes que contarme lo que recuerdas, lo que sea que nos ayude a salir de aquí, si en cualquier momento no puedes seguir, para, por favor, ya seguiremos en otro momento

—asintió y se puso seria.

—Esos tipos miraban algunos pasillos, los demás ni los pisaban, en algunos trozos estaban mucho rato

—¿Trozos?

—Me refiero a letras, los libros están colocados por orden alfabético, y agrupados por la inicial

de su título, de unas letras hay más libros que de otras. A veces me daba la sensación de que habían encontrado algo, su actitud cambiaba y estaban más tranquilos, me obligaban a observarlos todo el tiempo —en ese instante me tense apretando la mandíbula, Zora miraba todo el tiempo la ventana mientras iba relatando.

—Luego de repente empezaban a gritar en alemán, no les entendía pero sabía que algo malo iba a pasar, se iban, dejándome allí sola, regresaban al rato y se ponían en otro trozo, o en otro pasillo y seguían con lo mismo, hasta que se daban por vencidos y la pagaban conmigo —la rodeé con mi brazo, ella se apoyó en mi hombro, no me apetecía que siguiera pero continuo.

—Uno de ellos solo busco en Gobray, me preguntó si había una biblioteca o algún lugar con libros, me hizo acompañarle una mañana, me tuvo allí hasta casi entrada la noche, fue el único que buscó en ese pueblo, era de tu país, no me tocó, solo me trató con mucho desprecio y me dijo, antes de irse, que me iba a arrepentir mucho por no ayudarlo, estuvo más de una hora delante de la puerta hasta que la abrió a golpes con un madero.

—¿La puerta de la biblioteca de Gobray?

—Sí.

—¿Y el campanario?

—Fui dos veces, miraban en todos los escritos, en las imágenes, rompieron una y hubo problemas, al tipo le pincharon las cuatro ruedas del coche y tuvo el valor de encararse con unas mujeres, estas huyeron corriendo a sus casas, era el más agresivo, tenía una pistola, me dejó la cara...

—¡Para, no, calla! —me quedé esperando que llorara, no lo hizo, solo me abrazó más fuerte por dentro de mi manta, al sentir sus manos me estremecí.

—Iré a la biblioteca de Gobray, aunque le he dicho al señor Oscar que empezaría por la catedral.

—¿Por qué?

—El tiene la intuición de que los documentos están en ella.

—¿Y te fías de una intuición?

—No me fío de nada, puede que estén donde menos lo esperamos.

—No conozco aquella biblioteca, cuando fuimos el tipo me tuvo todo el tiempo esperando fuera,

creo que si voy contigo te puedo ayudar a buscar.

—Está bien, dime algo, cuando ibas a tu lugar secreto de las flores, ¿salías por la puerta de Brian?

—Sí, me dijo que era un regalo, y que nunca se lo dijera a nadie.

—¿Y la casa roja?

—No te entiendo.

—¿Fue en tu mayoría de edad cuando las viste por primera vez?

—Sí.

—¿Sabes de dónde la sacó tu tío?

—Era de su esposa, cuando ella murió se subió arriba, ¡Gabriel!, ¿a dónde quieres llegar?

Zora estaba extrañada ante mis preguntas, le dije que solo era curiosidad. Brian nos había engañado con su explicación sobre las puertas, a todos, posiblemente estuvieran antes de que Zora naciera, desde el principio de la traición, ¡Brian estaba aliado con Daniels!, se hacían las víctimas, cada uno a su manera, pero entre los dos ayudaban a los otros, me estaban utilizando para que yo encontrara los documentos secretos, le decía al señor Oscar que llamaba a Glasfort para hablar con sus amigos, ¡llamaba al policía!, la cosa se acababa de complicar. Zora había recogido la mesa, guardado todo y metido en mi cama.

—Ya no me molesto en decirte nada, cada día piensas más.

—¡Ya!

—¿Vienes aquí? —me pidió y me metí con ella en la cama.

—Tengo que pensar, es necesario, sé que lo entiendes.

—De vez en cuando hay que parar, echo de menos tus tonterías —dijo mientras me abrazaba.

—Tú también eres como una terapeuta para mí, una muy guapa que me tiene aquí atrapado.

—Dime la verdad, ¿quieres hacer esto por ti o por este pueblo?, porque si es por este sitio sigo sin entenderlo, ya has hablado con mi tío y le parece bien, vámonos mañana mismo —el corazón me dio un vuelco recordando su amenaza de muerte, no sabía que contestar, pensé algo rápido.

—Si no hago el encargo tendré que irme de aquí con algún triunfo —me miró riendo.

—La culpa es mía por decir que quiero que hagas tonterías, y acabas de decir una muy gorda —la

miré riendo.

—Mira Zora, no te voy a decir lo que hay ahora mismo muy gordo

—de nuevo su risa, su cara de diosa, me activaba todo por dentro, y por fuera, me sobraba la manta.

—Te deseo a cada momento, me encanta perderme en tu cuerpo.

Era incapaz de controlar cuando ella me sumergía en la profundidad de su mirada, recorría con mis manos su pecho bajando hasta su vientre, sus suaves y redondas caderas, sus largas piernas, largas como el abismo que cruzaba al estar dentro de Zora, todo estaba nublado a mi alrededor, tenía ante mí una diosa ardiendo de pasión, que me tenía atado a su deseo.

Me castigaba con sus besos, y yo lo deseaba sin piedad, sin descanso, notaba su calor y me quemaba, la sentía abrasándome de placer, me hacía recordar las llamas, todo quemado a nuestro alrededor, todo era negro. Se dejaba llevar a mi ritmo, mientras yo la veía delante del gigante, arrodillada, temblando, mirando al alemán, que cada vez le chillaba más fuerte, ella lloraba, era tan dramático que me faltaba la respiración, la agarró del brazo y arrastras la metió en la catedral, imaginaba la escena totalmente tenso, al tiempo que Zora besaba todo mi cuerpo ajena a mi tortura mental. Tres disparos en la cabeza, el negro ahora era rojo de sangre, la sangre de Zora por todos los rincones, tintando los libros, en un desgarrado adiós a su sufrimiento de años.

—¡NOOooooo, Agggg, Zora!

—Gabriel, tranquilo, estoy aquí —me abrace a ella como un chiquillo, llorando, descompuesto.

—Estas temblando, tranquilízate, solo ha sido un mal sueño.

—¡No puedo más! —dije sin soltarla. Estaba sudando, era el maldito calor de todas las pesadillas.

—¡Zora no me dejes! —me cogió la cara entre sus manos.

—No, estoy contigo, te has dormido entre mis brazos exhausto, hace un rato estabas muy contento, piensa en eso, en cómo me has amado.

—¡Tú estabas....!

—Estoy aquí, te quiero Gabriel, tienes que dormir —me tapó y apagó la luz.

—Vuelve a dormirte, no pienso dejarte, tenemos que ir a Nueva York.

Se había marchado, la llave estaba sobre la mesa, aquel trozo de metal abría el gigante, un lugar enorme donde sin duda yo me perdería, y pensándolo bien, buscar cosas tampoco era mi fuerte. Lo visualicé todo rojo, ¡qué asco de pesadillas!, si me estaban dando pistas yo era incapaz de reconocerlas, solo me provocaban angustia y ganas de vomitar. Bajé al salón, llevaba la mochila con la cámara dentro, dos carretes y la linterna, parecía que me iba de excursión. Los pocos hombres de allí abajo no me miraron, y había menos luz que de costumbre.

—Hola, Oscar —se volvió, me miró y siguió a lo suyo.

Estaría disimulando, nunca entendía el comportamiento de todos en Galkay, y aun sabiendo el porqué me seguía sorprendiendo.

Sin decirme nada Oscar me dejó un desayuno y una nota: Entra en mi casa, ahora voy yo.

Desayuné e hice lo que ponía en el papel, a los cinco minutos entro él diciendo que estaba asustado.

—¿Qué ocurre Oscar? —entro en la cocina sin contestar, sus silencios me ponían de los nervios.

—Toma, llévatelo.

¡Un revolver, no sé cómo se usa!

—Yo tampoco.

—¡Pero!, ¿de dónde lo ha sacado?

—¡Tú qué crees!, me lo dio hace tiempo Daniels, y no, nunca lo he usado.

—¿Por qué está tan asustado que me da un arma?

—No me fió de esos dos.

—Se refiere a los que le amenazan, ¿lo han vuelto a hacer?

—No —lo miré confuso.

—Si no me cuenta lo que sea, no espere que me lleve el revólver, ¡Oscar!

—Cuando esta mañana he abierto el club me estaban esperando en la puerta, no me han dicho nada y los he ignorado, luego han entrado y han dejado esto encima de una mesa.

Era una foto tachada de la catedral, ¡de las que me habían robado!, y debajo habían escrito,

“muerte a los traidores”, lo habían subrayado dos veces.

—Gabriel, si te la llevas estaré más tranquilo, esos dos chiflados son capaces de cualquier cosa, no han hecho más porque mi amigo les amenazó seriamente dos veces.

—¿Está cargada?

—Creo que sí —lo comprobé muy cuidadosamente, tenía tres balas.

—¿Y el resto?

—No tengo más munición, muchacho.

—Está bien, me la llevaré.

Antes de volver a la barra puso su mano en mi hombro.

—Ten cuidado, esos dos están locos —salí como siempre, detrás de él.

Bajé a por mí trasto y me fui a la catedral.

Nada más entrar esa sensación, el silencio, el olor de los libros, esperando años a ser leídos, observados, me gustaba estar dentro del gigante, no era capaz de explicar por qué, solo lo sentía, me transmitía la tranquilidad que tanta falta me hacía, era un ambiente de paz. Todo estaba perfecto como siempre, los ventanales estaban empañados por la humedad, allí dentro no hacía frío, todas las palabras escritas me abrigaban con su información. Subí arriba y caminé por los pasillos, fotografié las vitrinas de cristal, la escalera que subía a la terraza, sentía calma, por momentos seguía andando con los ojos cerrados. Los dos últimos pasillos estaban apenas iluminados, quería verlos bien y bajé a por la linterna, no sabía dónde estaban las luces y no me apetecía buscar, me reí... me iba a hinchar a buscar.

Me quedé mirando la gran puerta de madera oscura y maciza, Brian la engrasaba con frecuencia para protegerla de la humedad, el producto que usaba estaba junto a ella, en el suelo, mimaba aquel lugar, ¿por obligación impuesta?, ya no sabía quién eran los buenos y los malos, la situación no paraba de cambiar, lo único que no cambiaba era lo que yo sentía por Zora, lo pensaba mientras sacaba la linterna y escuché un arma detrás de mí, aquella situación se estaba convirtiendo en una costumbre, que poquito me gustaba.

—No haga nada y dese la vuelta —me giré casi temblando.

—¡Ustedes!

—¡Calle! —eran feos, sucios, y sus rostros eran el absoluto reflejo del odio y el dolor, era tan fuerte que me dejaron mudo.

—¡Suelte eso! —me dijo el que llevaba un arma. Dejé caer la linterna, pude oír cómo se rompió, no apartaba mis ojos del tipo que me apuntaba.

—¿Cómo ha entrado aquí, ese viejo tarado le ha dado la llave? —sabía que se refería a Oscar pero no dije nada. El otro tipo se acercó a mí, dio una vuelta a mí alrededor, sentía su respiración, su olor a alcohol y a sudor.

—¿Eres mudo?

—Sí, Jajaja... —los dos se rieron.

Las carcajadas me llegaron hasta el mismo cerebro, tenía un nudo en la garganta y mucho calor por los nervios.

—¿Qué quieren? —pregunté casi tartamudeando.

—¡No!, aquí el problema es lo que quiere usted —en ese momento me apuntó más cerca.

Me oriné encima, iba a terminar con un balazo dentro del gigante.

—Jajaja... solo es un crio asustado.

—Sí. Jajaja... —se reían de mí con ganas.

—Lo soy, ¿y qué? —dije muy chulo del miedo que tenía, los dos tipos se miraron serios.

—¡Oye!, no te pases de listillo —bajo el arma y se acercó.

Estaba tan tenso que casi no sentía mi propio cuerpo, el tipo que tenía el arma, puso su cara cerca de la mía.

—Vete ya o te pego un tiro, y después le haré una visita a Oscar.

—Sí —contestó el otro, que estaba detrás.

—Si me voy no podré ayudarles —me atreví a decir porque su arma ya no me apuntaba.

—¿Ayudarnos?, eres más tonto que Oscar, y ya es decir, Jajaja —de nuevo sus risas, al tiempo que el segundo tipo se acercó.

—¿En qué quieres ayudarnos desgraciado?

—¡No!, desgraciados ustedes, su sufrimiento y dolor les lleva a actuar así, están desesperados —
tragué saliva.

—Si me matan, los tipos que vienen seguirán haciéndolo, y ustedes y todo el pueblo seguirán aquí
encerrados, aislados del mundo y muertos de miedo —los dejé yo a ellos mudos y descolocados,
tampoco era difícil.

—Pero ¿tú quién coño eres, ¿eh?

—Llegué aquí por casualidad.

—¡Y una mierda, nadie ha venido nunca por casualidad, no nos mientas hijo de perra! —me
volvió a apuntar con el arma, tragué saliva, tanta que casi me ahogo.

—¡Tienen que creerme, me quedé en Galkay para hacer un trabajo, y no me he marchado por la
chica de la casa roja! —los dos se miraron.

—¡Te has quedado aquí por ese pedazo de guarra! —apreté los dientes más que nunca, tampoco
los sentía.

El tipo desarmado empezó a hacer gestos obscenos, se me estaba revolviendo el estómago.

¡Esa chica ha sufrido por todos ustedes, la obligan a ayudar a los que vienen a buscar los papeles,
está amenazada de muerte! —dije casi sin pensar.

—¿Papeles, que coño de papeles? —me preguntó subiendo el arma debajo de mi barbilla.

—Información secreta del gobierno —dije temblando y con el corazón desbocado.

Se miraron los dos extrañados, y luego a mí.

—¿No te lo estarás inventando? —apreté el arma y la hundió en la carne. Cerré los ojos, temblaba
casi hasta el espasmo, el tipo se dio cuenta y se apartó de mí, respiré aliviado, nunca había
sentido el acero de un arma en mi piel.

Se pusieron a hablar en voz baja, uno de ellos no me quitaba los ojos de encima, de nuevo se
acercaron hasta mí.

—Si no nos estas mintiendo, ¡dinos!, ¿cómo se llama tu misión?

—¿Misión?, ¡oigan, se lo he dicho, estoy haciendo esto por la chica, no tengo ninguna misión,
debería estar en Nueva York!

—¿Y por qué no te vas?

—¡Ya se lo he dicho antes! —los tipos no se enteraban, el miedo y el odio habían borrado su juicio, y su entendimiento.

—Si me marcho con ella la matarán, primero tengo que encontrar los documentos.

—¿Y tú qué ganas con eso?

—Yo no gano nada, si es dinero a lo que se refiere, lo hago para poder llevarme a la chica a América.

—¡Un americano! —se miraron riendo.

Me estaban empezando a cansar con su estupidez, se pusieron otra vez a cuchichear y luego se acercaron.

—No tenemos prisa por matarle, ¿verdad? —preguntó al otro el que tenía el arma, parecía ser el quién llevaba la voz cantante.

—No, no la tenemos ¿no?

El tipo armado se puso delante de mí, me miraba con asco.

—Cuando tengas esos papeles háznoslo saber, y ya veremos, si nos estás engañando te pegaré un tiro.

—Haré todo lo que pueda hasta encontrarlos.

—Más te vale, o terminarás en un agujero.

—Si, Jajaja... —se rieron, y luego escupieron a mis pies.

Cuando salieron me desplomé al suelo, estaba mojado, temblando, rabioso y asustado.

¡Por qué me está pasando esto!, grité desesperado, no había pasado más miedo en toda mi vida, aquellos dos juntos tenían la mentalidad de un gusano, pero eran dos desequilibrados que no podía subestimar.

Solo faltaba que me hubieran pinchado la moto, salí a comprobarlo, por suerte mi trasto estaba bien. Parecía que los dos tipos habían ido allí y vuelto andando.

Recogí mis cosas y salí del gigante, temí por Zora, no les diera por ir a su casa y, ¡Uf!..., me marché rápido de allí. Durante el trayecto no los vi, era imposible que andando ya hubieran

llegado a Galkay.

No podía dejar que Zora me viera, ni contarle aquello, parecía que todo estaba bien y subí al club social. Me duché más que en toda mi vida, aunque el miedo pasado no me lo iba a quitar el agua por mucho que yo quisiera. No podía dormirme, estaba cansado, y hartado como Oscar, había desistido en mi idea de hablar con mi abuela, quizá estuviera esperando mi llamada, me dio igual. Parecía el protagonista de una película, una muy cruel donde estaba atrapado por las circunstancias, me invadió el sentimiento de soledad, era un muñeco en manos de un destino incierto, podía terminar en un agujero, me puse a llorar, necesitaba desahogarme, jamás me había sentido tan vulnerable y desgraciado, ¡Gabriel, por favor!, la voz, lastimera como yo, ¡Recomponete!, sí, contesté entre dientes, estaba totalmente desmoralizado, era una sensación tan intensa y real que casi la podía tocar con los dedos.

¡Me sentía más tonto que hecho de encargo! Me quedé traspuesto.

Cuando abrí los ojos y miré el reloj habían pasado casi cinco horas, estaba mejor pero igual de triste, me toqué la barbilla, pocas horas antes había tenido un arma apretando en ella, respiré profundo. Abrí la nevera, todavía quedaban restos de la comida que me había subido Zora, comí algo sin ganas mientras pensaba en los dos tipos desequilibrados.

¡El arma!, ¡el que me había dado Oscar!, ni acordarme hasta ese momento, ya había dos, y puede, que más gente en el pueblo tuviera más armas, ¡puede!, podían ser tantas cosas, todas a cual más loca. Seguro que a ningún hombre le había costado lo que a mí poder estar con una mujer, podría hacerlo después de cumplir mi misión, ¡claro!, los dos tipos eran, bueno, no sé ni lo que eran, ¡pero tenían razón!, si el gobierno mandaba allí hombres, o quién fuera que los mandaba, todo aquello tendría algún nombre, todas las misiones secretas lo tienen, ¡Daniels!, el les estuvo ayudando, el podía saberlo, ¿como hacía?, me había dicho que no intentara contactar con él nunca más, ¡Brian!, tenía que intentar que me dijera algo al respecto, en ese momento tocaron a la puerta y abrí.

Era Zora, ya no me sorprendía. Le dije que pasara, y me preguntó que había pasado en mi habitación. Estaba toda la ropa tirada por el suelo, todo hecho un asco, las botas llenas de barro,

restos de comida, un caos en apenas unos metros, le pedí disculpas por el desorden y se puso a recoger.

—¡No Zora, no lo hagas, no eres mi criada!

—Gabriel, no me importa, comprendo que si la espalda te duele tanto no puedas hacerlo en el momento —la respuesta que buscaba, si es que la buscaba, me la dio ella.

—Sí, es por eso, me duele un poco y me he tumbado.

—¿Que has hecho, has averiguado algo?

—No, solo he hecho unas fotos en la catedral —seguía cogiendo cosas del suelo.

—Para, ven —se acercó con las botas en la mano.

—Suelta eso, te vas a ensuciar.

—¿Y para qué está el agua?

—Nunca he querido a nadie como te quiero a ti —dije, Zora paso sus manos por mi pelo.

Sus ojos me transmitían calma, por primera vez no sentía el deseo físico de otras veces, solo deseaba abrazarla como a una madre buscando consuelo, necesitaba sentir que no estaba solo en aquel maldito lugar.

—¿Tanto te duele? —preguntó acariciando mi cara, solo asentí y me senté.

—Zora voy a hablar con tu tío, ¿te vienes conmigo?

—¡Ahora!

—Si —me miró torciendo la boca.

—¡Ya!, esta vez vendrás, en serio.

Me dijo que me vistiera, o se nos haría tarde. En diez minutos ya estábamos subiendo el camino, agarrados de la mano. Al llegar entramos sin llamar y Zora le llamó.

—Hola, que bien, venís juntos —besó a Zora y a mí me estrechó la mano. Pasamos al salón y encendió las luces, dispuso tres sillas alrededor de la mesa.

—Sentaros, ¿os apetece beber algo?

—No, gracias Brian.

—Sí —contestó Zora.

—¿Un refresco? —lo sirvió, y se sentó con nosotros.

—¿A qué debo vuestra visita, es casi de noche?

—Brian, necesito saber algo, y me gustaría que me contestara si lo sabe.

—Dime, hijo, pero no creas que soy una enciclopedia que lo sabe todo —Zora se rió, bebía tranquila su refresco. Otra vez de cabeza al ruedo.

—¿Cómo se llama la misión de los tipos que vienen a buscar los documentos?

—note como mantuvo la calma porque ella estaba presente.

Miré a Zora unos instantes y cogí su refresco para darle un trago, quise darle tiempo a Brian para que pensara su respuesta, estuvo un rato mirándonos muy detenidamente a los dos, se levantó y me sirvió otro refresco, a punto de volver a preguntarle contestó sonriente

—Hijo, creo que la misión se llama Yarbog —Zora me miró, no entendía nada de nada.

—¿Está seguro?

—Si no me falla la memoria, sí.

—Os quiero invitar a cenar —dijo para romper el silencio.

—Me encantaría y se lo agradezco, pero tengo que regresar pronto al club, he quedado con el señor Oscar para ayudarle con algo.

—En ese caso te enseñaré una cosa, a lo mejor me la puedes arreglar, mi pulso ya no es lo que era.

—Claro.

—Acompáñame —fui con él hasta la cocina y esperé a que me diera algún objeto, se dirigió a mí muy serio.

—Gabriel, no quiero que mi sobrina se entere de esto todavía —no le entendí, pero Brian no necesitaba mi ayuda para arreglar nada.

—¿Qué quiere decirme?

—Cuando Zora era una niña íbamos mucho por Gobray, sé que te lo ha enseñado.

—¿Por qué se marchó la gente de ese pueblo?

—Fue muy precipitado, pregunté el motivo pero no obtuve ninguna respuesta, veía a mi sobrina

jugar con otros niños allí y me sentía muy feliz.

—¿Brian están allí?, si lo sabe dígamelo, no me haga pasar por esto, quiero con todo mi corazón a Zora.

—Lo sé. Yo no sé nada acerca de esos documentos, pero tengo motivos para creer que allí puedes encontrar pistas.

—¿Y la Catedral?

—La tengo tan presente que no me dice nada.

—¿Pero pueden estar en ella?

—Podrían estar aquí, debajo del suelo que estás pisando.

—La casa roja, ¿la pintó usted?, casi todo por dentro es de ese color, incluso la ropa que utiliza Zora, ¿tiene algo que ver con la misión?

—Jajaja... no hijo, es algo que tiene que ver con las creencias de mi esposa.

— ¿Una especie de protección religiosa?

—No tiene nada de religioso, mi esposa también lo utilizaba, ella creía que ese color capta las buenas energías y aleja las penas, yo solo cumplí su deseo, que me transmitió un año antes de ser asesinada.

—Entiendo.

—Volvamos con mi sobrina.

— ¿Ya está? —preguntó Zora.

—Sí. Gracias hijo, he estado a punto de tirarlo.

—De nada.

— ¿Nos vamos? —dije y Zora me miró, estaba poco dispuesta a irse.

—Venga chicos, que ya es tarde, hoy creo que me acostaré pronto —dijo Brian para ayudarme.

—Gracias por todo —dije mientras le estrechaba la mano.

—No hay de qué —contestó Brian y nos besó a los dos.

—Que descanses, tío. Hasta mañana.

—Adiós, Brian.

—¡Que prisas Gabriel!

—No puedo perder el tiempo —dije mientras bajábamos.

—¡Ya, pero tendrás que comer, cenar, te alimentas fatal! ¿Qué ha pasado, que misión, y por qué mi tío sabe el nombre de lo que le has preguntado? —busqué la respuesta rápida. Algo a lo que sin duda, tendría que acostumbrarme a partir de ese momento para avanzar sin que ella sospechara nada.

—Se lo dijo Oscar, y a este se lo dijo el policía de Glasfort —dije casi en la puerta de su casa.

Zora no dijo nada más sobre su tío, pero me confesó que le daba miedo tener en su casa el dinero que yo había sacado, le aseguré que al día siguiente lo devolvería.

—¿Puedo ir contigo?, después podemos ir a Gobray, como tienes tanta prisa.

—¡Zora me quiero ir de aquí, contigo!

—Ya lo sé, nunca he salido de aquí, cada día tengo más ganas y más miedo —la abracé, nos reconfortábamos mutuamente constantemente. Le pedí que estuviera preparada con el dinero, para recogerla pronto por la mañana, asintió.

—Que descanses —dije, y la besé despacio, un beso intenso de buenas noches.

—Te quiero Zora.

—Gracias por tratarme tan bien Gabriel —puse mi dedo en su boca, y le dije que era una criatura maravillosa. Entró y cerró la puerta.

Cuando pisé el salón del club me encontré dos tipos dormidos, y a Oscar doblando trapos, tenía medio poyete—barra lleno de ellos, me acerqué, me miró con gesto de estar cansado.

—Ahora mismo les tiro algo al lado, y ya verás cómo se marchan —dijo y me hizo gracia.

—Si me deja se lo tiro yo.

—Adelante —me dio una jarra de acero.

La tiré con fuerza, el ruido acompañado por el escaso eco casi me deja sordo.

—¡Venga que voy a cerrar, señores a casa que es tarde, venga! —contuve la risa, los dos hombres soñolientos me miraron de mala gana y se fueron.

—Son unos pesados, empiezan bien pero siempre terminan igual, parece que en su casa no tengan

cama.

— Ay Oscar, lo que tenemos que aguantar.

—Y que lo digas. Gabriel, si no quieres nada me voy a descansar.

—Váyase tranquilo, no quiero nada, gracias —me dijo adiós y se fue a su extraña casa almacén.

Ni dolores ni pesadillas, me levanté nuevo, en ese momento fui consciente de que por fin empezaba mi misión y, por primera vez, rogué al cielo para que mi búsqueda concluyera pronto sin más sobresaltos. Me asomé a la ventana, parecía que no iba a llover aunque había algo de niebla. Me di una ducha rápida para despejarme, me puse la faja lumbar y me abrigué bien. Al abrir la puerta enseguida percibí ruido, Oscar ya estaba abajo.

—Buenos días Oscar.

—Hola, hace solo un rato que te he dicho adiós.

—Sí, que rápido pasa el tiempo y que lento va todo aquí —me miró asintiendo.

Me sirvió un desayuno contundente.

—Aquí tienes muchacho, un poco de todo.

—Gracias.

Había carne en salsa con guisantes, revuelto de huevos con verduras, en casa nunca hubiera desayunado algo así, me lo comí casi todo.

—¿Quieres algo más?

—¡No, Oscar voy a explotar!

—Gastas mucha energía, en un par de horas tendrás hambre —me dejó un bocadillo junto al vaso de café y le di las gracias.

—De nada, es mi misión, tú me lo mandaste.

—Jajaja... si, aquí todos tenemos una —contesté, esa mañana Oscar estaba ocurrente.

—¿Puedo saber a dónde vas?

—A Glasfort —lo dejé mudo y me marché sonriendo.

Zora abrió la puerta antes de que yo llamara.

—Hola, estoy lista —no dejaba de dejarme con la boca abierta.

Llevaba coleta a un lado, labios rojos, las botas, y se había abrigado más que de costumbre, en una mano el dinero y en la otra el casco rojo, le pregunté de donde había salido.

—Me lo regaló mi tío.

—¿Para la bici!

—¡No!, tuve una moto, fui con ella tres años, cuando estudiaba en Glasfort.

—¿Fue hasta los dieciocho años?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Intuición, nada más.

—Hazle caso, y ya verás como pronto encuentras los documentos —sonó irónico, dejando claro que no se creía mi respuesta.

—¿Nos vamos mi diosa?

—Sí, Dios Gabriel —se había levantado guerrera.

Al llegar a Glasfort fui directo a ingresar todo el dinero, Zora se quedó más tranquila.

—¿Vamos ya a Gobray?

Le dije que primero teníamos que buscar una farmacia, enseguida la encontramos, y entré a comprar más pastillas, vendas, desinfectante y esparadrapo.

—¿Y todo eso?

—Es solo por precaución.

—¿Gabriel, no me asustes!

—Cuando te desplomaste no sabía qué hacer, me arranqué una manga de la camiseta para curarte, no quiero pasar otra vez por lo mismo, prefiero estar preparado, no tienes de que preocuparte —no dijo nada más y puse rumbo a Gobray.

Después de un rato conduciendo Zora me fue indicando el camino, nos metimos por un sendero estrecho e insufrible, fuimos muy despacio entrando en el pueblo. Al llegar su expresión cambió, allí había sido feliz como me había dicho Brian, la observé un rato y la seguí, luego me llevó de la mano hasta la biblioteca. Era un espacio cuadrado, la puerta estaba podrida, casi negra, la habían cerrado con una cuerda forrada de plástico, la corté con la tijera que llevaba en la mochila y

entramos.

Todo estaba colocado.

—¿No lo entiendo Gabriel, en la catedral todo terminaba por el suelo!

—Puede haber sido la misma persona que ha cerrado también la puerta con la cuerda.

El olor era intenso y penetrante, sin ser desagradable era molesto, nada que ver con la catedral, todo estaba viejo, bastante deteriorado, algunos libros separados de las tapas, y había muchos papeles encima de una mesa, acusaba el paso del tiempo y del maltrato, tenía letras grabadas en la madera, apenas había luz.

—Gabriel, allí hay una ventana —parecía leer mi pensamiento.

Me dirigí a ella, era imposible abrirla, estaba incrustada por la acumulación de suciedad, a causa de la humedad la madera estaba abierta en su mayoría. Nos pusimos a buscar algo para hacer palanca.

—¿Gabriel, mira! —tenía un cuchillo en la mano. Podía ser con el que grabaron las letras de la mesa, estaba un poco oxidado y no parecía muy fuerte, si hacía mucha presión se partiría, lo limpié un poco y fui intentando sacar la porquería del marco, ¡era imposible!, llevaba un rato y nada, Zora seguía buscando, hasta que encontró una barra plana en el almacén, el metal también estaba oxidado.

Le dije que buscara una piedra grande, enseguida volvió con una. Entre los dos, uno sujetando la barra entre el marco y la ventana, y el otro golpeando con fuerza la piedra, después de un rato conseguimos abrirla, el cristal estaba tan sucio que lo rompí para que entrara la luz. El lugar era peor de lo que parecía, lo habían destrozado buscando. Había una pequeña zona de libros infantiles y cuentos, Zora los miraba, y tocaba con mimo.

Me senté en la mesa, los papeles estaban escritos en alemán, no entendía nada, parecían datos, pistas, o eso creían los tipos que buscaban, habían escrito iniciales, un alfabeto entero, letras tachadas y otras con un círculo alrededor, era peor que mi puzzle, había bosquejos de la catedral y el campanario, tuve una idea.

—Vamos a buscar —dije de repente.

—Zora, busca cualquier libro, lo que sea que tenga relación con el campanario o con este pueblo. Después de dos horas, solo encontramos un libro con las fotos de la construcción del campanario paso por paso, su historia, me llamó la atención que estuviera tan nuevo, le dije a Zora que teníamos que ir al campanario. Antes de irnos hice fotos a la biblioteca por dentro, y al cartel que daba la bienvenida al pueblo. Cuando llegamos a Galkay estaba dispuesto a subir hasta arriba, Zora me pidió que parara en su casa para comer, ya dentro me preguntó si creía que los papeles estaban arriba, le dije que no, pero que algo me decía que arriba encontraría alguna pista. Preparó café, y me dio una bebida que a su parecer era energética y me sentaría bien, descansamos un rato en el sofá rojo.

—¿Has ido arriba a rezar? —pregunté mientras le acariciaba.

—A veces, pero no me gusta, me dejan de lado.

—Lo hacen porque te tienen miedo, creen que eres una traidora porque ayudas a los que vienen, contigo aquí se sienten en peligro —me miró levantando las cejas, su expresión era de profunda tristeza.

—Estoy seguro que en el fondo son buena gente, que han desarrollado un instinto de supervivencia regido por el ver, oír y callar, tiene que ser muy duro vivir así, sin esperanza ni alicientes, esperando morir en cualquier momento, es muy triste.

—¿Te doy pena Gabriel?

—Me da pena la situación, no merecéis esto, nadie lo merece. No te vengas abajo, mírame, vamos a buscar, antes de lo que imaginas todo esto pertenecerá a un pasado que olvidar, y estarás tan ocupada que no tendrás tiempo de acordarte.

Entrar en el campanario no me producía ninguna sensación, me dejé envolver por la tranquilidad, e intenté dejar la mente en blanco, al rato noté la mano de Zora en mi hombro, me dijo que había algunos libros, estaban guardados en una estantería de madera a la izquierda, cerca del altar, en el centro de este había una enorme imagen colgada, me acerqué.

—Es San Patricio.

—¿Y qué representa, Zora?

—Desempeñó una gran labor como evangelizador, hizo mucho por Irlanda, también sufrió mucho, lo mantuvieron cautivo antes de iniciar su obra. Lo respeto, hizo cosas buenas pero no le trataron bien.

—¿Es el patrono de este pueblo?

—Puede, ¿qué quieres que haga?

Le expliqué lo básico de la cámara, le pedí que hiciera fotos de todo lo que había escrito en las paredes, en los cuadros y al pie de todas las imágenes, que captara hasta el mínimo detalle, mientras, yo repasé libro por libro de forma rápida, uno de ellos era más gordo, encuadernado en piel roja y con letras en dorado, tenía muchísimas páginas, en un capítulo hacía referencia al gobierno americano, lo guardé en la mochila y continúe revisando más despacio, había libros de los pueblos de la zona, uno de Gobray, lo guardé también. Fui consciente de Zora cuando me dijo que ya había terminado, y había gastado dos carretes, estaba sentada en un banco a la derecha del edificio, fui hasta ella.

—Por hoy es suficiente, estoy cansado ¿tú no? —se levantó y me dio la mano. Salimos a la calle, estaba lloviendo, abrí la mochila y le pedí que mirara.

—¡Estás loco, si los echan de menos darán la voz de alarma!

—¿Quién es el responsable? —hablábamos en voz baja.

—Un hombre revisa antes de cerrar a última hora, las mujeres se encargan de la limpieza por turnos.

—Los devolveré enseguida, tengo que hacer unas comprobaciones y tomar notas.

—¿Y por qué de esos concretamente, algo te ha llamado la atención?

—Sí.

Bajé con ella hasta su casa y le pedí que entrara, le dije que si no llovía mucho iría a verla más tarde.

—Adiós.

—Hasta luego.

Antes de subir a la habitación llamé a casa, hice hasta cuatro llamadas pero fue imposible

contactar, no me sorprendió, no era fallo de la línea, Daniels me lo había dejado bien claro, y también me vino su frase a la cabeza, “La clave está en lo que conoces”. Igual que Zora me había enseñado Gobray, me podía haber enseñado más pueblos, ¿cómo sabía el policía lo que yo conocía de la zona?, podía estar al tanto de la vida de Zora, de sus entradas y salidas, de todo lo que había estado haciendo siempre, ¡incluso conmigo!, yo también conocía Layne, me estaba saturando. Me di una ducha para despejarme. Cuando salí del baño me asomé a la ventana, llovía con fuerza y ya era casi de noche, me senté, el libro que tenía delante tenía 1300 páginas, me fui directamente a los capítulos que hacían alusiones sobre América, leí muy detenidamente, en la construcción del campanario habían colaborado irlandeses, americanos y españoles, a mediados del siglo XIX, lo explicaba todo, desde el tiempo que se tardó hasta de donde procedían las imágenes, y una detallada lista de lo que había costado todo, algunos detalles ya los conocía por boca de Brian, nada que me hiciera pensar en posibles pistas, empecé a leer desde el principio, en la página cincuenta ya estaba saturado, era una letra pequeña muy incómoda de leer, cogí una cerveza que tenía en la nevera, me refresqué mientras andaba un poco por la habitación, y continué leyendo hasta que me dormí. Cuando me desperté estaba encima del libro, iba por la página noventa y cuatro, seguí leyendo en la cama y de nuevo me dormí.

El frío y el hambre me hicieron salir rápido de la cama, la calefacción estaba apagada, me bajé al salón con el libro en la mochila, lo dejaría en su sitio. Le pedí a Oscar el café bien cargado, y unas tostadas con jamón y queso. Entré y salí del campanario muy deprisa. Tenía que ir a Glasfort a revelar las fotos que había hecho Zora, llamé a su puerta para darle los buenos días, cuando abrió la miré disculpándome.

—No te preocupes, tienes mucho por delante, sabía que no vendrías.

La besé con ganas, y le dije que estaría ocupado todo el día, me fui prometiendo que pasaría la noche con ella. Revelé las fotos y compré más carretes, también eché gasolina; antes de volver al pueblo busqué un regalo para Zora.

Ya en Galkay me encontré con mucho movimiento, gente subiendo y bajando por el camino, yo era invisible para ellos. El club estaba lleno pero Oscar me sirvió rápido la comida, en veinte

minutos ya estaba en la habitación. Esparcí todas las fotos encima de la mesa, las puse por orden y las contemplé, intenté relacionarlas con algo de lo que había leído en el libro del campanario, escribí la palabra Yarbog varias veces, revisé sin cesar los papeles escritos en alemán que había cogido, me fijé muy bien en los bosquejos, ¡la catedral!, tenía letras alrededor tachadas, puse la foto del cartel de bienvenida encima, me dejé los ojos relacionando letras, la Y estaba con mayor frecuencia en todos los papeles, y no estaba tachada salvo en dos ocasiones, me quedé mirando fijamente.

Yarbog—Gobray, ¡ya lo tenía!, di un salto de la silla, el nombre de la misión, ¡era el nombre del pueblo al revés!, pero eso no tenía que significar necesariamente que los documentos estaban en él, no podía ser tan fácil, tenía que ir a Gobray a coger el libro que había encontrado Zora y seguir con la lectura del libro más gordo.

Cogí la linterna, bajé a por la moto y me fui a la biblioteca. Aquellos caminos podían conmigo. Cogí el libro y lo guardé en la mochila, busqué un poco por si había algo con el nombre de la misión, nada, pero encontré otro libro con la historia de aquel pueblo. Al salir solo oía el ruido de mis pasos en el barro, estaba solo en aquel lugar. Regresé a Galkay. Antes de seguir me tomé un refresco con Oscar. Al decirle que estaba cerca de descubrir dónde estaban los documentos se asombró.

—Entre tú y todos ellos me vais a matar a sustos.

—¿Qué ha pasado, ellos quienes?

—Esta mañana han subido al campanario, ha estado sonando una hora, como no ha llovido ha salido todo el mundo de su casa.

—¿Y eso es malo?

—No, pero tampoco es bueno.

TERCERA PARTE: El Apocalipsis

Me asomé a la puerta del club, el camino estaba vacío. No lo pensé dos veces y subí a coger el libro, tuve que esperar un rato y disimular antes de poderlo meter en la mochila porque había varias mujeres. Ya en la habitación seguí leyendo. Después de dos horas me levanté y continúe la lectura andando por la habitación; de repente me senté porque algo llamó mi atención: era una frase. No tenía la fuente de procedencia: “En el lugar donde la mujer ha sido dichosa, solo allí la dicha reposa, para un día alcanzar la libertad”.

Zora había sido feliz en Gobray. Si yo encontraba los documentos en ese pueblo, ¡se acabaría el aislamiento, toda la gente de Galkay recuperaría su vida, la libertad! Tomé notas, de momento todo apuntaba a que los documentos podían estar en Gobray. Continúe hasta hartarme de leer, y cambié al libro que había encontrado Zora.

Antes de empezar con él subí a devolver el otro al campanario, tanto subir y bajar me hacía perder mucho tiempo y era lo que más necesitaba; llevaba muchas semanas allí y no había hecho más que complicarme la vida. Necesitaba despejarme y dejar mis ansias aparcadas, así que pasé de largo por la puerta del club social y bajé a la casa roja.

—Hola, mi diosa.

—Hola... como no termines pronto vas a perder el juicio —se reía mientras íbamos hasta el salón

—. Gabriel, ¿el libro estará en su sitio?

—Sí, tranquila, toma —le di el regalo y lo abrió en el momento.

—¡Es precioso, y es de concha natural! Gracias... me viene bien, el que tengo está muy gastado — no imaginé que se alegrara tanto por un cepillo para el pelo. Se deshizo el moño y lo probó—.

¿Alguna pista?

—Pues sí, tengo que ir a Gobray.

—¿¡En serio!/? Allí no han buscado nunca, solo lo que te conté del hombre de tu país.

—Eso era porque no te conocían como yo —dejó de peinarse y apareció en su rostro la expresión

de dolor, ¡cómo la odiaba!

Intenté desviar sus pensamientos, en ese momento la estaban devorando, y le pregunté de qué trataban los libros que tenía su tío.

—No te van a interesar, en su mayoría son novelas policíacas, sobre crímenes y esas cosas... también tiene algo que era de mi tía, no creo que te sirva de nada.

—¿Y siempre han estado en su casa?

—Que yo recuerde sí.

—Gabriel... Sé que me ocultáis cosas —le dirigí una mirada de sorpresa, a la que respondió enseguida—. No, no me mires así, no voy a preguntar nada —bajó la cabeza y yo me acerqué. Le subí la cara hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos, me acerqué más para besarla, pero dio un paso hacia atrás.

—¿Qué te pasa Zora?

—Sé que todo esto es mucho más grave que lo que tú me cuentas, no es solo el hecho de que este pueblo vuelva a ser como era, cosa que yo no he conocido. Creo que hay algo más, y lo que temo es que te pase algo.

—Zora, eso ya lo hemos hablado. Ya sé que estoy en peligro.

—Gabriel, escucha, anoche vino Brian; conozco todas sus caras desde niña, y te aseguro que su expresión de ayer nunca la he visto, tampoco el tono de su voz. Sabe que vienes aquí, supongo que se lo ha dicho el señor Oscar.

—Pero ¿qué quería, Zora?

—Me pidió que te dijera que vayas en cuanto puedas, quiere hablar contigo. Estaba muy serio, se marchó sin despedirse, ¿qué pasa con mi tío?

—Te prometo que no lo sé; quizás quiera ayudarme, mandarme que busque en algún lugar... No tengo ni idea.

—Me extraña mucho que se implique tanto en esto.

—¿Zora, él sabe que te amo! ¿Cómo no se va a implicar!?

—Tienes razón, ¿me dirás lo que habéis hablado?

—No te puedo contestar, intento protegerte todo lo posible. Si te pasa algo, me prendo fuego como prendieron la catedral.

—¡Gabriel, por Dios, fue un accidente! —la miré— El policía de Glasfort te pudo mentir y estar utilizándote, y al señor Oscar también —no le dije nada, yo también tenía motivos para creerlo, y para pensar lo mismo de su tío, cosa que no podía decirle.

—Iré a verlo mañana, en cuanto me levante —sentencié.

—¿Te vas? —preguntó con pena.

—No, te haré compañía esta noche... ¿Sabes?, echo de menos una tele.

—Yo no como nunca he visto una...

—¿En serio? En mi casa de los Hampton hay cinco —se mostró impasible; no se aprecia lo que no se conoce—. ¿Echarás de menos tu paraíso?

—Seguramente, me conformaré con un par de macetitas —me dedicó una mirada seria, al igual que el tono de su voz—. Gabriel, no dejes de pensar en esos documentos; cuando los encuentres, no creo que debas dárselos a ese policía. Son de tu gobierno, llévalos a América.

—No creo que los pueda sacar de aquí por mi cuenta, lo tienen todo controlado.

—Espera aquí —se fue a su dormitorio, pensé que volvería con su pijama rojo, pero solo trajo un pequeño objeto.

—Toma Gabriel, lo he guardado muchos años, quiero que lo lleves siempre, por lo menos hasta que estemos en tu país —me había dado dos cartones juntos del tamaño de un pequeño sobre de carta.

Me pidió sonriendo que lo abriera muy despacio.

—¡Un trébol! —la miré esperando una explicación.

—A partir de este momento es tu amuleto. Te protegerá. Guárdalo por favor.

—¿Te lo dio Brian?

—No, lo encontré en Gobray una tarde mientras jugaba. Brian lo conservó por mí, y me lo dio cuando yo tenía trece años. Siempre lo he llevado conmigo, pero ahora tú lo necesitas más.

Fui a guardarlo en la mochila. Cuando me di la vuelta la pillé bostezando, y le dije que nos

fuéramos a dormir.

—¡No hemos cenado nada!

—Está bien, prepararé algo, quédate aquí —me fui a la cocina.

Después de un rato fui incapaz de encontrar nada y menos de cocinar algo, finalmente opté por galletas y dos vasos de leche caliente.

—Jajaja... hoy cenamos de lujo, y para desayunar... estofado con patatas.

Reí con ella; su fina ironía, su risa... ella sí que era mi amuleto.

—Si me pongo a preparar más te duermes —se quedó mirando una galleta. Sabía que recordaba su traje de muñecos de jengibre en la habitación del hotel. De pronto, nuestras miradas se cruzaron

—Lo sé —me dijo.

—Yo también —acaricié su mano.

La cogí en brazos y la llevé al dormitorio. Se cambió y se fue al aseo, yo la esperé para amarla en la realidad y en mis sueños. Sentir piel con piel. Yo, que siempre había dominado, quedaba reducido al abandono frente a aquella mujer, ¡cuánto me costaba llegar a su corazón, y qué fácil llegaba ella a mi alma! Nos buscamos en la penumbra hasta que el sueño se apoderó del deseo, y la voluntad durmió. Hasta ese momento sellé todo su cuerpo con mi boca, y ella selló su deseo dentro de mí, despacio pero sin pausa.

Me desperté más tarde que en días anteriores. Zora me dejaba fuera de juego, su intensidad no dejaba dudas. Me comí todo lo que quedaba de la noche anterior.

—Buenos días —venía de la cocina con café y tostadas con salmón.

—Qué bien me cuidas.

—Estás más delgado.

—Sí, todo esto desgasta mucho —dije por lo bajo—. Voy a subir a casa de Brian.

—¿Quieres más café? —ella no tenía ganas de darle más vueltas al tema, y yo ya había perdido media mañana. Le dije que me iba, y me preguntó si podía hacer algo para adelantar, pero le dije que de momento no. Abrí la puerta y observé mi trasto.

—Vete preparando para salir de aquí pronto pequeña —dije y me giré. Zora sonreía—. ¡Y tú

también! No os vais a librar de Gabriel ninguna.

La dejé en la puerta riendo, y subí todo el camino pensando lo que podría querer decirme Brian, pero algo me decía que la cosa iba a cambiar después de nuestra charla, y mi miedo es que fuera para peor. Con el frío que estaba haciendo ya no dejaba la puerta abierta.

—Hola Brian —saludé, atravesando el umbral.

—Adelante, pasa, que hace un frío de mil demonios —le seguí hasta la cocina—. Hijo, siéntate —me quedé clavado en la silla, con la mochila pegada a mi cuerpo.

—Su sobrina me ha di...

—¡Sí! —interrumpió repentinamente— Le pedí que te hiciera venir a verme.

—¿Tengo qué preocuparme por usted? ¿Está bien?

—Escúchame Gabriel, me juego mucho con esto, pero tu mirada me puede, y sé que no saldrás de aquí sin Zora. No me queda más remedio que involucrarme contigo, solo te pido que mantengas la boca cerrada.

—Le doy mi palabra, Brian.

—Está bien —se sentó enfrente de mí.

—Gabriel, conozco muy bien al señor Daniels —me quedé alucinado, antes me había mentido.

—Yo nací en Glasfort, mi familia era una familia muy humilde, mi madre bordaba y cosía sin parar para que pudiéramos estudiar, mi padre trabajaba en el campo con mis tíos. Nada más cumplir los dieciocho años hice un viaje a Estados Unidos, era inquieto, estaba hambriento de experiencias y aventuras, y mis padres no pudieron conmigo, nadie pudo, amaba la libertad, imagina todo esto para mí.

Quedé totalmente encandilado por tu país e hice un segundo viaje, en él, y por circunstancias que ahora no vienen al caso conocí a mi esposa, me volví loco por ella, me costó muchas discusiones con mi padre, todos intentaron convencerme para que me quedara en Glasfort pero después de un tiempo me marché. Aún recuerdo como lloraba mi madre, es de lo único que me arrepentí. Mi esposa estaba rodeada de gente influyente ya entonces, su familia tenía mucho dinero y poder, por eso me dieron un trabajo en la embajada americana, al principio andaba muy perdido hasta que me

espabilé. En ese trabajo conocí al padre del señor Daniels, fue mi mentor, poco después conocí a su hijo, era un joven incorregible. Esperaron a que yo estuviera preparado para reunimos un día, nos dijeron que necesitaban nuestra ayuda en Irlanda y con ello tendríamos la vida resuelta, no lo pensamos y dijimos a todo que sí, no dudé porque mi esposa y su familia también estaban involucrados. Nos teníamos que quedar en Glasfort dos años, tres a lo sumo, estábamos encargados de vigilar todos los movimientos de los alemanes e ir informando de ello al gobierno americano, después de año y medio todo se estropeó, ese hombre se vendió, no sé lo que le prometieron pero nos traicionó diciéndoles que los documentos estaban en Dublín, nos puso en peligro y nos tuvimos que esconder aquí, tardaron solo un mes en encontrarnos y nos amenazaron. Mi esposa tuvo que viajar a América, yo también, me hice muchos enemigos en tu país por culpa de ese hombre, algunos parientes de mi esposa dejaron de relacionarse conmigo. Cuando Daniels les reveló que los documentos estaban aquí en Galkay fue la gota que colmó el vaso, la cosa se agravó y nos prohibieron salir de aquí.

En ese punto de la explicación Brian se quedó callado. Yo estaba muy atento e impresionado con su relato, y si este era la verdad, todo el tiempo me habían estado contado los hechos disfrazados y me habían mentido... como yo siempre había pensado. Zora tenía razón: Daniels era un traidor y un embustero.

—Brian, entiendo que están en esta situación por culpa del policía —me miró con la pena en su rostro.

—Sí. Vinieron una noche y prendieron fuego en el final del pueblo cuando todos dormían. Murieron veintidós personas, entre ellas la esposa del señor Oscar y mis dos mejores amigos de la infancia. Oscar se quedó en shock y tuvimos que llamar nosotros desde el club a los bomberos y a la policía; fue un auténtico caos que duró hasta el amanecer. Aquello solo era un aviso, nos dijeron.

—¿Entonces por qué ese hombre es amigo de Oscar, Brian?

—Hijo, el señor Oscar desconoce todo esto. Me prohibieron decir nada, intentó suicidarse y yo se lo conté al policía. Vino enseguida a verlo y le prometió que le protegería siempre, pero a cambio

tenía que cuidar continuamente este negocio para alojar aquí a los hombres que mandan, y sé que le dio un arma.

—Nunca la ha usado —añadí.

—Lo sé, ese hombre no mataría ni a una mosca.

—¿Y la catedral?

—La quemaron una semana después; estaba casi llena de gente esa mañana, los que podían vinieron a ayudar a esa pobre gente. La familia de Zora también, ella se quedó con mi esposa, que ese día no paró de rezar. Los bomberos y la policía no querían venir, también estaban amenazados, así que vino un pequeño equipo de otra ciudad, pero fue insuficiente: solo eran cuatro bomberos, dos murieron y el padre del señor Daniels también.

—¿¡Qué!?! —me quedé helado.

—Gabriel, en total murieron treinta y dos personas, y algunas quedaron dañadas para siempre por el humo.

Por eso él a veces sufría ataques de tos. Cuando le pregunté por los documentos me aseguró que alguien le había dicho que los habían escondido, a salvo de quemarse. No me contestó cuando quise saber por qué se lo habían dicho a él. Me contó que le dieron instrucciones precisas que comunicó a todo el pueblo.

—Gabriel, manejamos su dinero, ellos se ocupan de todo, hasta de la luz que nos ilumina. Se llevaron los vehículos, una noche los dejamos en el final del pueblo, y a todos los animales, incluidos los caballos y las mulas. Te aseguro que este pueblo antes era un sitio perfecto para vivir. Envenenaron las tierras para que no pudiéramos obtener alimentos, esto tenía que ser un lugar horrible donde no quisiera pisar nadie.

—Y ¿las flores de detrás? Todo está verde.

—Sí, les dije que me lo debían... ni siquiera me dejaron enterrar a mi hermano y su familia. Lo respetaron, pero con condiciones: ahora, todos creen que también lo quemaron, y tienen prohibido ir al final del pueblo —tragó saliva, y continuó, mientras yo escuchaba, atónito—. Cuando mi esposa sacó a la niña de aquí, la interceptaron y la mataron; además de la amenaza, la nota que

dejaron junto a Zora me informaba de que ella sería el cebo a partir de su mayoría de edad, con eso me tenían atado aquí hasta que los alemanes encontraran la información secreta.

—¿Y Gobray? Está vacío también.

—Meses después, me dejaron una moto para ir a la catedral. Esa era una de las condiciones: nadie más podía entrar, y yo tenía que cuidarla y mantenerla activa. Aproveché el vehículo para llevar a la niña a jugar allí. Una de esas tardes, cuando llegamos, no había nadie, nada... solo el abandono precipitado de sus gentes. A punto de marcharnos encontré un sobre en la puerta de la casa de libros, decía que tenía prohibido volver. Me explicaban que llevara a Zora a estudiar a Glasfort, querían a alguien culto y preparado, no a una pueblerina tonta. Tuve el atrevimiento de pedirles una moto para Zora, para que pudiera desplazarse a estudiar, y ante mi sorpresa me dijeron que sí. Quince días antes de cumplir los dieciocho años, me dejaron otra nota en el club: Zora tenía que dejar los estudios y yo tenía que devolver las motos, a cambio de las dos bicicletas —clavó su mirada en los míos, con una mirada llena de dolor—. El resto ya lo conoces, si no me equivoco.

—Brian, ¿y las puertas? Las tres.

—La única que hice fue la de Oscar, me ayudó un vecino. Me obligaron, otra de las condiciones, para poder llamar sin que nadie me viera entrar en el club. Tengo que llamar cada quince días, a diario, dos veces, cuando vienen esos hombres a buscar. Nunca podré perdonar a ese policía, que lo perdone Dios... si puede

Repentinamente, Brian rompió a llorar, y no sabía qué decirle.

—Brian, escuche... es usted un buen hombre, es muy valiente, no sabe como siento todo esto. Encontraré esos malditos papeles, pero luego no sé qué tendré que hacer. Daniels me dijo que son una amenaza para toda la humanidad, ¿sabe algo de eso? —levantó la cabeza, su expresión era de rabia contenida.

—Hijo, no sabes cómo me disgusta esto, pero ese hombre es el único que sabe a quién hay que dárselos; por eso siempre le han querido matar, ya han sido cuatro intentos.

—¿Dos me dijo!

—Y dos anteriores, cuando estaba en activo en la comisaría de Glasfort.

—Él me dijo que llevan aquí cerca de cincuenta años.

—No, ya te lo he dicho antes: primero estuvieron en Dublín. Me lo dijo Daniels cuando vino a ver a al señor Oscar.

—¿Y él cómo lo sabía?

—Supongo que se lo dijeron cuando le pasaban información, y creo que alguien de tu país lo está protegiendo.

—¿Entonces lo protegen, para que si un tipo de mi país encuentra los papeles se los entregue a Daniels y él a la persona correcta, y todo solucionado?

—Más o menos, Gabriel —cada vez que nombraba al policía notaba como le hervía la sangre.

—Lo único que le puedo decir es que lo engañaron, está muy arrepentido de todo lo que hizo y sufre por este pueblo.

—Mira, hijo, entiendo tu postura, pero ese hombre es un descerebrado, y ni con todo su dolor, ni entregando los documentos y que con ello que todo esto termine para siempre, pagará jamás el sufrimiento causado por su codicia. No sé lo que le prometieron a cambió de su afán de protagonismo, pero te juro que no me da ninguna pena. ¡Ninguna!.

—Le comprendo totalmente, si consigo tenerlos en mi poder no sé cómo me podré comunicar con él. Me dijo que nunca le buscara, que se iba a marchar una temporada cuando saliera del hospital.

—Hijo, no te quiero desmotivar, pero la cosa es muy complicada... a saber dónde están. Y por eso no te preocupes ahora, ese hombre siempre se las arregla para enterarse de todo; si los encuentras, seguro que vendrá a buscarte. Es un viejo zorro con traje de policía, es más malo que la quina.

—¿Lleva muchos años inactivo?

—Muchos, solo va a la comisaria por imposición. Todos allí le tienen miedo, me parece imposible que todavía siga vivo —Brian se levantó, y se puso delante de mí muy serio

—¿Qué te he pedido antes?

—Ya se lo he dicho, tiene mi palabra. Soy una tumba.

—Antes de marcharte, ¿alguna cosa más?

—No —Brian anduvo unos pasos.

—¡Espere, Brian! —se giró rápido y me clavó la mirada.

—Necesito un libro que está en el campanario, y ya he perdido tiempo teniendo que ir a devolverlo.

—Eso no es problema, llévatelo, y lo dejas cuando te parezca.

Ya en la puerta me estrechó fuerte la mano, y le di las gracias.

—Ten cuidado... y cuida de ella.

—Lo haré, no le quepa duda. Adiós.

Salí de su casa y fui de prisa al campanario. Regresé con el libro a la habitación y me senté; ya tenía más piezas. Estas, las más importantes hasta el momento. ¡A la mierda el puzle!, se acabó. No iba a perder ni un minuto más con eso, todo mi esfuerzo y atención lo pondría solo en encontrar lo oculto durante décadas. Me quité las botas, me puse cómodo y continué la lectura.

Después de leer otras cerca de cuarenta páginas puse delante la frase que había anotado, la dicha de Galkay se encontraba escondida en Gobray... Pero eso podía ser porque habían estado vigilando a Zora cuando jugaba allí; la niña era feliz en ese pueblo, y eso les dio pie a esconder allí los documentos. Por eso hicieron a sus gentes abandonarlo, ¿pero entonces quién los había escondido allí? No podían haber sido los alemanes... ¡El señor Daniels! Tampoco, me lo hubiera dicho, o los hubiera entregado ya, ¿pero a quién? A los traidores o a los míos, o era solo que él se había desentendido para que otro hombre asumiera los riesgos y luego él adjudicarse los méritos al devolver los documentos a los americanos, ¡y yo era ese hombre!

Los tipos buscaban en todo menos en el pueblo abandonado, por eso no habían encontrado nada todavía. Miraban en la catedral, se concentraban en trozos concretos de algunas letras: podían ser las letras del nombre de la misión, parecía que habían buscado la letra Y de Yarbog. Busqué en los papeles la letra G de Gobray y la encontré dentro de un círculo en la última hoja; eran nueve, parecía que las hojas se habían mojado o la humedad las había reblandecido. Todo seguía apuntando a buscar en ese pueblo, lo que me llevó a bajar a casa de Zora, y de paso descansar un rato de la lectura.

—¿Qué has descubierto? —me preguntó nada más abrir la puerta.

—Nada todavía, he venido a verte —la paré en medio del pasillo para besarla—. Tengo que saber algo que tú sabes.

—¿El qué, Gabriel? —nos sentamos en el sofá rojo.

—Cuando de pequeña jugabas en Gobray, ¿cuál era tu sitio favorito?

—No sé decirte, me gustaba mucho estar allí.

—Pero tendrías un sitio donde estabas más tiempo... no sé, los columpios, quizá viendo los cuentos de la biblioteca. Intenta hacer memoria —se puso a recordar.

—¿El árbol milenario!

—¿Un árbol?

—Sí, esta al final del pueblo, es muy antiguo y fuerte, siempre estaba verde. Construyeron una casita de madera para nosotros los niños. Les dábamos comida a las hormigas, era muy divertido.

—¿Hormigas, Zora! —exclamé extrañado.

—¿Éramos niños Gabriel, nos gustaba jugar con ellas! Un día las pisaron y yo me enfadé mucho.

—Tu gran sensibilidad dije riéndome —me miró muy seria.

—Está bien... —suspiré— ¿Me lo enseñas mañana?

—Sí, pero no entiendo.

—Ya, puede que allí haya algo enterrado.

—¿En el árbol? ¿Lo que buscas?

—Sí, puede ser. Tengo que mirar, ¿tienes algo para levantar la tierra? —se levantó y se fue a la cocina.

—¿Esto sirve? —apareció con una pala en la mano. Parecía muy resistente—La dejó aquí mi tío, como antes plantaba... he pensado muchas veces en devolvérsela y siempre se me olvida.

—Escucha, mañana vendré pronto, ya sé que no te dejo dormir —sentencié mientras me levantaba.

—No te preocupes por eso.

—Tenla a mano para llevárnosla y coge guantes, no quiero que se estropeen esas manos que tan bien me acarician —asintió y se sonrojó—. Descansa, hasta mañana.

—Adiós.

Entré en el club ansioso por seguir con la lectura.

—¡Gabriel! —me llamó Oscar desde el poyete.

—Hola, señor Oscar.

—¡Señor! —me miró sonriendo— Anda toma, que ya ni comes con tanta averiguación —me entregó una olla con algo de estofado.

—Gracias. Me subo.

—Sí, sí, buenas noches muchacho.

Comí un poco, estaba muy bueno, si no fuera por aquel hombre yo cogía anemia con seguridad. Continué leyendo, ya iba por la página 198 y nada que me parecieran pistas, solo explicaciones, hasta que en la página 218 encontré otra frase: *“El que desentierre el corazón de la fértil desentierra lo oculto, oculto en lo que nos mantiene vivos”*.

La leí una vez tras otra durante un rato y la anoté junto a la primera frase que encontré. Zora era una mujer joven, capaz de engendrar hijos, y yo tenía su corazón, o eso creía al menos. Yo podía desenterrar... ¿el qué? La tierra nos provee de todo lo que necesitamos para sobrevivir, ¡claro! Y esconde el motivo por el que todos allí seguían vivos, ¡los papeles! Parecía otra pista, y esta también parecía relacionada con Zora. Me fui a la cama con el libro, sabía que me quedaría dormido con él en las manos.

A la mañana siguiente me levanté y vestí rápido, cogí todo mi equipo y bajé a desayunar.

Me había despertado abrazado al libro y con hambre. El café caliente me templó por dentro, para variar. Oscar me sirvió unos bollos que parecían pan, y estaban buenísimos.

Bajé a recoger a Zora. Nada más tocar a la puerta salió con la pala metida en una bolsa; la llevó hasta el pueblo. Al llegar me fijé en su rostro, no tan expresivo como otras veces; estaba seria y puede que asustada. Pasamos por la casa de libros como la llamaba su tío, y me preguntó si íbamos a entrar. Le dije que primero me llevara a su árbol de hormigas.

Andamos en silencio y de la mano, me percaté muy bien de todo cuanto había alrededor, no lo había visto en anteriores ocasiones allí: aquel pueblo terminaba en una zona llena de árboles y

asientos, supuse para que los adultos se sentaran a vigilar a los niños. Me indicó cual era el árbol milenario y nos acercamos.

La casita de madera estaba muy estropeada, ni rastro de hormigas. Zora se acercó para tocar el tronco, entonces saqué la cámara y disparé sin avisarla.

—¡Gabriel, no gastes el carrete conmigo! —otra vez su espíritu de ahorro.

Le pedí la pala y empecé a levantar la tierra, fui dando la vuelta alrededor del árbol, a poco más de medio metro desde la base del tronco y a lo mismo de profundidad, al estar la tierra blanda por la lluvia me costó menos de lo que esperaba.

—No creo que ahí haya nada —me dijo, y se puso a quitar piedras.

—Zora, ponte los guantes por favor.

Continúe ampliando el cerco, costaba un poco más, la tierra estaba más compacta cuanto más lejos del árbol. Al rato estaba sudando y Zora me dijo que parara un poco. Obedecí, y luego seguí. Al rato de continuar noté algo duro que chocó con la pala, seguí más despacio hasta descubrir una caja metálica del tamaño de una caja de zapatos, miré a Zora.

—¿Qué? ¿¡Hay algo!?—se acercó— ¡Lo hemos encontrado! —gritó varias veces dando saltitos.

Saqué la caja, el corazón me iba a mil. Estaba cerrada con un candado que tenía colgando, muy viejo, pero la caja parecía nueva.

—Zora, acércame la mochila —me la dio y saqué el revólver.

—¡Dios mío, Dios mío, Gabriel! —la miré haciendo una mueca con la boca.

—Me dijiste que no eras religiosa.

—¡Ay Gabriel, por Dios, no sabía que tuvieras un arma!

—Me la dejó el señor Oscar.

—¿¡Qué!?

—Zora, se la dio su amigo el policía. Voy a abrir la caja con un disparo al candado, aléjate un poco—se alejó mucho. Acerté a la primera, y me sorprendí porque nunca había disparado, Zora se acercó y abrí despacio la caja, nos miramos extrañados.

—¡Un cuento! —dijo Zora desilusionada.

—Eso parece.

—No lo entiendo, ¿no deberían estar ahí los documentos?

—Saqué el libro, solo tenía doce páginas y muchos dibujos, dos de ellos de una catedral parecida a la de Galkay.

—Zora, no lo entiendo, ¿y tú? —lo cogió y se rió.

—¿¡Qué!?

—Está escrito en el dialecto antiguo, el que hablé con la señora en la licorería de Layne.

Le pedí que lo leyera despacio, y me dijera si podía haber algo que pudiera darnos pistas.

—¿Zora dime algo!

—Trata de unos niños que descubren una biblioteca de chocolate, dentro todos los libros son de caramelo, se los van comiendo hasta que después de años terminan con el edificio, esto les da poderes cuando son mayores.

—¿Qué poderes Zora?

—Ser felices siempre.

—¿Algo más?

—No.

¡Es una pista Zora!..... Me recuerda al cuento de Hansel y Gretel.

—No lo he leído, ¿de qué trata?

—Del amor, es lo más importante en la vida, de la unión y el ingenio como armas para vencer todas las dificultades. Hansel y Gretel eran hermanos, su padre los abandonó en un bosque, pero el amor que se tenían les hizo vencer todos los obstáculos, hasta que un día regresaron junto a su padre.

—¿Y tú y yo somos como esos hermanos, unidos ante todas las dificultades? —preguntó.

—El poder de nuestro amor devolverá la libertad a este lugar —contesté, dejando a Zora sin palabras.

Le pedí que metiera todo dentro de la mochila, yo me fui a poner la tierra del árbol en su sitio.

Terminé muy cansado, y el dolor lumbar ya era insoportable, entramos en la casa de libros y me

senté.

—Si no descansas cuando llegué la noche no te podrás ni mover.

—Sí, tienes razón. Busca en la zona infantil, mira a ver si hay algo sobre la catedral.

—¿En los cuentos!?

—Hazlo, por favor. Después de un rato se acercó a la mesa diciendo que no había nada, me levanté y me puse a sacar todos los libros, Zora sacó los de abajo, yo casi no podía agacharme.

—¿Gabriel! —su grito me sobresaltó. Estaba de cuclillas, con cara de sorpresa.

—¿Qué pasa?

—Tienes que verlo.

Me arrodillé muy despacio con su ayuda. En el fondo de la estantería había un libro incrustado.

—Zora, acércame la linterna —me la dio y enfoqué. “La Catedral de los libros” lo intenté sacar pero no pude, en la mochila llevaba las tijeras, Zora me las dio, y con la punta fui desencajando el libro, estaba echado hacia adelante y un poco doblado, la cadera me estaba matando ¡Ag!, chillé de dolor.

—¡Para!, para un momento, déjame a mí.

Lo intentó ella, y en poco tiempo consiguió sacar el libro que dejó en la mesa, después me ayudó a ponerme en pie. Me había dejado las pastillas en la habitación.

—Debió ser un accidente muy grave.

—Lo fue, estuve tres días en coma —me cogió la mano y la acarició.

—Nunca pensé que me enamoraría de un hombre tan...

—¿Tan qué Zora?

—No lo sé.

—Ni yo de una mujer tan atrapada por las circunstancias...—nos reímos. De repente las risas pararon y miramos el libro.

Permanecimos allí hablando hasta que me encontré mejor y pude andar, Zora me pidió llevar el trasto, le dije que no, aquella moto pesaba demasiado. Tardamos bastante en llegar a Galkay. La dejé en su casa, íbamos llenos de barro, y teníamos que asearnos. Las botas pesaban el doble.

Habían pasado tres días desde mi hallazgo en el árbol, tres días sin salir de la habitación, estaba llena de libros, apuntes y notas por todos lados, tres días sin verla, había estado leyendo sin parar, alternando el libro nuevo, el del campanario y los demás, estaba sin ducharme y afeitarme y las provisiones de la nevera agotadas. Tenía que salir y respirar aire, mi cabeza estaba llena de datos y cifras, el cuaderno lleno y a ella abandonada, necesitaba verla. Bajé al salón y me senté en el poyete—barra.

—¡Dichosos los ojos!

—Hola, Oscar. Me sirvió y luego me miró varias veces de reojo, contuve la risa y solo lo miré un instante, estaba secando la vajilla y cuando terminó se acercó. Mientras me echaba más café me pidió que entrara en su casa.

—Muchacho, algo no va bien.

—¿Qué no va bien? —nos sentamos.

—Ayer vino el señor Brian.

—¿Qué le dijo?

—No lo vi —no le entendía.

—Gabriel, el olor de la basura era insoportable y la saqué fuera antes.

—Oscar, ¿qué me quiere decir?

—La puerta estaba abierta y por eso sé que vino, solo él tiene la llave del cerrojo y no la echó al irse.

—Pudo ser Zora.

—No, ella me hubiera dicho algo, esa muchacha siempre quiere saber cómo me encuentro.

—¿Y a qué cree que vino?

—A llamar por teléfono.

—No veo el problema, Oscar, querría hablar con algún amigo.

-¿¡Por la mañana!?!...Eso era lo que yo he creído siempre...pero ahora lo entiendo. Gabriel, él siempre ha venido por la tarde, y por la noche cuando ha venido algún hombre a buscar, pero ahora no hay nadie buscando, lo tuyo es diferente, ¿verdad muchacho?

—Sí, claro.

—Gabriel, si se entera de que te cuento estas cosas me hará la cruz y la raya.

—Oscar, le dije que le protegería, todo lo que me cuenta queda entre usted y yo.

—Te lo agradezco muchacho, estas muy ocupado y encima tienes que estar pendiente de un viejo como yo.

—No diga eso más, usted me cuida, es como un padre aquí —en ese momento se emocionó. Alguien le llamó a gritos desde el salón, respiró hondo y salió a seguir con su trabajo, yo fui detrás hasta la puerta del club.

Respiré profundo durante todo el trayecto hasta la casa roja, toqué a la puerta, ya estaba a punto de marcharme cuando la vi bajar por el camino, llevaba la falda roja arrastrando por la tierra, como el día que la vi por primera vez.

—¡Gabriel! —abrió la puerta y entramos.

Parecía preocupada y había llorado, llegamos al salón, no me miraba y se puso a colocar cosas por toda la estancia. Le pregunté varias veces lo que le pasaba pero me ignoró.

—¡Zora!, ¿alguien te ha hecho algo?

—¡No! —dijo y me acerqué.

—¿Qué pasa?, has llorado.

Permanecía callada, como ida, me asustó, sus ojos no miraban los míos, se dejó hacer y nos sentamos. Le subí la cara para que me contara lo que había pasado.

—¿Qué?

—He ido a ver a mi tío, quería darme flores.

—¿Y dónde están?

—No.

—No, ¿qué?, ¿me quieres hablar por favor?

Se puso a llorar, yo estaba perdiendo la paciencia, me acerqué más a ella con la silla.

—Zora, cuando te pones así me dan ganas de salir corriendo a mi país —se lo dije pareciendo enfadado para hacerla reaccionar.

—¡A mi tía la asesinaron por mi culpa!

—Eso no es verdad, escucha, Brian me contó lo que pasó.

—¡Gabriel, no hace falta, me lo ha contado todo! —solo me vino a la cabeza su amenaza de muerte.

—Yo tenía razón, solo soy un problema para todos.

—No sé exactamente que te habrá dicho tu tío pero creo que estas confundida.

—Sí, ya, y que no me entero de lo que pasa a mi alrededor, ya me lo dijiste y acertaste, llevo toda la vida engañada, ¿tú también me estas mintiendo?

—Tu tío trabajó para el gobierno de mi país gracias a la influencia de la familia de tu tía, vinieron a Irlanda para ayudar con los documentos que entonces estaban escondidos en Dublín, pero Daniels les traicionó y se alió con los alemanes, por suerte pudieron esconderlos aquí, esa es la verdad, no sé lo que te habrá dicho pero lo de tu tía es un daño colateral en esta historia, tú no tienes nada que ver ¿es lo que te ha contado?

—Sí Gabriel, más o menos, ¡pero es viudo por mi culpa!

—Zora, no voy a discutir contigo eso ahora, necesito el tiempo para buscar.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace unos días. Zora, todo eso ya no importa, es pasado, lo que importa es encontrar los documentos para recuperar nuestro futuro, tengo que ir a la catedral, creo que he encontrado algo en el libro que tú encontraste en la zona infantil, ¿quieres venir a ayudarme?

—Espera un momento —dijo y la seguí hasta el aseo. Continuaba llorando mientras se peinaba con el cepillo nuevo, la miré.

—¿Puedo besarte? —se volvió y me abrazó.

—Solo piensa en lo que te quiero, siempre —dije y nos marchamos.

De nuevo ante el gigante, su misterio y el de Zora me podían y ellos no se podían ni ver, por lo menos Zora ya no temblaba, y yo no había vuelto a tener otra pesadilla. Subimos a la parte de arriba y le pedí que me enseñara los trozos donde más buscaban, le hice recordar bien.

Los tipos habían buscado todas las letras del nombre del pueblo, que eran las mismas letras del

nombre de la misión, no me sorprendió, era lo que yo esperaba. Empecé con la letra Y, solo había cuatro libros de pocas páginas, seguimos con la letra A, de esta había muchos, de la letra R había veinte, se los di a ella para que me ayudara a leer. Cuando miré el reloj eran las tres del mediodía, Zora estaba aburrida y le dije que parásemos un rato.

—Gabriel, ¿de qué trata el libro que encontré incrustado?

—Tiene dos partes, una sobre el poder de las letras, de las que se utilizan con mayor frecuencia, ya hacía el final habla de las catedrales y de las bibliotecas más importantes del mundo.

—¿Lo puedo ver?

Lo saqué de la mochila, se lo di y seguimos con la lectura, al rato interrumpió el silencio para preguntarme si había leído lo del pozo.

—¿Qué es eso del pozo Zora?

—¡Mira! —me enseñó la foto de la Catedral de San Patricio en Dublín.

—¿Has estado en ella? —pregunté mientras miraba la foto.

—No, pero conozco bien su historia, esta cuenta que el santo bautizó al cristianismo a muchos conversos en ese pozo, que estaba cerca de donde luego construyeron la catedral, y es curioso que pese a ser un santo católico, es un lugar donde se practica el protestantismo.

Tras su explicación siguió leyendo, y yo pensando, que no veía relación con nada de lo que había leído, me quedé haciendo memoria, no encontraba nada que unido a lo que me había contado Zora me hiciera pensar en alguna pista.

—Zora, no paro de pensar en todo lo que sé, y no encuentro nada significativo en lo que me has contado sobre lo de San Patricio.

—Gabriel, es solo una coincidencia con Gobray —al ver mi cara, se dio cuenta que yo desconocía lo que me estaba queriendo decir.

—¡Gabriel, creía que lo sabías, que lo habías leído en el libro de ese pueblo!, la palabra Gobray significa caerse a un pozo por culpa de una distracción.

—No, no he leído nada al respecto, ¿estás segura de qué eso es así?

—Sí, lo pone en un libro que tengo en casa, lo leí hace mucho, trata de la historia de esa catedral y

tiene muchas fotografías, ¿sabes?... estaba aquí, pero me gustó tanto que me lo quedé, si se entera mi tío.

—¿Zora, lo has robado, eres una ladrona! —dije riéndome.

—Es broma.

—Ya —dijo ella y también se rió.

—Pero entonces... esa catedral de Dublín, ¿está relacionada con el pueblo?

—Que yo sepa no.

—Puede ser una pista, ¿Zora, el campanario!

—¿Es verdad Gabriel!

—La imagen central pertenece a San Patricio, y recuerdo lo que me contaste de ese tipo que se encaró con unas mujeres.

—¿Rompió una imagen! —dijimos al unisonó.

—Zora, ¿recuerdas qué imagen fue?

—Sí, mi tío ayudó a arreglarla aunque no quedó bien del todo, por detrás le falta un trozo pero casi no se ve.

—Tenemos que ir allí.

— ¿¡Ahora!?

—No, iremos esta tarde, tienes que descansar, pasaré a por ti a última hora, poco antes de que cierren el campanario, y de paso dejo el libro.

—¿No está allí?

—Tranquila, Brian me dijo que no me preocupase por eso.

—No me lo puedo creer.

—¿El qué Zora? —se había puesto triste y miraba el tablero.

—¡Eh!, ¿qué pasa?

—Nunca hubiera creído que mi tío era espía, que ayudara al gobierno americano, no sé qué pensar, no entiendo porque nunca me lo ha contado.

—Le prohibieron todo, solo te ha protegido a ti, al pueblo y a Oscar.

—¿Quién, dímelo?, estoy harta de mentiras.

—Los mismos que asesinaron a tu tía, los que le obligaron a que tú dejaras de estudiar.

—¿Alemanes?

—Sí, Zora —se levantó para sentarse a mi lado, se había puesto más triste.

—Gabriel, no quiero que sufras más.

—Creo que estoy cerca, no lo veo todavía pero creo que lo tengo casi delante, si me vas a pedir eso olvídalos, no lo voy a dejar ahora.

—Gabriel, no es eso, ya hemos ido demasiado lejos para rendirnos, además, tampoco podemos.

—No te entiendo.

—Cuando mi tío esta mañana me ha contado todo no he sido capaz de respetar que no me lo haya dicho antes, mi reacción ha sido muy brusca y no quería escucharle, solo le chillaba y lloraba como una malcriada, no le ha quedado más remedio que decirme lo de mi amenaza de muerte.

—Zora, yo...

—No, no digas nada, no me importa desde cuando lo sabes, por fin he entendido porque no nos podíamos ir, saberlo ahora me da más fuerzas, más ganas de ayudarte, de seguir buscando, ¡y que esos desgraciados, malnacidos y asesinos no se salgan con la suya!

—Te has quedado bien a gusto —dije y se cruzó de brazos, yo empecé a reír.

Era fantástica, estaba indignada, enfadada, y con ganas de batallar, me revolucionó la adrenalina, que mostraba poco ese lado suyo, y como me gustaba, mucho más que verla sufrir, y llorar por casi todo.

Me pidió que nos fuéramos porque tenía hambre. Cuando llegamos al pueblo me preguntó si quería comer con ella.

—Me encantaría, por eso me voy, si me quedo no te dejaré descansar —cerró la puerta y me dejó fuera con mi mochila.

Después de comer algo me puse con la lectura, con mi viejo amigo de 1300 páginas, volví sobre los capítulos que hablaban del campanario y leí detenidamente todo sobre las imágenes, su procedencia y significado de cada una. También busqué algo sobre lo que me había contado Zora

en el libro de Gobray, no lo había pasado por alto, no ponía nada sobre un pozo, nada lo relacionaba con Dublín o con San Patricio, tenían la imagen de éste y la cuidaban, todas las veces que yo había estado dentro del campanario permanecía iluminada toda alrededor y con flores naturales, ¿las pondría Brian?

De repente me pregunté porque Brian le habría contado lo de su amenaza de muerte, no lo había hecho nunca y justo lo hace cuando yo podía liberarla, o lo hacía por eso, para que no me metiera prisa por marcharnos y con ello me pusiera nervioso y echara por tierra todo mi esfuerzo hasta el momento, puede que en el fondo Brian creyera que podía encontrar los documentos, detrás de tanta confianza en mí debía haber algo más que yo todavía no sabía. Zora sin esforzarse y sin saberlo me había ayudado mucho con sus datos, estos ahora apuntaban al campanario, buscar allí iba a ser complicado, ¡ojalá fuera en la dirección correcta!

Fui a buscarla y subimos. Cuando entramos por suerte no había nadie, le pedí que me enseñara la imagen rota, me llevó hasta ella. Era un enorme crucifijo con Jesús clavado, era una imagen que desprendía gran sufrimiento y soledad, había leído sobre ella, era de procedencia española, estaba en Irlanda desde el siglo XVIII, sabía hasta lo que había costado, la contemplé un rato, Zora estaba encendiendo algunas velas, al rato se acercó y me tocó en el brazo.

“Aquí no están, algo no me cuadra” dije de repente en voz alta. Entonces recordé algo escrito en una de las fotografías que había hecho ella, algo que ponía debajo de la imagen de San Patricio, me acerqué a ella, Zora vino detrás de mí. Le pedí que me lo leyera. Escuché muy atento y solo me quedé con lo último.

“Tú llenaste Irlanda con el resplandor del evangelio, la fuerza poderosa de la trinidad”. Me quedé pensando en alguna pista.

—¿Gabriel, que piensas, crees que están en San Patricio?

—No, pero él me conducirá a los documentos —me miró extrañada, le había dicho que yo no creía en nada.

—Zora, en el libro pone que hay otra imagen católica, hace referencia a la familia, era la única que no tenía foto en el libro, ¿sabes cuál es?

—Creo que es la última del lado izquierdo.

Fuimos hasta ella, la miré detenidamente, me acerqué a tocarla, era bellísima, era la única que no desprendía dolor sino todo lo contrario, eran San José y la Virgen María con el niño Jesús, el vivo reflejo de la familia unida y feliz, Zora no la había fotografiado porque no había nada escrito como en las demás.

—Gabriel, ¿ésta si te cuadra?

—Sí, por todo lo que estuvimos hablando en Gobray, la fuerza de la unión del amor puede con todo.

—Escucha, la imagen de San Patricio no vino desde España, y él tampoco era español, no entiendo bien lo que te ha conducido a esta imagen.

—Por sus palabras Zora, La Santísima Trinidad, tres en uno, el padre, el hijo y el Espíritu Santo, y ellos eran tres —dije señalando la imagen.

—Una familia que se amaba, nuestro amor nos ha traído a ellos y ellos nos conducirán a los documentos.

—¿Están aquí?

—Eso parece -contesté, y ella se puso nerviosa.

Me metí por dentro de la imagen, todas estaban protegidas por una valla de madera alrededor, a la altura del muslo, apenas había espacio. Zora me pidió por favor que tuviera mucho cuidado para que no se rompiera nada.

Me quedé mirando algo, casi a los pies de la imagen había un pequeño cartel, no más grande que una caja de cerillas, no podía agacharme, y tampoco tenía espacio, necesitaba algo para aumentar el tamaño, le dije a Zora que teníamos que comprar una lente de aumento para poder verlo, entonces me pidió que saliera y que la ayudara para meterse ella, una vez dentro se fue agachando poco a poco de lado, muy despacio.

—Parece un triángulo, sí, con algo dentro como un círculo.

—¡Ya sé lo que es! —dije, y la ayudé a salir.

—Es el ojo que todo lo ve, Padre, Hijo y Espíritu Santo, los tres juntos en el ojo de Dios, el que

nos juzgará por nuestros actos en la tierra.

—Zora necesito saber lo que pone debajo.

Me dijo que le era imposible verlo, y me fui a coger la mochila para darle la linterna.

—¡Gabriel! —me di la vuelta, que sobresaltos me daba.

—Yo he visto ese triángulo antes.

—¿Dónde?

—Aquí, en el Campanario.

En ese momento oímos ruidos, estaban a punto de cerrar, teníamos que marcharnos. Salimos rápido y fuimos bajando hasta la casa roja. Ya era de noche.

Estaba ansioso por que Zora me contara lo que sabía sobre el dibujo, fui con ella hasta la cocina, estaba sedienta y sirvió dos vasos de agua, la miré beber y esperé sentado, hasta que le pregunté dónde estaba el triángulo.

—Lo he ido recordando por el camino mientras veníamos. Yo tenía diecisiete años, cuando una mañana fui con mi tío a una reunión al Campanario, parecía importante, al rato de estar allí se me acercó una mujer, fue muy amable todo el tiempo, debió parecerle que estaba aburrida y me dijo que la acompañara, paseamos, me contó algo de las fotografías, no recuerdo el qué, y luego me enseñó el triángulo, las letras que te ha parecido ver son símbolos celtas, porque supongo que serán los mismos que los de la imagen que vi entonces.

—¿Por qué crees que te lo enseñó?

—Ahora creo que no fue algo fortuito.

—¿Sabes quién era?

—Era extranjera, y creo que nunca más ha vuelto a este pueblo.

—¿Sabes que hacía aquí?

—No, no sé nada al respecto.

—¿Tu tío?

—No lo sé, tampoco nunca me ha comentado nada de aquel día.

—¿Recuerdas si iba sola? —no me contestó.

—Está bien, ¿sabes una cosa?, Oscar pensaba que era muy insistente.

—¡Muy pesado Gabriel!

—Sí —contesté mientras nos reíamos. Zora comenzó a sacar comida.

—Zora, no saques nada más, tengo que irme al club. No me dijo nada pero me metió comida y galletas en la mochila, la cerró diciendo que le daba igual lo que pensara porque mi forma de alimentarme le alarmaba. Parecía mi madre. Ya en la puerta la besé lentamente, era la mejor ayudante que podía tener. Quedamos a la mañana siguiente a las ocho, en la puerta del club.

Desayuné con Oscar, a menos cinco ya estaba esperándola fuera, llegó puntual.

—Buenos días, Zora.

—Hola.

Estaba preciosa, con su trenza a un lado y el pantalón negro ajustado, tenía un tipazo que cortaba la respiración. Me puse detrás de ella y empezamos a subir, de repente se dio la vuelta.

—¿¡Gabriel, me estas mirando el culo!? —me miraba fijamente. No contesté nada pero me reí, y mientras me agarraba del brazo pensé que su culo era lo mejor esa mañana. Cuando llegamos acababan de abrir, el hombre se quedó haciendo algo y esperamos sentados hasta que se marchó.

—¡Vamos!

Cruzamos un pasillo, primero a la derecha y luego a la izquierda, sus paredes estaban llenas de símbolos y fotografías, era muy largo, íbamos despacio, y muy pendientes por si oíamos algo, aunque allí, no nos podíamos esconder. Entramos en la sala de reuniones, estaba llena de asientos de madera alrededor de una mesa, en esta, muchos libros, un tintero y dos piedras, era un ambiente solemne, frío y bastante oscuro. Seguimos por otro pasillo, agarrados, de pronto nos metimos de lleno en un gran patio, estaba lleno de vegetación, había un pozo, y la imagen de San Patricio en piedra a tamaño natural, me quedé delante observándolo, —¡Gabriel, sigamos!

Andamos por un camino estrecho, por donde íbamos chocando con pequeñas ramas que sobresalían, cuando el camino se acabó nos mostró todo el esplendor del dibujo, un pequeño rayo de sol lo atravesaba, su ubicación parecía muy bien estudiada, el triángulo estaba metido dentro de una cúpula bellamente adornada, me pareció un espléndido trabajo de arquitectura, y se

mantenía en perfectas condiciones, me acerqué y pasé mis manos por todo su relieve, la piedra era pulida, suave, el ojo me miraba, parecía juzgarme, yo lo miraba casi hipnotizado.

—¡Gabriel!

—¡Zora me vas a matar de un susto!

—Lo de abajo son inscripciones celtas, no sé qué tiene que ver con tu ojo, para ellos la naturaleza era su Dios, es bonito, ¿verdad?

Sí —contesté sin dejar de mirarlo.

—Gabriel, no podemos estar aquí mucho tiempo, ¿qué hacemos?

No sabía por dónde empezar, todo estaba compactado dentro de un gran bloque, el suelo estaba cubierto de verdín que me raspó al pasar la mano. Levantar aquel suelo no iba a ser tan fácil como el del árbol de hormigas, el hombre nos podía oír, alguien podía ir hasta allí.

—Zora, vámonos. Salimos tan despacio y con la misma prudencia con la que habíamos entrado.

—¡Espera! —dije de repente, y nos paramos antes de salir de aquella madriguera. Fuera había varias mujeres sentadas rezando. Después de casi diez minutos no sabía cómo salir de allí, me estaba poniendo nervioso, podía salir el hombre y descubrirnos.

—Gabriel, cógeme en brazos hasta que estemos en la calle y pon cara de preocupación.

Lo hice, ella dejó los brazos colgando, la cabeza hacia atrás y a un lado, a cada paso yo cojeaba más, era una imagen más dramática que todas las que había allí, no tuve que fingir, me impresionó verla así. Cuando la solté en la puerta se estaba riendo.

—¡Zora!

—Creo que se lo han creído.

—¡Seguro, casi me lo he creído yo! —siguió riéndose.

—Gabriel, cuando alguien se pone enfermo hacen eso, van hasta una sala que tú no has visto, y piden remedio para el mal, rezan. No creo que esas mujeres sospechen nada.

—Vamos a casa de tu tío.

—¿¡Qué pretendes, le vas a contar todo esto!?

—No, tranquila, solo quiero pedirle algo.

Cuando abrió la puerta solo nos miró, Zora no dijo nada.

—Hola Brian —le seguimos hasta el salón.

—Y bien, vosotros diréis.

—Necesito que me deje algunas herramientas y unos guantes resistentes —se quedó esperando algo más— ¿Solo eso Brian? —me miró extrañado.

Le acompañé hasta un cuarto pequeño, donde estaba la puerta que daba al paraíso de flores y me quedé mirando, enseguida me enseñó todo lo que tenía y me dijo que cogiera todo lo que me hiciera falta, estaba muy serio, al rato me dio una bolsa para meter todo lo que me llevaba, no me preguntó nada, tampoco a su sobrina, le pedí un favor y aceptó a ayudarme. Cuando regresamos al salón Zora se levantó y salimos.

—Ten cuidado Gabriel.

—Gracias.

Ya en la puerta del club, le pedí a Zora que me esperase mientras subía la bolsa a la habitación.

—No hace falta —dijo, entonces me agarró del brazo y entramos.

En ningún momento agachó la cabeza, al vernos, Oscar hizo un gesto de aprobación y sonrió un instante. Cuando entramos en la habitación y solté la bolsa la abracé, luego puse mi mano en su hombro diciendo que me gustaba lo que acababa de hacer.

—Ya me da igual que me vean, han estado toda la vida vigilando cuanto hacía —se sentó a los pies de la cama.

—Aunque no lo creas me has ayudado mucho, ahora es cuando más falta me haces, te necesito esta noche, no hubiera podido llegar hasta aquí sin ti.

—¿Qué pasa esta noche?

—Vamos a ir al campanario.

—¿¡Y como entramos!?

—Se lo he pedido a tu tío, y me ha dicho que cuente con ello, espero que no me falle.

—No lo hará, siempre cumple su palabra.

Le dije que tenía que descansar, y dormir si podía. Esa noche yo jugaba mi última partida. Cuando

salí del aseo ya se había dormido, tomé pastillas y me tumbé a su lado, la cadera no me daba tregua.

No podía dejar de pensar en las imágenes, las fotos, datos y frases, todo se amontonaba en mi memoria, estaba en Galkay por una distracción, aquel pueblo era un pozo para mí, del que no podía salir hasta que encontrara los documentos, y ¿si fracasaba?, sentí miedo, un escalofrió me sacudió de arriba a abajo, recordé los dos tipos que me querían meter en un agujero, al señor Alfred enfadado conmigo por no haber sido capaz de cumplir su encargo, y a toda la familia preguntándose por qué les había engañado, sentí otro escalofrió más profundo, estaba nervioso, y asustado como un niño, “Gabriel, ¿qué estás haciendo?, con lo lejos que has llegado”. Me levanté al escuchar mi voz. Caminé por la habitación respirando profundo y despacio, me decía mentalmente, “Tranquilo, lo vas a conseguir”. Tenía que escuchar a mi corazón, por él había llegado hasta donde estaba, y no tenía nada más, recordé las palabras de mi abuela, “Lucha por lo que quieres”.

Desperté a Zora a las dos y media de la madrugada, a las tres estábamos llegando al campanario. Cuando paramos en la puerta nos miramos. Brian no me había fallado, había dejado una llave detrás de una placa, abrí y entramos. Fuimos con la luz de la linterna hasta el patio, solo oíamos nuestra respiración, sentía el miedo de Zora y casi seguro que ella el mío, al pasar por la sala de reuniones me agarró fuerte del brazo, llevaba la bolsa con la otra mano, me costaba un poco ir avanzando así, casi a oscuras. Ya delante del triángulo solté la bolsa y nos abrazamos, ella estaba temblando, hacía frío.

—Lo vamos a conseguir Zora —le dije al oído. Saqué dos linternas de la bolsa y me las ingenié para colocarlas enfocando la cúpula, por suerte no era noche cerrada. Observé todo el bloque por delante y por detrás, busqué algún hueco, algún sitio donde pudieran haber metido los papeles, me tiré al suelo, miré milímetro a milímetro toda la base, di pequeños golpes con un martillo, y luego con el pie por si el sonido cambiaba, después de un rato nada. Zora me miraba, estaba en medio de las dos linternas y parecía una aparición.

Me dio una pala y empecé a levantar el suelo lleno de verdín, Zora me iba enfocando con una

linterna, levanté varias plantitas, lo estaba destrozando, descansé un poco, y luego me fui a la parte de atrás para levantar el suelo en esa zona.

—¡Gabriel espera, deja eso!

—¿Qué pasa?

—Me acabo de acordar de lo que me dijiste —le había dicho tantas cosas, me enfocó y se acercó.

—El ojo que todo lo ve.

—¿¡Sí, y qué!?

—El ojo puede estar viendo lo oculto, mirando en la dirección donde están los documentos.

Nos situamos justo debajo del triángulo y enfocamos al frente. Solo había plantas trepadoras subiendo por una tapia. Cambiamos la ubicación de las luces para que apuntaran hacia allí, cogí unas tijeras de podar y comencé a cortar todo el verde, la tapia estaba pintada de un tono verde similar al de la vegetación, se confundía con esta, las ramas eran muy duras, tuve que apretar con fuerza, Zora lo iba echando todo hacía los lados con la pala. Cuando la tuve casi despejada la emprendí a mazazos, de arriba a abajo empezaron a caer los trozos, Zora se separó por el polvo que se formó y paré.

—¡Gabriel mira! A uno de los lados de la tapia había una columna medio tapada, a poco más de medio metro del suelo, tenía un dibujo de una cruz celta, con grabados en la parte de abajo de la piedra.

—¿Sabes lo que representa?

—No —me contestó. Le pegué un golpe con el mazo y se partió en seco por la mitad, seguí golpeando hasta que la base de la columna se desprendió del suelo, el corazón me dio un vuelco, me pareció ver algo brillar, aún quedaban trozos y tuve que levantar más suelo, estaba eufórico en ese momento y caí por inercia de rodillas, todo alrededor estaba lleno de hojas verdes. Metí las dos manos con los guantes puestos y saqué un cofre oscuro, estaba lleno de dibujos grabados, estaba tan nervioso que me temblaban las manos y lo dejé en el suelo.

—¿Es eso lo que buscamos? —me preguntó mientras se arrodillaba a mi lado.

—Creo que sí.

—Gabriel, pronto amanecerá, tenemos que irnos de aquí.

Recogimos todo y lo metimos dentro de la bolsa, el cofre también, al salir ya estaba entrando la luz por los ventanales, cerré y dejé la llave de nuevo escondida en la placa. Fuimos muy rápido hasta la casa roja.

Saqué el cofre y lo puse encima de la mesa.

—¿Y si lo devuelves así?

—No, lo voy a abrir, tengo que estar seguro de que están los documentos dentro.

Estuve unos minutos trasteando la cerradura con varios objetos punzantes, e hice varias veces palanca por diferentes sitios, el material no cedía lo más mínimo, era durísimo. Miré a Zora, se estaba durmiendo encima de la mesa, me levanté para ir a coger algo de la mochila

—¡No, no vayas a disparar aquí!

—Ni lo he pensado, además, no tengo aquí el arma.

Le dije que se fuera a descansar a su dormitorio, yo me quedé allí intentando abrir aquel trozo de metal decorado, y con ello abrir a aquel pueblo a la libertad.

Después de dos horas me di por vencido, estaba muy cansado y me dolían las manos.

No tenía claro qué hacer, comí algo que había por la cocina, y me bebí los restos de café que quedaban en una jarra de cristal, casi sin pensar me animé a ir a casa de Brian, podía tener algo con lo que abrir aquel cofre que parecía indestructible.

A medio camino vi subir a varias mujeres, iban vestidas completamente de negro y con paso rápido. Había más ajetreo que de costumbre.

Llamé a la puerta y Brian tardó un poco en abrir.

—Pasa hijo —estaba alterado, me llevó rápido hasta la cocina.

—¿Y mi sobrina?

—Está bien, la he dejado durmiendo.

—Menuda la que se ha liado temprano, han venido a verme para preguntarme si yo sabía algo sobre el patio del Campanario, por lo visto está destrozado, ¿era necesario Gabriel? —lo miré atónito.

—Brian, sinceramente, no me importa, creo que tengo los documentos.

Saqué el cofre de la mochila y lo puse encima de la mesa, al verlo, Brian se echó las manos a la cabeza y luego las puso encima de mi hallazgo.

—¡El apocalipsis, sí es el apocalipsis!

Estaba nervioso y muy emocionado, pasaba los dedos por los dibujos, por instantes asentía apretando los labios.

—No he podido abrirlo, no sabemos si ahí están los documentos secretos.

—¡Sí están! —dijo mirándome con los ojos vidriosos.

—¿Cómo lo sabe, por qué dice que si están ahí?

—Son dibujos del libro del apocalipsis. Hijo, el señor Daniels me dio una llave el día que vino a ver al señor Oscar, solo me dijo que la guardara bien, que esa llave abría el apocalipsis, entonces no supe que significaban sus palabras —se levantó y se fue a por ella. Regresó dándomela.

—Toma, ábrela tú, tú la has encontrado —otra vez me temblaba el pulso.

Metí la llave y la giré un par de veces, tras un chasquido se abrió, lo mire, asintió, y levanté la tapa despacio, le di la vuelta al cofre para que lo viera bien, al ver el contenido sonrió ampliamente un rato, yo también.

—¿Le sigue importando lo del Campanario? Se levantó haciendo gala de la agilidad que según Zora tenía, y me estrechó en un gran abrazo, al separarse me miró, podía notar en sus ojos la alegría.

—¡Sabía que lo conseguirías, estaba seguro!

—¿Qué tengo que hacer?

—Ahora márchate, y no le digas nada a Zora, venir aquí cuando empiece a anochecer, y no olvides tu documentación.

—Sabe algo, vine aquí a hacer un encargo y voy a volver a Nueva York sin él, como pidan referencias mías nadie me va a querer dar trabajo.

—Hijo, eso te tiene que importar poco ahora.

—Soy capaz de encontrar algo escondido durante décadas, y no lo soy para hacer un simple

trabajo.

—¡Simple!, tu todavía no eres consciente de lo que has hecho me parece a mí. Vete a descansar y haz lo que te he pedido, y no le vayas a contar nada al señor Oscar.

—Dígame algo.

—Luego Gabriel, por favor márchate.

Después de unos minutos sentado a los pies de mi cama, tuve una sensación que no había sentido desde el día que llegué a Galkay, y esta era, tranquilidad y cero responsabilidad, había conseguido mi desafío, ya podía irme con Zora, que bien me sentí aunque estaba muy cansado, estaba pletórico como el día de mi graduación por haber conseguido algo. Pronto estaría en casa con toda la familia, mi vida volvería a ser normal, me reí con ganas hasta que la voz interior me dio un toque.

¿Qué haría Brian con los documentos?, ¿llamaría por teléfono al señor Daniels?, y este aparecería por el pueblo en cualquier momento, ¿realmente podía fiarme de ellos?, la alegría me duró poco.

Me empezaron a asaltar los pensamientos negativos, las dudas, ¿por qué Brian quería que cogiera mi documentación?, podían haberse aprovechado de mi amor por Zora, de hacerse las víctimas para conseguir su propósito, ¡la única víctima era yo!, ¡y no era consciente de lo que había hecho como me había dicho Brian!, Zora podía estar en lo cierto, un traidor siempre lo es, ya estaba otra vez haciéndome un lío, ¿y si los documentos caían en manos equivocadas?, tenía que parar, me estaba entrando dolor de cabeza por la tensión, lo único que podía hacer era confiar en mi suerte, y creer que toda aquella historia vivida en Galkay era real, me reconforté con la idea de que mis miedos y dudas eran muy normales dada la situación. Me duché y me cambié de ropa antes de ir a casa de Zora. Cuando crucé el salón deseé que Oscar no me llamara, no lo hizo. Ya en la puerta a punto de disponerme a bajar me di la vuelta de repente, y entré de nuevo en el club, entré en la barra y me situé delante de Oscar; le hablé en voz baja.

—Estaban en el campanario Oscar, los he encontrado, todo esto —dije señalando todo el club con la mano—. —Pronto Oscar, pronto —le sonreí mirándole a los ojos.

—Es nuestro secreto —el hombre asintió, y con lágrimas en los ojos me abrazó. No podía hablar.

Salí del club muy satisfecho, por ser el primero en darle una buena noticia después de mucho tiempo.

Nada más abrir la puerta Zora, la abracé.

—¡Por fin podemos irnos! —dijo muy contenta.

Estaba cocinando, me senté y la miré preparar varios platos a la vez, parecía que la alegría le daba hambre, yo no decía nada y se acercó a la mesa.

—Parece que no te alegras, con todo lo que hemos pasado. No sabía qué decir, las dudas seguían asaltando mi cabeza, lo que para ella se había convertido en una victoria sobre el mal, para mí se había convertido en un tremendo vacío, y seguía muy preocupado por donde podía terminar mi hallazgo. Brian no sabía a quién había que entregar los papeles, si la situación no se solucionaba, la cosa se podía agravar tanto que toda la humanidad estaría en peligro ¡joder!, grité de repente. Zora no entendía lo que estaba haciendo su tío, yo tampoco, estaba un poco asustada, y creía necesario que estuviéramos con su tío por lo que pudiera pasar, la tranquilicé, y le dije que teníamos que ir a casa de Brian cuando empezara a anochecer. Se puso a colocar cosas, y después a barrer de cualquier manera, yo solo la miraba pensando que lo hacía para que se le pasara rápido el tiempo. Salió del aseo con el pelo mojado, se peinó y se hizo un moño delante de mí.

—Está anocheciendo —dijo y se puso el abrigo, me acerqué a ella.

—No sé lo que va a pasar, prométeme que estarás conmigo pase lo que pase.

—Te lo prometo, y tú prométeme que harás lo que puedas por mi tío. No le contesté, yo veía a su tío desde otra perspectiva, y esta no era demasiado clara.

CUARTA PARTE: El Engaño

Cuando nos abrió la puerta me llevé la primera sorpresa. Brian estaba vestido con traje chaqueta oscuro, corbata, gabardina, y zapatos marrón oscuro, un sombrero, y guantes negros de piel, los documentos los había metido en un maletín de un color igual al de los zapatos, lo llevaba en una mano, nos dejó impresionados con su elegante aspecto, atrás quedaba la imagen de hombre de pueblo, con su pantalón gastado de pana y su jersey viejo de lana.

Antes de salir se dirigió muy serio a nosotros.

—Escuchad bien, no digáis nada, si os preguntan contestad escuetamente.

Noté que Zora iba a decir algo, le apreté la mano para que no lo hiciera, su tío se acercó a ella y le acarició la cara, le miraba incrédula, con toda seguridad era la primera vez que lo veía así.

Ya en la calle nos situamos detrás para seguirle, íbamos en dirección al final del pueblo. Apareció la zona quemada y fuimos bajando muy despacio hasta la placa, Brian se paró y miró el reloj, después nos miró muy serio.

—Quedan dos minutos —dijo con voz firme.

Los dos minutos más largos de mi vida, la de cosas que se me pasaron por la cabeza en 120 segundos, el corazón me latía deprisa, Zora me apretaba cada vez más fuerte la mano. Brian seguía serio, e impasible, miraba hacia el lado contrario a la placa, el Sol estaba a punto de esconderse, en breve dejaría de ver a aquel hombre que parecía posar para una revista de moda en el momento del Ocaso.

Empecé a oír un ruido al tiempo que Brian dio un paso al frente, de pronto apareció un coche negro con los cristales tintados, paró justo delante de él, en ese instante tragué saliva, el tío de Zora se acercó y alguien bajó la ventanilla del copiloto, después de intercambiar unas palabras nos dijo que nos acercáramos, nos separó y se puso en medio de los dos, estábamos en línea recta a medio metro del coche, pasaron segundos hasta que salió un hombre de mediana edad, con una indumentaria parecida a la de Brian, le estrechó la mano e hizo un saludo de carácter militar,

aunque yo no entendía bien de esas cosas, me dio la sensación de que le mostraba respeto al tío de Zora, luego se situó enfrente de mí y me tendió la mano, después a Zora. Me pareció todo muy protocolario. Nos indicó que subiéramos al coche en la posición que teníamos de pie, Brian al centro, yo a la derecha, Zora a la izquierda, dentro del coche había otro hombre similar que conducía, nos saludó sin moverse de su posición al volante. El coche dio la vuelta muy despacio, pasamos muy cerca de la placa conmemorativa, y siguió por aquel camino a la izquierda desconocido por mí, luego supe que por aquel camino se tardaba menos en llegar, y por él iba siempre Brian en bicicleta a la catedral, se tardaba la mitad que por donde yo había ido siempre, ¡por eso nunca había coincidido con él, ni con nadie!

Después de dos curvas apareció ante nosotros el gigante, pensé que pararíamos pero el coche continuó más deprisa, y se metió por otro camino hacia la derecha, me fijé que Brian iba todo el tiempo con las manos encima del maletín. Dentro del coche no se oía nada.

Miré a Zora cuando empecé a oír un ruido, era una especie de zumbido a lo lejos, poco a poco se fue haciendo más perceptible. El coche paró, salió el hombre que conducía y le abrió la puerta al otro, éste salió y nos abrió la puerta a nosotros. Delante y a pocos metros había un helicóptero, los dos hombres entraron en el coche y se marcharon. Estábamos en medio de una gran extensión de tierra, no había nada, solo aquel medio de transporte. Estaba muy oscuro. Brian nos indicó que nos acercáramos, entonces salió un hombre vestido de piloto y nos ayudó a subir, solo intercambió un saludo verbal con Brian, éste seguía protegiendo con las dos manos el maletín, Zora estaba asustada y no dejaba de mirarnos. Despegamos, yo era la primera vez que volaba sin saber dónde iba, ella era la primera vez que montaba en un transporte aéreo siendo consciente, y encima de noche, estaba tensa, ya conocía todas sus expresiones y gestos.

Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde la zona quemada, y empezamos a bajar, aterrizamos en otra zona de tierra donde otro coche idéntico al primero nos esperaba, de este no salió nadie a recibirnos. El helicóptero se marchó.

El tío de Zora nos dejó sentarnos juntos, esta me estrujaba la mano por los nervios y le rodeé el cuello con mi brazo para tranquilizarla. Enseguida salimos de aquella zona desierta y entramos en

carretera, después de un cruce nos metimos por un amplio camino vallado, llegaba hasta la puerta de una mansión rodeada de jardines, todo estaba perfectamente iluminado, en la puerta nos esperaban cuatro hombres armados, por encima de sus cabezas ondeaba la bandera americana, dos de los hombres se acercaron con la intención de cachearnos a Zora y a mí, en ese momento alguien lo impidió con una orden, de nuevo el corazón me iba a toda velocidad.

Cuando entramos los cuatro hombres armados nos siguieron, andamos por un largo pasillo de exquisito y sobrio estilo hasta que paramos delante de una puerta doble de madera, Brian nos dijo que esperásemos y entró. Los cuatro hombres nos vigilaban a una distancia de poco más de dos metros, Zora se pegó a mí como una lapa, el tipo más joven la miraba de arriba abajo sin descanso. Pasados unos minutos salió Brian, sin la gabardina y sin su preciado maletín, dejando al descubierto su arma, tragué saliva, mucha, nos pidió que nos soltásemos y que entrásemos. Pasamos a un despacho imponente, solo allí dentro había metida una fortuna, había una chimenea a cada lado de la estancia, una de ellas estaba encendida, cuadros, y más fotografías en blanco y negro, también un retrato de mujer cubriendo por entero una de las paredes, miré todo disimuladamente, atento a cualquier detalle, no veía ni el maletín ni la gabardina de Brian, éste parecía muy tranquilo, como si todo aquel ambiente le resultase familiar. Después de unos minutos allí de pie se abrió una puerta, y salió un hombre sonriendo para mi sorpresa que era continua, era alto y elegante, de mediana edad, nos saludó muy amablemente, mientras me estrechaba la mano intensamente clavó su mirada en la mía, parecía estar profundamente agradecido hacia mí, trascurrieron unos instantes hasta que se retiró despacio, y se acercó a la puerta por donde había aparecido ante los tres, la abrió, y luego nos miró diciendo que entráramos con él. Fui el último en pasar.

—¡Señor Alfred! —casi me caigo de la impresión. Brian me sujetó y me ayudó a sentarme delante de él.

—¡Usted, usted! —no podía decir otra cosa.

—Hola Gabriel, me alegro mucho de que por fin esté aquí.

Era algo totalmente inesperado, no podía creerlo, miré a Brian muy confundido.

—¿Qué es esto? —pregunté dirigiéndome a él. Brian no pudo aguantar mi mirada y bajó la cabeza.

—El señor Brian solo ha hecho lo que le hemos ordenado, no sabe nada de nuestro asunto.

En ese instante me acordé de Claire ¡ella me había engañado!, miré al señor Alfred con desaire.

—¿Dónde está Claire? —estaba muy enfadado.

—¡Claire!, disculpe, pero no conozco a ninguna persona con ese nombre —me contestó extrañado.

Me giré rápido y miré a Zora, estaba sentada en una enorme butaca de piel, me miraba con miedo.

—¡Zora!, ¿por qué?

—¡Gabriel!, ella realmente lo ama a usted, este éxito no hubiera sido posible sin su colaboración.

¡Colaboración! —dije indignado. El señor Alfred me miraba sonriendo.

—Qué razón tenían los que me hablaron de usted.

—¡Usted me hizo un encargo!, ¿qué está pasando? —me dirigí a él muy serio.

No entendía nada de lo que estaba pasando, pero ¿quién era realmente aquel hombre? Dejó de sonreír y me miró fijamente.

—En otras circunstancias no estaría aquí, llevo años esperando poder venir, anteriormente todos han fracasado.

—¡Fracaso uno! —grité de repente, aquel hombre ni se inmutó.

—Fueron tres —me contestó.

Miré a Zora, ¡también en eso me había engañado!

—Gabriel, escuche por favor, entiendo cómo se siente, y créame que esa mujer no le ha engañado lo más mínimo en lo que respecta a este asunto —dijo mientras la miraba, yo le miraba a él.

—A mí todo esto no me agradaba, como a usted, pero le debo muchísimo a una persona, ahora más, y por eso acepté, me alegro mucho de haberlo hecho —cada cosa que me explicaba me confundía más.

—Lo que yo debería hacer ahora es pagarle como acordamos, aunque hubiera fracasado.

—¿Quién es usted?, ¡dígamelo!

—Solo alguien que le ha protegido, y debo decirle que me ha dado bastante trabajo al respecto.

—¿¡Qué!?

—Podría engañarle.

—¡Ya lo ha hecho! —estaba furioso.

—Creo que tiene derecho a una explicación, pero no de mi boca, entonces espero que lo entienda, ahora entre por esa puerta, en breve nos volveremos a ver, entonces estará más tranquilo —en ese momento se abrió una puerta, un hombre armado salió y me dijo que entrara.

¡Abuela! —me abracé a ella temblando.

—Estoy muy feliz, y muy orgullosa de ti.

—¡Tú, pero!, ¿qué tienes que ver con esto, que haces aquí? —me puse más nervioso, y me emocioné.

—Escúchame. Mis reuniones en Manhattan, iba a ellas tiempo antes de conocer a tu abuelo, yo era amiga íntima de la esposa del señor Brian, fue ésta quién me lo presentó, nunca te he mentado respecto a nuestra historia de amor, pero faltan detalles. Los dos trabajaron para el gobierno americano muchos años.

—¡Espías!

—Sí, cariño, nosotros los llamamos agentes secretos.

—¿¡Pero, y Claire, no entiendo!?

—Tu amiga es ajena a esto, antes de que tú hablaras con ella por teléfono lo hice yo, me contó que un conocido suyo te podía dar trabajo, la convencí para que te dijera que harías la entrevista en la editorial, y le di el teléfono para que ella te lo diera, fui a ver a su conocido y hablamos, lo dejé todo arreglado y cerrado.

—¿¡Lo dejaste todo arreglado para ayudarme con mi desafío!?

—¿Así lo has llamado?, Gabriel, tu abuelo hizo mucho por encontrar esos documentos, él no era tan prudente como tú lo has sido, arriesgó demasiado y por eso lo asesinaron, ese es uno de los detalles que nunca te he contado.

—¿¡Qué, detalle!?

—me puse a llorar, era demasiado.

—Cariño, te conozco muy bien desde que viniste a éste mundo, tienes el corazón de tu abuelo, por eso sabía que lo conseguirías. Hace unos días nos llamó el señor Brian, nos dijo que estabas

mirando en el Campanario, supe que pronto estaríamos aquí —señaló la estancia. Yo la escuchaba, pero no entendía sus explicaciones.

—Tranquilízate, y dile a Zora que entre —me lo pidió mientras se soltaba el pelo.

Zora seguía sentada, la habían dejado sola con el tipo armado, continuaba asustada, le cogí la mano para que me acompañara, nunca hubiera imaginado que mi abuela y ella se conocerían en aquellas circunstancias, no era capaz de decirme nada, el tipo nos siguió hasta la puerta y cerró cuando entramos.

Se miraron detenidamente, Zora me soltó y se acercó despacio.

—¿Es usted!

—Hola Zora, veo que me recuerdas.

—¿¡Usted está detrás de todo esto!?

—Sigues tan guapa como entonces. Cuánto me alegro de que os halláis enamorado.

—¿Lo tenía todo planeado!

—Eres muy lista, me di cuenta enseguida, sabía que juntos lo conseguiríais.

Las escuchaba sin entender qué estaba pasando.

—¿Me podéis explicar que es todo esto?

—Díselo Zora.

—¿Es ella Gabriel, la mujer que estaba en la reunión en el campanario, la misma que me enseñó el ojo que hay en el patio!

—¿Mi abuela! —grité acercándome a ellas.

—¿La viuda! —gritó Zora. Las miré a las dos perplejo.

—Querida, soy la señora Eleonor, pero tú me puedes llamar Nora ahora que vamos a ser familia.

—¿Le agradeceré que no me llame querida, soy Zora!

—¿Qué carácter!, veo que no me equivoqué, eres perfecta para mi nieto —Zora se acercó a mí.

—¿¡Tu propia abuela te ha puesto en peligro, pero que pasa en tu familia, estáis todos mal de la cabeza!?

—la abuela se acercó a nosotros.

—En ningún momento habéis estado en peligro, todo estaba controlado.

—¡Qué, casi me pegan un tiro!

—Entiendo que debido a su encierro habrá alguna persona desequilibrada en ese pueblo, pero en ningún caso son peligrosos, y mucho menos asesinos.

—¿Nos vigilabais todo el tiempo?

—Tu visita a la comisaria nos dio problemas. En ese momento recordé al señor Daniels y pregunté por él, la respuesta de mi abuela fue tajante.

—Gabriel, ese hombre ha hecho mucho daño, le perdonaron la vida porque su padre dio la suya para ayudarnos, olvídate de él.

—¡Quiere ayudar, vino a verme!

—Cariño, fue a verte porque se lo ordenaron.

¡Claro!, por fin sabía de dónde habían salido las fotografías en blanco y negro de Oscar.

—¿Qué pasará ahora con los documentos, y con Oscar?

—Volverán a su sitio, de donde no debieron salir nunca. ¡Oscar!, ¿te refieres al hombre que cuida el club social?

—Sí. ¿Qué va a ser de ese hombre?

—¿También te preocupa?

—¡Mucho!, le prometí que le sacaría de allí.

—Todo a su debido tiempo.

Nos dijo que subiéramos a descansar, a uno de los muchos dormitorios que había en la parte de arriba de la mansión, podíamos pedir lo que quisiéramos para cenar, y ropa por si queríamos cambiarnos antes de subir al jet privado, ya en Nueva York todas mis dudas y preguntas serian satisfechas.

Subí en el avión convencido que una vez en la editorial de libros de arte, el Señor Alfred por fin me aclararía muchas cosas, estaba equivocado. Cuando llegamos un coche blindado nos esperaba en la parte trasera de un pequeño aeropuerto privado. Condujo un rato, cuando paró y bajamos, de nuevo me quedé muy sorprendido. Estábamos delante de la puerta de un edificio inmenso, era un centro de protección de datos, estábamos muy cerca de Washington. Después de pasar varias

medidas de seguridad, fuimos escoltados hasta un despacho donde nos esperaba sentado el señor Alfred, quería hablar a solas conmigo, Zora se marchó dentro, a otro despacho interior con mi abuela. Lo que yo había hecho era muy importante, tanto como para tener la vida totalmente resuelta, la casa, el coche que yo quisiera, cualquier cosa, y un sueldo mensual durante toda la vida, si tenía hijos con Zora, e igualmente si no los tenía o me separaba de ella, quedaría al amparo del gobierno para toda su vida, era la recompensa que me ofrecía aquel hombre por mi trabajo en Galkay, ¡todo!, a cambio de una firma en los papeles que tenía delante.

¡Otra vez estaba igual que al principio!, todo servido en bandeja, me sentía decepcionado, la situación me alejaba de mis palabras, vale que había conseguido mi desafío pero quería esforzarme en la vida, y todo aquello dejaba fuera mis deseos, todo por lo que había luchado. Creo que de alguna forma después de escucharme el señor Alfred me entendió, había sido buen amigo de mi abuelo, tenía una bonita foto con él, la miré pensando en una avioneta estrellada en un lago.

—Acepto sus sugerencias —dijo de repente, y me volví a mirarle.

—Señor Gabriel, esta situación es inusual, y yo soy un hombre muy ocupado, entre y hable con ellos, hágame saber en breve lo que quiere y lo pondré inmediatamente a su disposición, ya he perdido mucho tiempo con este asunto, por favor discúlpeme, tengo que marcharme —se levantó y me estrechó la mano. Me dio las gracias, y salió de allí dejando un halo de misterio.

Realmente seguía sin saber quién era aquel hombre, que me había engañado haciéndome creer que era el dueño de una editorial, estaba acordándome del encargo cuando reparé en sus palabras, “entre y hable con ellos”.

Entré en el despacho interior deseando reunirme con ellas, me quedé clavado en el umbral de la puerta, la sorpresa fue mayúscula, al ver mi reacción se acercó rápido mi madre y me abrazó llorando.

—¡Hijo mío, como te he echado de menos!

Luego se acercó mi padre y también me abrazó emocionado.

—Estoy muy orgulloso de ti Gabriel.

Me tranquilicé un poco, y me acerqué a mi hermana que estaba junto a Zora.

—Hola hermano —me besó mientras Zora me sonreía.

—Me alegro de tu buen gusto —dijo, y se miraron las dos cómplices.

En ese momento se acercó mi madre.

—Gabriel, quiero que conozcas a alguien muy importante. Las dos personas que permanecían en un segundo plano se acercaron.

—Hijo, te presento a mis padres.

¡Mis abuelos de California, por fin los conocía! Nos besamos y abrazamos. Menos mis hermanos menores estaban todos allí conmigo, al otro lado de la habitación sentada e impasible, nos contemplaba la abuela, parecía tan satisfecha y feliz, yo estaba emocionalmente exhausto, se levantó y se unió a nosotros, de repente se impuso su voz.

—Ya habrá tiempo de explicaciones, ahora debo terminar mi cometido. Todos fueron abandonando la estancia, mi hermana y Zora salieron agarradas de la mano, me acerqué rápido y besé a mi futura esposa

—Te veo pronto —ella solo me sonrió. Me quedé a solas con la abuela.

—Cariño, antes de irnos a los Hampton tengo que saber lo que quieres, el señor Alfred espera mi llamada, entonces mi trabajo habrá terminado tras años de lucha.

Tuve la conversación más seria y esclarecedora con la abuela que nunca había tenido. Desde el traslado en avión de mi moto, la guía turística, el hombre de la caseta que ayudaba a los que se perdían, la licorería de Layne, todo estaba perfectamente estudiado, mi registro en el hotel, hasta las veces que había estado en el gigante, no había llegado a Galkay por casualidad, y tampoco lo era, y a mí me extrañó, que poco antes de empezar mi viaje la abuela diera de baja la línea de teléfono de su casa, ella sabía que una vez que conociera a Zora llegaría hasta el final, el final de todo. Escuché muy atento y todas mis dudas iniciales quedaron resueltas. También había hecho las paces con sus consuegros, los padres de mamá se marcharon y cortaron relaciones porque nunca aprobaron lo que hacían Eleonor y su marido, les costó mucho aceptar la relación de mis padres, querían mantenerse al margen de aquel mundo de agentes y documentos secretos. También me

aclaró lo de la placa, yo no iba desencaminado cuando pensé que era un homenaje a los fallecidos, la habían puesto por orden de Brian, a lo que su superior el señor Alfred aceptó, no tenían certeza total, pero al parecer, la quemó uno de los tipos alemanes que buscaron la misma noche antes de marcharse del pueblo. Todo lo que me había contado Brian era verdad, y todo lo que me había ocultado o disfrazado era por orden estricta de sus superiores.

La abuela quería que fuera feliz por mí mismo, y sabía que pese a mi gran logro yo no me sentía vencedor, así se lo hice saber, no quería una vida regalada, había estudiado una carrera que me apasionaba y de ello quería vivir, se lo puse muy fácil y aceptó con una sola condición.

Dos semanas después de nuestra llegada a los Hampton ya tenía mi propio periódico.

Los mejores columnistas, reporteros, fotógrafos, todo el personal al completo a mi disposición. El día de la inauguración estaba muy feliz, estaba en Manhattan, ¡en mi periódico, no en mi ático!, lo había conseguido, todos me acompañaron; fue un gran día. La abuela se había mudado a esta ciudad, a vivir con su amiga a la casa de ésta, Zora y yo nos quedamos a vivir en su casa de los Hampton, esa era su condición y aceptamos, con tanto verde y flores Zora ya era dueña de otro paraíso; congenió bien con toda la familia. El reencuentro con Claire fue muy emotivo, ella y Zora se hicieron amigas, no podía contar nunca a nadie mi viaje, a mi amiga pintora le tuve que contar lo de la tesis, mi mentira desde un principio, la que me llevó a otra mentira más grande llamada Galkay.

Zora se sacó el carnet de conducir, algunas tardes venía al periódico con su coche, me esperaba y luego íbamos a visitar a mis abuelos maternos, otras tardes se iba con Claire a Nueva York para comprar cosas para nuestra casa, quería darle su toque y lo consiguió, media vivienda terminó roja, no dije nada, solo me reía. A mamá le entraron las prisas porque nos casáramos, y junto con Zora y mi hermana empezaron con los preparativos para la ceremonia. Una de esas tardes visité a Eleanor, todo marchaba bien y tranquilo, pero yo seguía con preguntas sin resolver, parecían multiplicarse en mi cabeza, necesitaba saber si Brian sabía quién era desde el momento que supo de mi presencia en el pueblo, desde el momento en el que Zora nos presentó, la abuela me aseguró que no lo sabía, había preparado todo muy cuidadosamente, no quería condicionar de ninguna

manera mi estancia en el pueblo, fui yo el que le dio pistas a Brian al nombrarle los Hampton, entonces llamó a su superior el señor Alfred, convencido de que yo era nieto de su amigo y compañero asesinado y confirmó sus sospechas, para él yo era un calco de mi abuelo, tenía sus mismos ojos, su ímpetu y ganas de investigar.

Una tarde me quedé solo en la redacción, por casualidad leí un pequeño artículo sobre un pueblo de España y acudieron los recuerdos, mi habitación en el club, la catedral, los guisos de Oscar, sabía que estaba bien, le habían dado un casa al lado del club, a petición mía, solo trabajaba unas horas por la mañana, iba a preparar sus ricos guisos de carne, a petición suya, Brian se había jubilado y trasladado a vivir a Glasfort, era su deseo, sé que seguía colaborando para mi gobierno, cada poco recibíamos una carta suya que Zora leía entusiasmada. No tuve pesadillas ni crisis insoportables, ¡lo mejor!, un comunicado al periódico, en él, el señor Alfred me mandaba la dirección de sus médicos de confianza, después de verlos mi salud mejoró mucho. Todos los días al levantarme daba gracias por mi nueva situación en la vida, miraba a Zora y todo se me seguía activando por dentro, su belleza y sencillez me volvían loco. A veces echaba de menos la moto, tuve la tentación de comprar una pero la resistí, en su lugar compré un cuadro con la foto de una Harley, que colgué en mi despacho junto a las fotos de Zora en Glasfort, era el único pasado que quería ver.

¡Mi trasto!, no me había fallado desde el momento cero, me la trajeron desde el pueblo y la guardé en el garaje, de alguna forma me sentía unido a ella, era mi dura e indiscreta compañera de viaje.

Había aprendido a apreciar la tranquilidad y la rutina, pero la adrenalina me seguía quemando en muchos momentos, no se puede ir mucho tiempo a contracorriente, en contra de lo que uno es en realidad, seguía necesitando respuestas, mi intuición me decía que algo seguía oculto.

Aquella tarde llegué pronto a casa, las chicas iban a estar ocupadas con la prueba de sus vestidos y me fui con ellas a Manhattan, en mi coche, ya en la ciudad tomamos caminos distintos, fui a ver a la abuela, y de paso le dejaría la invitación para la boda.

Cuando me vio se llevó una gran sorpresa, su amiga no estaba y me enseñó de nuevo la casa, la había vuelto a decorar con todos sus recuerdos, y fotos del abuelo que yo nunca había visto,

recordé una, estaba en el despacho del centro de protección de datos.

—Puedes llevarte la que quieras —me di la vuelta y fui a sentarme con ella.

—¿Sabes?, realmente no conozco nada de vuestras vidas, ¿tanto me parezco a él?

—A veces pienso que se ha reencarnado en ti —solo la miré.

Se había cortado el pelo, llevaba pantalón vaquero y botas, su aspecto juvenil me sorprendió, no sabía que mi sorpresa no había hecho más que empezar. La abuela estaba guapa, pero esa tarde estaba triste, su rostro no reflejaba la felicidad y la satisfacción que había estado viendo desde mi regreso. Se marchó a la cocina a preparar una merienda y café, yo me levanté para ver una foto, era un marco aislado del resto.

Eran mi abuela y el señor Alfred, muy jóvenes y vestidos de uniforme, en ese momento, me dio por pensar que siempre había necesitado a Zora en mi vida sin saberlo, y ella me había esperado siempre sin conocerme, todos de un modo u otro nos necesitábamos.

—¡Gabriel! Estaba recordando cosas de mi viaje, y no me percaté de que la abuela había vuelto, la bandeja del café estaba encima de la mesa, ella tenía la invitación para la boda en las manos, me acerqué a ella; había llorado mientras preparaba la merienda.

—¿Qué ocurre abuela?, ¿qué te atormenta tanto y todavía no me has contado? —le cogí de las manos para sentarnos, parecía tan frágil.

—No creo que tenga ningún derecho a pedirte nada, solo queda un mes para tu boda.

—Puedes pedirme lo que quieras, gracias a ti conocí a Zora, a ti te debo haberla encontrado.

—Gabriel, lo que tengo que contarte es muy serio, algo que ocurrió durante la segunda guerra mundial, tan solo lo saben los que estuvieron conmigo entonces, todo se tapó y silenció para proteger el mundo, en eso no te engañó el señor Daniels, pero no te contó toda la historia sobre lo que pasó, solo yo puedo hacerlo.

—¿Qué contiene la información de esos documentos?

—Algo que podría haber cambiado el rumbo de la historia en manos de los alemanes, pero lo realmente peligroso aún sigue oculto. Le debo mucho a ese policía.

—¿¡Tú le debes a ese hombre!?, me dijiste que me olvidara de él

—Ese hombre es el único que sabe toda la verdad, y siempre ha estado callado, a pesar de que siempre lo han querido matar, eso no justifica lo que hizo, pero es el único que nos puede ayudar.

De nuevo estaba perdido, lo único claro era que mi intuición, una vez más, no me había fallado al pensar que mi encargo no había terminado, que lo más grave todavía no había visto la luz.

—¿Por qué yo?

—Tus carencias agudizaron tu ingenio, y lo lograste, depositaste toda tu confianza en desconocidos y no te rendiste ante las dificultades, eso te ha hecho digno de toda mi confianza en esto, porque mi corazón siempre lo has tenido, y por eso creo que lo puedes conseguir.

Hablaban de mí, ella y papa, la tarde que celebré mi cumpleaños con mis amigos, estaban de acuerdo en mandarme a Galkay desde el principio, a mi madre se lo dijeron quince días antes de irme, mamá le hizo firmar a la abuela un papel, asegurándole que no me pasaría nada.

—¿Quieres que busque a Daniels, más documentos secretos?

—Antes debó concretar algo con el señor Alfred. Gabriel, escucha bien, cástate y disfruta, si esto te causa el más mínimo problema con tu esposa, no dudes, lo entenderé.

Quiero que lo pienses bien, este asunto no será tan fácil y rápido, y por fin podré contarte todo lo que esconde la catedral.

—¡El gigante!, sabía que aquel monstruo de piedra tenía mucho que contarme.

De mi decisión dependía que se cerrara definitivamente el círculo.

QUINTA PARTE: El Libro

Se retrasaba diez minutos, haciendo suyo mejor que nadie el tópico de que todas las novias llegan tarde a su boda. La ceremonia se celebró al aire libre, y por lo civil. Estaba nervioso y emocionado. Que caprichosa e inoportuna es la mente humana, me estaba acordando de la mujer anciana, de lo grosera que fue conmigo cuando me sorprendió haciendo fotos al carro de madera casi podrido, volví en sí por el aplauso y me di la vuelta. Había llegado del brazo de Brian, estaban parados a unos veinte metros de mí, me puse más nervioso mientras se iban acercando, entre las palabras cariñosas de algunos invitados. Cuando me la entregó su tío y cogí la mano de Zora me recorrió un escalofrío de felicidad, estaba tan hermosa que me quedé como siempre me dejaba, bloqueado; parecía la diosa de la pureza.

No dejaba de sorprenderme, con la ayuda de mi madre, había mandado recubrir de cristal sumamente fino y resistente el trébol, alrededor llevaba incrustados brillantes, sin duda un gran trabajo de joyería, lo llevaba prendido en el cabello. Recordé el día que me lo dio para que me trajera suerte, y apenas prestaba atención al hombre que oficiaba la ceremonia

—¿Aceptas Gabriel?

—¿¡Qué!?! —pregunté confundido y se oyeron risas de fondo.

—Sí, acepto.

Zora me dio su mano y le coloqué el anillo, luego ella me colocó el mío.

—Yo os declaro por los poderes que me han sido otorgados, ante todos los presentes, marido y mujer.

La besé ante la atenta mirada de todos, me sentía más que feliz. Abracé y besé a toda la familia muy emocionado, luego a los invitados, y estreché en un gran abrazo al señor Oscar, había venido desde Galkay para estar con nosotros, le dio un beso muy cariñoso a Zora, para él era muy especial mi esposa. Brian me observaba, estaba a unos metros, junto a mi abuela. Me acerqué a ellos y abracé a mi abuela.

—Cariño, te deseo lo mejor.

Brian me estrechó la mano, quise ver en su rostro un intento por sonreír, fuera del pueblo adoptaba esa actitud autoritaria de espía, a mí me hacía gracia. Cuando por fin conseguí que se riera un poco me dio un abrazo.

Gracias, nunca la he visto tan feliz —dijo mirando a su sobrina.

—Vete con ella Gabriel —me pidió mi abuela—. Ve, y pasadlo bien, hoy es vuestro gran día.

Y lo fue, nos hicimos fotos, comimos, bebimos, nos reímos y bailamos hasta el amanecer, disfruté con todos y todos lo hicieron hasta el agotamiento, conseguí que Brian bailara con mi abuela, fue un momento digno de fotografiar y lo hice.

Después de la cena estuve esperando al señor Alfred, finalmente no se presentó, la abuela nos hizo saber su regalo, había ingresado en nuestra cuenta una cantidad de dinero desorbitada para el viaje de novios. Me quedé blanco, la abuela se dio cuenta.

—Ese hombre no sabe hacer las cosas de otra manera, disfrutadlo —dijo, y Zora y yo nos reímos.

Me llevé a mi esposa a casa, y me dediqué a ella en cuerpo y alma, la amé hasta quedar como yo decía sin aliento, y de nuevo sentí que era mágico y apabullante estar con ella.

El viaje de novios duró un mes, fuimos a ver todo lo que a Zora le hacía más ilusión, París, parte de Italia, la Alhambra de Granada en España, y para terminar fuimos a ver la iglesia de San Patricio en Dublín, lo fotografió todo, y disfrutó del mundo como siempre había deseado. Regresamos a los Hampton y todo siguió igual, el periódico me daba muchas satisfacciones, Zora me hacía muy feliz. Aquella primavera del 84 todo estaba tranquilo menos yo, no tuve más noticias del señor Alfred, el tío de Zora seguía mandando cartas.

Una tarde cuando regresé del trabajo, encontré un sobre y un paquete en la entrada. Lo había dejado allí Zora para que lo encontrara nada más entrar, esa tarde ella tenía cita con su terapeuta en Nueva York. Abrí primero el sobre, era de Oscar, me mandaba tres fotos del pueblo, en una estaba junto a un caballo, me emocioné y me reí, en la imagen se le veía feliz, parecía diez años más joven, me daba las gracias por haber conseguido que Galkay fuera de nuevo un buen sitio

para vivir. El paquete no tenía remitente, lo abrí, “El guardián entre el centeno” era una novela, no recordaba haberla visto en las bibliotecas de la facultad, estaba algo vieja, quizá la había pedido Zora, la ojeé por encima sin mucho interés, hasta que en las páginas finales leí:

“A la señora Eleonor, con aprecio. Atentamente, J. D. Salinger”. Cerré el libro y miré quién era el autor, ¿era el mismo que había firmado la dedicatoria!, no entendía porque la abuela me había mandado un libro suyo, ¿quería que lo leyera?, ¿era una pista?, después de la boda nos habíamos visto varias veces y habíamos hablado por teléfono, no me había dicho nada ni me había dado el libro, y lo mandaba en plan secreto.... me quedé unos instantes mirando la novela, sin saber que significaba aquel envío. Cuando se lo enseñé a mi esposa me dijo que ella lo había leído, se lo había dejado su tío, éste también tenía un ejemplar firmado. Zora me explicó de qué trataba la novela, contaba la historia de un joven que estaba tan perdido como yo lo había estado, me hizo un breve pero intenso análisis del personaje, cuando terminó la miré.

—¿Es una comparación conmigo? —pregunté un tanto molesto y confundido.

—Bueno, es exagerado, tú no eres así. Creo que esto es un aviso de Nora.

—¿Te refieres a lo que te conté durante el viaje de novios?

—Sí, puede que ella crea que ha llegado el momento, y espera que vayas a verla para tratar este tema.

—Zora, cuando te conocí todo tu mundo estaba rodeado de libros, y ahora esto, no lo entendí, ahora pienso que puede haber relación entre ellos y los documentos, aún guardo piezas del puzzle que no he podido encajar.

—¿Conoces algo del autor de esta novela?

—No. Deberías hablar con tu abuela, creo que ella te lo explicará y lo entenderás, puede que así te ayude con tu decisión.

—¡Zora no quiero dejarte sola otra vez!

—No sé lo que tienes que hacer, pero debes ayudar a Nora.

—Mi abuela me dijo que este asunto no sería tan fácil ni rápido, quizá tenga que estar fuera bastante tiempo.

—Estaré bien, estoy acostumbrada a estar sola.

—Zora, no te traje aquí para dejarte sola.

—Estoy segura que después podrás encajar todas las piezas en tu puzle, y dejar de darle vueltas a todo esto, ¿crees que no me he dado cuenta?, llámala, por favor, no demores las cosas como hiciste en el pueblo.

Tenía razón y llamé a mi abuela, me citó tres días después para vernos en la editorial.

Tenía delante aquel edificio de cristales ahumados, me quedé mirando el ángel de la cúpula. Entré y pregunté por la señora Eleonor, enseguida me indicaron donde estaba. Me esperaba en el mismo despacho donde yo acepté el encargo, resultó que era suyo, en él pasaba mucho tiempo, la editorial de libros de arte estaba a su cargo. Debieron decirle que subía porque cuando llegué estaba la puerta abierta, y me asomé.

—Pasa Gabriel. Miré alrededor, todo seguía igual... las fotos en blanco y negro.

La abuela estaba vestida con un traje gris de pantalón, zapato plano y el pelo engominado hacía atrás.

—Este es mi mundo —dijo, y no entendí, ¡la abuela se dedicaba al arte!

—Esto no es más que una tapadera, mis reuniones en Manhattan con amigas, en realidad siempre he venido aquí.

—¿Eres espía? —pregunté acercándome.

—Lo fui cariño, antes que tu abuelo, ahora me dedico a hacer informes y preparar documentos para el señor Alfred.

Me estaba forjando a fuerza de sorpresas, la revelación de mi abuela me dejó igual, lo tenía que haber imaginado pero era una mujer que despistaba mucho.

—Hace muchos años estuve trabajando en el centro de protección de datos, y antes en un despacho en Washington, también estuvo tu abuelo.

—¿Y lo qué me contaste de la embajada, os conocisteis allí?

—Sí, es cierto, nunca te he mentado en lo que respecta a mi matrimonio. Conocí a tu abuelo en una fiesta en la embajada, yo tenía diecinueve años, pocos días después comenzó nuestra relación.

Mis abuelos habían sido espías para el gobierno americano, toda la familia lo sabía, ¡a mí me lo habían ocultado!, tendría alguna explicación, la abuela se dio cuenta de mi decepción y me contó el por qué.

Al poco de cumplir yo cuatro años y, después de hablar con su suegra, mi madre pidió a toda la familia que nunca me contaran nada, la palabra espía y el tema estaban prohibidos siempre que yo estuviera presente. Fui un niño muy inquieto, muy impresionable, y siempre andaba liado con algo, no veía el peligro y siempre tenía a todos detrás para que no me lastimara, me pasaba el día disparando contra los malos e imponiendo el orden, me gustaba el ambiente policiaco, y a pesar de lo trasto que era siempre fui buen estudiante, mis notas eran inmejorables. La primera vez que falté al colegio tenía ocho años, me escayolaron un pie después de caerme de un árbol. Mis padres querían que estudiara y me sacara una carrera, ellos pondrían todos los medios a mi disposición, no querían que me dejara seducir por el espionaje y todo el peligro que ello implicaba, querían que canalizara mi curiosidad y energía con algo más tranquilo y menos secreto. Ese era el único motivo de no decirme nada, creían que si lo sabía haría lo imposible por ser agente secreto, y probablemente tuvieran razón. En ese momento me acordé de algo, en casa de mi abuela nunca había visto ningún libro, a pesar de tener una gran biblioteca junto al despacho.

—Háblame del libro que me enviaste, Zora creyó que era una pista.

—Tu esposa es muy lista.

—Es importante para ti, ¿por qué?

—Con él empezó todo esto. Cuando murió tu abuelo quemé todos los libros, fue un momento de profundo dolor y rabia, solo he conservado el que te mandé.

—Está dedicado por el autor, ¿eráis amigos?

—Sí. Nos conocimos en una de las fiestas de la embajada, alguien nos presentó y coincidimos en bastantes ocasiones, era un joven muy especial, y despertó mi interés por muchos motivos, a tu abuelo también, después no supimos más de él, parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

—Un escritor... ¿tuvo algo que ver con los documentos?

—Gabriel, el señor Salinger trabajó para los alemanes, estuvo en las terminales de comunicación,

teléfono y telégrafo, estaba encargado de preguntar a los nazis e incautar documentos e información.

Zora me había dicho que aquel escritor era americano, ¡también les había traicionado!, no estaba entendiendo nada.

—Abuela, pero ¿qué tiene que ver ese hombre escritor con la catedral?

—Cariño, escucha bien. Un día me llamó el señor Alfred y fui a su despacho, estábamos en Washington. Me informó de que el señor Salinger había sido reclutado para el contraespionaje en Alemania. Después de tanto tiempo me sorprendió tener noticias de él.

Nos ayudaría desde su puesto de comunicaciones, estuvo muy vigilado todo el tiempo, le resultó muy difícil, y aun así, su información nos resultó muy valiosa. Le dijo al señor Alfred que solo hablaría conmigo, solo a mí me daría la información obtenida. Durante un tiempo fue de gran ayuda para nosotros en la segunda guerra mundial.

Ya entonces el señor Daniels empezó a dar pistas sobre el lugar donde estaban escondidos los documentos, y hubo algunos movimientos en Dublín que nos alertaron. En esa época tu abuelo iba mucho al lago Patricia en Canadá, estuvo supervisando la construcción de un portaaviones de hielo, fue un proyecto muy ambicioso que fracasó, y lo hundieron en ese mismo lago donde lo empezaron a construir.

Escuchaba a la abuela y al mismo tiempo me preguntaba quién habría asesinado a mi abuelo, qué tenía que ver un escritor con todo lo que yo había hecho en Galkay, la abuela estaba dispuesta a contarme todo pero le pedí que fuera al grano.

El policía corrupto fue quién informo a los alemanes de las visitas de mi abuelo al lago, hasta el día que lo localizaron en su avioneta y lo mataron junto a un amigo que le ayudaba. Pero Daniels no sabía de la amistad entre Eleonor y Salinger, y ese fue su error. Le contó todo lo que pretendía hacer al escritor, entonces este ideó un plan que contó al señor Alfred y a mi abuela, consistía en sacar los informes secretos de Dublín y hacer creer al señor Daniels que los habían escondido en la catedral, en una caja igual que la que yo encontré en el campanario, el trabajo del patio lo habían hecho unos hombres especializados y mandados por el señor Alfred. En ese punto de la

explicación me quedé desconcertado, el señor Alfred había mandado esconder los documentos en la columna que yo destruí a mazazos, ¿por qué no los recuperaron entonces en vez de esconderlos otra vez?, le dije a la abuela que no lo entendía y entonces me contó lo del trato entre el gobierno alemán y el americano, por orden de alguien más importante que el señor Alfred. El primer hombre que había ido al pueblo, y había entrado en casa de Zora engañándola, era un hombre del gobierno alemán, un mediador, ajeno a los traidores y que había pactado con estos que podían mandar hombres a buscar, al igual que los que mandara el señor Alfred, una vez que encontraran los documentos todo terminaría, pero si no se seguía el pacto los traidores tendrían vía libre para matar, y así terminar con el pueblo de Galkay y con la catedral, los alrededores también corrían peligro.

Cuando el padre del policía murió quemado en el incendio de la catedral, Daniels buscó venganza, sacó los documentos del gigante y los escondió, sin saber que lo que estaba escondiendo era falso, e hizo creer a los traidores que seguían dentro de la catedral, por eso todos los tipos habían fracasado. Lo de las letras era cierto, idea del señor Salinger.

Había seis libros iguales repartidos por toda la catedral, cada uno con una de las letras de la palabra Yarbog, en cada libro un pasaje de varias líneas, con la misma fuente de procedencia al final, leyendo los seis pasajes juntos y por orden, decían claramente donde estaba la caja con los dibujos del apocalipsis, los papeles con bosquejos que yo encontré en la casa de libros de Gobray eran de los alemanes, desgraciados, y cegados por conseguir dinero, poco preparados e incapaces realmente de encontrar nada.

Yo encontré los documentos gracias a Zora, la abuela estaba al tanto de todo lo que leía e iba aprendiendo en los libros, era Brian quién les informaba sobre su sobrina, después de que la abuela le enseñara el ojo dentro de la cúpula que había en el patio. Para todos yo había hecho lo más difícil por encontrar la caja, para mí fue lo más fácil, porque a Zora y a mí nos guiaba nuestro gran amor, y esa fue la clave del éxito. La otra caja seguía escondida, en ese momento agradecí que el señor Daniels no me hubiera dicho nada o dado alguna pista, o yo hubiera perdido el tiempo buscando una caja falsa.

De los documentos se extrajo una parte, la más importante y peligrosa, el abuelo tenía previsto esconderla cerca del lago Patricia, no le dio tiempo, pocos días antes lo mataron, y Daniels, por suerte, se hizo con la información y la volvió a esconder en su venganza contra los alemanes traidores. El señor Salinger vino a ver a la abuela, a mostrarle sus condolencias, y para hablar con el señor Alfred, le dijo que no matara al policía, porque era el único que sabía dónde estaban escondidos los papeles, el único que sabía quien había matado a mi abuelo y muchos detalles sobre los planes de los traidores. Llegaron a un acuerdo, le perdonaban la vida a cambio de no decir nunca a nadie donde estaba la información extraída, y lo mandaron a la comisaria, con eso aseguraban su supervivencia, pero no estaba a salvo de los intentos de asesinato si salía de Glasfort, lo que yo presencié la tarde que lo encontré tirado y herido en su dormitorio, fue algo que hubieran lamentado mucho, sobre todo Eleonor, que no quería morir sin saber quién había matado a su esposo, y dónde estaba la información que faltaba.

Después de todo aquello, el amigo escritor de mi abuela desapareció de la vida pública, tiempo después le mandó el libro firmado, sin remitente, el señor Salinger no quería que nadie supiera donde estaba.

Por fin me encajaban las piezas, y entendía todo lo que me habían ido contando, lo verdadero y lo falso.

—Gabriel, espero que lo hayas entendido.

—Sí, todo está claro —contesté mirándole a los ojos y pensé, lo mucho que todos conscientes o no, me habían mentado.

—¿Crees que Daniels escondió los papeles en el lago?

—No creo nada.

—¿Quieres que le busque?

—Eso va a ser muy difícil, el mundo es muy grande.

—Sí —pensé y asentí con la cabeza.

—Cariño, sabes que el señor Alfred no lo tiene vigilado fuera de Glasfort.

—Abuela, dime, ¿qué peligro corre la humanidad?

—Es mejor que de momento no lo sepas, solo intento protegerte. No estoy autorizada a dar esa información.

¿Por qué crees que lo puedo conseguir?

—El señor Daniels no sabe quién eres, puede que piense que eres uno más mandado por un superior del señor Alfred, y bajo las órdenes y responsabilidad de este último, realmente no creo que él creyera lo que le contaste sobre tu trabajo en ese pueblo, o lo de tu relación con Zora, te utilizó y siguió la corriente cayendo en una trampa, sin tu saberlo, al contarte cosas que no debía.

La miré esperando que me explicara mejor su respuesta.

—A ese pobre hombre le gusta mucho tener aliados.

En ese momento me acordé de lo que me había contado Oscar. El policía tenía un aliado en el hospital y se lo dije a la abuela, ya lo sabía, todos estaban al tanto desde hacía algunos años. El plan inicial consistía en que yo fuera al hospital, y hacerle creer al aliado que yo era amigo de Daniels, para que me dijera dónde estaba escondido, lo demás estaba en manos de la suerte, y de lo que yo hiciera. Libre albedrío para conseguir mi propósito. En todo momento estaría vigilado para protegerme, pero no en todo el mundo, había muchos riesgos y ninguna recompensa, solo la satisfacción de ayudar a la abuela. A mí no me quedaban ganas de más desafíos ni de retarme.

—¿Cuándo empiezo?

—En dos días a partir de mi llamada, le diré al señor Alfred que has aceptado, el pondrá todo en marcha.

Al día siguiente recibí un paquete, contenía dinero para dieta y transporte, algunos documentos para poder viajar sin ningún problema. En uno decía que yo era colaborador del gobierno americano, era un documento con cierto poder, y ellos tenían tanto que podían haber puesto que yo era astronauta del espacio en misión secreta. Lo que les diera la gana. Mientras me reía de mis ocurrencias me fui a dejar la caja al garaje, entonces miré mi moto y lo tuve claro, ¡me la llevaba!, esa iba a ser mi única condición, donde fuera yo iría ella, llamé a la abuela para decírselo, me dijo que solo sería un estorbo pero insistí, no le quedó más remedio que aceptar. La llevé a un

taller y me la pusieron a punto, mandé que la pintaran de oscuro, su color amarillo brillante de su época era muy indiscreto y feo.

Me compré una buena faja lumbar, y unas botas donde podía meter las plantillas. Por momentos me emocionaba, y por momentos me preguntaba dónde me estaba metiendo otra vez. Al anochecer lo tenía todo preparado.

El periódico seguiría sin mí, lo dejaba a cargo de un redactor. Cuando se lo conté a mi madre se volvió a disgustar mucho, le pedí que cuidara de Zora en mi ausencia.

Tenía que marcharme.

Besé largo rato a mi esposa con los ojos cerrados, quise con ello poder detener el tiempo.

—Ten mucho cuidado Gabriel.

—Te quiero. Te prometo que pronto estaré de vuelta —la abracé.

Arranqué mi moto con destino al aeropuerto, dejé los Hampton con una extraña sensación, ya la conocía bien, era la misma que había tenido en Galkay.

Ya en el aeropuerto recogieron mi moto y el casco. Faltaban casi dos horas para subir al avión, por lo que estuve dando vueltas con mi pequeña bolsa, en ella solo llevaba mi cámara, documentos y la medicación, hasta ese día la había tenido que usar poco. No podía llevar nada más, lo que necesitara lo tenía que ir comprando sobre la marcha, por orden del señor Alfred. De nuevo el dinero a mi disposición sin tope. Durante el viaje leí, y dormí un poco, no quería pensar en nada, dejé que los ojos negros de Zora invadieran mi mente.

“¿Estás preparada pequeña?” pregunté ya subido en mi moto. Estaba en Irlanda.

Cuando llegué a Glasfort paré enseguida, me tomé un café y algo de comer antes de empezar. Estaba un poco desorientado con el cambio de horario. No me dolía nada, me pasé la mano por la cadera al tiempo que pensé que no sabía cómo se llamaba el aliado.

Entré en el hospital y fui al mostrador de información, una mujer morena de mediana edad me miró sonriendo cuando me tuvo delante, solo le di los buenos días y en un acto reflejo salí a la calle rápido. ¿Qué le iba a decir a aquella mujer?, hacía mucho tiempo del ingreso de Daniels, y sería algo secreto entre los dos. Se me ocurrió algo y lo puse en marcha. Al cabo de cuarenta minutos ya

estaba otra vez dentro del hospital. Me metí por un pasillo y empecé a andar despacio con la vista al frente, recorrí dos veces toda la planta baja con un cartel sujeto a mi pecho con las dos manos. Subí a la primera planta y me puse un poco nervioso, algunas personas me miraron con descaro, me sentía ridículo. Continué hasta la segunda planta más nervioso, y seguí andando.

De pronto alguien metió su brazo por el mío, sujetándome unos centímetros por detrás de mí, seguí andando con la mirada al frente, seguía sujetando el cartel con ambas manos, donde había escrito: “Busco al aliado del señor Daniels”. Andamos hasta que nos metimos por una puerta con cristales oscuros. Me soltó y me giré para verlo, era un hombre grueso y calvo, de mediana edad, con enormes gafas, le hacían los ojos tan grandes que me recordó a una rana.

—¿Por qué me busca?, ¿quién es usted? —tragué saliva, e intenté mantenerme frío y ser amable.

—Soy un buen amigo de Daniels, necesito que me diga dónde está si lo sabe, por favor.

—Es muy joven para ser su amigo, nunca le he visto con alguien como usted, tiene pinta de....

—¿Cree que quiero matarle?, no es mi propósito, solo quiero encontrarle para ayudarlo con algo, él también me ayudó.

Aquel hombre no se fiaba en absoluto de mí, me miraba con cierto temor.

—Escuche, él me pidió que lo buscara después de un tiempo, cuando saliera de Glasfort.

—No sé dónde está, disculpe debo volver a mi trabajo —paré su mano justo a punto de abrir la puerta.

—No hemos terminado nuestro paseo por Galkay —dije, di unos pasos hacia atrás y el hombre se acercó mirándome fijamente.

—Usted también es...

—Sí, soy aliado suyo —dije sin pensar, ni saber si era lo que me iba a preguntar.

—Fui yo quien llamó desde casa de Daniels pidiendo una ambulancia, la tarde que casi lo matan esos desgraciados alemanes —dije jugándomela, me pareció que el hombre bajaba la guardia.

—¿En qué anda metido esta vez, mi amigo no va a descansar?

—Daniels me pidió que no contara nada, le debo lealtad, espero que lo entienda —el hombre asintió y se dio la vuelta. Se me estaban acabando las ocurrencias, le miré acercarse hasta una

mesa donde había un teléfono y me asusté, creí que iba a llamar a alguien para que me echaran de allí. Se sentó tan tranquilo y se puso a escribir en un papel.

—Tenga, ahora márchese —me empujó fuera de la habitación.

—Gracias.

—Espero que no vuelva nunca —me dijo y se marchó con el paso acelerado.

Me guardé el papel, y me fui por las escaleras hasta la planta baja, seguí sin mirar nada hasta la calle. Saqué el papel, tenía dos direcciones, de su casa en Glasfort ¡estaba allí!, y otra en Dublín, parecía no querer arriesgarse más, sabía que fuera de allí el peligro se triplicaba. ¡No me podía creer que ya supiera donde podía estar Daniels!

Nunca lo había hecho, pero en ese momento miré hacia arriba dando gracias; la cosa no parecía tan complicada. Me fui a casa del policía, al llegar tuve una rara sensación, parecía un Deja Vu, pero era real, ya había estado allí antes. Me acerqué hasta el portal, estaba abierto, dudé si llamar primero o subir a la tercera planta, subí, respiré profundo, y me acordé de un comentario que me hizo Oscar.

“Puede haber una conexión con Zora”. Estaba reviviendo una situación ya vivida en otra vida, ¡Gabriel, llama!, me dije a mi mismo, lo fácil que me resultaba perderme divagando. Toqué el timbre, insistí, acerqué mi cara a la puerta por si oía ruido, nada, ¿estaría en Dublín? No sabía qué hacer, podía volver más tarde a su casa. Mientras bajaba las escaleras, recordé la escena del policía tirado en el suelo y lleno de disparos, tuve un escalofrío al acordarme de mi miedo esa tarde.

Estuve dando vueltas con mi trasto. Paré en un semáforo, enfrente había una cafetería, necesitaba ir al aseo y aparqué. Pedí una botella de agua, y de nuevo en la calle busqué andando un cajero. Saqué algo de dinero con el mismo procedimiento, salvo que el código era distinto. Seguí andando y me encontré con un parque, había estado en el haciéndole fotos a Zora durante nuestra estancia de tres días en el hotel, lo crucé y después me metí por una calle muy estrecha. Llevaría andando poco más de un kilómetro, no debía seguir o muy posiblemente me perdería. Crucé otro parque

para dar la vuelta y poder pasar por un semáforo. Mientras esperaba para pasar miré a la derecha, ¡era la comisaria!, no sé por qué me sorprendí, y algo me hizo acercarme despacio.

Me situé discretamente, vi salir a varias personas, a un policía, al cabo de un buen rato dos policías más se fueron de allí con un coche patrulla. Todo lo que me venía a la mente era desagradable. Esperaba con la esperanza de que Daniels saliera en cualquier momento, en el fondo sabía que eso no iba a pasar, ¿o sí?, no debía descartar nada, después de lo vivido en Galkay no debía dar nada por sentado, podía pasar cualquier cosa. Me habían echado de allí pensando que me acostaba con una mujer casada, si, casada conmigo, me dio risa. Tenía que buscar alojamiento y volví tranquilamente sobre mis pasos, a medio camino empecé a sentir otra rara sensación, me dio por pensar que me estaban siguiendo. Parado en otro semáforo escuché detrás de mí,

—¡Gabriel! Sentí una punzada en la boca del estómago y muy despacio me giré, me quedé mudo e impasible mirándole, iba vestido de paisano.

—No se asuste, quiero ayudarle, sigamos andando —fuimos hablando mientras caminábamos.

—¿Me recuerda? siento mucho no haberle ayudado entonces, pero no podía.

—Sí, lo sé. Usted me echó a la calle, y cerró la puerta para que no volviera a entrar en la comisaria.

—Lo siento, créame. Le he visto por la ventana, ¿sabe que ha estado dos horas?, cuando le he visto no me lo podía creer, he estado esperando dentro para seguirle.

—¿Qué quiere?, no me conoce de nada, no me ayudó entonces, ahora sí ¿por qué?

—En esa comisaria se han cometido muchos errores, de hecho hace tiempo que solicité un traslado, no me hice policía para esto.

—No puedo perder tiempo, ¿qué es lo que quiere?

—Está buscando al señor Daniels —dijo y me paré en seco.

—Siga andando por favor, le explicaré todo.

—¿Por qué cree que le busco?

—Últimamente ha habido mucho movimiento en la comisaria, me ha recordado a cuando estuvo

usted aquí, y alguien ha estado día y noche vigilando.

—¿Quién?

—Seguramente alemanes —sentí otra punzada en el estomago.

Aquel hombre parecía saber sobre el asunto, en ese punto le presté más atención, él miró varias veces hacía atrás temeroso por si nos seguían.

—Le contaré lo que sé en mi casa.

Seguimos caminando sin hablar, pasé por enfrente de mi trasto. Cruzamos la avenida y nos metimos por una calle a la izquierda, nos paramos en una puerta oscura, vivía solo, en una planta baja, la única en toda la calle.

—Pase por favor —entré y me llevó hasta la cocina.

Era una vivienda pequeña, los muebles muy antiguos, todo lo era, había un uniforme colgado en la manija de una puerta.

—Sé lo que está pensando, era de mis padres, me vine aquí cuando me destinaron a esta ciudad, en cuando pueda me iré de Glasfort.

Le escuché por educación, pero lo único que me interesaba era que me dijera dónde estaba Daniels, sacó un par de refrescos de la nevera y se sentó.

—Le ha mandado alguien de su gobierno —dijo en tono firme y seguro.

—Lo leí en un informe, dos días después de su visita a la comisaria, en realidad no hicieron comprobaciones, ya sabían quién era usted, les ordenaron negarlo todo y no prestarle ninguna ayuda, me gustaría compensarle, aquel día me di cuenta de su desesperación. Aún no me creo que le tenga delante.

—¿Por qué hace esto? —pregunté y él se levantó.

—Ese hombre nos ha puesto en peligro varias veces. Hace años hubo un tiroteo en la comisaria, por suerte solo hubo heridos leves. Por su culpa he doblado turnos, y me he tenido que quedar de noche vigilando en la comisaria yo solo, echaron a un buen compañero al que obligó a mentir bajo amenazas, cada vez que lo he visto se me han revuelto las tripas. Es un hijo de Satán.

Cada vez que alguien le nombraba hacían referencias comparándolo con el señor de los infiernos,

me resultó curioso. El policía se alteró y continuó de pie.

—¡Sé lo de la Catedral, lo de ese pueblo de Galkay, lo ponía en el informe, se lo dejaron olvidado encima de una mesa, esa comisaria es un descontrol con este asunto!

—Por miedo —dije muy serio.

—¡Sí! Sé que vino de Nueva York para ayudarnos, usted no tiene formación, por lo que he leído es periodista, y ha vuelto, ¿qué tiene que hacer cuando lo encuentre, le han mandado para matar a Daniels? —lo miré muy sorprendido y me levanté.

—No, no voy a matarle, solo quiero recuperar unos documentos de mi país, es una cuestión personal, no hay ningún beneficio. Si realmente quiere ayudarme dígame dónde está.

—¡Una cuestión personal!, usted sabrá, yo lo único que quiero es no tener que ver más a ese viejo loco, que no ha dado más que problemas —me puse delante de él, me sacaba casi dos cabezas.

—¿Dónde le busco?

—Creo que está escondido en Kerry.

—¿Está seguro?

—Aquí nada es seguro —contestó, justo lo que yo siempre pensaba.

—Le encontraré. Gracias por todo —me acompañó a la salida.

—Ya sabe donde vivo, deseo que tenga suerte y no me tenga que buscar, yo hoy la he tenido al encontrarle.

—Adiós.

Me marché pensando que el que había tenido mucha suerte había sido yo, a no ser que me hubiera mentido, sus datos no coincidían con los del aliado del hospital, uno de los dos me había mentido, o los engañados eran ellos.

—¡Oiga, espere! —me gritó y me di la vuelta. Me acerqué otra vez hasta él, tenía algo en la mano.

—Coja esto, creo que le puede ayudar, y no se fie lo más mínimo de ese hombre —lo cogí y cerró la puerta.

Era un sobre, dentro había unas fotografías, de Daniels, y de su coche, se veía claramente el modelo y la matrícula. El policía corrupto parecía ser mucho peor de lo que yo pensaba. Tenía que

confiar en el policía e ir al condado de Kerry, pero antes tenía que hacerme con los mapas de la zona, e informarme de cómo llegar con la moto, de allí solo conocía Galkay y Gobray, en otras circunstancias me hubiera acercado a visitar a Oscar, pero sabía que eso podía ser muy peligroso.

Me fui primero al centro comercial, me compré algo de ropa, productos de aseo, también una bolsa más grande para meterlo todo, al pasar por los teléfonos me giré para no verlos, “El número marcado no existe” ¡no existe, no existe!, lejos de tensarme al recordarlo me reí y salí a la calle.

Busqué como indicaba el mapa de Glasfort el centro de información especial para turistas, muy amablemente me explicaron cómo llegar hasta el condado de Kerry; tenía que viajar hacia el sudeste de Irlanda.

Llegué en apenas tres horas, tiempo al que yo estaba acostumbrado a viajar sin parar. Enseguida percibí otro ambiente y paré cerca de un acantilado, era la primera vez que no me dolía nada desde la última vez que cogí la moto en el pueblo de mi esposa. Las vistas eran impresionantes. Saqué mi cámara e hice varias fotos. Me quedé allí un rato respirando profundo la calma del lugar, la magia del entorno, corría una suave brisa y por instantes, me traía el suave aroma del mar. Me relajé tanto que de pronto me apeteció café, y recordé los que me preparaba Zora, aquel lugar le encantaría. Ya la echaba de menos.

Repasé el mapa. El condado estaba lleno de pequeñas poblaciones, ¿qué dirección tomaba? decidí dejarlo nuevamente al azar. Poco a poco la costa se iba alejando y el tráfico era menor. Al poco divisé un restaurante, y me metí por un camino para ir a él. El sitio estaba lleno de coches, solo mi moto, la dejé aparcada a un lado de la entrada. Había mucho bullicio, se diferenciaba claramente el turismo de la gente del lugar, hasta llegar a la barra, me crucé con varias camareras que iban cargadas de comida hasta las mesas, de pronto me entró hambre. Al fondo había un pequeño escenario, un chico estaba tocando la guitarra y la chica le seguía cantando, todo era de madera, me pareció un lugar muy acogedor y hospitalario.

Comí, y mientras me tomaba el café miré de nuevo los mapas, ¿dónde estaría?, imaginé que llevaba un detector de policías corruptos, y emitía una señal al tener cerca a Daniels, levanté la vista al notar a alguien al otro lado.

—¿Puedo ayudarte? —me preguntó una joven. Era una chica rubia con dos trenzas, muy alta y sonriente.

—¿Te has perdido?

—No, bueno, no lo sé —dije, y la joven me miró extrañada.

Perdido no era exactamente ¡era peor!, al no decir nada la chica se dio la vuelta.

—¡Espera por favor! —regresó sonriente.

—Si tuvieras que esconderte, ¿dónde irías?

—¿Eres un fugitivo? —su sonrisa desapareció.

—No, soy periodista —volvió a sonreír y a relajarse.

—¿Cuál es el sitio más raro o escondido qué...? —dejó de mirarme, y comenzó a arreglarse el traje y el pelo, me hizo gracia, creyó que le estaba haciendo una entrevista.

—Escucha, necesito encontrar a una persona, es muy importante, ¿cuál es el sitio más apartado u oculto de aquí?

—Hay varios sitios —dijo y la miré alzando una ceja.

—Sin duda yo iría a Black Valley —se había puesto de nuevo muy seria.

Miré el mapa. Estaba en Tralee, la capital del condado de Kerry. Tenía que desplazarme hasta la localidad de Killarney, se tardaba aproximadamente cuarenta minutos desde donde me encontraba, el mapa indicaba que muy cerca de esa localidad estaba Black Valley (el valle de la muerte) nombre muy apropiado dadas mis circunstancias. Me planté en el mismo centro de la ciudad en treinta minutos.

Nada más llegar me pareció un lugar agradable, muy tranquilo, no me quise hacer ilusiones, supuse que por allí todas las localidades eran parecidas, podía estar en cualquiera. Yo pensaba que un sitio alejado era lo mejor para esconderse, pero quizá Daniels no.

Conduje muy despacio y muy atento, paré en el primer alojamiento. Era una casa de huéspedes.

Nada más entrar me dio buena impresión, y alquilé una habitación con baño completo.

Me duché, y descansé sentado en la cama mientras miraba los mapas. Al rato me quedé traspuesto

con la imagen del gigante en mi cabeza. Había dejado mi trasto aparcado en la puerta, al salir a la calle la miré unos instantes, enseguida me giré y comencé a andar hacia la izquierda, a solo unos treinta metros me encontré con un bar, entré sin pensármelo.

Pedí un bocadillo y un refresco. El dueño del local me explicó cómo ir hasta el valle. Anoté todas sus indicaciones en los márgenes y en el mismo mapa. Según él, era una ruta algo complicada para ir en la moto y lo mejor era dejarla antes de bajar y seguir a pie, normalmente la gente iba hasta allí haciendo senderismo. Francamente no me apetecía nada andar, yo solo.

Cuando salí del bar había mucha más gente por la calle. Me fijé en varias tiendas, un local de copas, una pastelería, y una tienda de alquiler de bicicletas. Pasé junto a mi moto y continúe andando hacia la otra dirección por la misma acera. Había un cielo azul claro y despejado, algunos pájaros volando en círculos relajaron mis ojos unos segundos, hasta que los bajé de nuevo a la tierra, y una punzada en el estomago hizo que se acelerara mi respiración. Al otro lado de la calle había un grupo de policías, estaban hablando entre ellos y riéndose. El uniforme era distinto al que llevaban en Glasfort. Me acerqué para verlos mejor. Saqué uno de los mapas y me puse a mirarlo para disimular mientras me acercaba despacio. Uno de ellos hablaba muy fuerte, podía escuchar perfectamente lo que decía. Estaban quedando para reunirse horas más tarde en Glend Valley. Tenía que preguntar por ese lugar y ver que hacían, podían darme alguna pista sobre el paradero de Daniels. Regresé a mi alojamiento pensando, que tenía que levantarme pronto al día siguiente para ir al valle negro. Me imaginé una cabaña negra, pequeña y sin luz, oscura como el lateral quemado de la catedral de Galkay, a Daniels dentro con el uniforme puesto, la placa y la pistola en las manos, esperando a los alemanes y muerto de miedo.

No sabía si sentir pena o asco por él. ¡Asco! Por su culpa habían asesinado a demasiada gente, habían asesinado a mi abuelo. Me tensé de repente y miré mi moto, era lo único que tenía allí, mi inseparable compañera de viaje, ¡ay si pudiera hablar! Recordé a Zora con su casco rojo, y la imaginé paseando con su bici por aquellas calles, con su peto vaquero y sus labios pintados de rojo... Estaba aburrido.

El dueño del alojamiento me dijo donde estaba Glend Valley.

Estaba a diez minutos andando, justo dos calles paralelas por detrás de mi alojamiento. La gente allí era muy seria y silenciosa, pero sumamente amable y cooperativa con los forasteros, lo que me dio pie, a que me vinieran a la cabeza los desprecios y las malas caras hacia mi persona en Galkay.

De nuevo me encontraba sentado en la cama de una habitación ajena, de nuevo, y después de meses dormiría solo. Deseaba llamar a casa, oír de su voz que estaba bien y decirle que la amaba; me habían advertido que no llamara, todas las precauciones eran pocas por mi parte. Solo tenía un número en caso de emergencia, como si aquello de por si no lo fuera. No lo quería admitir, pero en el fondo sabía que estaba ante otro desafío, y esta vez, por voluntad propia. Me pregunté por qué no tendría una familia normal, una vida como la de la mayoría, sin retos ni peligros.

Glend Valley estaba en la avenida central de la ciudad, llegué dando un paseo, hacía fresco, pero el clima era muy bueno, y había bastante gente sobre todo a las puertas de los numerosos pubs y tiendas, había más bullicio que por la tarde. Era un ambiente tranquilo pero muy animado. Hacía tiempo que no frecuentaba establecimientos de ese tipo. Mi vida de casado en nada se parecía a mis años de excesos. Había aprendido a valorar el ambiente casero, los ratos de contemplación junto a mi esposa, a apreciar sus abrazos en lugar de mis carreras con las motos, no echaba nada de menos, solo a ella.

Nada de letreros, la entrada era discreta, solo un pequeño cartel a un lado: "Local de ocio y juegos Glend Valley. Bienvenidos". Había un hombre en la puerta, me informó que el sitio era solo para policías y sus familias, le dije que solo iba a tomar una copa. Me dejó entrar porque había poca gente, y porque le tuve que pagar una pequeña entrada, con ella me daban una consumición.

Entré y me senté al final de un lateral de la sala. Sonaba una música de fondo. La decoración era todo un tributo al cuerpo de policía, fotos de estos, disparando, en coche patrulla, deteniendo a un delincuente. Cuadros con placas, con pistolas, quise pensar que estas últimas eran falsas.

Conté dieciséis hombres, alguno más de los que había visto por la tarde, y todos con ropa de calle, enseguida me percaté del que hablaba muy fuerte, estaba eligiendo baraja, se habían reunido

para jugar a las cartas. Me levanté y fui a pedir un refresco, uno de los policías se fijó en mí. Hora y media jugando, me estaba durmiendo, no había ninguna dinámica, pedí otro refresco y lo pagué, aquello era un absoluto aburrimiento, la música había parado. De repente dos de los hombres me miraron, uno se levantó y se fue acercando, me activé de golpe.

—Buenas noches.

—Hola —contesté.

Me dijo que sabían que era forastero, le dije que era americano, cuando me preguntó qué hacía allí, observándolos, sentí una punzada en el estomago y contesté rápido.

—Soy periodista, estoy haciendo un reportaje sobre esta ciudad.

—Estupendo —contestó — Acérquese entonces, y haga su trabajo.

Me invitó a sentarme con ellos, y todos me estrecharon la mano. Estaba rodeado, me puse un poco nervioso, nunca lo había estado al entrevistar a alguien para el periódico, pero inconscientemente tenía miedo por si me descubrían “Tranquilo, no saben quién eres”. Ya empezaba la dichosa voz.

El que hablaba más fuerte se levantó y volvió con una cerveza.

—Tenga, va a necesitar algo más que un refresco para aguantarnos —me dijo y varios hombres se rieron. Todos y cada uno me explicaron su cometido, escuché, e interactué en la charla con el mayor desinterés que nunca en una entrevista.

Volvería a mi alojamiento medio borracho, cansado de oírlos y sin nada que me ayudara con mi búsqueda. Estaba muy equivocado al pensar ésto último.

Ellos también me preguntaron, querían saber el tiempo que iba a estar en Killarney, no supe por qué, pero supongo que en un intento de resultar más creíble les dije que continuaría mi reportaje en Glasfort, al nombrar esta ciudad un policía se levantó de repente, me miró de arriba abajo y se volvió a sentar, otro de ellos comenzó a recoger la baraja.

Me dijeron que se marchaban. Al día siguiente la mayoría tenían el día libre, por eso habían bebido más de la cuenta. A media tarde tenían otra partida cerca de allí, competían con otros policías, los ganadores recibían un trofeo que siempre colocaban en la comisaria. Me invitaron a ir con ellos y seguir mi reportaje, por suerte para mí, ante la insistencia de casi todos les dije que

sí, me sentí acorralado. Se fueron a hablar con el hombre que servía, solo uno me acompañó hasta la calle.

—Gracias por interesarse por nosotros —me dijo—. Fuera de aquí nadie nos tiene en cuenta.

Me marché. Aquel hombre parecía realmente agradecido, y yo me había comprometido a acompañarles al día siguiente, no podía ser tan blando, no quería perder el tiempo, ni posponer las cosas como había hecho anteriormente.

Cuando llegué el hombre del hostel estaba viendo la televisión, al verme entrar se levantó y me pidió que le esperara un momento. Me dio sábanas y toallas limpias.

Dormí de un tirón. Me desperté un poco mareado y sin ganas de hacer nada. Tenía que ir al valle negro, pero cambié de opinión mientras desayunaba.

Recorrí las calles con mi moto, atento por si veía el coche del señor Daniels, había memorizado el modelo y la matrícula. No vi ni un coche parecido en toda la mañana.

Podían pasar semanas, meses, la impaciencia ya estaba haciendo acto de presencia y me desmoralicé.

Regresé al hostel enfadado conmigo mismo por haber aceptado la invitación.

Acudí a la partida con una idea en la cabeza, aguantaría toda la tarde con los policías, y si no conseguía nada me pondría a buscar sin ayuda.

Aguanté las presentaciones y apretones de mano con mi mejor cara, intenté parecer interesado, pero aquello me importaba tanto como los confetis de colores.

Cuando terminaron se armó un gran revuelo por todo el local, habían ganado los que me habían invitado a acompañarles. Entre abrazos, felicitaciones y palmaditas en la espalda, me sentí agobiado y acorralado. Les dije que yo invitaba. Estaba deseando salir de allí.

Pagué al encargado y acto seguido me fui al aseo, necesitaba un poco de calma aunque fueran solo unos minutos. Cuando salí había un policía esperándome en la puerta.

Le saludé y seguí andando, me cortó el paso diciendo que quería hablar conmigo.

Me puse un poco tenso. Me llevó hasta un pequeño cuarto lleno de cajas de refrescos, y mucha humedad en las paredes.

—¿Por qué está aquí? —preguntó acercándose a mi cara. Tragué saliva y contesté muy serio.

—Solo hago mi trabajo, mañana me marcho.

El hombre se apartó de mí medio metro.

—Antes cuando ha pagado la cuenta, se le ha caído esto —me dio una de las tarjetas que llevaba en mi cartera.

—Está aquí para espiarnos, le manda su gobierno, ¿con qué propósito?

Me puse más tenso y no supe que contestar, el policía siguió hablando.

—No tiene cámara, ni grabadora, no ha hecho ni una sola foto, ni hoy ni ayer, tampoco ha apuntado nada, es demasiado observador, y muy joven.

Terminó de hablar y pensé que era estúpido, porque no me había molestado en disimular lo más mínimo, y de nuevo, un error me iba a ser de gran ayuda. Quería terminar lo antes posible y me armé de valor frente a aquel hombre.

—Solo estoy buscando a una persona, también es policía. El hombre me miró varias veces de arriba abajo, y se puso la mano en la barbilla.

—¿Por qué?

—Es una cuestión personal.

—¿Es personal y le manda el gobierno?

—Dígame que hace aquí o va a tener problemas.

—Le estoy diciendo la verdad, busco al señor Daniels, es un policía de Glasfort.

El hombre se echó la mano a la pistola en un acto reflejo, tuve suerte que al no estar de servicio no la llevaba. Se apartó de mí y se situó debajo de la puerta. Se había puesto nervioso.

—¿Lo conoce? —pregunté algo más tranquilo.

—Ayer me lo imaginé cuando nombró Glasfort, ¿va a cargárselo?

—¿Qué? ¡No!

—¡No!... pues será el único que no quiere.

—Si sabe algo, dígamelo por favor.

—Si aprecia su vida, márchese, váyase donde sea que tenga que ir.

—No puedo, llevo mucho tiempo con este asunto. Tengo que hablar con él lo antes posible. Me dijeron que puede estar en el Valle negro.

El policía bajó la cabeza y se puso a hablar entre dientes.

—¡Oiga, por favor!, ¿está allí?

—¡No! —me gritó levantando la cabeza.

—Si me dijera que se lo va a cargar me alegraría, pero creo que está tan loco como él.

—Sé que ese hombre ha dado muchos problemas.

—¡Problemas! —dijo nuevamente gritando. Me acerqué y puse mi cara cerca de la suya.

—¿Dónde está? —me miró, y luego metió una mano en un bolsillo de la chaqueta.

—¿Tiene un bolígrafo?

—No.

—Vaya periodista está hecho —dijo, y también que le esperara.

Regresó con unas anotaciones en un papel y me lo dio.

—¿Está aquí?

—Hasta ayer lo estaba.

—Gracias.

—Salga detrás de mí despacio.

Antes de entrar en el salón me guió por otra puerta trasera que daba a la calle.

—Gracias —le volví a decir, él solo me dijo adiós con la mano.

Tiempo atrás hubiera criticado mi conducta, mi fallo de carácter por no prestar atención, daba igual lo que tuviera entre manos. Por primera vez me alegré de verdad, y no para justificarme, tampoco para todo lo que tenía relación con mis accidentes casi continuos, pero desde que comenzó mi contrato (por llamarlo de alguna manera) con el señor Alfred, todos mis despistes, lejos de complicarme todavía más las cosas, me las había facilitado de alguna forma, quizá mi suerte se debiera entonces a lo que yo creía era un fallo de carácter, que en mi caso me beneficiaba, me reí, y me bebí una cerveza mientras me acordaba de Zora, tenía tantas ganas de

verla, de besarla... ¡Gabriel, céntrate! (la dichosa voz)

Tenía que salir de Killarney, y coger justo la dirección contraria al Valle de la muerte, el policía me había advertido que no preguntara a nadie por el escondite de Daniels, no quise pensar un posible por qué. El papel que me había dado tenía todas las anotaciones necesarias para que no me perdiera, incluso había hecho una aproximación del tiempo que tardaría en llegar, seis horas por la dificultad de algunos caminos, y en coche hubiera sido más largo el trayecto.

Era muy pronto, había dormido muy bien y me había levantado con ganas. Llené de gasolina el depósito de mi trasto y me despedí de aquella encantadora localidad. Me puse rumbo a un lugar sin nombre cerca de un gran lago.

Después de tres horas paré un poco y me estiré, iba cumpliendo al pie de la letra todas las indicaciones anotadas en el papel, y se me pasó por la cabeza que el policía me había engañado, y aquel trayecto no me llevaba donde estaba escondido Daniels, no me llevaba a ningún sitio; en los mapas que había comprado no había ni rastro del supuesto escondite.

Dejé pasar el pensamiento y continúe mi viaje.

Había tramos muy complicados, y la carretera muy estrecha apenas asfaltada, tuve que parar dos veces para retirar unas piedras, iba muy despacio, no me crucé con ningún vehículo, parecía que hacía mucho tiempo que por allí no pasaba nadie. Era tedioso.

Después de cinco horas volví a parar, y comí algo que había metido en la bolsa. Seguí, y a poco menos de un km el camino me llevó a un cruce, estaba anotado que girara a la derecha, había estado subiendo, y ahora, el camino más ancho y regular me llevaba hacia abajo. Pude ver pequeñas zonas con agua, y casetas pequeñas y abandonadas, el lago debía estar cerca.

Para mi sorpresa el camino desapareció, miré las anotaciones, había una interrogación, di por hecho que a partir de allí debía seguir buscando a pie. Dejé la moto entre unos árboles para resguardarla, en ese momento noté un leve crujido en la cadera, lo que me hizo acordarme de Galkay, y le pegué una patada a una piedra con rabia.

De pronto, el suelo se abrió en dos caminos, me metí por el de la derecha por impulso. A cada pequeño tramo la vegetación estaba más cerca, era más espesa y abundante; continuaba bajando.

Terminó el camino y se abrió un espacio de tierra, empecé a notar humedad, y el olor característico de la vegetación mojada; me paré de golpe al ver el lago. Me acerqué despacio, el corazón me empezó a latir rápido, tropecé con un tronco de árbol, allí había muchos alrededor de aquella extensión de agua; era un lugar mucho más bonito de lo que yo había pensado.

Di unos pocos pasos, y me quedé otra vez parado de golpe al ver un barco. Estaba a unos ochenta metros, seguí andando cada vez más nervioso. No sabía si llamarle a gritos, quizá no estuviera, o el barco era de otra persona, entraba y lo pillaba por sorpresa, ¡Daniels tenía un arma!, ¡Joder!, me temblaban las piernas, a unos quince metros tuve que parar para tranquilizarme, y entonces lo vi salir.

Parecía que se marchaba así que anduve más rápido y lo llamé —¡Daniels!.....

Se giró y me apuntó con el arma, mientras yo tragaba saliva la guardó y se fue acercando hasta mí; yo estaba quieto, ni pestañeaba.

—¿¡Señor Gabriel?! Ya veo que le subestimé, que estúpido fui.

El policía creía que me habían mandado al pueblo, y allí, para espiarle, tenía razón, pero los verdaderos motivos no los sabía; yo no le había dicho nada sobre mi desafío. Todo lo que me dijo en Glasfort, fue con la intención de que lo encontraran y lo mataran. Tuve que mantener sangre fría mientras me lo contaba, porque lo observaba, y sentí una gran pena por él. Estaba muy envejecido y estropeado, se había dejado barba, y estaba más delgado, parecía un indigente. Me pidió que pasara dentro del barco para seguir hablando, mientras entrábamos pensé que llevaba el arma encima.

De nuevo me sorprendió, todo estaba limpio y recogido como en su casa de Glasfort, todo bien conservado, todo menos él.

Me fijé que cojeaba un poco, aunque había estado haciendo rehabilitación la pierna no le había quedado bien después de los disparos. Me pidió que me sentara y sacó algo para beber.

—Daniels, no estoy aquí de visita.

—¿Quién es realmente? —me preguntó con voz cansada.

—Todo ese rollo de su trabajo, es periodista ¿no?, su relación con esa desequilibrada de la casa

roja

—¿Es mi esposa!

—Ya sabía yo que le había enganchado pero bien, supongo que querría salir del pueblo.

—¿Daniels, no he venido aquí a hablar de ella! —dije levantándome. Mientras di unos pasos me preguntó con voz firme qué era lo que quería.

Me acerqué y me senté. “Díselo ya Gabriel” (la voz)

—¿Dónde están los documentos?

Abrió los ojos, e irguió su cuerpo poniendo las manos encima de la mesa y alargándolas hacia mí con la pistola para que yo la cogiera.

—Daniels, no voy a matarle, tengo que saber donde están los documentos más importantes que se sustrajeron —dije clavándole la mirada. Me agarró unos instantes de la muñeca, me soltó y se levantó.

—Eso solo lo saben cuatro personas.

—¿Cinco! —dije recordando al escritor.

—Por eso me resultaba familiar —susurró.

—Mire, si de verdad está tan arrepentido como me dijo en el hospital, solo dígame dónde los busco y le dejaré tranquilo; necesito volver a mi vida.

—No tiene que buscar nada —me dijo mientras bebía.

—Daniels, me lo han contado todo. Siento que su padre muriera en el incendio, no quiero venganza, pero murieron personas inocentes, y otras muchas han quedado tocadas de por vida, termine ya con esto, por favor.

—Siéntese y escúcheme sin interrumpirme. Su abuela no le ha mentado, nadie lo ha hecho. Fueron dos alemanes los que asesinaron a su abuelo, yo lo sabía, pude haber informado de ello, lo callé para proteger el mundo —¿De qué?

—No creo que necesite saber los detalles, yo no creo en nada pero supongo, que este planeta después del holocausto sería lo más parecido al infierno.

Si su abuelo no hubiera ido al lago el día que lo mataron, yo no hubiera podido coger lo que él

quería esconder, y de todas formas lo hubieran matado. Mientras los alemanes creyeran que los documentos estaban escondidos, no pondrían en marcha lo que ellos llamaban “El fin del mundo Impuro”. Ese día, yo pude coger todos los papeles con las claves, y todo el protocolo para poner en marcha el proyecto, pasando a ser para ellos un traidor, un enemigo.

—Eso no tiene sentido Daniels, si ellos saben que usted escondió los papeles ¿por qué han intentado matarle tantas veces?, si muere nadie sabrá nunca donde están ¡deje ya de mentirme, no puedo perder más tiempo!

—La organización de traidores no son los que me quieren matar, señor Gabriel. Son dos hombres, ahora sus sucesores, los primeros traicionaron a los traidores, y mataron a tu abuelo, y también están muertos, los sucesores son los que han intentado matarme las dos últimas veces, ellos son, los que cuando encuentren la información que yo sustraje pretenden poner en marcha el plan.

—No Gabriel, no pude decirle nada al señor Alfred —en ese momento lo miré con más atención.

—Ya me dejó constancia de que era el hombre de las mil preguntas —dijo y tragué saliva.

—Había un acuerdo entre los dos gobiernos, sino se cumplía hubiera muerto mucha más gente, y usted, —chocaron nuestras miradas. —no hubiera conocido a esa mujer.

¡Zora!. Aquel hombre estaba intentando hacerme creer que él había salvado el mundo, a costa de la vida, y el sufrimiento de cientos de personas.

—Gabriel, no le estoy mintiendo —no sabía que decirle. Mi familia me había mentido, ¡mi abuela!, ¡y había dejado sola a Zora!, ¡Joder, joder!

—Tranquilícese. Solo le han contado lo que conocen, ellos no le han engañado, yo les engañé a ellos.

El señor Alfred me perdonó la vida para que no les volviera a traicionar, y me brindó seguridad en Glasfort, no me servía para nada, usted fue testigo esa tarde cuando me encontró herido en el suelo de mi dormitorio; he llegado a dormir muchas noches con el chaleco puesto.

Daniels no les contó nada de los sucesores, porque tenía la esperanza que algún hombre de mi país encontrara los documentos y así todo terminaría.

—¡Y todo ha terminado Daniels, Galkay es libre, y Glasfort, y todo, y su amigo Oscar está bien!

—al nombrar a su amigo se puso a llorar.

—Oscar está.... —¡Sí! está bien, y es muy feliz, se lo garantizo —se levantó y se acercó hasta un mueble lleno de cajones. Volvió, y dejó una caja encima de la mesa. —Llévatela.

Estaba abierta, solo miré por encima, de todas formas no podía saber si eran auténticos, prefería que fuera mi abuela quién me revelara su contenido en caso de serlo. Mientras yo observaba la caja el policía me observaba a mí.

—Daniels, hay cosas que siguen sin cuadrarme.

—Y nunca lo harán —contestó descolocándose más.

—Escuche, me alegro de que usted tenga ahora esos papeles, nunca pensé que el hombre americano sería usted. Oscar no se equivocó cuando me dijo que era un joven muy listo, solo espero que haga lo correcto, y creo que el señor Alfred le debe una explicación a su abuela.

—¿Por qué?

—Yo no debo darle esa respuesta.

—¡Claro que me lo debe! He llegado hasta aquí, he estado a punto de morir, ¿y qué gano yo con todo esto?

—¿Y cree que ha llegado aquí por casualidad?

¿Qué...qué quiere decir?

Mire, ni los buenos son tan buenos, ni los malos lo son tanto.

—Hábleme claro, estoy harto de misterios y de ocultamientos. Oiga, me he jugado la vida muchas veces, pero le aseguro que no quiero que me maten por este asunto.

—Siempre ha estado protegido, mucho antes incluso de que empezara su viaje. Nadie va a acabar con su vida.

—¿Cómo está tan seguro?

—No creí nunca que me viera en esta situación, pero es usted una buena persona, un ingenuo con suerte. ¿Tiene que entregarle los papeles al señor Alfred?

—Si —contesté muy molesto y confuso.

—Bien, pero primero que le cuente toda la verdad, no.....señor Gabriel, por favor, haga lo que le

pido y no me pregunte nada más. Le estoy diciendo todo esto porque le tuve gran aprecio a su abuelo. Antes de darle esta caja este bien seguro de lo que va a hacer, y si no colabora, amenácele con hablar con su esposa, o usted se arrepentirá el resto de su vida.

Me quedé allí pensando que podía tener que contarme... ¡la verdad!, ¿la verdad de qué? Daniels salió del barco, me quedé sentado, abatido, más confundido que nunca y con un ligero malestar, le pegué un trago largo al vaso de bebida, cuando oí unos disparos y salí corriendo.

—¡No, no, no....Daniels! ¡Joder, joder! No, no....

El policía estaba tirado en el suelo, a unos cuarenta metros.

— No, no, ¿Por qué lo ha hecho?, no Daniels....

— Hable con la esposa del señor Alfr....

Le toqué, no llevaba puesto el chaleco, se había pegado un tiro, el resto al aire; estaba muerto.

Lo arrastré como pude y lo metí en el barco, lo tapé con una manta y tiré su arma en aquel lago.

No consideré aquello una cobardía, me pareció muy valiente, por poca dignidad que tuviera, Daniels no quería morir a manos de unos asesinos sin escrúpulos, y supuse que tanto sufrimiento a lo largo de su vida lo había trastornado. Fui a por la moto y salí de allí. Paré en la primera localidad para llamar al número de emergencia de Manhattan, me autorizaron para dar parte del fallecimiento de Daniels, y me dieron instrucciones precisas para mi traslado a América; les advertí por teléfono que la caja solo pasaría de mis manos a las del señor Alfred, y no iba a consentir ningún registro. Me tomé un café doble y bien cargado, no quería dormirme en el avión, protegía la caja como Brian el día que salimos del pueblo los tres.

Estaba más que agotado, deseando terminar con todo el asunto, y rechacé todo lo que me propusieron, revisión médica inclusive, más que nunca me pudieron mis ansias, quería reunirme lo antes posible con el señor Alfred en el despacho del centro de protección de datos. Cinco hombres de seguridad armados no me dejaban ni un segundo solo.

Desde el primer momento en que comenzó mi viaje, todo estaba manipulado, nada me había pasado por casualidad, y por fin, tenía en mis manos el objeto que había sido la causa del sufrimiento, la muerte, y la desesperación de muchas personas, era mi momento, de poner yo mis

normas, no era cuestión de ganar o perder nada, era saber realmente la verdad, basándome únicamente en todo lo que me había contado Daniels poco antes de morir, y más que nunca, debía jugar muy bien mis cartas. Pedí reunirme solo con el señor Alfred, tuve que aceptar que una persona de seguridad se quedara fuera del despacho; e hice todo lo que tenía planeado.

Le dije que sabía toda la verdad, le amenacé con contárselo todo a su esposa.

Era la primera vez que lo veía preocupado, e hizo algo totalmente inesperado, se derrumbó.

Maldijo a Daniels, le pedí que se olvidara ya de él, estaba muerto y enterrado, pero mi abuela no. Su revelación fue sorprendente.

Todo había sido una venganza de él. No daba crédito a lo que me iba contando. Aquel hombre súper poderoso que nunca perdía las formas se desplomó ante mí, no me pareció raro, toda la vida le había estado comiendo la culpa, el dolor, el desamor más descarnado. Me juró que nunca había sido feliz; le creí.

Siempre había estado enamorado de mi abuela, y todavía la amaba. Le pidió matrimonio poco antes de saber que Nora se había comprometido con mi abuelo; él mandó que lo mataran. Mi abuela, al quedarse viuda quiso dejarlo todo e irse a vivir a Europa, olvidar todo lo que la había rodeado hasta ese momento; el señor Alfred no podría haberlo resistido, y la convenció para quedarse engañándola.

Vio en Daniels un perfecto cabeza de turco, no le resultó difícil dado el bagaje del policía poner todo en marcha. Fue él, el que pidió a mi abuela que fuera yo a Galkay, para seguir teniéndola cerca, y que no se marchara a vivir con su amiga, y dejara la editorial. Yo tuve razón, y él podía haberse quedado con los documentos cuando mandó esconderlos en el Campanario. Lo fue alargando todo, sin importarle nada, solo su egoísmo. Si yo contaba algo, estaría acabado, su esposa engañada, mi abuela, todo. En ese momento lo odié, con la misma fuerza que pena me daba.

Hice un trato bajo amenazas. Él podía deshacerse de mí, un muerto más, pero le podía más que su egoísmo el amor que sentía por mi abuela, y aceptó, y esa fue la única carta que yo tuve a mi favor.

Él informaría de que la caja que yo había encontrado tenía los papeles dentro, pero estaban quemados, y daría órdenes para acabar con todo; yo le dije que no hablaría nunca con ellas, ni contaría nada jamás.

Todos me esperaban en los Hampton. Pospuse la fiesta que me habían organizado para dos días después. Solo quería estar con Zora, y sentir lo maravilloso y apabullante que era amarla.

Les pedí a todos que no se hablara de aquello más, quería llevar una vida normal después de muchos años, todos me dieron su palabra. A la abuela, la informamos ocultando la parte más hermosa, y más trágica para que no sufriera más, murió seis años después. El día de su entierro un hombre me sacó del funeral, y me llevó hasta un coche blindado donde me esperaba el señor Alfred.

Ni Oscar, ni Brian, nadie me ha hecho sentir jamás lo que él. Solo quería darme las gracias, y decirme que siempre estaría en deuda conmigo, esa tarde pude conocer el dolor, la amargura más absoluta de sufrir un amor no correspondido, lo que se puede llegar a hacer.

Oscar murió un año y medio después, Zora y yo fuimos a su entierro en Dublín, mi esposa pidió que la dejaran meter junto al féretro la novela de Salinger. Dos años después también nos dejó el tío Brian; esa fue la última vez que vi al señor Alfred.

La fiesta para celebrar mi vuelta fue estupenda, en ella, Zora me dijo que estaba esperando a nuestro primer hijo, al que siguieron tres más. A veces, han querido saber cómo conocí a su madre, siempre les he contado a los cuatro lo mismo, haciendo un viaje de placer a Dublín. Ahora disfruto de mi despacho con estupendas vistas, paso en el más tiempo que en el periódico. Después de muchos años me he comprado una moto, nada que ver con mi trasto, (aún la conservo), y todavía, diariamente, tengo presentes los ojos negros de mi fascinante mujer de rojo. La caja que llevé al despacho, a la que puse un candado, estaba vacía.

Tiré los papeles al lago junto al arma de Daniels. Eran suyos, solo de él.